57254

57254

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

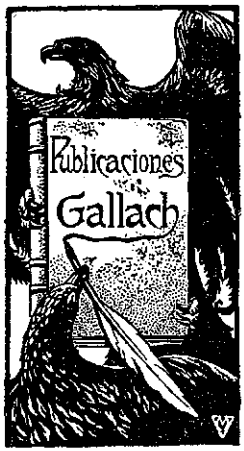
© Biblioteca Nacional de España

HISTORIA DE ESPAÑA

Y

DE LAS REPÚBLICAS LATINO-AMERICANAS

© Biblioteca Nacional de España



© Biblioteca Nacional de España

R. 758. 154

HISTORIA DE ESPAÑA

Y DE LAS

REPÚBLICAS LATINO-AMERICANAS

POR

D. ALFREDO OPISSO

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
SOCIO DE MÉRITO DE LA ARQUEOLÓGICA TARRACONENSE

CON UN PRÓLOGO DE

D. MIGUEL S. OLIVER

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Y OTRO PRÓLOGO, REFERENTE A LA PARTE DE AMÉRICA, DE

D. FEDERICO RAHOLA

SENADOR DEL REINO

TOMO XII

Conquista de Méjico, Honduras y del Perú.
Las últimas conquistas:
Colombia, Venezuela, Chile, El Plata y Paraguay.

BARCELONA

CASA EDITORIAL "GALLACH"

416, CONSEJO DE CIENTO, 418

© Biblioteca Nacional de España

PROPIEDAD DEL EDITOR

—

DERECHOS DE TRADUCCIÓN
RESERVADOS

IMPRENTA DE HENRICH Y C.ª — BARCELONA

© Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE

PARTE PRIMERA

LA CONQUISTA DE NUEVA ESPAÑA

CAPÍTULO PRIMERO

EL SECUESTRO DE MOCTEZUMA

El tesoro de Moctezuma, página 1. — El secuestro de Moctezuma, página 3. — Terrorismo, pág. 7. — Conspiración contra Cortés, pág. 8.

CAPÍTULO II

EL BOTÍN

Las prisiones de Moctezuma, página 10. — Tramas contra los españoles, pág. 12. — Moctezuma vasallo de Carlos V, pág. 14. — El botín, pág. 17. — Reparto del oro, pág. 19. — Inminencia de un alzamiento, pág. 21.

CAPÍTULO III

LUCHAS ENTRE ESPAÑOLES

Pánfilo de Narvaez, página 23. — Negociaciones, pág. 30. — Batalla de Cempoal, pág. 35. — Después de la batalla, pág. 38.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IV

La retirada de Méjico

Declaración de guerra, página 40. — El ataque, pág. 42. — Muerte de Moctezuma, pág. 44. — La Noche Triste, pág. 44. — Batalla de Otumba, pág. 46. — En Tlascala, pág. 48. — Cuahutemoc, pág. 50. — Refuerzos a Cortés, pág. 50.

CAPÍTULO V

La reconquista de Méjico

Los bergantines, página 52. — El primer combate, pág. 55. — El sitio, pág. 55. — Prisión de Çuahutemoc, pág. 57.

CAPÍTULO VI

En busca de oro

Guatimozín en la hoguera, página 60. — Los pobladores, pág. 62. — El tesoro robado, pág. 64.

CAPÍTULO VII

Cortés, gobernador de Nueva España

Expedición a Guatemala, página 66. — Guatemala, pág. 68. — Cristóbal de Olid en Honduras, pág. 69. — Traición de Olid, pág. 70. — Conquista de Chiapas, pág. 72. — Cortés, gobernador, pág. 72.

CAPÍTULO VIII

La conquista de Honduras

Expedición de Las Casas, página 77. — Asesinato de Olid, pág. 78. — La expedición de Cortés, pág. 79. — La jornada, pág. 82. — En Acala, pág. 89. — Ejecución de Cuahutemoc, pág. 90. — En Guatemala, página 93. — Expedición de Sandoval, pág. 94. — En Trujillo, pág. 96.

CAPÍTULO IX

Los escándalos de Méjico

Los escándalos de Méjico, página 98. — Cortés en Méjico, pág. 100. — Llegada de Luis Ponce de León, pág. 103. — De Honduras a Méjico, pág. 104. — Cambios de gobernador, pág. 105. — Expedición a las Molucas, pág. 105. — El gobierno de Marcos de Aguilar, pág. 106. — Persecuciones contra Cortés, pág. 106. — Cortés en la corte, pág. 108. — La Real Audiencia, pág. 110. — El virreinato, pág. 111.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO X

EXPEDICIONES INFORTUNADAS

(1532-1547)

Expedición de Hurtado de Mendoza, página 113. — Expedición de Becerra, pág. 114. — Cortés en California, pág. 114. — Expediciones del virrey Mendoza y Albarado, pág. 118. — Muerte de Cortés, pág. 120.

PARTE SEGUNDA

LA CONQUISTA DEL PERÚ

CAPÍTULO PRIMERO

DEL PACÍFICO A LOS ANDES

(1524-1532)

Las primeras expediciones, página 123. — La isla de Gorgona, pág. 126. — Francisco Pizarro, gobernador del Perú, pág. 127. — En Túmbez, pág. 129. — Fundación de San Miguel, pág. 130. — Hacia los Andes, pág. 130. — Camino de Cajamarca, pág. 134. — En el real de Atahualpa, pág. 137.

CAPÍTULO II

MUERTE DE ATAHUALPA

(1532)

En Cajamarca, página 138. — Fernando Pizarro, pág. 140. — En espera de Atahualpa, pág. 141. — El sacrilegio, pág. 143. — La matanza, página 144. — Historia de Atahualpa, pág. 148. — Muerte de Huáscar, pág. 149. — El reparto, pág. 150. — Suplicio de Atahualpa, pág. 151.

CAPÍTULO III

LA DISPUTA DE LA PRESA

Toma del Cuzco, página 153. — La conquista de Quito, pág. 154. — Expedición de Albarado, pág. 156. — Choque entre españoles, pág. 156. — El heroico capitán Quizquiz, pág. 158. — Fundación de Lima, página 161. — Los juramentos de Pizarro y Almagro, pág. 161. — Alma-

© Biblioteca Nacional de España

gro en Chile, pág. 162. — Antecedentes, pág. 163. — Cambio de situación, pág. 164. — La rebelión de Manco Capac, pág. 164. — Almagro contra los Pizarros, pág. 166. — Matanza de españoles, pág. 167. — El socorro de Alonso de Albarado a los Pizarros, pág. 169. — Almagro vencedor, pág. 170. — Entrevista de Almagro y el marqués Pizarro, pág. 171. — La batalla de las Salinas, pág. 173. — Degollación de Almagro, pág. 177.

CAPÍTULO IV

Asesinato de Pizarro

Conquistas en Chile, página 178. — Otras conquistas, pág. 179. — Viaje de Fernando Pizarro a la corte, pág. 180. — Conquistas en el Ecuador, pág. 180. — Regreso a Quito, pág. 183. — La muerte de Francisco Pizarro, pág. 183.

CAPÍTULO V

Rebelión contra el rey

La reacción almagrista, página 187. — Guerra entre Almagro y Vaca de Castro, pág. 190. — La batalla de Chapas, pág. 192. — Gobierno de Vaca de Castro, pág. 193.

CAPÍTULO VI

El virreinato

Nuevo régimen, página 196. — El virrey Núñez de Vela, pág. 198. — Nuevos rigores del virrey Vela, pág. 200. — Prisión de Vaca de Castro, pág. 201. — Rebelión contra el rey, pág. 202. — Prisión de Blasco Núñez Vela, pág. 204. — Gobierno del oidor Cepeda, pág. 206.

CAPÍTULO VII

Gonzalo Pizarro, Gobernador

Gonzalo Pizarro, dictador, página 207. — El gobierno de Pizarro, página 208. — La expedición de Bachicao, pág. 210. — El virrey en campaña, pág. 214. — La armada de Hinojosa, pág. 215. — El Demonio de los Andes, pág. 216. — El gobierno del virrey, pág. 218. — El rey Pizarro, pág. 218. — Muerte del virrey, pág. 220.

CAPÍTULO VIII

El licenciado Pedro de La Gasca

El licenciado La Gasca, página 223. — Defección de Hinojosa, pág. 226.

© Biblioteca Nacional de España

— Batalla de Guariña, pág. 228. — La Gasca en el Perú, pág. 229. — Paso del Apurimac, pág. 231. — La batalla de Xagixaguana, pág. 232. — Muerte de Pizarro, pág. 239. — Regreso de La Gasca, pág. 242.

PARTE TERCERA

LAS ÚLTIMAS CONQUISTAS

CAPÍTULO PRIMERO

Méjico y Colombia

Méjico, página 245. — Panamá, pág. 246. — El Amazonas, pág. 246. — Colombia, pág. 247. — Venezuela, pág. 250.

CAPÍTULO II

Chile y el Plata

La invasión de Almagro, página 253. — Las conquistas de Valdivia, pág. 255. — La muerte de Valdivia, pág. 256. — Nuevos gobernadores, pág. 256. — Conquistas en el Plata. Expedición Solís, pág. 259. — Expedición de Sebastián Gabotto, pág. 260. — Expedición de Mendoza, pág. 261. — El gobierno de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. La jornada a la Florida, pág. 262. — Alvar Núñez, Adelantado del Río de la Plata, pág. 264.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

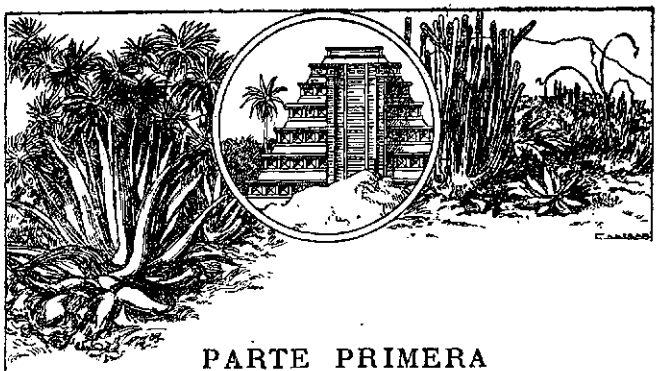
LÁMINAS

Págs.

Visita de Hernán Cortés a Moctezuma 5
Matanza de españoles en las calzadas de Méjico 30
Batalla de Otumba 46
Muerte de Guatimozín 60
Muerte de Atahualpa 151
Ruinas incásicas de Tiahuanacu 170
Muerte de Gonzalo Pizarro 239
Fundación de Buenos Aires, por don Juan de Garay 260

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España



PARTE PRIMERA

LA CONQUISTA DE NUEVA ESPAÑA

CAPÍTULO PRIMERO

EL SECUESTRO DE MOCTEZUMA

El tesoro de Moctezuma. — El secuestro. — Terrorismo. — Conspiración velazquista.

El tesoro de Moctezuma

Era evidente que ya se hacía pesada la permanencia de los españoles en Méjico, y se podía observar también que Moctezuma se había enojado mucho de los desprecios que había hecho el *Malinche* a Huitzilipotzli y Tezcatepuca. Los mayordomos no les trataban con la deferencia que antes y era harto visible que el pueblo los miraba con ceño.

Así las cosas, se les ocurrió a los españoles que ya era hora de que pudiesen tener capilla propia, y puesto que Moctezuma se había negado rotundamente a que la erigieran en el cú de *Huchilobos,* resolvieron levantarla en su alojamiento, previo permiso del emperador.

© Biblioteca Nacional de España

Buscaban los capitanes el mejor sitio para emplazarla, cuando un soldado, que era de oficio «carpintero de lo blanco», notó en una pared la existencia de una puerta tapiada y encalada de pocos días. Recordaron entonces que se susurraba que en aquellos aposentos donde se alojaban los españoles tenía depositados Moctezuma los grandes tesoros que había ido reuniendo su padre Axayaca.

Puesto el hecho en conocimiento de Cortés, entraron éste y algunos capitanes y soldados, quedando a una asombrados al ver tantas riquezas en joyas, planchas, tejuelos, piedras preciosas y otras riquezas. Por de contado que no se tocó nada; volvióse a tapiar y encalar la puerta y dióse orden de que nadie hablara de ello.

Poco después comenzaron a reinar vivas inquietudes acerca de la situación en que podrían encontrarse los españoles si se confirmaba lo que decían de que Moctezuma había accedido a que entraran en su capital para matarlos después a todos con facilidad. Con este objeto presentóse a Cortés una comisión compuesta de cuatro capitanes y doce soldados para hacerle presente la conveniencia de prender a Moctezuma, o, por mejor decir, de secuestrarle, teniéndole en rehenes, para que respondiera con su vida de la vida del ejército.

No se tomó por lo pronto ningún acuerdo, aunque a Cortés le parecía de perlas la prisión de Moctezuma, pero una inesperada nueva traída secretamente por los tlascaltecas precipitó la resolución. Había sucedido, en efecto, que unos jefes mejicanos atacaron a Veracruz matando a Juan de Escalante, alguacil mayor, a seis españoles, y a nuestros amigos totonacas, con gran desprestigio de las armas españolas al ver que no éramos *teules* o dioses, y que podíamos ser vencidos.

Y esta fué la sentencia contra Moctezuma; no cabía más solución que prenderle, y para determinar la mejor manera de realizarlo estuvieron rezando toda la noche

© Biblioteca Nacional de España

Hernán Cortés, sus capitanes y sus soldados, bajo la dirección de un padre de la Merced.

El secuestro de Moctezuma

A la mañana siguiente enviaba a decir Cortés a Moctezuma que iría a visitarle con cinco capitanes suyos: Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de León, Francisco de Lugo y Alonso de Ávila, y los intérpretes doña Marina y Aguilar. Mandó luego a los soldados que estuviesen todos a punto, con los caballos ensillados.

Moctezuma supuso que Cortés querría quejarse de lo ocurrido con Juan de Escalante, y en efecto, comenzó a ponderar la mala fe con que procedía el emperador, siendo él, Cortés, tan grande amigo suyo y habiéndole prestado tantos servicios.

Pero no es posible substituir con otra la relación de Bernal Díaz; no hay documento que dé tan clara idea de lo que ocurrió en el palacio imperial de Méjico. Prosiguió, pues, en sus amargas quejas el insigne caudillo, y dijo:

«Y asimismo en lo de Cholula tuvieron vuestros capitanes gran copia de guerreros, ordenado por vuestro mandado, que nos matasen; helo disimulado lo de entonces por lo mucho que os quiero; y asimismo ahora vuestros vasallos y capitanes se han desvergonzado, y tienen pláticas secretas que nos queréis mandar matar; por estas causas no querría comenzar guerra ni destruir aquesta ciudad; conviene que para excusarlo todo, que luego callando y sin hacer ningún alboroto os vais con nosotros a nuestro aposento, que allí seréis servido y mirado muy bien como en vuestra propia casa; y que si alboroto o voces daba, que luego seréis muerto de aquestos mis capitanes, que no los traigo para otro efeto. Y cuando esto oyó el Montezuma, estuvo muy espantado y sin sentido, y respondió que nunca tal mandó, que tomasen armas contra nosotros, y que enviaría luego a llamar sus capitanes, y sabría la verdad

© Biblioteca Nacional de España

y los castigaría; y luego en aquel instante quitó de su

MOCTEZUMA
Grabado de la «Historia de la Conquista de México» de Antonio de Solís

brazo y muñeca el sello y señal de Huichilobos, que

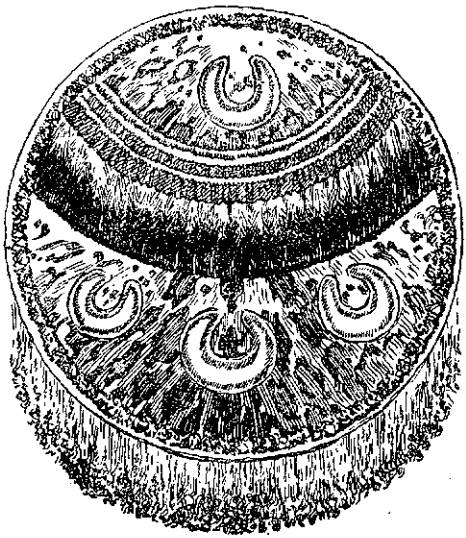
© Biblioteca Nacional de España

Visita de Hernán Cortés a Moctezuma

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

aquello era cuando mandaba alguna cosa grave e de peso para que se cumpliese, e luego se cumplía; y en lo de ir preso y salir de sus palacios contra su voluntad, que no era persona la suya para que tal le mandasen, e que no era su voluntad salir; y Cortés le replicó muy buenas razones, y el Montezuma le respondía muy mejores y que no había de salir de sus casas; por manera que estuvieron más de media hora en estas pláticas; y como



Escudo de guerra de Moctezuma

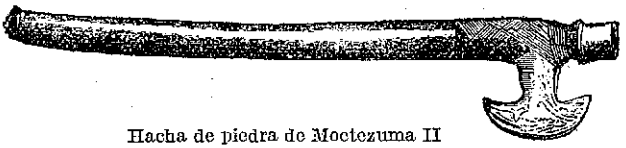
Juan Velázquez de León y los demás capitanes vieron que se detenía con él, y no veían la hora de habello sacado de sus casas y tenelle preso, hablaron a Cortés algo alterados, y dijeron: «Qué hace vuestra merced ya con tantas palabras? O le llevemos preso o le daremos de estocadas; por eso tornadle a decir que si da voces o nace alboroto, que le mataréis; porque más vale que desta vez aseguremos nuestras vidas o las perdamos.»

© Biblioteca Nacional de España

»Y como el Juan Velázquez lo decía con voz algo alta y espantosa, porque así era su hablar, y el Montezuma vió a nuestros capitanes como enojados, preguntó a doña Marina que qué decían con aquellas palabras altas; y como la doña Marina era muy entendida, le dijo:

«Señor Montezuma, lo que yo os aconsejo es que vais luego con ellos a su aposento sin ruido ninguno; que yo sé que os harán mucha honra, como gran señor que sois; y de otra manera, aquí quedaréis muerto; y en su aposento se sabrá la verdad;» y entonces el Montezuma dijo a Cortés:

«Señor Malinche, ya que eso queréis que sea, yo tengo



Hacha de piedra de Moctezuma II

un hijo y dos hijas legítimas; tomaldas en rehenes, y a mí no me hagáis esta afrenta: ¿qué dirán mis principales si me viesen llevar preso?»

»Tornó a decir Cortés que su persona había de ir con ellos, y no había de ser otra cosa. Y en fin de muchas más razones que pasaron, dijo que él iría de buena voluntad; y entonces nuestros capitanes le hicieron muchas caricias, y le dijeron que le pedían por merced que no hubiese enojo, y que dijese a sus capitanes y a los de su guarda que iba de su voluntad, porque había tenido plática de su ídolo Huichilobos, y de los papas que le servían que convenía para su salud y guardar su vida estar con nosotros; y luego le trujeron sus ricas andas en que solía salir, con todos sus capitanes que le acompañaron, y fué a nuestro aposento, donde le pusimos guardas y velas y todos cuantos servicios y placeres le podíamos hacer, así Cortés como todos nosotros;

© Biblioteca Nacional de España

tantos le haciamos, y no se le echó prisiones ningunas; y luego le vinieron a ver todos los mayores principales mejicanos y sus sobrinos, e hablar con él y a saber la causa de su prisión y si mandaba que nos diesen guerra; y el Montezuma les respondía que él holgaba de estar algunos días allí con nosotros de buena voluntad, y no por fuerza; y cuando él algo quisiese, que se lo diría, y que no se alborotasen ellos ni la ciudad ni tomasen pesar dello, porque aquesto que ha pasado de estar allí, que su Huichilobos lo tiene por bien, y se lo han dicho ciertos papas que lo saben, que hablaron con su ídolo sobre ello; y desta manera que he dicho fué la prisión del gran Montezuma; y allí donde estaba tenía su servicio y mujeres y baños en que se bañaba, y siempre a la contina estaban en su compañía veinte grandes señores y consejeros y capitanes, y se hizo a estar preso sin mostrar pasión en ello; y allí venían con pleitos embajadores de lejas tierras y le traían sus tributos, y despachaba negocios de importancia.»

Terrorismo Esclavizado el gran Moctezuma, ordenó que compareciesen los capitanes aztecas que habían matado a Escalante y sus soldados y los entregó a Cortés para que él mismo hiciera justicia. Interrogados, dijeron ser verdad que Moctezuma les había mandado diesen guerra a los totonacas y cobrasen los tributos, y que si los *teules* apoyaban a los díscolos les hiciesen guerra también.

Cortés le dió traslado a Moctezuma de la declaración de sus capitanes y le hizo presente que por ello merecía ser condenado a muerte, aunque le perdonaba por lo mucho que le quería. En suma, los capitanes aztecas fueron sentenciados a morir en la hoguera, como así se hizo delante de los palacios imperiales, y por si acaso la ejecución daba lugar a algún desorden, mandó le echasen grillos al emperador, que estaba con ello más temeroso que nunca. Ejecutada la sentencia, qui-

© Biblioteca Nacional de España

táronle los grillos a Moctezuma, y Hernán Cortés, con cinco capitanes suyos, fué a visitarle para protestar nuevamente de que no tenía mejor amigo que él. No insistamos más, y aunque sea faltar al decoro que exige el lenguaje de la Historia, para rendir ante todo culto a la verdad, digamos que con sus invitaciones para que regresara a su palacio cuando quisiera, no hizo más que «burlarse de él» de una manera escandalosa.

Bernal Díaz, sin embargo, explica y justifica muy bien aquellas trazas y mañas de su insigne capitán y la quema de los que habían atacado a Escalante.

Aquel castigo, en efecto, atemorizó a los pueblos de la costa, que con ello volvieron a servir muy bien a los moradores de Veracruz. Y además ¿no eran ellos los que habían destruído las naves: los que no siendo más que 450 habían osado entrar en Méjico, ciudad mayor que Venecia, aun constándoles que estando dentro los habían de matar a todos; los que habían osado prender a Moctezuma y echarle grillos y quemar a sus capitanes delante de su alcázar? ¿No lo excusaba todo un heroísmo tan grande?

Conspiración contra Cortés

En medio de tantas preocupaciones como había de causarle a Cortés la temeridad de haberse metido en Méjico, pues aunque no había sido difícil la entrada, podría ser peligrosísima la salida, no se apartaba de su pensamiento lo que podría hacer Diego Velázquez, muy capaz de enviar una escuadra y un ejército contra su hueste. Por lo mismo necesitaba tener en Veracruz a un hombre de toda su confianza, y en mal hora se le ocurrió enviar como teniente suyo a cierto Alonso de Grado, y por alguacil mayor al bravo y honrado capitán Gonzalo de Sandoval.

Recomendó Cortés a Grado tratase bien así a los pobladores como a los indios amigos, y le encargó que con las anclas y hierros de las naves destruídas mandara a los dos herreros que había en Veracruz hiciesen

© Biblioteca Nacional de España

dos gruesas cadenas, y, por otra parte, que apresurase la terminación de la fortaleza que en dicha población se había levantado.

Pronto se pudo ver cuán errado había andado Cortés, pues en cuanto llegó Grado a la villa «mostró mucha gravedad con los vecinos, y queríase hacer servir dellos como gran señor, e a los pueblos que estaban de paz, que fuesen más de treinta, los enviaba a demandar joyas de oro e indias hermosas; y en la fortaleza no se le daba nada entender en ella, y en lo que gastaba el tiempo era en bien comer y en jugar».

Hemos reproducido estas líneas de Bernal Díaz por ser un perfecto retrato de lo que fueron después, en América y fuera de ella, muchos de nuestros gobernadores y tenientes de gobernador.

Aparte de lo dicho, era público que Alonso de Grado conspiraba en favor de Diego Velázquez, y así se lo hicieron saber a Cortés, el cual, furioso, ordenó a Gonzalo de Sandoval para que inmediatamente prendiese a Grado y se lo enviase a Méjico, como así lo cumplió.

Cortés no quiso verle siquiera y mandó fuese puesto en un cepo de madera que se acababa de labrar y cuya madera olía «a ajos y cebollas», hasta que por fin le soltó al cabo de dos días, no fiándose ya más de él.

Queriendo Cortés reconocer bien la laguna en medio de la cual estaba edificada la ciudad de Méjico, mandó a Sandoval, ahora capitán, teniente y alguacil mayor de Veracruz, le enviase las dos cadenas, que ya estaban hechas, las velas, jarcias, pez, estopa y agujas de marear de las naves dadas al través, y que viniesen a Méjico los dos herreros, con todos sus fuelles y herramientas, al objeto de construir dos bergantines para navegar por la laguna. Con este fin rogó a Moctezuma enviase a cortar la madera necesaria, y no tardaron en quedar terminadas dichas embarcaciones, que salieron excelentes.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO II

EL BOTÍN

La prisión de Moctezuma. — Tramas contra los españoles. — Moctezuma vasallo de Carlos V. — El botín. — Reparto del oro. — Inminencia de un alzamiento.

Las prisiones de Moctezuma

Deseoso Cortés de que Moctezuma no se aburriese en demasía en su encierro, «de tenía palacio» o como si dijéramos, le tenía tertulia con sus capitanes, y aun jugaba con él a una especie de bolillos de oro, con apuestas, que repartía luego, el ganancioso, entre los demás: si era Moctezuma entre los españoles, y si era Cortés entre unos sobrinos del emperador, que solían hacerle compañía a veces.

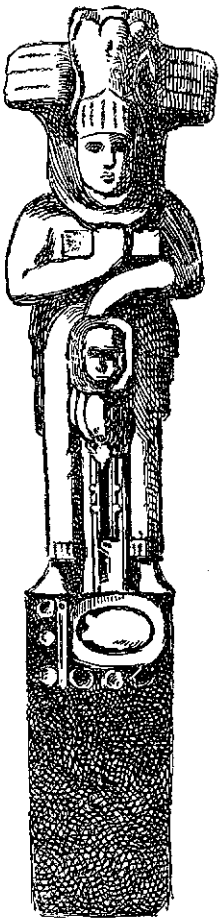
No se conducían, sin embargo, los soldados con tanto respeto, antes bien, más de una vez hubo de enfadarse Moctezuma por las irreverencias que cometían los centinelas. Así se dió el caso que un marinero, natural de Trujillo, no se recataba, cuando le tocaba el cuarto de vela por la noche «de hacer cosas deshonestas». Lamentóse de semejante proceder Moctezuma, y para que no lo repitiera le hizo presente de una joya de oro que pesaba cinco pesos; pero sucedió que al tocarle de nuevo la vela «adrede tiró otro traque, creyendo que le daría otra cosa». Enterado de ello el capitán Juan Velázquez

© Biblioteca Nacional de España

de León, capitán de la guardia y grande amigo del emperador, mandó no volviese a velar más.

Igualmente fueron castigados otros soldados, y con ello todos hicieron reverencia a Moctezuma, que, aunque preso, seguía despachando todos los negocios del Estado, con sus consejeros y ministros, y recibía de continuo a muchos grandes señores que iban a rendirle acatamiento desde las más lejanas provincias. Por lo mismo, le convenía a Cortés no exasperar más a Moctezuma con las faltas de respeto de los soldados, y por ello impuso aquellos castigos.

Así las cosas, pidióle Moctezuma a Cortés le dejase ir a sus templos para cumplir sus obligaciones con los dioses. Cortés le dijo podía ir enhorabuena, pero que no sacrificase personas, pues era gran pecado contra el verdadero Dios, y «que mirase que no hiciese cosa con que perdiese la vida, y que para ver si había algún descomedimiento, o mandaba a sus capitanes o papas que lo soltasen o nos diesen guerra, que para aquel efecto enviaba capitanes e soldados para que luego le matasen a estocadas en sintiendo alguna novedad de su persona».



Ídolo azteca

Concedido el permiso, y avisado Moctezuma del peligro que corría su vida, salió con gran pompa, llevado en unas ricas andas y acompañado de los grandes caciques y precedido de su insignia que era como un bastón. Nada faltaba para el aparato imperial: sólo causaba extrañeza ver al emperador

© Biblioteca Nacional de España

rodeado de cuatro capitanes y ciento cincuenta soldados españoles.

Llegada la comitiva al pie del templo de Huitzilipotzli y Tezcattepuca, fué bajado de las andas y llevado en hombros por sus sobrinos y otros caciques, y en esta forma fué ascendiendo por los 114 peldaños del teocalli hasta llegar al adoratorio. Por desgracia, ya los papas tenían sacrificados, desde la noche anterior, a cuatro indios. Grandemente se enojaron los españoles, pero hubieron de disimular, pues andaban muy revueltas Méjico y otras ciudades, movidas por los susodichos sobrinos.

Otro día, y viendo con cuanta gallardía navegaban los dos bergantines por la laguna, pidióle Moctezuma a Cortés le dejase ir a cazar a un coto que tenía, como así se lo otorgó, con iguales advertimientos. Moctezuma, escoltado por 200 soldados españoles al mando de cuatro capitanes, que no le perdían de vista, cazó cuanto quiso, y se holgó mucho con las salvas de la artillería de a bordo, que hicieron Mesa y Arvenga.

Tramas contra los españoles.

Aun en el supuesto de que Moctezuma, rindiéndose a la fatalidad, se resignase a la triste y humillante existencia que llevaba, no se conformaban con ello los príncipes de la sangre, y de ahí que tramaran un complot para poner en libertad al emperador, y alzarse en su lugar.

Figuraba entre los más enconados enemigos de los españoles el príncipe Cacamatzin, señor de Tezcuco, que era depués de Méjico la ciudad más importante del imperio. Era sobrino de Moctezuma y sabía que los españoles habían descubierto el aposento donde se hallaba el tesoro de su abuelo Axayaca, aunque no se habían llevado nada, por lo cual, y antes de que lo hiciesen, convocó a los principales señores de los pueblos vecinos, algunos de ellos parientes también de Moctezuma, para invitarles a marchar contra Cortés.

© Biblioteca Nacional de España

A ello respondió el señor de Matlalcingo que estaba dispuesto a hacer la guerra si se le proclamaba rey, pues suyo era el derecho. Cacamatzin, con grande ira, replicó que el único que tenía derecho a suceder a Moctezuma era él, y que, por lo tanto, si el señor de Matlalcingo no quería ir, sabrían pasarse muy bien sin su concurso.

Llegó esto a noticia de Moctezuma y se apresuró a ponerlo en conocimiento de Cortés, que ya sabía algo,

Trajes mejicanos por pintores indios del tiempo de Moctezuma

aunque no con tantos pormenores. Cortés, siempre diplomático, trató de atraerse a Cacamatzin con palabras melosas, pero el otro le respondió despectivamente. Moctezuma hizo cuanto pudo para aplacar a su sobrino de Tezcuco y envió orden a los caciques para que en ningún caso movieran guerra a los españoles, lo cual bastó para que desistieran, pues siempre era para ellos el supremo poder. Todo lo cual terminó siendo reducidos a prisión por sus propios capitanes Cacamatzin y demás

© Biblioteca Nacional de España

caciques, enviados a Méjico y entregados a Cortés, siendo reemplazado el primero por un hermano que tenía y había tenido que fugarse por quererlo matar el otro.

Entretanto, Moctezuma permanecía siempre en los aposentos de los españoles, pues, según le habían dicho los papas, estaba decretado por los dioses que el día que saliera de allí en libertad sería luego muerto.

Aparte de esto, no podía ser mayor el acatamiento que desde Cortés al último soldado le rendían; «todos le queríamos con gran amor, dice Bernal Díaz, porque verdaderamente era gran señor en todas las cosas que le veíamos hacer».

Ya pacificado todo y presos los reyezuelos que, por ambiciosas miras, habían secundado las intenciones de Cacamatzin, reducidas a apoderarse de la corona de Moctezuma, creyó Cortés llegada la hora de entablar definitivamente ante el emperador del Anahuac la cuestión de la obediencia y tributo al rey de España.

Moctezuma, vasallo de Carlos V.

Moctezuma contestó a Cortés que convocaría a sus principales vasallos para pedirles su opinión, y así lo hizo en efecto, pero se negó a comparecer aquel señor de Matlalcingo, de quien hemos hablado ya, como pretenso sucesor de Moctezuma, antes que Cacamatzin, y de quien se decía ser muy esforzado, aparte de parecerse mucho, en presencia y cuerpo, a Moctezuma.

Mucho se enojó éste con la desobediencia de su sobrino, a quien dió orden de prender, sin poderse efectuar.

Moctezuma manifestó a sus grandes caciques que, según las profecías, habían de llegar de Oriente unas gentes que habían de enseñorearse de Méjico, y que era inútil resistir a lo que habían sentenciado los dioses, máxime no contestando palabra Huitzilipotzli a las preguntas que le dirigían los papas, bien al revés de lo

© Biblioteca Nacional de España

que había hecho siempre. Por lo tanto, declaró que a su parecer no había sino conformarse, y reconocerse vasallos de D. Carlos, emperador de Alemania y rey de España; y en cuanto a su prisión era por aviso de Huitzilipoztli, su grande amigo, que había anunciado moriría en cuanto saliese de ella.

Así acordado celebróse la ceremonia de obediencia y vasallaje, a los pocos días, en presencia de los españoles. «E dieron, dice Bernal Díaz, la obediencia a su majestad, y con mucha tristeza que mostraron; y el Montezuma no pudo sostener las lágrimas; e queríamoslo tanto e de buenas entrañas, que a nosotros de verle llorar se nos enternecieron los ojos, y soldado hubo que lloraba tanto como Montezuma, tanto era el amor que le teníamos.»

Entretanto no perdía el tiempo D. Hernando Cortés; la obediencia no era más que una ceremonia previa; lo que importaba era el tributo, el oro. Por lo tanto, siempre con sus intérpretes D.ª Marina (cuyos servicios no tenían precio) y Aguilar, preguntó a Moctezuma en qué parte estaban las minas y los ríos de donde se sacaba el oro y cómo lo cogían, pues enviaría a verlo a dos soldados suyos que eran grandes mineros.

Moctezuma le dió clara noticia de todo: el oro se sacaba de tres provincias: de una llamada Zacatula, al Sur; de la de Gustepeque, al Norte, y de otra, fuera de su dominio, donde vivían los chinatecas y zapotecas (Zacatecas).

Cortés envió en seguida a Zacatula a los dos soldados mineros bajo las órdenes del piloto Gonzalo de Umbría (aquel a quien había mandado cortar los pies cuando la conspiración de San Juan de Ulúa), y a Gustepeque a un joven capitán llamado Pizarro, pariente suyo, con orden de regresar dentro de cuatro días.

Además, como Moctezuma le diera a Cortés un paño de Nequem en que estaba pintada toda la costa desde

© Biblioteca Nacional de España

Tampico a Tabasco (140 leguas), fijóse el caudillo español en que estaba representado un río llamado Guazacualco, muy grande y hondo del cual no se tenía noticia, y, por lo mismo, envió a Diego de Ordás, capitán muy entendido y valiente, a que fuera a descubrirlo. Moctezuma manifestó a Cortés que los habitantes de aquella región estaban fuera de su dominio y que no le hiciesen responsable de lo que pudiera ocurrirles.

Regresaron dentro del plazo señalado los exploradores enviados por Cortés. Fué el primero Gonzalo de Umbría, que llegó con algún oro, y noticias de haber muchísimo en las minas, pero todos sabían que los tres que habían ido a Zacatula volvían con grande recaudo, y aun, precisamente, para que sacase buen provecho había enviado Cortés a Umbría, con ánimos de atraerse a éste y compensarle por la mutilación de los pies.

Siguió luego la vuelta de Diego de Ordás con noticias del río de Guazacualco, a 120 leguas de Méjico, donde fué bien recibido, y por fin compareció Pizarro, con mucho oro recogido en los ríos de la provincia de Tustepec, como también en los yacimientos.

Comprobada la abundancia de oro en la meseta de Anahuac, que era a lo que habían ido principalmente los expedicionarios, manifestó Cortés a Moctezuma convendría ordenase a todos los caciques y pueblos de su tierra tributasen con oro al emperador D. Carlos, y él también por su parte, ya que tan grandes riquezas poseía. Así lo hizo el buen Moctezuma, pero se encontró con que el señor de Matlalcingo se negaba a obedecer semejante mandato, de lo cual se enojó mucho el emperador, que le envió orden de presentarse cuanto antes. Así lo hizo aquél, y sin arredrarse ni mucho menos, disputó violentamente con su señor, diciéndole que se tenía por tan señor de Méjico como él. Moctezuma, colérico, mandó prenderle y que le matasen, pero intercedió Cortés rogándole se lo entregase; accedió el

© Biblioteca Nacional de España

emperador, y según su costumbre apeló Cortés a su «política de atracción», aunque el de Matlalcingo no pareció hiciese mucho caso de sus predicaciones.

El botín. Veinte días después se hallaban ya en Méjico los grandes caciques, con su tributo de oro, y todo se lo dió a los españoles, pero lo más importante fué que también les donó todos aquellos tesoros de Ayaxaca, escondidos en uno de los aposentos, y de cuyo descubrimiento por los soldados de Cortés tenía perfecta noticia. Y no satisfecho aún Moctezuma, entregó también al Malinche varios *chalchiuis,* piedras preciosas, cada una de las cuales valía dos cargas de oro, amén de algunas cerbatanas con sus esqueros y bodoqueras, cuajadas de pedrería.

«Y todos nosotros, dice Bernal Díaz, estuvimos espantados de la gran bondad y liberalidad del gran Montezuma, y con mucho acato le quitamos todos las gorras de armas, y le dijimos que se lo teníamos en merced, y con palabras de mucho amor le prometió Cortés que escribiríamos a su majestad de la magnificencia y franqueza del oro que nos dió en su real nombre. Y después que tuvimos otras pláticas de buenos comedimientos, luego en aquella hora envió Montezuma sus mayordomos para entregar todo el tesoro de oro y riqueza que estaba en aquella sala encalada; y para vello y quitallo de sus bordaduras y donde estaba engastado tardamos tres días, y aun para lo quitar y deshacer vinieron los plateros de Montezuma, de un pueblo que se dice Escapuzalco. Y digo que era tanto, que después de deshecho eran tres montones de oro; y pesado, hubo en ellos sobre seiscientos mil pesos, como adelante diré, sin la plata e otras muchas riquezas. Y no cuento con ello las planchas, y tejuelos de oro y el oro en grano de las minas; y se comenzó a fundir con los plateros indios que dicho tengo, naturales de Escapuzalco, e se hicieron unas barras muy anchas dello, como

© Biblioteca Nacional de España

medida de tres dedos de la mano de anchor de cada una barra.

»Pues ya fundido y hecho barras, traen otro presente por sí de lo que el gran Montezuma había dicho que daría, que fué cosa de admiración ver tanto oro y las riquezas de otras joyas que trujo. Pues las piedras chalchihuis, que eran tan ricas algunas dellas, que valían entre los mismos caciques mucha cantidad de oro; pues las tres cerbatanas con sus bodoqueras, los engastes que tenían de piedras y perlas, y las pinturas de pluma y de pajaritos llanos de aljófar, e otras aves, todo era de gran valor. Dejemos de decir de penachos y plumas y otras muchas cosas ricas, que es para nunca acabar de traerlo aquí a la memoria; digamos agora cómo se marcó todo el oro que dicho tengo con una marca de hierro que mandó hacer Cortés, y los oficiales del Rey prohibidos por Cortés, y de acuerdo de todos nosotros, en nombre de su majestad, hasta que otra cosa mandase; y la marca fué armas reales como de un real y del tamaño de un tostón de a cuatro, y esto sin las joyas ricas que nos pareció que no eran para deshacer; pues para pesar todas estas barras de oro y plata y las joyas que quedaron por deshacer no teníamos pesas de marcos ni balanzas y pareció a Cortés y a los mismos oficiales de la hacienda de su majestad que sería bien hacer de hierro unas pesas de hasta una arroba, y otras de media arroba, y de dos libras, y de una libra, y de media libra y de cuatro onzas; y esto no para que viniese muy justo, sino media onza más o menos en cada peso que pesaba y de cuanto pesó.

»Y dijeron los oficiales del Rey que había en oro, así en lo que estaba hecho arrobas como en los granos de las minas y en los tejuelos y joyas, más de seiscientos mil pesos, sin la plata e otras muchas joyas que se dejaron de avaluar; y algunos soldados decían que había más. Y como ya no había que hacer en ello sino sacar el

© Biblioteca Nacional de España

real quinto y dar a cada capitán y soldado nuestras partes, e a los que quedaban en el puerto de la Villa-Rica también las suyas, parece ser Cortés procuraba de no lo repartir tan presto, hasta que tuviese más oro e hubiese buenas pesas y razón y cuenta de a cómo salían; y todos los más soldados y capitanes dijimos que luego se repartiese, porque habíamos visto que cuando se deshacían las piedras del tesoro de Montezuma estaba en los montones que he dicho mucho más oro, y que faltaba la tercia parte dello, que lo tomaban y escondían, así por la parte de Cortés como de los capitanes y otros que no se sabía, y se iba menoscabando; e a poder de muchas pláticas se pesó lo que quedaba, y hallaron sobre seiscientos mil pesos, sin las joyas y tejuelos.»

Reparto del oro.

Sacado el real quinto para el emperador don Carlos, manifestó Cortés que había que sacar ahora otro quinto para él, pues con esta condición había aceptado el mando al ser alzado por caudillo en el arenal.

Item más que se le reintegrase de ciertos gastos que había hecho en Cuba para la armada.

Otrosí, que se le pagase el importe de los buques dados al través, pues fué convenido entre todos.

Y que se abonase también el viaje de los procuradores enviados a Castilla.

Y se diese su parte a los que quedaron en Veracruz, y se le indemnizase á él por la pérdida de su caballo, que se le murió.

Y se concediese también parte a los clérigos, y doble parte a los ballesteros y escopeteros.

De suerte que apenas quedaba que repartir entre los soldados, por lo cual muchos no lo quisieron recibir. «Y con todo se quedaba Cortés, dice Bernal Díaz, pues en aquel tiempo no podíamos hacer otra cosa sino callar, porque demandar justicia sobre ello era por de-

© Biblioteca Nacional de España

más; e otros soldados hubo que tomaron sus partes a cien pesos y daban voces por lo demás; y Cortés, secretamente, daba a unos y a otros por vía que les hacía merced por contentallos, y con buenas palabras que les decía sufrían.»

Con tal viveza pinta nuestro autor el estado moral de los conquistadores, que creemos muy oportuno añadir algunas líneas más de sus interesantísimas *memorias*, que no otra cosa es su preciosa crónica.

«Pues vamos a las partes que daban a los de la Villa-Rica, que se lo mandó llevar a Tlascala para que allí se lo guardase; y como ello fué mal repartido, en tal paró todo, como adelante diré en su tiempo. En aquella sazón muchos de nuestros capitanes mandaron hacer cadenas de oro muy grandes a los plateros del gran Montezuma, que ya he dicho que tenía un gran pueblo dellos, media legua de Méjico, que se dice Escapuzalco; y asimismo Cortés mandó hacer muchas joyas y gran servicio de vajilla, y algunos de nuestros soldados que habían henchido las manos; por manera que ya andaban públicamente muchos tejuelos de oro marcado y por marcar, y joyas de muchas diversidades de hechuras, e el juego largo, con unos naipes que hacían de cuero de atambores, tan buenos e tan bien pintados como los de España; los cuales naipes hacía un Pedro Valenciano, y desta manera estábamos. Dejemos de hablar en el oro y de lo mal que se repartió y peor se gozó.»

Ello es que no podía ser mayor el descontento de los soldados, que sin rebozo alguno murmuraban de continuo de su capitán general y de los capitanes, que todo se lo llevaban, hasta el bastimento, enterado de lo cual trataba Cortés de amansarles, ya con buenas palabras, ya con promesas de las grandes riquezas que adquirirían al entrar en las demás ciudades, ya en fin regalando joyas entre los más levantiscos.

© Biblioteca Nacional de España

Y aun ocurrió más, y fué que mediaban terribles disputas entre los jefes, de suerte que un día, por cuestión del reparto, riñeron a estocadas Juan Velázquez de León y el tesorero Gonzalo Mejía, saliendo con dos heridas cada uno, y se hubieran muerto a no separarlos.

Fingió Cortés grande enojo y les puso a ambos en prisiones, para hacer ver que era amigo de la justicia, pero todo era valor entendido. Si puso preso a Velázquez de León fué para que no se dijera que sólo castigaba a Mejía, precisamente el que acusaba a los capitanes de haberse llevado más oro de los montones del que les correspondía. Puestos en libertad por intercesión de Moctezuma, púdose ver que desde entonces no se llevaban bien Cortés y el tesorero del ejército.

No se comprende cómo había cobrado Moctezuma tal cariño a Cortés, sino suponiendo en éste un don de simpatía o tal vez de sugestión extraordinaria, pues por si no fuera bastante haberse declarado vasallo de Carlos V, y hecho donación de sus tesoros a su gente, ofreció ahora a Cortés la mano de una hija suya muy hermosa, para que la tuviese por legítima mujer. Contestóle Cortés agradeciéndole tan gran merced y manifestándole que ya estaba casado, pero que aun así la tomaría y trataría con toda la consideración y honra debidas a su alcurnia; con todo, era preciso que antes se hiciera cristiana, y aceptada la condición fué bautizada a los pocos días.

Inminencia de un alzamiento

Dueño absoluto Cortés de la voluntad de Moctezuma llegó ahora hasta el extremo de pedirle autorización para erigir una capilla a Santa María, con una cruz, en el adoratorio de Huitzilipotzli y Tezcatlipoca (Tezcatepuca).

Inmutóse Moctezuma ante semejante petición y contestó que tenía que consultarlo antes con los papas, pero ello fué que, sin esperar la respuesta, erigióse la

© Biblioteca Nacional de España

capilla, se puso en ella la Cruz y la imagen de la Virgen y se dijo misa.

Poco después se presentaban los papas a Moctezuma y le participaban que Huitzilipotzli y Tezcatlipoca habían hablado con ellos participándoles que si no quitaban aquella cruz y aquellas figuras, y no mataban a los españoles, abandonarían el adoratorio y se marcharían de Méjico.

Grande fué la consternación de Moctezuma y más aún al recibir continuas visitas de sus capitanes, excitándole a que cumpliese lo ordenado por los dioses. El emperador del Anahuac, como siempre, se apresuró a avisar a Cortés. No se le ocultó a éste el peligro que corría, y apelando a sus mañas respondió que estaba dispuesto a reembarcarse, pero que como habían echado a pique las naves les pidiese a los papas un plazo de tres meses, durante los cuales se construirían tres buques en Veracruz, en los cuales partirían, y Moctezuma con ellos, para presentarse al emperador D. Carlos.

Pusiéronse, en efecto, inmediatamente las quillas, mas no por eso dejaban de estar en continua alarma los soldados, constantemente sobre las armas y con los caballos ensillados, sin pegar los ojos por las noches.

En tal estado las cosas, llegaron a Méjico alarmantísimas noticias.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO III

LUCHAS ENTRE ESPAÑOLES

PÁNFILO DE NARVÁEZ. — NEGOCIACIONES. — BATALLA DE CEMPOAL. — DESPUÉS DE LA BATALLA.

Pánfilo de Narváez.

Furioso Diego Velázquez, gobernador de Cuba, al saber que Cortés había enviado sus procuradores a Castilla, con gran cantidad de oro, joyas y objetos de valor, sin darle a él la menor parte de lo convenido, púsolo en conocimiento (por hallarse a la sazón el emperador ausente en Alemania) del obispo de Burgos, D. Juan Rodríguez de Fonseca, presidente del Consejo de Indias.

Ya a la sazón había recibido éste a los procuradores de Cortés, a quienes trató muy mal, y contestó sin pérdida de tiempo a Velázquez que inmediatamente enviase tropas para prender a aquellos facciosos, pudiendo contar con que le prestaría su mayor apoyo.

Alegre Velázquez con la respuesta, organizó con la mayor actividad una fuerte expedición contra Cortés, compuesta de 19 navíos con 1.400 soldados, 20 cañones, mucha pólvora, todo género de proyectiles y aparejos. Pesóle tal resolución a la Real Audiencia de Santo Domingo y envió al oidor Lucas Vázquez de Ayllón

© Biblioteca Nacional de España

para disuadir de ella a Velázquez, pero como éste contaba con el apoyo incondicional de Fonseca, se negó a escucharle, en vista de lo cual quedóse Ayllón para acompañar a los expedicionarios y ver si, ya en Méjico, podía conseguir se llegase a una concordia.

Confióse el mando supremo de la expedición contra Cortés al capitán Pánfilo de Narváez, que daba ya por segura la victoria, pues entre los 1.400 hombres a sus órdenes había 70 arcabuceros, noventa ballesteros y 80 de a caballo.

Diego Velázquez

Aportó la escuadra en San Juan de Ulúa y como anduviesen por allí algunos soldados de los que habían ido con Pizarro a buscar minas, presentáronse tres de ellos a Narváez, a quien dijeron pestes de Cortés, como era que éste había allegado más de 700.000 pesos de oro, tomándoles a los soldados mucha parte del que les correspondía, etc. «Por manera, dice Bernal Díaz, que aquellos que se nos huyeron eran ruines y soeces y decían al Narváez mucho más de lo que quería saber.»

Pero aun llegó a más la bellaquería de aquellos malandrines, y fué que pusieron en conocimiento de Pánfilo cómo a ocho leguas había sido fundada y poblada una villa llamada Veracruz, donde no había más que sesenta soldados, viejos y enfermos, al mando de Gonzalo de Sandoval, y que podría tomar en seguida.

No tardó Moctezuma en saber la llegada de aquella

© Biblioteca Nacional de España

flota, y a escondidas de Cortés envió allá a algunos de sus capitanes, con oro y plata, y con orden de que los pueblos inmediatos les proveyesen de bastimentos a los recién llegados.

Recibidos los jefes mejicanos por Narváez, rompió éste en denuestos contra Cortés y su tropa, diciéndoles que se trataba de gentes malas y ladronas, fugitivos de Castilla, que habían penetrado en Méjico sin orden del rey y que éste le había enviado a él, con su ejército, para que los matase, o los enviase, en las mismas naves, a Castilla, donde serían sentenciados a muerte, sirviendo de intérpretes para que lo entendieran bien los aztecas, los tres traidores soldados, que hemos dicho, y habían aprendido ya la lengua nahua. Además, y como justificante, pintaron los aztecas en dos paños de henequén la vista de la armada.

Gonzalo de Sandoval

Gran contento hubo Moctezuma al participarle sus capitanes lo que habían oído y visto, y, por lo mismo, les envió con nuevos presentes de oro, joyas y mantas a San Juan de Ulúa.

Tres días hacía que Moctezuma era sabedor de todo, cuando observando Cortés que el augusto prisionero mostraba una alegría poco acostumbrada, y como le preguntara a qué venía, temiéndose Moctezuma que el

© Biblioteca Nacional de España

Malinche no estuviera enterado ya y sospechara de su silencio, le dijo la verdad: que habían llegado a San Juan de Ulúa 18 naves españolas (pues había naufragado una, de las menores, en la travesía) y le habían enviado unas pinturas en que estaban representadas al natural, y que suponía había venido aquella flota para recogerles y marcharse todos.

Cortés, que nada sabía hasta entonces, y a quien la vista de la escuadra le causó pésimo efecto, pues harto comprendía que la había enviado Velázquez contra él, disimuló demostrando la mayor alegría.

Como no era posible ocultar la nueva, supiéronlo los soldados, quienes se volvían locos de gozo, creyendo que les llegaban socorros, pero Cortés no dejó que persistieran por mucho tiempo en su error, sino que, reuniendo a capitanes y soldados, les comunicó su sospecha de que aquella armada venía contra ellos, por lo cual les rogaba permaneciesen fieles a su persona, ya que no se habían de quejar, súplica reforzada con reparto de oro, de su propio caudal.

Mientras esto ocurría en Méjico, Pánfilo de Narváez enviaba a un clérigo llamado Guevara, a cierto Amaya, pariente de Velázquez, al escribano Vergara y a tres testigos para que requiriesen a Gonzalo de Sandoval (ya enterado de la llegada de la expedición) a que se entregase y diese obediencia a dicho Narváez, capitán general de Diego Velázquez, a quien Cortés y los suyos habían sido traidores.

Indignóse Sandoval al oir tales palabras; entablóse una violenta disputa, y como resultado mandó el alguacil mayor de Veracruz que los seis fuesen enviados a Cortés, bajo buena escolta, al mando de Pedro de Salis, al mismo tiempo que escribía a su general dándole cuenta de todo.

Como el portador de la misiva llegó a Méjico antes que los otros, Cortés, siempre diplomático, dispuso par-

© Biblioteca Nacional de España

tieran a su encuentro algunos de sus capitanes, con encargo de hacerles grandes agasajos, y aun llegó hasta salir a recibirles.

Poco trabajo le costó catequizarles, con su acostumbrada elocuencia, y untándoles bien las manos con tejuelos y joyas de oro los tornó a Narváez, así «que donde venían muy bravosos leones, volvieron muy mansos y se le ofrecieron por servidores».

Mientras Guevara y sus compañeros iban camino de San Juan de Ulúa, donde había establecido Narváez sus reales, convocaba Cortés a sus capitanes y a algunos soldados de los que merecían su mayor confianza para celebrar consejo acerca de lo que había que hacer.

El acuerdo fué escribirle a Narváez para que no alborotase la tierra y pudiesen advertir los indios ninguna disensión entre unos y otros, terminando con ofrecerse todos por sus servidores.

Entretanto, y ya en el campamento el P. Guevara, Amaya, el escribano Vergara y demás, todos bien *untados*, comenzaron a buscar amigos entre los capitanes de Narváez. Trabajábase con admirable sigilo para atraer aquella tropa al partido de Cortés; eran continuos los envios secretos de tejuelos, cadenas y joyas de oro para los narvaístas, y por si algo faltaba, el oidor Vázquez de Ayllón no se recataba de decir y publicar que aquella expedición de Velázquez contra Cortés era ilegal e injusta.

Empeoró todavía más la cosa con el proceder de Pánfilo de Narváez, que guardaba para sí todo el oro y las mantas que enviaba Moctezuma, sin darle nada a nadie.

Confiado, sin embargo, Narváez en la protección del presidente del Consejo de Indias, D. Juan Rodríguez Fonseca, y sabedor de lo que andaba diciendo el oidor de la Audiencia de Santo Domingo, dió orden de prenderle, y le envió con otros a Castilla, si bien asus-

© Biblioteca Nacional de España

tado el capitán del buque que les conducía, varió de rumbo y los llevó a Santo Domingo.

Por otra parte, como Narváez se mostraba muy sañudo contra los que hablaban bien de Cortés, varios soldados que se habían expresado en este sentido desertaron y fueron a ofrecer sus servicios a Sandoval, en Veracruz.

Narváez, siempre torpe, inepto y con una mala sombra que asustaba (caso no infrecuente en nuestra historia) fué a sentar sus reales en Cempoal, donde tan buenos recuerdos había dejado Cortés, y le faltó tiempo para soliviantar a todos, del primero al último. Y fué que en vez de proceder, como Cortés, con toda maña y buenos modos, le arrebató al *cacique gordo,* esto es, al principal, todas las mantas, ropas y joyas que tenía, y por si no bastara, se apoderó también de las indias que los caciques, sus padres, habían dado a los capitanes y soldados distinguidos de Cortés, y que éstos habían dejado en casa de sus familias, por ser harto delicadas para ir a la guerra. Por otra parte, Pánfilo de Narváez dejaba que sus soldados viviesen sobre el país y cometiesen toda suerte de robos, cosa que jamás había consentido el *Malinche.*

De todo ello tenía cabal conocimiento D. Hernando Cortés (*Cortesillo,* como le llamaban los paniaguados de Narváez), quien reuniendo a sus capitanes y a sus íntimos, entre los cuales hay que contar, como uno de los más atendidos en su consejo a nuestro Bernal Díaz del Castillo, les consultó su parecer respecto a lo que debería hacerse.

La respuesta fué unánime: salir de Méjico y atacar a Narváez.

Este era también el ánimo de D. Hernando; el capitán Pedro de Alvarado, con su gente y los que no tuviesen buena disposición para ir contra Narváez, quedarían en Méjico, con el encargo de guardar a Mocte-

© Biblioteca Nacional de España

zuma. Dejósele a Alvarado buena provisión de maíz, gallinas y otros bastimentos; reforzáronse las obras de defensa del cuartel; se artilló éste con un falconete cuatro tiros gruesos, y se creyó ser lo bastante para poder resistir. En suma, eran 83 hombres, con siete caballos.

Moctezuma, que ocultaba a Cortés enviara a Narváez oro, mantas y víveres (y lo mismo hacía Cortés ocultándole que lo sabía todo), le preguntó al Malinche cómo podía ser que unos cristianos les hicieran la guerra a otros cristianos; que anduviese con cuidado, pues los de Narváez eran cinco veces más, a lo cual contestó Cortés, por medio de aquella admirable D.ª Marina, su amante e intérprete, y del buen Aguilar, que era cierto lo que decía; que todos eran cristianos y vasallos del emperador D. Carlos, y que el caso se reducía a ser los suyos *castellanos*, y los de Narváez, *vizcaínos;* gente de habla enrevesada, como los otomís respecto a los aztecas.

Despidiéronse Moctezuma y Cortés abrazándose dos veces, y bien impuesto Pedro de Alvarado de lo que debía hacer, salió Cortés de Méjico con el resto de su tropa, camino de Cempoal, por Cholula.

Jamás habían faltado a su amistad los tlascaltecas, y, por lo mismo, envió Cortés a suplicar a Xicotenga, Masse Escaá y demás caciques de Tlascala le enviasen 4.000 hombres, a lo cual, muy discretamente, respondieron que si se tratara de pelear españoles contra mejicanos, sí lo harían, pero no querían intervenir en luchas entre *teules,* con sus caballos y sus truenos.

Habida la respuesta, y con ella una buena provisión de gallinas, prosiguió la marcha; Cortés envió orden a Sandoval de que saliera de Veracruz y fuese a reunírsele con toda su gente en Tampaniquita, a doce leguas de Cempoal.

Marchaba Cortés en perfecto orden, con exploradores

© Biblioteca Nacional de España

y flanqueadores, a caballo los primeros, y hubieron éstos de toparse con unos españoles que seguían por caminos apartados. Les detuvieron y resultaron ser un escribano de Narváez llamado Alonso de Mata y cuatro más; interrogado el Mata, manifestó que iba al encuentro de Cortés para notificarle las provisiones, o traslados de las mismas, en cuya virtud debían prestar obediencia a Diego de Velázquez.

Cortés, siempre dueño de sí, les recibió con afable semblante, y preguntó a Mata si era escribano del rey, con lo cual quedó confuso, pues no lo era. No por eso se enfadó D. Hernando, sino que les manifestó que ya se vería con Narváez; mandó tratarles con toda la esplendidez posible, les *untó* bien, y el escribano y sus acompañantes volvieron grupas, y les faltó tiempo, al llegar al campamento de Cempoal, para ponderar la riqueza del campo de Cortés, donde todos los soldados lucían cadenas de oro, y deshacerse en elogios de la generosidad de D. Hernando.

Llegada la hueste de Cortés a un pueblo llamado Panguaquinita se les agregó Sandoval, con sesenta soldados de la guarnición de Veracruz.

Negociaciones Era Cortés un admirable tipo de astucia o *travesura*, como decimos hoy. No hubiese querido llegar a las manos con él, y por lo mismo, procuraba en lo posible evitarlo; lo que él quería era que se le pasase el ejército del pobre Narváez, asaz cerrado de mollera.

Con este objeto envió al campamento narvaísta al P. Fray Bartolomé de Olmedo, de la orden de la Merced, íntimo suyo, para que, de su parte, entregase una nueva carta a Narváez, aunque el verdadero objeto era atraerse a sus capitanes y soldados. Sin embargo, estaba tan hábilmente redactada la misiva que no podemos menos de dar cuenta de ella, con referencia a Bernal Díaz. Decía, pues, previas algunas sentidas fra-

© Biblioteca Nacional de España

Matanza de españoles en las calzadas de Méjico

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

ses de acato y cortesía, «que nos habíamos holgado de su venida, e creíamos que con su generosa persona haríamos gran servicio a Dios nuestro Señor y a su majestad; e que no nos ha querido responder cosa ninguna, antes nos llama de traidores, siendo muy leales servidores del Rey; e ha vuelto toda la tierra con las palabras que envió a decir a Montezuma; e que le envió Cortés a pedir por merced que escogiese la provincia en cualquiera parte que él quisiese quedar con la gente que tiene, o fuese adelante, e que nosotros iríamos a otras tierras e haríamos lo que a buenos servidores de su majestad somos obligados; e que le hemos pedido por merced que si trae provisiones de su majestad que envíe los originales para ver y entender si vienen con la real firma y ver lo que en ellas se contiene, para que luego que lo veamos, los pechos por tierra para obedecerla; e que no ha querido hacer lo uno ni lo otro, sino tratarnos mal de palabra y revolver la tierra; que le pedimos y requerimos de parte de Dios y del Rey nuestro señor que dentro de tres días envíe a notificar los despachos que trae con escribano de su majestad, e que cumpliremos como mandado del Rey nuestro señor todo lo que en las reales provisiones mandare; que para aquel efeto nos hemos venido a aquel pueblo de Panguenezquita, por estar más cerca de su real; e que si no trae las provisiones y se quisiere volver a Cuba, que se vuelva y no alborote más la tierra, con protestación que si otra

Bartolomé de Olmedo

© Biblioteca Nacional de España

cosa hace, que iremos contra él a le prender y enviallo preso a nuestro rey y señor, pues sin su real licencia nos viene a dar guerra e desasosegar todas las ciudades; e que todos los males e muertes y fuegos y menoscabos que sobre esto acaecieren, que sea a su cargo, y no al nuestro; y esto se escribe ahora por carta misiva, porque no osa ningún escribano de su majestad írselo a notificar, por temor no le acaezca tan gran desacato como el que se tuvo con un oidor de su majestad, y que ¿dónde se vió tal atrevimiento de le enviar preso? Y que allende de lo que dicho tiene, por lo que es obligado a la honra y justicia de nuestro rey, que le conviene castigar aquel gran desacato y delito, como capitán general y justicia mayor que es de aquesta Nueva-España, le cita y emplaza para ello, y se lo demandará usando de justicia, pues es crimen *laesæ majestatis* lo que ha tentado, e que hace a Dios testigo de lo que ahora dice; y también le enviamos a decir que luego volviese al cacique gordo las mantas y ropa y joyas de oro que le había tomado por fuerza, y ansimismo las hijas de los señores que nos habían dado sus padres, y mandase a sus soldados que no robasen a los indios de aquel pueblo ni de otros. Y después de puesta su cortesía y firmada de Cortés y de nuestros capitanes y algunos soldados, iba allí mi firma; y entonces se fué con el mismo padre fray Bartolomé de Olmedo un soldado que se decía Bartolomé de Usagre, porque era hermano del artillero Usagre, que tenía cargo del artillería de Narváez; y llegados nuestro religioso y el Usagre a Cempoal, adónde estaba el Narváez, diré lo que dice que pasó.»

Entregó la carta fray Bartolomé de Olmedo, y desde luego mostróse gran servidor de Narváez, mientras lo cual no cesaba de conspirar para atraerse a los capitanes y, sobre todo, a los de artillería, Rodrigo Mina y cierto Usagre, así como al secretario particular de Ve-

© Biblioteca Nacional de España

lázquez, que era aquel Andrés de Duero, consocio de Cortés cuando se organizó la tercera expedición al Yucatán.

Mientras fray Bartolomé de Olmedo trabajaba con tanta habilidad como fortuna en el campamento de Narváez, Cortés, persuadido de que tarde o temprano habría de llegar a las manos con aquél, se procuró, por medio de un valiente y experto veterano de Ilia, llamado Tovilla, el concurso de unos indios chichiuatecas, muy enemigos de los mejicanos o aztecas, habitantes en una provincia, distante diez o doce leguas de Méjico y vecina a una de las que habían reconocido nuestros soldados en busca de minas.

El principal objeto era, sin embargo, pedirles unas lanzas muy grandes que usaban, armadas de dos navajas de pedernal. Estas navajas debían ser substituídas por otras brazas de cobre, del cual tenían mucho los chichiuatecas, todo al objeto de poder oponerse a la caballería de Narváez. Todo salió a pedir de boca; Tovilla volvió con 300 magníficas lanzas de gran largor.

Otro soldado llamado Barrientos, se concertó con los caciques chichiuatecas para que acudieran a Cortés con 2.000 guerreros, armados de lanzas con las puntas de cobre en vez de pedernal, y así lo hicieron aunque no inmediatamente, sino después.

Pasaremos por alto las negociaciones y pláticas seguidas entre Cortés y Narváez para llegar a un acuerdo, bastando decir que el que hablaba con el primero se pasaba en seguida a su bando.

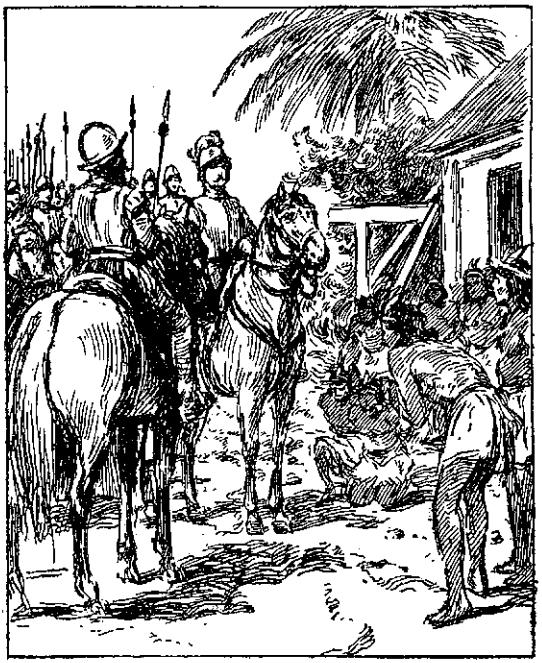
Hecho el recuento de las fuerzas de Cortés, resultó que no pasaban de 206 hombres piqueros, armados con las picas de Chiuauta, e incluyendo el atambor y el pífano; cinco de a caballo; dos artilleros, y unos cuantos arcabuceros y ballesteros y el bueno de fray Bartolomé de Olmedo. En cambio los de Narváez eran *cinco veces más.*

Abandonó Cortés sus estancias de Panguaniquita y

© Biblioteca Nacional de España

avanzó sobre Cempoal, a cuya noticia salió Pánfilo de Narváez para presentarle batalla al otro, deteniéndose a un cuarto de legua de la población, bajo una lluvia diluviana.

No podía ser más imponente el campo de Narváez con su artillería y caballería, sus escopeteros, balleste-



Indios cautivos

ros y piqueros, y de ahí que no le cupiese la menor duda de que acabaría con todos los de Cortés.

Poco acostumbrados los narvaístas a tales remojones, y, por otra parte, asaz desdeñosos sus capitanes de los cortesistas, a quienes tenían en muy poco, convencieron a Narváez de que no valía la pena de molestarse tanto

© Biblioteca Nacional de España

para esperar a doscientos, y que lo mejor que podía hacer era volverse al real y emplazar la artillería, compuesta de 18 tiros gruesos, delante de sus aposentos. Aparte de esto, aconsejaron los capitanes que toda la noche permaneciesen 40 jinetes en el camino por donde había de pasar la gente de Cortés para ir a Cempoal y vigilasen el vado de un río por donde tenía que cruzar el enemigo, con encargo de participar rápidamente los centinelas de a caballo la presencia de aquél.

A todo accedió Narváez, que retornó a Cempoal despues de haber prometido mil pesos a quien trajese vivos o muertos a Cortés o a Gonzalo de Sandoval. El grito de guerra debía ser *¡Santa María!*

Batalla de Cempoal.

Avanzaba entretanto Cortés, y al llegar la hueste a una legua del río que hemos dicho, mandó guardar silencio para echarles a sus capitanes y soldados un elocuentísimo discurso, que aun tal como lo extracta Bernal Díaz, merece figurar entre los más admirables trozos de nuestra literatura militar.

Recordaba Cortés las maravillosas proezas realizadas por su tropa desde la salida de Cuba; los trabajos que habían pasado; la gloria que alcanzado habían y acabó censurando enérgicamente a Narváez que venía a arrebatarles ahora el fruto de tantos afanes y les amenazaba con matarles o prenderles a todos, por lo cual les pedía su concurso para vencerle.

Los capitanes y soldados, enardecidos por la magnífica arenga de Cortés, respondieron que estaban prontos a dar sus vidas, pero que no anduviese con tratos ni inteligencias, pues si alguna cosa hacía fea le matarían a estocadas.

Grandemente se holgó Cortés de aquel sentir y acabó de entusiasmar a su gente haciéndoles toda suerte de ofertas y promesas de riquezas y de gloria.

Mandó en seguida formar a su gente, por capitanías,

© Biblioteca Nacional de España

colocando a vanguardia a Pizarro con sesenta soldados mancebos. Su misión era apoderarse de los 18 cañones que Narváez había emplazado delante de sus estancias de Cempoal, y ya tomadas las piezas, debía Gonzalo de Sandoval, con otros sesenta, atacar el cuartel general de Pánfilo, que lo tenía en un elevado cu, con orden de prenderle, y si se resistía, de matarle. Y por si no bastara el ardor con que todos se disponían a atacar, prometió que al primer soldado que le echase mano a Narváez le daría 3.000 pesos, al segundo 2.000 y al tercero mil, «para guantes».

Juan Velázquez de León debía encargarse de acometer a Diego Velázquez (sobrino del de Cuba) con otros sesenta hombres, y Cortés quedaría de reserva con 20 soldados para acudir donde fuese menester.

Imposible parece que con tan corto número de gente se atreviese Cortés a atacar a un enemigo tan poderoso, pero contaba (y esto no se lo quiso decir a sus soldados para que no fiasen más que en su valor) con inteligencias en el real de Narváez.

El grito de guerra debía ser: *¡Espíritu Santo!*

Llegó la noche, lluviosa, y con el mayor silencio se puso en marcha la hueste hacia el río, donde prestaban servicio de vigilancia dos jinetes de Narváez. Uno de ellos fué sorprendido, durmiendo, y el otro, llamado Hurtado, echó a correr gritando: —¡Alarma! ¡alarma, que viene Cortés!

He aquí cómo describe la batalla Bernal Díaz, que iba con Pizarro, a vanguardia:

«Y como vimos que el Hurtado fué a dar mandado, no nos detuvimos cosa, sino que el Hurtado iba dando voces y mandando dar al arma, y el Narváez llamando sus capitanes, y nosotros calando nuestras picas y cerrando con su artillería, todo fué uno, que no tuvieron tiempo sus artilleros de poner fuego si no cuatro tiros, y las pelotas algunas dellas pasaron por alto, e una dellas

© Biblioteca Nacional de España

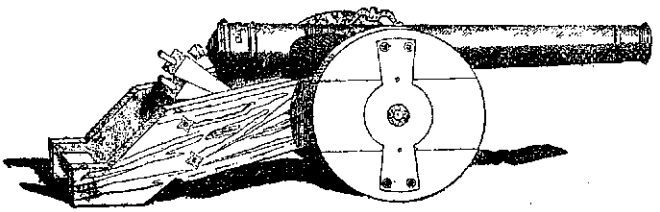
mató a tres de nuestros compañeros. Pues en este instante llegaron todos nuestros capitanes, tocando al arma nuestro pífaro y atambor; y como había muchos de los de Narváez a caballo, detuviéronse un poco con ellos, porque luego derrocaron seis o siete dellos. Pues nosotros los que tomamos el artillería no osábamos desampararla, porque el Narváez desde su aposento nos tiraba saetas y escopetas; y en aquel instante llegó el capitán Sandoval y sube de presto las gradas arriba, y por mucha resistencia que le ponía el Narváez y le tiraban saetas y escopetas y con partesanas y lanzas, todavía las subió él y sus soldados; y luego como vimos los soldados que ganamos el artillería que no había quien nos la defendiese, se la dimos a nuestros artilleros por mí nombrados, y fuimos muchos de nosotros y el capitán Pizarro a ayudar al Sandoval, que les hacían los de Narváez venir seis o siete gradas abajo retrayéndose, y con nuestra llegada tornó a las subir, y estuvimos buen rato peleando con nuestras picas, que eran grandes; y cuando no me cato oímos voces del Narváez, que decía: «Santa María, valéme; que muerto me han y quebrado un ojo;» y cuando aquello oímos, luego dimos voces: «Vitoria, vitoria por los del nombre del Espíritu Santo; que muerto es Narváez;» y con todo esto no les pudimos entrar en el cu donde estaban hasta que un Martín López, el de los bergantines, como era alto de cuerpo, puso fuego a las pajas del alto cu, y vinieron todos los de Narváez rodando las gradas abajo; entonces prendimos a Narváez, y el primero que le echó mano fué un Pero Sánchez Farfán, e yo se lo dí al Sandoval y a otros capitanes del mismo Narváez que con él estaban todavía dando voces y apellidando: «Viva el Rey, viva el Rey, y en su real nombre Cortés; vitoria, vitoria; que muerto es Narváez.»

Ocurría todo esto, lloviendo, y en la obscuridad de la noche; seguían resistiendo los demás capitanes, bien

© Biblioteca Nacional de España

fortificados en los cues, distinguiéndose en especial por su brava defensa Diego Velázquez y cierto Salvatierra, acérrimo enemigo de Cortés, hasta que por fin fueron vencidos y hechos prisioneros.

Ya cerca del amanecer se dejó ver la luna, y como se suponía que Narváez había situado cuarenta caballos a orillas del río para que atacaran por retaguardia a los de Cortés cuando éstos les acometiesen, envió D. Hernando al maestre de Campo (coronel) Cristóbal de Olid para que, con breves palabras, les atrajera, como lo hizo, viniendo entre ellos sus amigos Ducro y Bermúdez, que tanto habían trabajado para sobornar a los



Cañón. (De un dibujo del archivo de Simancas)

soldados de Narváez, y «así como venían, iban a besar las manos de Cortés, que estaba sentado en una silla de caderas, con una ropa larga de color como naranjada, con sus armas debajo, acompañado de nosotros. Pues ver la gracia con que les hablaba y abrazaba, y las palabras de tantos cumplimientos que les decía, era cosa de ver qué alegre estaba; y tenía mucha razón de verse en aquel punto tan señor y pujante; y así como le besaban la mano se fueron cada uno a su posada».

Después de la batalla.

Victoriosos los soldados de Cortés y presos o muertos los capitanes de Narváez, llegaron aquellos indios de Chiuauta, cuyo concurso había pedido Cortés por medio de Barrientos, siendo admirable la buena ordenanza en que iban formados,

© Biblioteca Nacional de España

su magnífico armamento y el buen aspecto que ofrecían sus personas. Recibióles Cortés con mucho agrado, repartióles cuentas de vidrio y les rogó se volvieran a sus pueblos, por no ser ya necesario su auxilio.

Siempre previsor, envió a toda prisa al capitán Francisco de Lugo al puerto donde estaba fondeada la escuadra de Narváez con orden de conducir a Cempoal a todos los pilotos y maestres, y sacar las velas, los timones y las agujas para que no pudiesen ir a dar parte a Velázquez de lo ocurrido, y que en caso de no querer obedecer se los llevase presos.

Todos obedecieron, y ya en Cempoal prestaron juramento de fidelidad a Cortés, el cual, previo un buen regalo de tejuelos de oro, nombró almirante y capitán de la mar al maestre Pedro Caballero, que hasta entonces había estado a las órdenes de Narváez.

Siempre diplomático, Cortés procuró atraerse a los capitanes narvaístas, poniéndoles en libertad y colmándoles de regalos, lo cual dió motivo a que sus leales de siempre se sintiesen agraviados, y aun hubo algunos capitanes que sostuvieron por ello violentas disputas con Cortés. Sólo continuaba preso Narváez, el cual, con la mala sombra que le acompañaba siempre, había traído de Cuba un negro con viruelas, propagándose luego la enfermedad por todo Méjico, con terrible mortandad de indios, y con Narváez, el veedor Salvatierra, señalado por las insolencias que profería siempre contra D. Hernando.

Todo era satisfacción en el real de Cortés, y ocupábase éste en disponer lo necesario para poblar la costa de Pánuco (Tampico) y Guacacualco, cuando llegaron de Méjico las más funestas nuevas.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IV

LA RETIRADA DE MÉJICO

DECLARACIÓN DE GUERRA. — EL ATAQUE. — MUERTE DE MOCTEZUMA. — LA NOCHE TRISTE. — BATALLA DE OTUMBA. — TLASCALA. — CUAHUTEMOC. — REFUERZOS A CORTÉS.

Declaración de guerra.

Dijimos ya que sólo había quedado en Méjico el capitán Pedro de Alvarado con 83 hombres, muchos de ellos enfermos, y siete caballos. Hubiera debido, con tan poca gente, conducirse con la mayor prudencia, pero no fué así, antes bien, sin encomendarse a Dios ni al diablo, salió un día de sus cuarteles y subiendo al cu, donde celebraban (con permiso suyo) una gran fiesta los principales personajes y caciques, mató e hirió a muchos de ellos, perdiendo por su parte seis soldados.

Esto noticiaron a Cortés, en Cempoal, cuatro emisarios procedentes de Méjico, añadiendo que por ello había tenido grande enojo Moctezuma. Acto seguido se dispuso Cortés a pasar allá a marchas forzadas, después de enviar presos a Veracruz a Pánfilo Narváez y Salvatierra, bajo la custodia de Rodrigo Rangre, y abandonado todo plan de colonización, hizo el recuento de sus fuerzas, que resultaban harto débiles para lo que se proponía.

© Biblioteca Nacional de España

Ningunas ganas tenían, en efecto, de seguirle los soldados de Narváez, en cosa que en nada les atañía, pero como Cortés tenía el don de seducir a cuantos se le acercaban, lo consiguió por fin, con promesas de grandes riquezas y buenos cargos.

Pasada revista resultó que su hueste se componía de 1.300 soldados, 80 ballesteros, 80 arcabuceros y 96 caballos, a los cuales se agregaron después, al llegar a Tlascala, 2.000 indios de guerra. Pasaron por Tezcuco, donde fueron acogidos con marcado disgusto, y por fin entraron en Méjico el día de San Juan, de 1520, sin verse a nadie por las calles.

Pedro de Alvarado

Excusóse Alvarado lo mejor que pudo del desaguisado cometido, sin que Cortés insistiese mucho en reprenderle, antes bien, se echaba de ver que había cambiado totalmente su manera de sentir respecto a los mejicanos y sobre todo al desgraciado Moctezuma. Como había asegurado a los narvaístas que allí no había más voluntad que la suya y vieron que en la gran cuidad de Tezcuco primero, y después en Méjico, no había salido nadie a recibirles, teníalo a gran desaire, y lo pagó Moctezuma, de quien ahora hablaba con el mayor desprecio y aun con encono, hasta reconvenirle por ello sus propios capitanes.

© Biblioteca Nacional de España

Trascendieron a noticia de los caciques aquellas injurias y amenazas que de continuo profería, y todo inducía a pensar que los naturales se levantarían en armas contra el que consideraban como usurpador y tirano.

Pronto quedó confirmada la presunción: llegó un soldado a quien había enviado al cercano pueblo de Tacuba a buscar a unas indias, entre ellas la hija de Moctezuma, que había dejado en casa de aquel cacique al salir contra Narváez, y se vió que venía muy mal herido. El soldado dijo que le habían quitado las indias y que todo el pueblo y los caminos estaban llenos de gente de guerra; que le habían inferido dos heridas; que suerte había tenido en escapar, pues le querían llevar a sacrificar en un cu, y por fin que los insurrectos habían deshecho un puente.

Quedaba, pues, declarada la guerra; después de tantos meses de sujeción, los mejicanos apelaban a las armas, y el alzamiento resultaba formidable.

El ataque. Estaban sitiados los españoles en sus aposentos, y los mejicanos habían pegado fuego en ellos. El ataque duró todo el día y toda la noche, para continuar al siguiente, y era tan furiosa la pelea que los soldados que habían combatido en Italia, y contra la artillería del rey de Francia y la del Gran Turco, juraban que jamás habían visto una guerra tan bravosa.

Los mejicanos atacaban por veinte partes a la vez, abriendo continuas brechas y aun tratando de escalar los aposentos, sin que bastaran a hacerlos retroceder los tiros, los arcabuzazos ni las ballestas, antes bien, decían «que en aquel día no había de quedar ninguno de nosotros, y que habían de sacrificar a sus dioses nuestros corazones y sangre, y con las piernas y brazos, que bien tendrían para hacer hartazgas y fiestas; y que los cuerpos echarían a los tigres y leones y víboras y cule-

© Biblioteca Nacional de España

bras que tienen encerrados, que se harten dellos; e que a aquel efecto ha dos días que mandaron que no les diesen de comer; y que el oro que teníamos, que habríamos mal gozo dél y de todas las mantas; y a los de Tlascala que con nosotros estaban les decían que les meterían en jaulas a engordar, y que poco a poco harían sus sacrificios con sus cuerpos. Y muy afectuosamente decían que les diésemos su gran señor Montezuma, y decían otras cosas; y de noche asimismo siempre silbos y voces, y rociadas de vara y piedra y flecha; y cuando amaneció, después de nos encomendar a Dios, salimos de nuestros aposentos con nuestras torres, que me parece a mí que en otras partes donde me he hallado en guerras en cosas que han sido menester, las llaman buros y mantas; y con los tiros y escopetas y ballestas delante, y los de a caballo haciendo algunas arremetidas; e como he dicho, aunque les matábamos muchos dellos, no aprovechaba cosa para les hacer volver las espaldas, sino que si siempre muy bravamente habían peleado los dos días pasados, muy más fuertes con mayores fuerzas y escuadrones estaban este día; y todavía determinamos que, aunque a todos costase la vida, de ir con nuestras torres e ingenios hasta el gran cu del Huichilobos».

No podía concebirse mayor temeridad que semejante intento, y sin embargo, lo llevaron a cabo aquellos prodigiosos héroes de valor. Oponíanse a la subida miles y miles de aztecas, y, sin embargo, subieron, mostrándose siempre Cortés en primera línea.

Ya dentro del cu vieron que había desaparecido la cruz y la imagen de la Virgen, en vista de lo cual los españoles y tlascaltecas prendieron fuego a la sala donde estaban los ídolos de Huitzilipochtli y Tezcatlipoca, prontamente consumidos por el fuego.

Por fin se retiraron aquellos valentísimos soldados, *todos heridos*, con cuarenta muertos, encontrando in-

© Biblioteca Nacional de España

vadidos por los mejicanos muchos aposentos, de los cuales costó mucho arrojarlos.

Toda la noche se pasó curando a los heridos y enterrando a los muertos, en medio de las maldiciones de los soldados de Narváez, que renegaban de la hora funesta en que habían seguido a Cortés.

Apenas amaneció, y era ya el tercer día, renovóse el ataque, con mayor furor que nunca. No se habían visto hasta entonces más espesas nubes de piedras, flechas y varas.

Muerte de Moctezuma.

Era imposible sostenerse más, y, por lo mismo, cambiando Cortés de actitud respecto a Moctezuma, pidióle a éste que saliese a una azotea y mandase a los mejicanos cesasen en sus hostilidades, pues los españoles se irían en seguida de la ciudad. Aunque con mucha resistencia accedió el pobre Moctezuma; oyéronle en silencio los congregados delante de la azotea, pero al acabar, volvieron de nuevo los revoltosos a disparar sus armas, y el infeliz emperador del Anahuac recibió tres pedradas y un flechazo de que no tardó en morir.

La Noche triste.

Pereció el soberano de Méjico sin haber querido volverse cristiano, y como de hecho ejercíamos allí lo que se llama hoy el protectorado, lo cual no impide que haya en Túnez y Marruecos unos titulados beyes o emperadores, envió Cortés a participar la nueva del fallecimiento al cacique que los mejicanos proclamaran por emperador, durante la prisión de Moctezuma, y era cierto Quetlavaca, señor de Iztapalapa, bien conocido por su profundo odio a los españoles.

Procuraba Cortés no enredar más la situación; hizo presente a los mejicanos como no habían sido los españoles los que habían matado a Moctezuma; entregó el cadáver de éste a algunos capitanes y papas que tenía prisioneros para que lo llevasen a Iztapalapa, mas no

© Biblioteca Nacional de España

por eso cesaba la terrible hostilidad contra los cuarteles, antes bien, las amenazas eran más terribles que nunca. Decían los mejicanos, arengados fogosamente por el nuevo emperador Quetlavaca, que antes de dos días no había de quedar vivo ninguno de los nuestros.

La situación era tan desesperada que Cortés acordó salir a toda costa de Méjico, ya que era excusado pensar en las paces, y jugando Cortés el todo por el todo, realizó su plan, con todos los suyos, al cabo de algunos días de continua pelea, a favor de la obscuridad de la noche.

Como se sabía que los mejicanos habían quebrado los puentes por donde se salvaban las cortaduras hechas en las calzadas que cruzaban por la laguna hasta tierra firme, mandó Cortés que se construyese un puente de maderas y ballestas, para pasar aquellos trechos; ordenó su tropa, dando instrucciones a cada capitán respecto a lo que había que hacer, y a la hora señalada, partieron todos con los tesoros y el botín, y con doña Marina y D.ª Luisa (hija del tlascalteca Xicotenga) con gran escolta. Digamos de paso que Cortés quería que los soldados le entregaran los chalchihuis de que se habían apoderado en el tesoro de los aposentos, pero no todos los dieron.

Era la noche lluviosa y andaban algo descuidados los mejicanos; pasó sin novedad la vanguardia, donde iban Cortés y Sandoval, pero no así el resto de la columna. La catástrofe fué terrible; atacados los españoles y tlascaltecas por las canoas de los mejicanos, murieron a centenares, ya ahogados, ya atravesados por las flechas de los indios que con sus canoas ocupaban los lados de las calzadas, y si bien Cortés y algunos capitanes consiguieron llegar a tierra firme, murieron muchísimos en los diques y cortaduras, sin que se les pudiese prestar auxilio a los heridos.

Nuestras bajas eran enormes, a la verdad, y aun podía decirse que felices los muertos, pues los heridos

© Biblioteca Nacional de España

y prisioneros eran guardados para arrancarles los corazones y ser sacrificados luego a Huitzilipochtli y a Tezcatlipoca. Díjose que Pedro de Alvarado pudo pasar uno de los puentes destruídos dando un salto de un extremo a otro con su lanza, pero tal habilidad es pura leyenda; no hubo tal *salto de Alvarado,* sino que éste pasó como mejor pudo agarrado a los cadáveres y a los bultos que flotaban en la laguna.

Sea como fuere, y con pérdida de muchos centenares de hombres, se pudo pasar la laguna hasta llegar a Tacuba, pero como los mejicanos no cesaban en su persecución fué preciso pensar en continuar la retirada, con la gran impedimenta que resultaba de los muchos heridos.

Había tenido que ser arrojada al agua la artillería; faltaban gran número de capitanes, y Cortés, tendido bajo una ceiba lloró, como lloraban todos, de donde se solió después llamar a aquélla *la noche triste.*

Pasada lista resultó que habían muerto o desaparecido más de seiscientos españoles y dos mil tlascaltecas; perdiéronse además casi todos los caballos, casi toda la artillería, las municiones, los bagajes.

Había que marchar cuanto antes; al amanecer continuaron los españoles la marcha por un país estéril, y, por lo pronto, para defenderse de los furiosos ataques de los aztecas se refugiaron en un cu o adoratorio, donde permanecieron cercados todo aquel día y la siguiente noche.

El plan de Cortés consistía en retirarse a Tlascala, aunque no estaba muy seguro del recibimiento que allí le harían ahora. Prosiguió la marcha y de continuo les iban al alcance los aztecas, que no cesaban de gritar: «*Allí iréis todos donde no quede ninguno de vosotros para contarlo.*»

Batalla de Otumba.

Después de andar buen espacio por terreno quebrado, salieron los españoles a un gran valle llamado de Otumba, donde se hallaban esperándoles grandes escuadrones de mejicanos.

© Biblioteca Nacional de España

Batalla de Otumba

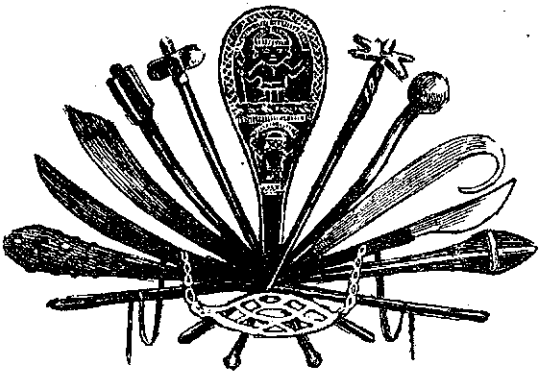
© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Aquellos escuadrones eran los mismos que les venían persiguiendo desde *la noche triste,* pero mucho más reforzados ahora, hasta un número enorme. ¿Cómo era posible salir de aquel terrible paso?

No perdió, sin embargo, ni un momento la serenidad Cortés; arengó a sus tropas, asegurando que Dios sería en su ayuda y lanzando el grito de *¡Santiago y San Pedro!* dió la señal de acometida. (Principios de julio de 1520.)

Trábose la pelea, más encarnizada que nunca, como



Espadas, macanas y hondas

que únicamente se trataba de matar y morir. «Oh que cosa de ver, dice Bernal Díaz, era esta tan temerosa y reñida batalla, como andábamos pie con pie, y con que furia los perros peleaban, y que herir y matar hacían en nosotros con sus lanzas y macanas y espadas de dos manos!»

De pronto distinguió Cortés en lo más espeso de las filas aztecas el estandarte del imperio, que solamente se desplegaba en circunstancias excepcionales, y como, según los mejicanos, la victoria dependía de que se conservase el estandarte, arremetió contra él Cortés,

© Biblioteca Nacional de España

seguido de algunos capitanes, con los pocos caballos que, aunque heridos, podían prestar todavía algún servicio. Lanzóse, pues, contra la fuerte y escogida escuadra que defendía la sagrada enseña, y de una lanzada derribó al abanderado. Horrorizados los mejicanos al ver caído el estandarte, apelaron a la más desordenada fuga, con tal abatimiento de su ánimo que se dejaban matar sin resistencia. Veinte mil cadáveres sobre la llanura atestiguaron la derrota de los aztecas.

Esta batalla de Otumba, tan desigual por el número de los contendientes, es la más famosa de cuantas tuvieron los españoles en América, y una de las más memorables de la historia.

En Tlascala Al siguiente día entraban los vencedores en la república de Tlascala, cuyo senado y pueblo les recibieron con el más férvido entusiasmo. Con todo, no dejaba Cortés de hallarse algo inquieto; su ejército había quedado muy reducido, y, por lo tanto, no había de conservar tal vez su antiguo prestigio, a lo cual se agregaban los continuos ofrecimientos del emperador Quetlavaca para ver de atraerse a los tlascaltecas. Por otra parte, el país se atrevía ahora contra ellos como nunca hubiese pasado. En la provincia de Tepeaca habían sido asesinados nueve españoles de la villa de Veracruz, y sorprendida una partida de 42 soldados narvaístas que se dirigían a Méjico para juntarse con sus compañeros, ignorando la catástrofe de la laguna, fueron todos muertos.

Harto comprendió Cortés que era preciso hacer cuanto antes un escarmiento, para no caer en menosprecio. Los admirables tlascaltecas le proporcionaron 4.000 guerreros y con ellos y su tropa partió para Tepeaca, a seis o siete leguas de Tlascala, y otros pueblos que se habían significado también contra los españoles.

Contaba Cortés con 420 soldados, casi todos de es-

© Biblioteca Nacional de España

pada y rodela, 17 caballos y seis ballestas. No había artillería ni arcabuces, pues todo se perdió en los puentes, y si acaso se habían salvado algunas escopetas eran inútiles por falta de pólvora.

Por fortuna, el país era abundante en mantenimientos y la jornada se hacía sin dificultades. Ya cerca de Tepeaca envióles a decir Cortés a aquellos habitantes que iba allá para inquirir quiénes mataron a los soldados que iban para Méjico y a qué venía los robos que cometían en territorio de Tlascala, dándoles orden al propio tiempo de expulsar a los muchísimos aztecas que allí se hallaban, so pena de fuertes castigos.

Los tepeacas contestaron en desabridos términos, y después de varios recados por medio de parlamentarios acabaron por conminarles a los españoles a que se retirasen y se preparasen el mejor día a ser muertos y comidos. Cortés, entonces, con toda solemnidad mandó al escribano extendiese un acta dando fe de todo lo anteriormente ocurrido, y que se diesen por esclavos a todos los aliados de Méjico que hubiesen muerto españoles, porque habiendo dado la obediencia a Su Majestad se levantaron y mataron sobre ochocientos y sesenta de los nuestros y sesenta caballos, y a los demás pueblos por salteadores de caminos y matadores de hombres.

Dióse la batalla, que fué muy brava, y conforme lo mandado fueron hechos prisioneros gran número de hombres, que los tlascaltecas se llevaron como esclavos, mientras se quedaban las mujeres y los muchachos.

Tomada Tepeaca, fué confiada a Gonzalo de Sandoval, para que la guardase y poblase, con el nombre de *Segura de la Frontera.*

Asimismo se tomaron otros varios pueblos de la misma comarca, todos muy ricos, y en los cuales se hicieron también esclavos, quedando todo pacificado a los cuarenta días.

© Biblioteca Nacional de España

Cuahutemoc. Había fallecido durante este tiempo el emperador Quetlavaca, víctima de aquella terrible enfermedad de viruela introducida en Méjico, según dijimos, por el negro de Pánfilo de Narváez, procedente de Cuba, y que atacaba con gran virulencia a los indios.

Cuahutemoc (Guatimozin)

Había sido proclamado por sucesor un gallardo y nobilísimo joven de veinticinco años, llamado Cuahutemoc (*Guatemuz, Guatimozin*), sobrino de Moctezuma y casado con una hija de éste, no poco hermosa. Era de carácter tan entero que todos le temían y temblaban en su presencia, y con eso valentísimo e inteligente como ningún otro capitán.

Cuahutemoc comprendió desde luego el peligro de su situación, ahora que los españoles se habían desquitado dos veces de la catástrofe de la laguna y, por lo mismo, envió apremiantes órdenes a los caciques del Sur para que a todo trance resistieran.

Refuerzos a Cortés. Quiso la buena suerte de D. Hernando que allí llegara, procedente de Cuba, un buque enviado por Velázquez, al mando del capitán Pedro Barba. Conducía 13 soldados y dos caballos. Todos quedaron presos, por engaño, y, lo mismo ocurrió con otro buque de igual procedencia que llegó al cabo de algunos días. A todos les recibió Cortés con grandes demostraciones de afecto y les confirió cargos.

© Biblioteca Nacional de España

Poco después fondeaba también en Veracruz una escuadrilla de tres buques que, el gobernador de Jamaica, Francisco de Garay, había enviado a poblar por la parte de Pánuco (Tampico), y que como hubiesen fracasado en su intento se fueron a dicho puerto, donde se hallaba toda la escuadra de Cortés al mando de aquel almirante Pedro Escudero, del que hablamos ya.

Con tales refuerzos, aunque no fuesen muchos, no tuvo Cortés inconveniente en dar permiso a los capitanes y principales soldados de Narváez para que se volviesen a Cuba, como así lo pretendían, ya que valía más estar solo que mal acompañado.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO V

LA RECONQUISTA DE MÉJICO

LOS BERGANTINES. — EL PRIMER COMBATE. — EL SITIO. — PRISIÓN DE CUAHUTEMOC.

Los bergantines.

Imposible parece que a tal extremo llegara el heroico ánimo de Cortés que imaginara ahora el recobro de Méjico, de donde había tenido que huir y con las terribles consecuencias de la retirada. Nada bastaba a hacerle desistir de su propósito; ni la poca gente con que contaba; ni el esfuerzo y la gran capacidad militar de Cuahutemoc.

Disponía ahora Cortés (con los que habían venido de Cuba y de Pánuco) de 650 infantes, de espada y rodela, muchos de lanza, 194 ballesteros y arcabuceros, 84 caballos y nueve piezas de artillería.

Cortés, como gran general que era, comprendió desde luego que la toma de Méjico dependía de la ocupación del lago, y, por lo tanto, rogó a los tlascaltecas fuesen a cortar madera al monte para construir doce bergantines que serían botados al agua en el momento del ataque. Expidió varios bandos sumamente severos para mantener la disciplina; prohibíase a los soldados, bajo pena de muerte, pelear unos contra otros, separarse del

© Biblioteca Nacional de España

ejército para robar, jugarse las armas y los caballos, ofender a las mujeres, maltratar a los indios, jurar y blasfemar.

Amanecía el día 28 de diciembre de 1520 cuando se ponía en marcha el ejército hispano-tlascalteca, y al cabo de algunas fatigosas jornadas llegaba la hueste a la gran ciudad de Tezcuco, donde fueron recibidos con las mayores muestras de obediencia y amistad. Fué luego Cortés a reconocer el lago, en todo su perímetro, no sin grave exposición de su vida, hasta el punto de que en una de esas expediciones cayó en una celada que le habían tendido los aztecas, de los cuales pudo salvarse gracias a haber acudido el capitán Cristóbal de Olid, que recibió tres graves heridas en la refriega.

Ya por entonces estaban casi concluídos los bergantines y se habían excavado unos canales que desde Tezcuco conducían al lago, y eran tan hondos y anchos que podían aún navegar por ellos buques de mayor porte.

Ilimitada era la confianza que los soldados tenían en su general, pero no dejaba de haber algunos que se consideraban totalmente perdidos, creyendo locura aquel intento, y, por lo mismo, dando oídos a las infames proposiciones que les hacía cierto Antonio de Villafaña, determinaron degollar a Cortés y a sus mejores capitanes. E indudablemente hubieran podido realizarlo, pues el complot se llevaba en el mayor secreto, si a una hora no se hubiese arrepentido uno de los conjurados que fué a descubrirlo a Cortés.

Acto seguido fué preso y ahorcado Villafaña; pero procediendo como otros antiguos capitanes, fingió ignorar el nombre de los demás, aunque los sabía todos, para que no apareciesen ante el ejército.

Rayó el alba, el 28 de abril de 1521, y celebrada la misa del Espíritu Santo, en la que todos recibieron la comunión, efectuóse el emocionante acto de botar

© Biblioteca Nacional de España

los trece bergantines al agua, siendo bendecidos a medida que flotaban por el P. Bartolomé de Olmedo.

Estatua de piedra
de la diosa del Maíz (Méjico)

La dificultad estaba en disponer de bastantes marineros para remar, y aun algunos que sabían se negaban a ello, pero Cortés, enterándose de quiénes eran de Palos, de Triana, de Sanlúcar y otros pueblos, les obligó a entrar en los bergantines, bajo las más graves penas, aunque fuesen hidalgos.

Grandísima fué la alegría al desplegar sus blancas velas las nuevas embarcaciones. Iban en cada bergantín 12 ballesteros y arcabuceros, los cuales no debían remar, y 12 remeros, seis por banda, de modo que embarcaban en cada bergantín 25 hombres con el capitán. Además se repartieron entre todos los artilleros y 300 soldados, tiros de frulera y halconetes y buena provisión de pólvora.

Todos los buques llevaban izada la bandera real y otra con el nombre del bergantín.

Ya pronto a comenzar el ataque, llegaron algunos centenares de tlascaltecas y de cholulanos, todos muy

© Biblioteca Nacional de España

lucidos y bien armados, con gran número de estandartes coronados por una especie de águila blanca.

El primer combate. Dividió Cortés su ejército en tres cuerpos: el primero al mando de Pedro de Alvarado, debía apoderarse de la calzada de Tacuba a Méjico; el segundo, al de Sandoval, tenía encargo de atacar la calzada de Iztapalapa, y el tercero, capitaneado por Cristóbal de Olid, marchó hacia Cuyoacán. Cortés, al frente de los bergantines, se proponía hacerse dueño del lago, y acudir donde se necesitara su auxilio.

No se arredraron por eso los mejicanos; reunieron en línea infinidad de canoas, mandadas por los principales aristócratas, para lanzarse contra los bergantines y capturarlos. Todos los habitantes de Méjico se hallaban en las azoteas para presenciar el combate, en la seguridad del más completo triunfo, pero como de pronto se levantara viento favorable, mandó Cortés desplegar las velas e impulsados al par por éstas y por los remos, embistieron los bergantines contra las canoas, echando a pique centenares de éstas con horrible mortandad, pues ascendieron a millares los ahogados.

Méjico quedó sumida en la consternación, pues Cortés era ahora dueño del lago, y en este concepto mandó romper los conductos del agua que abastecía la ciudad.

El sitio. Desde entonces peleábase sin cesar en las tres calzadas; no pasaba día sin que los hispano-tlascaltecas procurasen rellenar las cortaduras, aberturas y puentes para poder adelantar, pero de noche volvían a vaciarlos los mejicanos y rehacían las barreras que de día habían destruído los nuestros.

Así transcurrió un mes, sin que fuese posible llegar a la ciudad, con harto cansancio y desaliento de la tropa. Quiso, sin embargo, persistir hasta lo último.

«El día 3 de julio, dice un autor, mandó a Alvarado y a Sandoval que atacasen simultáneamente por las

© Biblioteca Nacional de España

dos líneas que ocupaban, mientras él se dirigiría a la tercera con el cuerpo de Olid; y al mismo tiempo encargó a Julián Alderete que se quedase en el dique para llenar y guardar los fosos y proteger en caso necesario la retirada. Combinado todo para el buen éxito del ataque se lanzó a la calzada con la intrepidez de siempre, pasó todas las zanjas, rompió todas las barreras, arrojó a los mejicanos de sus atrincheramientos, y pegó fuego a muchas casas, mientras Alvarado y Sandoval, vencidos todos los obstáculos, penetraron en las calles y comenzaban a incendiar el pueblo. Motivo tenían los españoles para creerse vencedores, puesto que el enemigo que hasta entonces se mantuviera firme comenzaba a retirarse; pero habiendo sabido Cortés que los mejicanos cejaban por orden del emperador, temió alguna estratagema, y empezó a retirarse a fin de entrar en el cuartel antes de la noche. Ya era tarde, pues Julián de Alderete, no pudiendo mantenerse espectador tranquilo de la batalla, dejó su puesto para reunirse con los expugnadores, y el sagaz Guatimozín, que había observado esta falta irreparable, envió un crecido y bien armado destacamento a fin de que se apoderase de las abandonadas zanjas. De repente los españoles oyeron los gritos de una muchedumbre infinita y el lúgubre sonido de la trompeta sagrada que sólo podían tocar lo sacrificadores. Al lamentable son de aquel instrumento, animados los bárbaros de una rabia feroz y despreciando la muerte lanzáronse furiosos contra los españoles y los rechazaron hasta la última zanja, en donde hubo una sangrienta batalla. En ella fueron precipitados castellanos y tlascaltecas, infantes y caballeros, y los que intentaban pasar el canal a nado eran atravesados por las flechas de los mejicanos o se ahogaban en el lago. Olvidándose Cortés de sí mismo para pensar no más que en sus camaradas, se quedó el último con algunos caballeros a fin de sostener el

© Biblioteca Nacional de España

ímpetu de sus adversarios; mas habiéndole muerto el caballo fué cogido por seis mejicanos nobles que se lo llevaban ya en triunfo cuando fué salvado por dos españoles, uno de los cuales, echando pie a tierra, le dió su caballo. Ese generoso soldado fué víctima de su adhesión, pues no hubo esfuerzo que bastara a librarlo de los enemigos que lo condujeron consigo, al tiempo en que llegaban los bergantines que se llevaron a Cortés herido, vencido y agobiado por el dolor.

»Los españoles perdieron sesenta hombres, cuarenta de los cuales cayeron vivos en poder de los mejicanos. En la noche que siguió a este combate fatal, fué la ciudad iluminada, resonaban en ella los gritos de fiesta de los vencedores, y en medio de ellos oían los españoles las voces de sus infelices compañeros, y distinguiéndolos por la blancura del cutis veíanlos danzar a la fuerza en torno del asqueroso ídolo al cual los inmolaban. Distinguían cómo los sacrificadores les arrancaban las entrañas y humeantes aún las extendían sobre el altar. Pocos días después supieron que las cabezas de las víctimas habían sido enviadas a los gobernadores de las provincias. Bernal Díaz del Castillo, soldado español que durante su vida se encontró en ciento diez y nueve batallas y que en todas ellas se condujo como un valiente, se explica de esta manera: «antes de haber visto el »pecho de mis compañeros abierto, sus corazones pal»pitantes ofrecidos a monstruosos ídolos y sus carnes »devoradas por nuestros crueles enemigos, solía ir al »combate no sólo sin temor, sino con intrepidez muy »grande; pero desde aquel momento sentía en mí un »secreto terror cada vez que iba a combatir con los »mejicanos».

Prisión de Cuahutemoc

»Guatimozín hizo que el oráculo declarase que dentro de ocho días los extranjeros serían anonadados, y envió mensajeros al campo de los indios amigos de los españoles amenazándolos

© Biblioteca Nacional de España

en nombre de sus irritados dioses; y esto produjo tal efecto, que en el espacio de tres noches Cortés se quedó casi solo; mas como pasados los ocho días no se cumplió el oráculo, los tlascaltecas, corridos de su credulidad, volvieron al campo, y los mejicanos que, por un momento se habían regocijado, se estremecieron de nuevo. Diariamente crecía el hambre, la falta de agua hacía sufrir al pueblo de un modo indecible, y el emperador comenzaba a temer una revolución, según algunos prisioneros habían referido a los españoles. Al saber éstos tan importantes nuevas, repitieron con más decidido vigor los ataques por las tres calzadas y se hicieron dueños de muchas calles, cuyas casas estaban arruinadas. Cuatro días estuvieron lejos una de otra las tres divisiones, mas al cuarto, después de inauditos esfuerzos, lograron juntarse en la plaza de Tlateluco que era el punto de reunión general, y en donde había tantos cadáveres que fué preciso destinar muchas compañías de indios confederados para sepultarlos. Los mejicanos disputaban palmo a palmo el angosto terreno en que estaban encerrados, y Guatimozín juraba sepultarse entre las ruinas de su trono; mas todo eso fueron inútiles esfuerzos de un valor impotente que no retardaron la caída de esa ciudad condenada. Sonó su hora postrera, y si aun causaba espanto por sus amenazas, ese espanto no iba acompañado con la idea del poder. Un vigoroso ataque de los españoles destruyó las fortificaciones que los habitantes juzgaban inexpugnables y que eran su última barrera, y desde entonces, convencidos de que era indispensable ceder a la necesidad, pensaron tan sólo en salvar al emperador. Durante cuatro días entretuvieron a Cortés simulando que querían entablar negociaciones, mientras a toda prisa alistaban buques para llevarse al monarca; mas como Cortés tuvo noticia de lo que en el lago pasaba y conoció con esto que lo habían engañado, se dispuso para el asalto, man-

© Biblioteca Nacional de España

dando a Sandoval que vigilase las canoas y piraguas que atravesaran el lago. Al punto Sandoval fué atacado por una multitud de canoas que a fin de proteger la retirada del emperador sostenían con serenidad las descargas de la artillería, mientras las piraguas que llevaban a Guatimozín y a su comitiva se iban adelantando a fuerza de remos. Entonces el capitán García de Holguín fué en su persecución, y atacó la piragua capitana en la cual fué reconocido y preso el emperador que, conducido ante Cortés, procuró mostrarse superior a su infortunio. «He cumplido, le dijo, el deber de un rey »defendiendo a mi pueblo hasta el último apuro: ya no »me queda más que morir: saca, pues, tu puñal y pon »término a una vida que ya de nada sirve.» Al acabar estas palabras el llanto y los sollozos ahogaron su voz, la emperatriz se abandonó enteramente a su dolor, y Cortés, a impulsos de la compasión, no pudo contener las lágrimas. La noticia del cautiverio de Guatimozín hizo caer las armas de las manos de los súbditos que se desahogaron con lamentables gemidos y ofrecieron ponerse a merced del vencedor. A los pocos días los caciques de las inmediaciones acudieron a prestar juramento de homenaje y sumisión.»

Noventa y tres días sostuvo la ciudad aquel terrible sitio, en el cual perecieron más de cien mil personas. No cabe más heroísmo del que demostraron sus habitantes, y bien podría asegurarse que si cayó la gran capital azteca fué a causa del odio de los vecinos pueblos, que no podían olvidar los siglos de tiranía que les habían hecho sufrir aquellos orgullosos conquistadores.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VI

EN BUSCA DE ORO

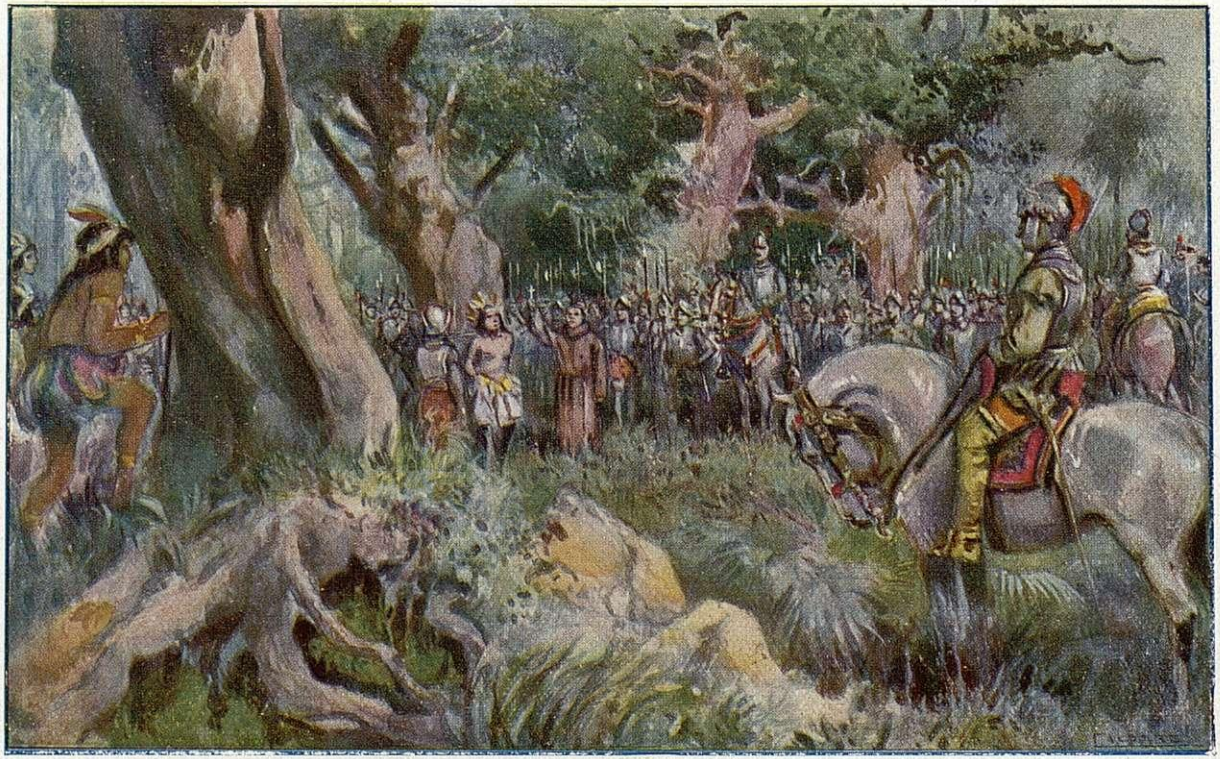
GUATIMOZÍN EN LA HOGUERA. — LOS POBLADORES. — EL TESORO ROBADO.

Guatimozín en la hoguera

«Causa en verdad dolorosa sorpresa, dice Belloc, hallar en la vida de Cortés esas acciones que imprimen una mancha infame en el nombre de los varones ilustres; de ellas han hablado muy extensamente, y al parecer con gran gusto, varios analistas, cual si ellos no pudiesen echárselas en cara; también nosotros las mentaremos, pero será con las menos palabras posibles; porque no causa ningún placer detenernos en ellas.

Creyeron los españoles que al ser dueños de Méjico tendrían oro abundante, pero sus esperanzas se frustraron porque Guatimozín, con el objeto de burlar la codicia de los conquistadores, hizo arrojar al lago las riquezas de Motezuma. Irritados al ver que se les escapaba una presa que en su imaginación habían ya devorado, se amotinaron acusando a su general de connivencia con el emperador de Méjico. Los historiadores más afectos a Cortés dicen que hasta el último apuro, y cuando ya no vió otro medio para sincerarse a los

© Biblioteca Nacional de España



Muerte de Guatimozín

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

ojos del ejército de las sospechas que contra él tenían, hasta entonces, decimos, no mandó extender sobre carbones ardientes a Guatimozín y a su primer ministro. Esos desgraciados que no habían querido hablar en el tormento continuaron mudos en la hoguera: sólo por un instante vaciló el ministro y se volvió hacia su amo con un mirar suplicante, cual si le pidiera permiso para revelarlo todo; pero Guatimozín con aire de firmeza resignada y altiva le dijo: «¿Y yo estoy acaso sobre un lecho de rosas?» (1) Palabras eternamente célebres y que quizás más de una vez resonaron en el oído del conquistador con toda la crudeza de un recuerdo terrible, y para atormentar su alma con el aguijón del remordimiento.

«Esta barbarie, dice Roberston, fué el preludio de »atrocidades más grandes todavía, puesto que costó »muchos trabajos obligar al imperio a que formase una »colonia española. Ese pueblo exasperado por la opre»sión olvidó muchas veces la superioridad de los espa»ñoles y apeló a las armas para recobrar su libertad; »pero la disciplina y el valor de los europeos triunfaron »siempre, si bien para mengua de la gloria de España »los vencedores mancharon su triunfo por el modo »como trataron al pueblo vencido. Dueños apenas de »la capital y de la persona de Guatimozín, supusieron »que el rey de Castilla entraba desde aquel instante »en posesión de todos los derechos del monarca prisio»nero, y afectaron considerar los menores esfuerzos que »los mejicanos hacían para asegurar su independencia »como una rebelión de vasallos contra su soberano, o »cual un alzamiento de esclavos contra su señor. Afian»zados en estas máximas de arbitrariedad violaron to»dos los principios de la guerra entre las naciones; a

(1) Este hecho está atestiguado por Bernardo Diaz del Castillo, por Gómara, Herrera y Torquemada.

© Biblioteca Nacional de España

»cada movimiento de una provincia, reducían el pueblo »de ella al humillante estado de la esclavitud, y los je»fes reputados como más criminales sufrían la muerte »en medio de vergonzosos y crueles suplicios, inventa»dos por la insolencia y la ferocidad del vencedor. Los »progresos de los españoles estaban señalados por los »rastros de sangre y por acciones de una barbarie que »estremece. En Panuco fueron quemados vivos a la vez »sesenta caciques y cuatrocientos nobles, y esta exe»crable ferocidad no fué cometida en un momento de »cólera ni por un subalterno, sino obra de Sandoval, »oficial cuyo nombre ocupa en los anales de la Nueva »España el primer lugar depués del de Cortés, y se eje»cutó de acuerdo con este mismo. Para poner el colmo »al horror de esta escena, reunieron a los parientes y »los obligaron a presenciarla.» (1)

Los pobladores.

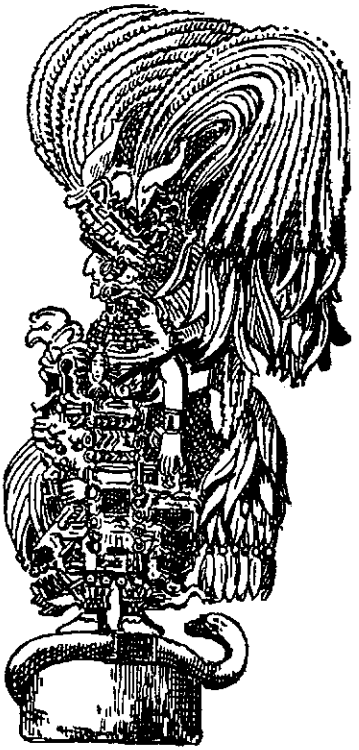
Amargas eran las quejas de aquella tropa contra Cortés, murmurando que todo se lo quedaba siempre para sí y nada les daba a ellos, por lo cual le estaban de continuo pidiendo dinero. Para quitarse de encima a aquellos descontentos e importunos, dispuso se fueran a las provincias más al caso para poblar y hacerse ricos en poco tiempo, lo cual aceptaron de grado los soldados, pues en todos los pueblos alrededor de la capital no había minas de oro, ni se cogían cacao o algodón, sino mucho maíz. Por triste que sea tener que confesarlo, el oro de los soldados procedía de la venta en almoneda de las esclavas

(1) Execrando con todas nuestras fuerzas estos horribles crímenes hay que decir que Sandoval realizó estas inhumanas ejecuciones por orden de Cortés que le mandó castigar a unas guarniciones aztecas que cuando la huída de Méjico en la noche triste mataron á sesenta españoles, entre los que iban seis mujeres de Castilla que habían quedado en Tutepec. Por lo demás no son los más autorizados los yanquis para lanzar acusaciones de crueldad, después de haber exterminado la raza roja.

© Biblioteca Nacional de España

que se habían llevado, según dijimos, en anteriores expediciones.

Dispuestos ya a ir a poblar, partieron: Sandoval a Tutepec, Medellín, Guacacualco y Pánuco; Velázquez chico, a Colina; Villafuerte a Zacateca; Cristóbal de Olid a Mechoacán; Orozco a Guaxaca; Alvarado a Tustepec.



Ídolo yucateca

Ya fuera los citados, con su tropa, compareció en Veracruz un veedor (inspector) de Santo Domingo, llamado Cristóbal de Tapia, con la credencial de gobernador de Nueva España por orden del emperador (que a la sazón se hallaba en Alemania), y el sello del presidente del Consejo de Indias, el obispo Fonseca, bajo amenaza de terribles penas en caso de desobediencia.

Ejercía el cargo de gobernador de Veracruz, o Villa Rica, como solía decirse entonces, Gonzalo de Alvarado, hermano de Pedro, empezando desde entonces para el buen Tapia una serie de burlas y dilaciones que acabaron por convencerle, previos algunos buenos untos, de que lo mejor sería volverse y dejarlo. Y bien sabía D. Hernando no le había de pasar nada, pues todo era cosa del obispo, en ausencia del rey.

© Biblioteca Nacional de España

Hallábase a la sazón Cortés en Cuyoacán, poblando, mientras se procedía a construir en Méjico las casas y palacios donde tenía que vivir, y mandó le enviaran allí a Pánfilo de Narváez, a quien recibió con su acostumbrada amabilidad.

Pasaremos por alto algunas rebeliones que ocurrieron con ocasión de poblar en Pánuco, siendo duramente castigadas, y digamos que, creyendo Cortés no podía ya aplazarse el envío al emperador D. Carlos de todo el oro que le había correspondido de su real quinto de todos los despojos de Méjico, así como la recámara del oro y las joyas de Moctezuma y Guatemuz.

No podía ser más espléndido el presente, conducido en dos navíos, a cargo de Alonso de Ávila, a quien Cortés deseaba tener siempre lejos, y de su capitán de guardias Antonio de Quiñones. Llevábanse para Carlos V, 88.000 castellanos en barras de oro; gran número de chalchihuíes, piedras finas como esmeraldas, y muchas perlas del tamaño de avellanas y además unos trozos de huesos como de gigantes, hallados en un adoratorio; tres jaguares e infinidad de otras cosas ricas o curiosas.

Entrególes Cortés a sus dos procuradores una larguísima relación de todo, para el César, en que se le refería lo ocurrido, y le pedía permiso para prender a Diego de Velázquez y enviarlo a Castilla, pues no hacía más que desbaratarle la conquista y conspirar contra su vida.

El tesoro robado.

Hiciéronse a la vela los dos navíos en Veracruz el 20 de diciembre de 1522, y al poco tiempo tuvieron que matar los jaguares porque se les habían soltado. Llegados a la isla Tercera, sucedió que Quiñones «que se preciaba de muy valiente y enamorado», se lió con otros por cuestión de faldas, y allí le mataron de una cuchillada en la cabeza. Quedóse solo Alonso de Ávila, y apenas había continuado

© Biblioteca Nacional de España

la ruta cuando le atacó el corsario francés Juan Florín, que se apoderó de los tesoros y de los barcos, y se lo llevó todo a Francia, junto con Ávila y su gente, de lo cual no es menester decir cuánto se holgó Francisco I, a quien el corsario hizo riquísimos regalos.

Entretanto, no se cansaban de dar con oro los que habían ido a poblar, ocupados exclusivamente en explotar las minas o en buscar el precioso metal en los ríos. Habíanse esparcido por todas las provincias y fundado gran número de pueblos. Procedíase por doquier a hacer los repartimientos y distribuir las encomiendas de indios, pero había que andar con muchísimo tiento, pues cuando más descuidados estaban los nuestros, caían sobre ellos los indios y los mataban.

Por extensos que sean los límites de esta obra no podemos dar cuenta de todos los incidentes ocurridos durante la colonización o población. Pasaremos, pues, por alto las vicisitudes del establecimiento de nuestros españoles en Guacualco, provincia de Cuitla, Copilco, Tabasco, sierras de Cachula, Chinauta, Tepeca, país de los zapotecas, Tutepec, Pánuco, isla de las Víboras, etcétera, y digamos ya cómo se salieron de los términos de Méjico para salir hasta el mar de las Antillas.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VII

CORTÉS, GOBERNADOR DE NUEVA ESPAÑA

EXPEDICIÓN A GUATEMALA. — CRISTÓBAL DE OLID EN HONDURAS. — TRAICIÓN DE OLID. — CONQUISTA DE CHIAPAS. — CAMINO DE HONDURAS.

Expedición a Guatemala.

He aquí en qué términos altisonantes, por excepción, comienza hablando Bernal Díaz de la expedición a Guatemala:

«Pues como Cortés siempre tuvo los pensamientos muy altos y de señorear, quiso en todo remedar a Alejandro Macedonio, y con los muy buenos capitanes y extremados soldados que siempre tuvo, después que se hubo poblado la gran ciudad de Méjico e Guaxaca e Zacatula e Colima e la Veracruz e Pánuco e Guacacualco, y tuvo noticia que en la provincia de Guatimala había recios pueblos de mucha gente e que había minas, acordó de enviar a la conquistar y poblar a Pedro de Alvarado, e aun el mismo Cortés había enviado a rogar a aquella provincia que viniesen de paz, e no quisieron venir; e dióle al Alvarado para aquel viaje sobre trecientos soldados, y entre ellos ciento y veinte escopeteros y ballesteros, y más, le dió ciento y treinta y cinco de a caballo, cuatro tiros y mucha pólvora, y un artillero que se decía Fulano de Usagre, y sobre du-

© Biblioteca Nacional de España

cientos tlascaltecas y cholultecas, y cien mejicanos, que iban sobresalientes. Fray Bartolomé de Olmedo, que era amigo grande de Alvarado, le demandó licencia a Cortés para irse con él e predicar la fe de Jesucristo a los de Guatimala; mas Cortés, que tenía con el fraile siempre harta comunicación, decía que no, y que iría con Alvarado un buen clérigo que había venido de España con Garay, e que tuviese voluntad de quedarse para predicar la pascua del Nacimiento de J[illegible]; mas el fraile tanto le cansó, que se hubo de ir con Alvarado, aunque con poca voluntad de Cortés, que siempre con él hablaba de todos los negocios. Y después de dadas las instrucciones en que le mandaba a Alvarado que con toda diligencia procurase de los atraer de paz sin darles guerra, e que con ciertas lenguas que llevaba les predicase fray Bartolomé de Olmedo las cosas tocantes a nuestra santa fe, e que no les consintiese sacrificios ni sodomías ni robarse unos a otros, e que las cárceles e redes que hallase hechas, adonde suelen tener presos indios a engordar para comer, que las quebrase y que los saquen de las prisiones, y que con amor y buena voluntad los atraya a que den la obediencia a su majestad, y en todo se les hiciese buenos tratamientos, entonces fray Bartolomé de Olmedo pidió que se fuese con ellos el clérigo ya por mí arriba memorado, que vino con Garay para que le ayudase, y el clérigo era bueno, y Cortés se le dió y dijo que fuese en buen hora.»

Partió Pedro de Alvarado de Méjico el 13 de diciembre de 1523, dirigiéndose al Sudeste; pasó por la provincia de Cuantepec; por Tehuantepec, gente de estirpe zapoteca, por la provincia de Soconusco y así llegó a Zapotitlan donde los naturales le opusieron terrible resistencia, y aun mayor en Quetzaltenango y Utatlán. Recios fueron los ataques de los naturales, y bien demostró Alvarado (llamado por Moctezuma *el Tonatio,* o sea *el Sol,* por su gallardía) ser un capitán

© Biblioteca Nacional de España

como pocos al poder seguir adelante ante aquellos inmensos tropeles de mejicanos que le envolvían y cercaban hasta parecer imposible poder librarse del copo.

De todo se salvó, sin embargo, y no sólo esto, que los antes enemigos convencidos de que nada podían contra aquellos hombres que parecían invulnerables, se le presentaban después a hacerle acatamiento y prestarle sumisión. Y Alvarado, formado en la escuela de Cortés, esto es, partidario en lo posible de la «penetración pacífica», les recibía amorosamente.

Guatemala. Confinaba con la provincia de Utatlán (Chiapas), la de Guatemala, al Sudoeste de aquélla y al Sur del Yucatán, y desde largos años reinaba honda enemistad entre los guatemaltecos y los de Chiapas. Por lo mismo, desde el momento en que éstos se habían levantado contra Alvarado, su papel no podía ser otro que el de declararse amigo suyo, y así lo hicieron, enviándole embajadores para someterse a su obediencia y acompañando los mensajes con espléndidos regalos, pero no sólo eso, sino que, como nuevos tlascaltecas, se brindaron a combatir a su lado, si le podían ser útiles.

Alvarado, tanto por necesitar más gente como para poner a prueba la sinceridad de los guatemaltecos, les pidió dos mil hombres como, en efecto, le fueron enviados al momento. Y no podían ciertamente llegar en mejor ocasión, pues los de Utatlán, creyendo serían ahora más afortunados que antes, volvieron a sublevarse, después de prestado juramento de obediencia, lo cual puso furioso al intrépido capitán.

La campaña fué ahora corta y terrible; los guatemaltecos prestaron inapreciables servicios como portantes de los bagajes y como guías. Alvarado redujo a esclavitud a muchos habitantes, así hombres como mujeres, a todos los cuales herraba con la infamante *S* (*Sclavo*) y se apoderó de todo, para repartirlo entre el quinto

© Biblioteca Nacional de España

del rey, él y sus soldados, después de lo cual entró en Guatemala, vitoreado por la población.

Dígase ahora que si los de Utatlán volvieron a echarse al campo no fué porque Alvarado no les hubiese hecho proposiciones de paz, hasta que por fin cedieron.

Cristóbal de Olid en Honduras

Habíanle dicho a Cortés unos pilotos que allá, en Higueras y Honduras, había magníficas tierras y, sobre todo, unas minas de oro riquísimas, pero lo que era más importante aún, suponíase que por allí debía haber el tan anhelado *paso* del mar Atlántico al del Sur (Pacífico), cuyo descubrimiento no había realizado aún Magallanes.

Tales noticias movieron a Cortés a enviar una expedición para conquistar dichas tierras, ensanchando por el Sur lo que tenía dominado, y eligió por capitán de aquella jornada a Cristóbal de Olid, maestre de campo, hechura suya, y uno de los hombres en quienes creía más podía fiar.

Cristóbal de Olid

Como de ir por tierra la expedición habría de tardar mucho y correr grandes peligros, resolvió enviarla por mar, y a este efecto puso a su disposición cinco navíos y un bergantín, muy bien artillados, abundantemente abastecidos y con gente escogidísima: 270 soldados de espada y rodela, 100 arcabuceros y ballesteros y 22 caballos.

© Biblioteca Nacional de España

Los cabos no podían ser mejores, como veteranos, pero escogidos precisamente entre aquellos que no estaban con él en los mejores términos, según acostumbraba hacer.

Las instrucciones de Cortés no podían ser más acertadas ni precisas; Olid debía trasladarse desde Veracruz a la Habana, donde encontraría a un soldado llamado Alonso de Contreras, encargado de comprar caballos, cazabe, tocino y otras cosas, pues de adquirirlas a su llegada habrían de contársele más caras. Desde la Habana iría a cabo Higueras, y una vez en tierra procuraría atraerse a los indios y poblar en algún puerto o ciudad conveniente; debía enterarse bien de si había por allí el anhelado estrecho para poder ir en breve tiempo a las islas de la Especiería; pero no sólo esto, sino que era menester procediese como cristiano bienhechor, derribando las casas en que tenían indios e indias a engordar para ser sacrificados y comidos y poniendo en libertad a los infelices encarcelados.

Traición de Olid.

Despidió Cortés con el mayor afecto a Cristóbal de Olid, abrazáronse y después de hacer mil protestas de gratitud y fidelidad, embarcóse el maestre de campo en Veracruz y llegó felizmente a la Habana, donde, gracias a la previsión de D. Hernando, encontró ya comprados los caballos y las provisiones.

Hallábanse a la sazón en la Habana cinco españoles a quienes había expulsado de Pánuco (Tampico) Diego de Ocampo cuando estuvo allí a poblar. «Estos miserables aconsejaron al Cristóbal de Olid, pues que había fama de tierra rica donde iba y llevaba buena armada, bien bastecida, y muchos caballos y soldados, que se alzase desde luego a Cortés, y que no le conociese dende allí por superior ni le acudiese en cosa alguna.»

Harto escuchó Olid a aquellos traidores, y puestos todos de acuerdo compareció Diego Velázquez, el go-

© Biblioteca Nacional de España

bernador general de Cuba, y concertándose los dos acordaron repartirse la tierra de Higueras y Honduras, en espera de que S. M. confirmaría el nombramiento de gobernador que interinamente le confería él. «Y quiero decir, escribe Bernal Díaz, la condición y presencia de Cristóbal de Olí: era valiente por su persona, así a pie como a caballo; era extremado varón, mas no era para mandar, sino para ser mandado, y era de edad de treinta y seis años, natural de cerca de Baeza o Linares, y su presencia y altor era de buen cuerpo y membrudo y de grande espalda, bien entallado e algo rubio, y tenía muy buena presencia en el rostro, y traía el bezo de bajo siempre como hendido a manera de grieta; en la plática hablaba algo gordo y espantoso, y era de buena conversación, y tenía otras buenas condiciones de ser franco, y era al principio cuando estaba en Méjico gran servidor de Cortés, sino que esta ambición de mandar y no ser mandado le cegó, y con los malos consejeros, y también como fué criado en casa de Diego Velázquez cuando mozo, y fué lengua de la isla de Cuba, reconoció el pan que en su casa había comido, aunque más obligado era a Cortés que no a Diego Velázquez.»

Consumóse la traición, y partiéronse con Olid muchos vecinos de Cuba, al cebo de las grandes ganancias que se les esperaban. La armada fondeó en Puerto de Caballos (3 de mayo de 1524), y ya allí Olid «hizo nombramiento de alcaldes y regidores a los soldados que Cortés le había mandado cuando estaba en Méjico que honrase y diese cargos, y tomó la posesión de aquellas tierras por su majestad, y de Hernando Cortés en su real nombre, e hizo otros votos que convenían; y todo esto que hacía era porque los amigos de Cortés no entendiesen que iba alzado, para ver si pudiese hacer dellos buenos amigos de que alcanzasen a saber las cosas, y también que no sabía si acudiría la tierra tan rica y de buenas minas como decían; y tiró a dos hitos, como

© Biblioteca Nacional de España

dicho tengo: el uno, que si había buenas minas y la tierra muy poblada, alzarse con ella; y el otro, que si no acudiese tan buena, volver a Méjico a su mujer y repartimientos, y desculparse con Cortés con decille que la compañía que hizo con Diego Velázquez fué porque le diese bastimentos y soldados, y no acudirle en cosa ninguna; e que bien lo podía ver, pues tomó la posesión por Cortés; y esto, tenía en el pensamiento según muchos de sus amigos dijeron, con quien él había comunicado. Dejémosle ya poblado el Triunfo de la Cruz, que Cortés nunca supo cosa ninguna hasta más de ocho meses.»

Conquista de Chiapas.

Mientras tan deslealmente se conducía Olid, proseguíase la obra de pacificación en Méjico, aunque teniendo con harta frecuencia que luchar contra la resistencia de los habitantes, y conduciéndose siempre los capitanes con la obediencia debida. De esta manera pudo ser por fin dominada la provincia de Chiapas, en la que había muchos y grandes pueblos.

Cortés, gobernador.

Gran satisfacción hubo de producir a don Hernando el recibo, por fin, de su credencial de gobernador de Nueva España, dándole por libre de las acusaciones que contra él habían sido presentadas al Consejo de Indias por Garay, Velázquez, Narváez (que ahora estaba en la corte) y otros enemigos suyos. El emperador, que se hallaba a la sazón en Valladolid, firmó muy a gusto el nombramiento, y dictó varias resoluciones de grande importancia, tales como se les diesen a los conquistadores buenas encomiendas de indios y pudiesen sentarse en los sitios más preeminentes, así en las iglesias como en todas partes. Digna de mención también es la providencia en virtud de la cual se prohibió hubiese letrados durante algunos años «porque do quiera que estaban revolvían pleitos e debates e cizañas». Añadamos, por fin, que no el césar, sino su hermano D. Fernando, rey

© Biblioteca Nacional de España

de Hungría, escribieron a Cortés felicitándole por los grandes servicios prestados. Y tan grave fué el disgusto que recibió Diego Velázquez al ver rechazada la demanda que había presentado contra el conquistador de Méjico, que no tardó en morirse de pesar, y en la mayor pobreza.

Revestido ya Cortés de amplias facultades para la gobernación de Nueva España, procedió como han procedido después muchas veces los que han estado en candelero, es decir que cometió muchas injusti-

Medalla de Carlos V

cias, favoreciendo con repartimientos de indios, buenas haciendas y valiosas mercedes a sus parientes, amigos y criados de sus favorecedores (que en gran número habían acudido ahora a Méjico desde España), mientras nada recibían los valientes soldados que tanto habían padecido en la conquista, de suerte que mientras los que nada habían hecho se hacían ricos y poderosos, los conquistadores se veían reducidos a la miseria. Lo cual quiere decir que ya en el primer cuarto del siglo XVI había tomado el favoritismo las más irritantes proporciones. Lo cual no impedía que, cuando tenía necesidad de aquellos sufridos compañeros suyos, los llamase para pedirles nuevos sacrificios, como así lo conseguía

© Biblioteca Nacional de España

siempre gracias a sus buenas palabras y promesas.

Bien merecía el Emperador le demostrase su agradecimiento Cortés, y así fué cómo éste le envió ochenta mil pesos en oro y plata y una preciosa culebrina «muy ricamente labrada de muchas figuras, toda ella de oro bajo revuelto con plata de Michoacán», a la cual se puso el nombre de *Fénix*. Estaba muy bien forjada, «y salió muy extremada pieza para presentar a un alto emperador como nuestro gran César, escribe Bernal Díaz, y decía en un letrero que tenía escrito en la mesma culebrina:«Esta ave nació sin par, yo en serviros sin segundo, y vos sin igual en el mundo.»

Desembarcada la tal pieza en Sevilla, parece ser que muchos nobles se disgustaron por tan arrogante lema, pero no pasó adelante el descontento, pues Carlos V la regaló al comendador mayor de León, D. Francisco de los Cobos, quien la mandó fundir en seguida, en Sevilla mismo, resultando valer 20.000 ducados.

Digamos ahora que aun prescindiendo de las grandes conquistas hechas por Cortés, bastaban sus «envíos» para despertar general admiración entre las gentes y ser objeto de las mayores loanzas, y se comprende que un hombre que tantas riquezas enviaba inspirara el mayor entusiasmo. Porque no era poco lo que había remesado hasta entonces: primero, por Montejo y Portocarrero, una luna de plata y un sol de oro, con muchas joyas de esto mismo, y un buen quinto para el emperador (aunque ya sabemos que era casi el total, para hacerle concebir afición a la empresa); después el inmenso tesoro de Moctezuma y Guatemuz, que fué robado por el corsario francés Juan Florín y ahora los 80.000 pesos oro y la culebrina.

También envió, en esta última ocasión, muchos millares de pesos de oro a su padre, Martín Cortés, pero se levantó con ellos su portador, un tal Ribera, tuerto, antiguo secretario suyo, y jugador desenfrenado.

© Biblioteca Nacional de España

Entretanto, portábase el capitán general de Nueva España como un verdadero gobernante, y revelaba un espíritu político digno de emparejarse con su talento militar. Ocupábase Cortés con el mayor celo en fomentar la población de Méjico, y al objeto de atraer a los naturales «les dió franquezas y libertades, que no pagasen tributo a su majestad hasta que estuviesen hechas sus casas y aderezadas calzadas y fuentes», así como los acueductos por donde entraba en Méjico el agua de Chapultepec. Respecto a los españoles les encomendó construyesen iglesias y hospitales, al cuidado éstos del virtuoso fray Bartolomé de Olmedo, quien, en su caridad, había instalado también un hospital para los indios.

Por este tiempo llegaron a Méjico doce frailes franciscanos, a quienes recibió Cortés con extraordinario respeto.

Digamos finalmente que a pesar de las buenas aldabas con que contaba en la corte, no ignoraba que sus emúlos y envidiosos trabajaban mucho contra él, presentando continuas quejas respecto a sus procederes, aparte de los muchos descontentos que había también entre sus tropas, por lo cual, sabiendo que el duque de Béjar trataba de casarle con su sobrina D.ª Juana de Zúñiga, procuró enviar más oro al emperador, que recibió treinta mil pesos, y a sus valedores.

Tantos eran, sin embargo, los cargos, y tanta la inquina que le tenía el obispo Fonseca (quien a pesar de no ser ya del Consejo de Indias gozaba de gran predicamento en la corte) que el emperador hubo de acabar por acceder a que pasara a Nueva España el licenciado Luis Ponce de León para residenciar a Cortés, y castigarle si resultaba culpado. Verdad es que tardó dos años y medio en llegar.

Bastan los hechos anteriormente enunciados para comprender que en el fondo de esas expediciones, no

© Biblioteca Nacional de España

menos heroicas que las más ilustres epopeyas, había sobre todo afán de enriquecerse con el oro, siempre esperado con ansiedad en España. No pensaban nuestros conquistadores en la explotación de la agricultura, o de la ganadería, y menos de la industria y el comercio; lo que se apetecía era oro, destinado, sin embargo, a parar poco tiempo en España, pues inmediatamente emigraba a los diversos países de Europa que se encargaban de proveernos de lo que aquí no nos tomábamos el trabajo de producir.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VIII

LA CONQUISTA DE HONDURAS

EXPEDICIÓN DE LAS CASAS. — ASESINATO DE OLID. — LA EXPEDICIÓN DE CORTÉS. — LA JORNADA. — EN ACALA. — EJECUCIÓN DE CUAHUTEMOC. — EN GUATEMALA. — EXPEDICIÓN DE SANDOVAL. — EN TRUJILLO.

Expedición de Las Casas.

Dijimos ya cómo Cristóbal de Olid se había alzado con la escuadra y el ejército en favor de Diego Velázquez, no llegando el hecho a noticia del ilustre conquistador hasta al cabo de ocho meses.

Grande fué la indignación que tan infame proceder despertó en el ánimo de Cortés, que se apresuró a ponerlo en conocimiento del Emperador para que éste castigara al que tan negra traición había cometido; pero como la cosa iba para largo, como todas las que tenían que resolverse en la corte, decidió obrar por su cuenta inmediatamente.

Con este objeto envió contra Olid una armada de cinco navíos, bien artillados y abastecidos, con cien hombres, muchos de ellos veteranos, a las órdenes del caballero D. Francisco de las Casas, recién llegado de Castilla y allegado suyo.

Iba provisto Las Casas de amplios poderes. Salió de

© Biblioteca Nacional de España

Veracruz, ostentando en las banderas las armas reales, y llegó sin novedad a aquel puerto del Triunfo de la Cruz, donde como ya dijimos había desembarcado Olid. Las Casas, al objeto de ver si podía concluir el negocio de buen grado, mandó izar señales de paz, pero Olid no se fió, e hizo bien, según la moral de aquel tiempo, y se apresuró a cerrarle el paso con dos carabelas bien artilladas y llenas de soldados.

Trabóse inmediatamente un encarnizado combate, pues Las Casas era animoso y resuelto; fué echada a pique una carabela por la artillería de la armada leal, y Olid pidió la paz.

Doloroso era tener que ceder con tanta facilidad, pero no había otro remedio, porque no era sólo con Las Casas con quien tenía que entenderse el traidor maestre de campo, sino que había debido enviar dos compañías contra cierto capitán llamado Gil González de Ávila, que había invadido aquella provincia y se había proclamado gobernador de Golfo Dulce.

Sea como fuere, Las Casas no se fió, y en vez de desembarcar quedóse en la bahía, con intento de tomar tierra en otra parte de la costa, lejos de Cristóbal de Olid, pero quiso la desgracia que se desencadenara aquella noche una terrible tempestad, y la escuadra de Cortés se fué totalmente a pique. Ahogáronse treinta soldados, y los demás, con su capitán, quedaron prisioneros de Olid, quien les hizo jurar le permanecerían leales contra Cortés, aunque éste viniese en persona, a lo cual se apresuraron a obedecer, menos Las Casas, que continuó preso.

Asesinato de Olid.

Al poco tiempo regresaban de su expedición los dos capitanes enviados contra Gil González de Ávila, trayendo prisionero a éste, de manera que no podía ser mayor la fortuna de Olid al tener en su poder a aquellos dos jefes. Alegre con tantas victorias, internóse en Honduras y llegó a un pue-

© Biblioteca Nacional de España

blo muy grande llamado Naco, con sus dos prisioneros, a quienes, por no inspirarle el menor cuidado, trataba con la mayor indiferencia hasta dejarles ir sueltos, salvo no permitirles llevar armas. Con todo, algo llevaban y eran sendos cuchillos de escribanía, esto es, cortaplumas, y con esos «cuchillos de escribanía» le degollaron una noche, en su tienda, al grito de: «Aquí del Rey y de Cortés contra este tirano, que ya no es tiempo de sufrir más sus tiranías.»

Y así murió, «por se haber alzado por malos consejos, con ser hombre muy esforzado, e sin mirar que Cortés le había hecho su maese de campo y dado muy buenos indios».

Ya restablecida la obediencia a la autoridad legítima pobló Casas a Trujillo, nombre que dió a la nueva villa por ser natural de la de Extremadura, y Gil González pobló a San Gil de Buena Vista, después de lo cual se pusieron en camino para Méjico, al objeto de notificar a Cortés todo lo acaecido, de lo que estaba completamente ignorante.

La expedición de Cortés.

El largo tiempo transcurrido sin que Cortés hubiese tenido noticias de la suerte de la armada de Las Casas, había producido tal inquietud en su ánimo, que creyendo habría ocurrido alguna catástrofe, decidió ir él en persona contra Olid, mostrándose asaz arrepentido de no haberlo hecho antes en vez de confiar la expedición a Las Casas. Digamos también que no menos le estimulaban a ello las seguridades que se daban de ser Honduras una tierra riquísima en minas de oro.

Resuelto, pues, a ponerse al frente de la expedición, que debería ir por tierra y no por mar, nombró por su lugarteniente en Méjico al tesorero Alonso de Estrada y al contador Albornoz (ignorando que fuese éste su principal detractor en las cartas que escribía al césar); dejó bien guarnecidas de artillería las fortalezas y las

© Biblioteca Nacional de España

atarazanas de la capital, y para garantizar todavía más la tranquilidad llevóse consigo a Cuahutemoc (Guatimozín), su augusto prisionero, y a varios jefes mejicanos que se hallaban también en su poder.

La expedición era brillantísima, y el cuartel general era digno de un emperador por su boato y la categoría de las personas que lo formaban, entre las cuales figuraba la indispensable D.ª Marina, la cual, por cierto, se casó en el camino con el capitán Juan Jaramillo. Nada faltaba allí, y las vajillas eran de oro y plata. Incluso, para diversión del ejército, había una música compuesta de chirimías, sacabuches y dulzainas; acróbatas; titiriteros; jugadores de manos.

El efectivo se componía de 3.000 indios, a las órdenes de los caciques adictos, amén de algunos centenares de españoles, y para el abastecimiento se contaba con grandes manadas de puercos.

Ya a punto de salir de Méjico suplicaron a Cortés el factor Salazar, el veedor Chirinos y otros, que debían quedar en la capital, que desistiese de su idea, pues de lo contrario se iba a levantar toda Nueva España, pero como a nada atendiera le pidieron les dejase que le acompañaran hasta Guacacualco, a lo cual acabó por ceder.

El viaje era verdaderamente triunfal, y doquier entraba Cortés era recibido como un verdadero rey, así por parte de los naturales como de las guarniciones españolas. El ejército del gobernador de Nueva España pasó por Orizaba, Guazpaltepec, Uluta, Guacalco, y en varios pueblos se le habían levantado arcos de triunfo.

Hasta entonces no se había experimentado más contrariedad que el naufragio de tres canoas, al pasar un río, entre Guazpaltec y Guacalco, con pérdida de alguna plata y ropa, y de la mitad del equipaje de Juan Jaramillo, el flamante esposo de D.ª Marina, pero aun

© Biblioteca Nacional de España

así no dejaba Chirinos, el veedor, de aconsejar de continuo y en todos los tonos a Cortés regresara a Méjico, pues no fiaba de los lugartenientes que había dejado, especialmente del tesorero Alonso de Estrada, que se jactaba de ser hijo del rey D. Fernando *el Católico*, y como tal, tenía muchos humos.

Y tanto insistieron Salazar y Chirinos en infundir sospechas a Cortés respecto a la lealtad de Albornoz y Estrada, que el gobernador acabó por darles poderes para que se encargaran ellos del mando si veían que el tesorero y el contador no hacían lo que debían, y gobernasen ellos en su lugar, de lo cual hubieron de murmurar fray Bartolomé de Olmedo y los franciscanos, que presagiaban días de luto.

Despidiéronse Chirinos y Salazar en Guacacualco para volverse a Méjico, con extraordinarias demostraciones de amor y obediencia, y continuó su marcha el ejército, aumentado ahora con otros muchos españoles avecindados en dicho pueblo, entre ellos Bernal Díaz del Castillo, siempre fiel a la verdad. Y así les obligó Cortés a abandonar sus haciendas «y en el tiempo que habíamos de reposar de los grandes trabajos y procurar de haber algunos bienes y granjerías, dice Bernal, nos mandó ir jornada de más de quinientas leguas, y toda la más tierra por donde íbamos de guerra, y dejamos perdido cuanto teníamos, y estuvimos en el viaje más de dos años y tres meses».

Y era inútil toda excusa; Cortés hacía ir por fuerza a todos cuantos vivían en Guacacualco.

Eran los españoles, con el refuerzo que acabamos de decir, 250 soldados: 130 de a caballo y los demás arcabuceros y ballesteros, amén de algunos que habían llegado hacía poco tiempo de Castilla.

He aquí ahora la admirable marcha realizada por Cortés, y que figura entre las más famosas páginas de la historia militar de todos los tiempos y países.

© Biblioteca Nacional de España

La jornada. Salido Cortés de Guacacualco, anduvo para Tonala, que hay ocho leguas «y luego, dice Bernal Díaz, pasó un río en canoas, y fué a otro pueblo que se dice el Ayagualulco, y pasó otro río en canoas, y dende el Ayagualulco pasó siete leguas de allí un estero que entra en la mar, y le hicieron una puente que había de largo cerca de medio cuarto de legua; cosa espantosa como la hicieron en el estero, porque siempre Cortés enviaba adelante dos capitanes de los vecinos de Guacacualco, y uno dellos se decía Francisco de Medina,

Altar de sacrificios en Copán

hombre diligente, que sabía muy bien mandar a los naturales desta tierra. Pasada aquella gran puente, fué por unos pueblezuelos, hasta llegar a otro gran río que se dice Mazapa, que es el que viene de Chiapa, que los marineros llaman río de dos bocas; allí tenían muchas canoas atadas de dos en dos; y pasado aquel gran río, fué por otros pueblos, adonde yo salí con mi compañía de soldados, que se dice Iquinapa, como dicho tengo, y dende allí pasó otro río en puentes que hicimos de maderos, y luego un estero, y llegó a otro pueblo que se dice Copilco, y dende allí comienza la provin-

© Biblioteca Nacional de España

cia que llaman la Chontalpa, y estaba toda muy poblada y llena de huertas de cacao, y muy de paz; y dende Copilco pasamos por Nacaxuxuica, y llegamos a Zagután, y en el camino pasamos otro río por canoas. Aquí se le perdió a Cortés cierto herraje; y este pueblo cuando a él allegamos estaba de paz, y luego a la noche se fueron huyendo los moradores dél, y se pasaron de la parte de un gran río entre unas ciénagas, y mandó Cortés que les fuésemos a buscar por los montes, que fué cosa bien inconsiderada e sin provecho aquello que mandó, y los soldados que les fuimos a buscar pasamos aquel gran río con harto trabajo, y trujimos siete principales y gente menuda; mas poco aprovecharon, que luego se volvieron a huir, y quedamos solos y sin guías.

»En aquella sazón vinieron allí los caciques de Tabasco con cincuenta canoas cargadas de maíz y bastimento; también vinieron unos indios de los pueblos de mi encomienda que en aquella sazón yo tenía, e trajeron cargadas ciertas canoas de bastimentos; los cuales pueblos se dicen Teapán; e fuimos a Tepetitan e Iztapa, y en el camino había un río muy caudaloso que se dice Chilapa, y estuvimos cuatro días en hacer barcas.

»Yo dije a Cortés que el río arriba, por relación que tenía, había un pueblo que se dice Chilapa, que es del nombre del mismo río, que sería bien enviar cinco indios de los que traímos por guías en una canoa quebrada que allí hallamos, y les enviase a decir que trajesen canoas; y con los cinco indios fué un soldado, y como se lo dije a Cortés; y ansí le mandó, y fueron el río arriba e toparon dos caciques que traían seis grandes canoas y bastimento, y con aquellas canoas y barcas pasamos, y estuvimos cuatro días en el pasaje; y dende allí fuimos a Tepetitan, y hallámosle despoblado y quemadas las casas; y según supimos, habíanles dado guerra otros pueblos y llevado mucha gente cautiva, y

© Biblioteca Nacional de España

quemado el pueblo de pocos días pasados, y en todos los tres días que anduvimos de camino, después de pasado el río de Chilapa, era muy cenagoso, y atollaban los caballos hasta las cinchas, y había muy grandes campos; y desde allí fuimos a otro pueblo que se dice Iztapa, y de miedo se fueron los indios, y se pasaron de la parte de otro río muy caudaloso, y fuímoslos a buscar, y trajimos los caciques y muchos indios con sus mujeres y hijos; y Cortés les habló con halagos, y mandó que les volviésemos cuatro indias y tres indios

Altar guatemalteco en Copán

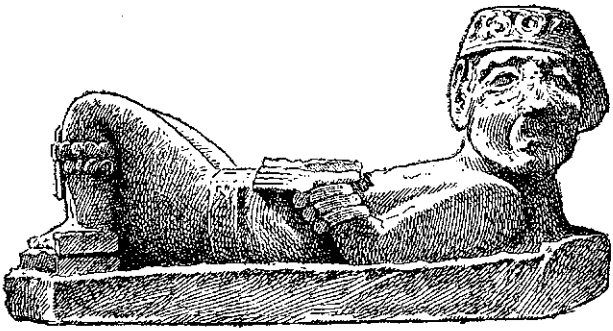
que les habíamos tomado en los montes; y en pago dello, y de buena voluntad, trajeron presentados a Cortés ciertas piezas de oro de poca valía; y estuvimos en este pueblo tres días, porque había buena yerba para los caballos y mucho maíz, y decía Cortés que era buena tierra para poblar allí una villa; porque tenía nueva que en los rededores había buenas poblaciones para servicio de la tal villa; y en este pueblo de Iztapa se informó Cortés de los caciques y mercaderes de los naturales del mismo pueblo, el camino que habíamos de llevar; y aun les mostró Cortés un paño de nequén que

© Biblioteca Nacional de España

traía de Guacacualco, donde venían señalados todos los pueblos del camino por donde habíamos de ir hasta Huyacala, que en su lengua se dice la Gran Acala, porque había otro pueblo que se decía Acala la Chica; y allí dijeron que en todo lo más de nuestro camino había muchos ríos y esteros, y para llegar a otro pueblo que se dice Tamaztepeque había otros tres ríos y un gran estero, y que habíamos de estar en el camino tres jornadas; y desque aquello entendió Cortés e supo de los ríos, les rogó que fuesen todos los caciques a hacer puentes y llevasen canoas, y no lo hicieron; y con maíz tostado y otras legumbres hicimos mochila para los tres días, creyendo que era como lo decían, y por echarnos de sus casas dijeron que no había más jornada, y había siete jornadas, y hallamos los ríos sin puentes ni canoas, y hubimos de hacer una puente de muy gruesos maderos, por donde pasaron los caballos, y todos nuestros soldados y capitanes fuimos en cortar la madera y acarrealla, y los mejicanos ayudando lo que podían; y estuvimos en hacella tres días, que no teníamos qué comer sino yerbas y unas raíces de unas que llaman en esta tierra quecuexque, montesinas, las cuales nos abrasaron las lenguas y bocas. Pues ya pasado aquel esteron, no hallábamos camino ninguno, y hubimos de abrirle con las espadas a manos, y anduvimos dos días por el camino que abrimos, creyendo que iba derecho al pueblo; y una mañana tomamos al mismo camino que abrimos, y desque Cortés lo volvió, quería reventar de enojo, y como oyó él murmurar del mal que decían dél y aun de su viaje, con la gran hambre que había, y que no miraba más de su apetito, sin pensar bien lo que hacía, y que era mejor que nos volviésemos para Méjico que no morir todos de hambre. Pues otra cosa había, que eran los montes muy altos en demasía y espesos, y a mala vez podíamos ver el cielo, pues ya que quisiesen subir en algunos árboles para atalayar la tie-

© Biblioteca Nacional de España

rra, no vían cosa ninguna, según eran muy cerradas todas las montañas; y las guías que traíamos las dos huyeron, y la otra que quedaba estaba malo, que no sabía dar razón de camino ni de otra cosa; y como Cortés en todo era diligente, y por falta de solicitud no se descuidaba, traíamos una aguja de marcar, y a un piloto que se decía Pedro López, y con el dibujo del paño que traíamos de Guacacualco, donde venían señalados los pueblos, mandó Cortés que fuésemos con el aguja por los montes, y con las espadas abríamos caminos hacia

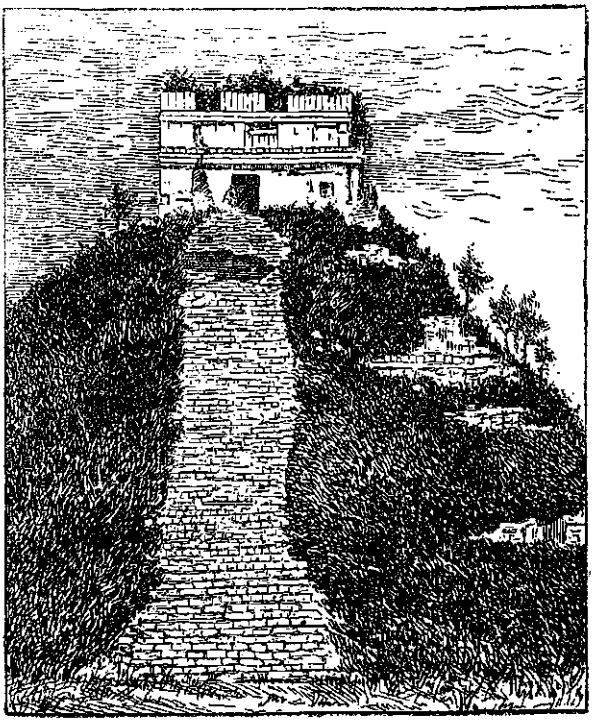


Estatua del dios Tlaloc, en Chichén-Itzá

el leste, que era la señal del paño donde estaba el pueblo; y aun dijo Cortés que si otro día estábamos sin dar en pueblo, que no sabía qué hiciésemos; y muchos de nuestros soldados, y aun todos los más, deseábamos volvernos a la Nueva-España; y todavía seguimos nuestra derrota por los montes, y quiso Dios que vimos unos árboles antiguamente cortados, y luego una vereda chica, e yo y el Pedro López, que íbamos delante abriendo camino con otros soldados, volvimos a decir a Cortés que se alegrase, que había estancias; con lo cual todo nuestro ejército tomó mucho contento; y antes de llegar a las estancias estaba un río y ciénagas, mas con

© Biblioteca Nacional de España

harto trabajo lo pasamos de presto, y dimos en el pueblo, que aquel día se había despoblado, y hallamos muy bien de comer maíz y frísoles y otras legumbres; y como íbamos muertos de hambre, dímonos buena har-



Castillo de Chichén-Itzá

tazga, y aun los caballos se reformaron, y por todo dimos muchas gracias a Dios; y ya en el camino se había muerto el volteador que llevábamos, ya por mí nombrado, y otros tres españoles de los recién venidos de Castilla; pues indios de los de Mechoacán y mejicanos

© Biblioteca Nacional de España

morían muchos, e otros muchos caían malos y se quedaban en el camino como desesperados. Pues como estaba despoblado aquel pueblo, y no teníamos lengua ni quien nos guiase, mandó Cortés que fuésemos dos capitanes por los montes y estancias a los buscar, y en unas canoas que estaban en un gran río junto al pueblo fueron otros soldados y dieron con muchos indios de aquel pueblo, y con buenas palabras y halagos vinieron sobre treinta dellos, y todos los más caciques y papas; y Cortés les habló amorosamente con doña Marina, y trajeron mucho maíz y gallinas, y señalaron el camino que habíamos de llevar hasta otro pueblo que se dice Izguatepeque, el cual estaba tres jornadas, que serían diez y seis leguas, y antes de llegar a él estaba otro pueblo sujeto, deste Tamaztepeque, donde salimos.

»Antes que pase más adelante, quiero decir que con gran hambre que traímos, así españoles como mejicanos, pareció ser que ciertos caciques de Méjico apañaron dos o tres indios de los pueblos que dejábamos atrás, y traíanlos escondidos con sus cargas, a manera y traje como ellos, y con la hambre, en el camino los mataron y los asaron en hornos que para ello hicieron debajo de tierra y con piedras, como en su tiempo lo solían hacer en Méjico, y se los comieron; y asimismo habían apañado las dos guías que traímos, que se habían huído, y se los comieron; y alcanzólo a saber Cortés, y mandó llamar los caciques mejicanos, y riñó malamente con ellos, que si otra tal hacían que los castigaría; y predicó un fraile francisco de los que traíamos, cosas muy santas y buenas; y de que hubo acabado el sermón, mandó Cortés por justicia quemar a un indio mejicano por la muerte de los indios que comieron, puesto que supo que todos eran culpantes en ello, porque pareciese que hacía justicia y que él no sabía de otros culpantes sino el que quemó.

© Biblioteca Nacional de España

»Dejemos de contar muy por extenso otros muchos trabajos que pasábamos, y cómo las chirimías y sacabuches y dulzainas que Cortés traía, que otra vez he hecho memoria dellos, como en Castilla eran acostumbrados a regalos y no sabían de trabajos, y con la hambre habían adolecido y no daban música, excepto uno, y renegábamos todos los soldados de lo oir, y decíamos que parecían zorros o adibes que aullaban, que más valiera tener maíz que comer que música.»

Podría parecer extraño que se pasara tanta hambre llevando el ejército aquellas manadas de puercos que dijimos, pero el mayordomo de Cortés, llamado Guinea, había hecho correr la voz de que se los habían comido los caimanes; la verdad era que los tales animales seguían a cuatro jornadas detrás, por orden de Cortés.

Digamos también que al adelantar la expedición por pueblos y caminos dejaba puestas cruces en los árboles, especialmente en las ceibas y debajo una inscripción que rezaba: «Por aquí pasó Cortés en tal tiempo», como indicación de la ruta.

En Acala. Después de vadear otros dos ríos, en barcas y canoas, y con aviso de que el ejército invasor llevaba las más pacíficas intenciones, llegaron los expedicionarios a un pueblo llamado Ciguatepecad, donde supieron que para llegar a los grandes pueblos de Guayatala y Xicalango tendrían que pasar dos ríos, uno de ellos muy hondo, y que luego encontrarían unos grandes tremedales y vastas ciénagas.

Reconocido el terreno por algunos exploradores, volvieron a Cortés participándole que los ríos se podrían cruzar por medio de puentes, aunque no cuidaron de examinar las ciénagas por hallarse una legua más allá.

Como el ejército carecía totalmente de víveres, dispuso Cortés enviar algunos soldados para que, cruzando como pudieran, en canoas, los dos ríos y las ciénagas fueran a verse con los caciques de un pueblo que

© Biblioteca Nacional de España

encontrarían, llamado Acala, y les pidiesen bastimentos. El viaje fué penosísimo, y cuando por fin llegaron al lugar susodicho, dijeron los caciques a los comisionados que no se atrevían a enviar nada, pues la gente de por allá era enemiga suya, pero que en cuanto llegase Cortés le proporcionarían cuanto hubiese menester.

Los comisionados, o mejor dicho, Bernal, que era el que llevaba la dirección, consiguió, sin embargo, 130 cargas de maíz, gallinas, miel, fríjoles, sal y muchas frutas, y retrocedió gozoso a entregar el precioso socorro a la tropa de Cortés, que acababa de pasar el río, después de haber tenido que estar cuatro días construyendo el puente. Llegó el convoy de noche donde acampaba el ejército, y fué saqueado hasta el punto de que los soldados no les dejaron ni un grano de maíz ni a su general ni a sus capitanes.

Vino luego tener que cruzar las ciénagas y fué milagro que no perecieran todos, pues eran de tal manera «que no aprovechaba poner maderos ni remos ni hacer otra clase de remedios para poder pasar los caballos, que atollaban todo el cuerpo sumido en las grandes ciénagas». Por fin se pudo salir de allí y llegar a tierra firme; volvió Bernal Díaz a Acala en busca de más provisiones, y ya algo rehechas las fuerzas, prosiguió la marcha el ejército, llegando felizmente a dicho pueblo, después de haber construído cincuenta puentes en el espacio de veinte leguas.

Ejecución de Cuahutemoc.

No podía ser más satisfactoria la acogida que dispensaron los caciques de Acala a los expedicionarios. Estaba formado dicho pueblo por unos veinte caseríos, unos en tierra firme y otros sobre isletas, y era necesario valerse de canoas para ir de uno a otro. Preguntó Cortés si tenían noticia de haber por allí hombres con barbas, y caballos, y si habían visto barcos por el mar, a lo cual respondieron que sí,

© Biblioteca Nacional de España

a ocho jornadas de aquel pueblo, de lo cual todos se alegraron mucho.

Informóse luego del camino que había de seguir y los caciques «se lo trujeron figurado en unas mantas y aun los ríos y ciénagas y atolladeros».

En tales circunstancias ocurrió un hecho que hace muy poco honor al ilustre conquistador de Méjico. He aquí cómo refiere el terrible drama el buen Bernal Díaz:

«Dejemos de contar nuestros trabajos y caminos, y digamos cómo Guatemuz, gran cacique de Méjico, y otros principales mejicanos que iban con nosotros, habían puesto en plática, o lo ordenaban, de nos matar a todos y volverse a Méjico, y llegados a su ciudad, juntar sus grandes poderes y dar guerra a los que en Méjico quedaban, y tornarse a levantar; y quien lo descubrió a Cortés fueron dos grandes caciques mejicanos, que se decían Tapia y Juan Velázquez; este Juan Velázquez fué capitán general de Guatemuz cuando nos dieron guerra en Méjico. Y como Cortés lo alcanzó a saber, hizo informaciones sobre ello, no solamente de los dos que lo descubrieron, sino de otros caciques que eran en ello, y lo que confesaron era que, como nos veían ir por el camino descuidados y descontentos, y que muchos soldados habían adolecido, y que siempre nos faltaba la comida, y que ya se habían muerto de hambre cuatro chirimías y el volteador y otros cinco soldados, y también se habían vuelto otros tres soldados camino de Méjico, y se iban a su aventura por los caminos por donde habían venido, que más querían morir que ir adelante; que sería bien que cuando pasásemos algún río o ciénaga dar en nosotros, porque eran los mejicanos sobre tres mil y traían sus armas y lanzas, y algunos con espadas.

»El Guatemuz confesó que así era como lo habían dicho los demás; empero que no salió dél aquel concierto, y que no sabe si todos fueron en ello o se efetuaría, y

© Biblioteca Nacional de España

que nunca tuvo pensamiento de salir con ello, sino solamente la plática que sobre ello hubo; y el cacique de Tacuba dijo que entre él y Guatemuz habían dicho que valía más morir de una vez que morir cada día en el camino, viendo la grande hambre que pasaban sus macechuelas y parientes. Y sin haber más probanzas, Cortés mandó ahorcar al Guatemuz y al señor de Tacuba, que era su primo, y antes que los ahorcasen, los frailes franciscanos y el mercenario fueron esforzándolos y encomendando a Dios con la lengua doña Marina; y cuando le ahorcaron dijo el Guatemuz: «¡Oh capitán Malinche! Días había que yo tenía entendido e había conocido tus falsas palabras, que esta muerte me habías de dar, pues yo no me la dí cuando te entregaste en mi ciudad de Méjico; ¿por qué me matas sin justicia? Dios te lo demande.»

»El señor de Tacuba dijo que daba por bien empleada su muerte por morir junto con su señor Guatemuz. Y antes que los ahorcasen los fué confesando fray Juan el mercenario, que sabía, como dicho he, algo de la lengua, y los caciques les rogaban les encomendasen a Dios, que eran para indios buenos cristianos, y creían bien e verdaderamente; e yo tuve gran lástima del Guatemuz y de su primo, por habelles conocido tan grandes señores, y aun ellos me hacían honra en el camino en cosas que se me ofrecían, especial en darme algunos indios para traer yerba para mi caballo. Y fué esta muerte que les dieron muy injustamente dada, y pareció mal a todos los que íbamos en aquella jornada.»

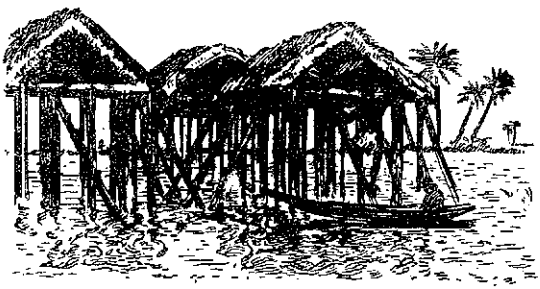
Prosiguió la marcha, y hubo que volver a cruzar ríos, y pasar nuevas hambres, lo cual no impedía que con gran celo, al llegar a los pueblos, procurase la conversión de los naturales. «También quiero decir que, como Cortés andaba mal dispuesto, y aun muy pensativo y descontento del trabajoso camino que llevábamos, e como había mandado ahorcar a Guatemuz e

© Biblioteca Nacional de España

su primo el señor de Tacuba sin tener justicia para ello, e había cada día hambre, e que adolescían españoles e morían muchos mejicanos, pareció ser que de noche no reposaba de pensar en ello, y salíase de la cama donde dormía a pasear en una sala adonde había ídolos, que era aposento principal de aquel pueblezuelo, adonde tenían otros ídolos, y descuidóse y cayó más de dos estados abajo y se descalabró la cabeza, y calló, que no dijo cosa buena ni mala sobre ello, salvo curarse la descalabradura, y todo se lo pasaba y sufría.»

En Guatemala.

Siempre adelante, no siendo preciso decir que el territorio por donde pasaban ahora era Guatemala, llegaron a un pueblo singular; tratábase de una población lacustre «recién edificada» en me-



Habitaciones lacustres

dio de unas ciénagas. Estaba al parecer desierto, a pesar de hallarse muy bien fortificado, y al entrar en él los expedicionarios encontraron muchas gallinas puestas a cocer, y una casa llena de armas. Por fin se supo que los habitantes se habían refugiado allí por haber sido arrojados de la tierra llana por sus enemigos los lacaudones, que les habían quemado dos pueblos, y que el motivo de haber tantas gallinas al fuego era porque se esperaba de un momento a otro un nuevo ataque,

© Biblioteca Nacional de España

lo cual había movido a los habitantes a comérselas antes de que se las llevaran los otros, si venían.

En la siguiente etapa cambió el aspecto del país: era tierra llana, sin un árbol y, por lo mismo, se dejaba sentir un calor horrible; en cambio no faltarían mantenimientos, pues todo estaba lleno de venados, que no huían en manera alguna al ser perseguidos.

Prosiguió el camino, cruzando ríos y ciénagas, y sufriendo terribles hambres, y así llegaron Cortés y su gente a una sierra que por lo cortante de las piedras fué llamada de los pedernales. Y vuelta a hacer puentes. Por fin llegaron a un pueblo llamado Coliste (Oculizte), donde supieron que los españoles (aquellos de las barbas y los caballos) se hallaban establecidos en la costa, a dos jornadas de allí.

Expedición de Sandoval

Envió en seguida Cortés a Sandoval, con seis soldados, a practicar un reconocimiento, y, en efecto, no tardaron en dar con los que buscaban.

Sandoval, ya a orillas del golfo de Amatique, había sorprendido de noche una canoa, en un ancón, y embarcádose en ella para remontar el desaguadero del lago de Izabal, llamado el Golfo Dulce, y quiso la casualidad se hallasen por allí a la sazón dos españoles de los que habían poblado con Gil González de Ávila, explicándose su presencia por la necesidad de buscar unas frutas llamadas zapotes, para comer, pues se carecía de toda suerte de víveres.

Profundísima fué la sorpresa de aquellos españoles al encontrarse con Sandoval, pero una vez tranquilizados por éste, hiciéronle relación de lo ocurrido, que no podía ser más inesperado. Creía, en efecto, Sandoval, como Cortés y todos los que con él iban que estaba allí Cristóbal de Olid, y, por lo tanto, no tenía límites su sorpresa.

El asombro de Sandoval iba en aumento a medida

© Biblioteca Nacional de España

que se enteraba de lo acaecido durante el trabajosísimo viaje de Cortés a través de Méjico: el naufragio de la expedición de Francisco de las Casas; la prisión de éste y de Gil González de Ávila; como estos dos degollaron en Naco a Cristóbal de Olid y habían partido luego para Méjico; cómo habían quedado a las órdenes de Armenta, y le habían ahorcado hacía pocos días por negarse a dejarles embarcar para Cuba.

Sandoval mandó que los dos españoles le siguiesen al real de Cortés, y enterado éste de todo, dispuso marchar en seguida a la costa, distante seis o siete leguas; mandó al ejército se detuviese en la orilla norte del desaguadero del Golfo Dulce, y después de cruzarlo él con mucho riesgo por el ímpetu de la corriente, fuése a la villa donde estaban poblados los españoles de Gil González de Ávila, que le recibieron, como no es menester decir, con la más extraordinaria alegría.

Valiéndose luego del navío en que se proponían pasar a Cuba, de dos bateles y de las canoas que se pudo recoger, el ejército cruzó el desaguadero; en esta operación se invirtieron cuatro días, pues las embarcaciones no podían ir muy cargadas a causa de lo peligroso del pasaje, todo lo cual hubiera podido sufrirse a no apretar el hambre de una manera horrible.

No podía ser más lastimosa la situación de la colonia de San Gil de Buena Vista, puesto que desde largos meses no había allí nada que comer. Contábanse en ella cuarenta hombres, cuatro mujeres y dos mulatas, todos enfermos.

Procuróse buscar víveres a toda costa, y por fin se pudieron recoger, aunque a ocho leguas de allí: maíz, fríjoles, caguatales, gallinas. Por desgracia, tanto comieron los pobres hambrientos de San Gil, que murieron siete.

Poco después aportaba allí un navío procedente de Cuba, mandado por Antón de Carmona, con quince

© Biblioteca Nacional de España

pasajeros y ocho marineros, conduciendo siete caballos, cuarenta puercos y ocho pipas de tasajo. Compró Cortés el cargamento y lo repartió entre los dichos vecinos, pero en mal hora les hizo aquel regalo, pues con los hartazgos de carne salada murieron catorce.

En Trujillo La adquisición del navío hubo de ser de gran momento, pero además mandó Cortés calafatear un bergantín de los de González de Ávila que estaba al través, adobar un batel y aprestar las canoas. Con estas embarcaciones remontó el desaguadero y salió al lago de Izabal, reconociendo la tierra y teniendo que pelear con los indios hasta que, convencido de que no era aquel país bueno para poblar, embarcóse para salir al mar y decidió hacerlo en Puerto Caballos (o Puerto Cortés), en la costa occidental de Honduras, donde fundó una villa que llamó Natividad, en la cual se aposentaron los supervivientes de San Gil; sitio molestísimo por los mosquitos, que impedían en absoluto conciliar el sueño.

Quiso luego Cortés ir a Trujillo, villa fundada por Francisco de las Casas, como ya dijimos, mientras Sandoval emprendía excursiones por el interior del país, teniendo que sostener frecuentes combates con los naturales, de raza caribe, muy valientes y buenos flecheros, y lo mismo hacía Diego de Godoy, dejado por Cortés como su lugarteniente en Puerto de Caballos.

Resultó entonces que los vecinos de Trujillo eran en su mayoría bandoleros que habían sido expulsados de Pánuco y puestos al servicio de Cristóbal de Olid le habían aconsejado el alzamiento, pero a todos perdonó Cortés y procuró atraérselos, respetándoles en sus cargos.

Ya en Trujillo dispuso Cortés que algunos de los frailes franciscanos que le acompañaban, y con ellos varios hombres de su mayor confianza y unos cuantos soldados, pasasen a Cuba y Santo Domingo, en el na-

© Biblioteca Nacional de España

vío de Carmona, para dar noticia de su llegada allí y suplicar le enviasen provisiones y soldados.

Por desgracia, el navío naufragó en las costas de Cuba y perecieron la mayoría de los que en él iban. La noticia de que Cortés estaba vivo llenó de alegría, y aun más de sorpresa, a los habitantes españoles de Cuba y Santo Domingo, que les daban por muertos a él y todos los suyos.

Entretanto, no cesaban de levantarse partidas de españoles, restos de la tropa de Cristóbal de Olid, de Casas, de Gil de Ávila, desertores de Panamá y otros malandrines que se dedicaban a robar y saquear a los indios. Cortés envió contra ellos a Sandoval y otros capitanes, pero resultó que, no distinguiendo los indios entre unos y otros, los atacaron con grande furia.

Indio caribe

No cabía más triste situación que la del insigne conquistador; desfallecido de hambre, atacado de calenturas y sumido en hondísima tristeza había estado tan a punto de morir que ya se le tenía dispuesto el hábito de San Francisco con que debía ser enterrado.

En tan desgraciada situación las cosas, llegó a Trujillo, procedente de la Habana, un buque enviado por el licenciado Zuazo, alcalde mayor de Méjico, con algunas provisiones y una carta para Cortés.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IX

LOS ESCÁNDALOS DE MÉJICO

LLEGADA DE LUIS PONCE DE LEÓN. — DE HONDURAS A MÉJICO. — CAMBIOS DE GOBERNADOR. — EXPEDICIÓN A LAS MOLUCAS. — PERSECUCIONES CONTRA CORTÉS. — CORTÉS EN LA CORTE. — LA REAL AUDIENCIA. — EL VIRREINATO.

Los escándalos de Méjico.

Entregada la carta a Cortés, «después que la hubo leído tomó tanta tristeza que luego comenzó al parecer a sollozar en su aposento, y no salió de donde estaba hasta otro día por la mañana, que era sábado, e se confesó con fray Juan aquella noche, y le mandó que dijese misa de Nuestra Señora muy de mañana, e comulgó».

Terribles debían ser las nuevas que le comunicaba Zuazo, y así resultó ser en efecto. He aquí lo que le decían y que Cortés leyó luego a sus amigos.

Había fallecido su padre Martín Cortés.

El contador Albornoz, a quien dejara como lugarteniente en la gobernación de Nueva España, había escrito al emperador en tales términos contra él que Don Carlos había mandado al almirante de Santo Domingo partiese con 600 hombres para prenderle.

Había sido designado para conquistar en Río de las Palmas el capitán Pánfilo de Narváez y nombrado gobernador de Pánuco cierto Nuño de Guzmán.

© Biblioteca Nacional de España

Habíanse apoderado del mando, en Méjico, el factor y el veedor, destituyendo al contador y tesorero, a quienes tenían presos, y con tal motivo habían ocurrido sangrientos desórdenes entre los de uno y otro bando.

Habíanse levantado los indios en muchas provincias, sin que los capitanes enviados para reprimir la rebelión hiciesen nada bueno, entregados solamente al juego y a los vicios.

Propalada la voz de que Cortés y los suyos habían muerto, hízose proclamar gobernador general de Nueva España el factor Gonzalo de Salazar, y mandó que las supuestas viudas de los que habían partido con Cortés se casaran cuanto antes.

No sería nada grato entrar en pormenores respecto de la sanguinaria tiranía del factor, cuya política consistía en exterminar a cuantos le hacían sombra y en enviar todo el oro posible al emperador, para congraciarse con él. Con todo, merece ser señalado lo que ocurrió con Rodrigo de Paz, alguacil mayor de Cortés, y fué que Gonzalo de Salazar le puso preso y le pidió le entregase el oro y plata que aquél tenía escondido, al objeto de enviárselo a S. M., de quien lo había robado. Negóse Rodrigo de Paz, y entonces Salazar le hizo dar tormento, y con aceite y fuegó le quemó los pies y parte de las piernas, para que revelase dónde estaba aquel dinero, hasta que, por fin, temiendo no sobreviviera y fuese a quejarse al emperador, le mandó ahorcar, como bandolero.

Era aquélla una tiranía horrible, y Cortés y los suyos a quienes les habían sido secuestrados los bienes y vendidos luego en pública subasta, decidieron regresar a Méjico para recobrar sus haciendas y reivindicar sus poderes.

Para ello se acordó que Cortés se embarcara secretamente con algunos de sus íntimos, y que los capi-

© Biblioteca Nacional de España

se fué luego al monasterio de señor san Francisco, adonde hizo decir misas, y daba loores a Dios, que le sacó de los trabajos pasados de Honduras y le trujo a aquella ciudad; y luego se pasó a sus casas, que estaban muy bien labradas, con ricos palacios, y allí era servido y temido y tenido de todos como un príncipe; y los indios de todas las provincias le venían a ver, y le traían presentes de oro, y aun los caciques del peñol de Coatlán, que se habían alzado, le vinieron a dar la bienvenida y le trujeron presentes; y fué su entrada de Cortés en Méjico por el mes de junio, año de 1524 ó 25; y como Cortés hubo descansado, luego mandó prender a los bandoleros, y comenzó a hacer pesquisas sobre los tratos del factor y veedor; y también prendió a Gonzalo de Ocampo

Ídolo de piedra, en Copán

© Biblioteca Nacional de España

o a Diego de Ocampo, que no sé bien el nombre de pila, que fué al que hallaron los papeles de los libelos infamatorios; y también se prendió a un Ocaña, escribano, que era muy viejo, que llamaban cuerpo y alma del factor».

Bien hubiera debido, y podido, Cortés ahorcar al veedor y al factor, pero no lo hizo, y fué grave falta, pues nadie se lo hubiera censurado, y, por su parte, se habría evitado gravísimos disgustos.

Llegada de Luis Ponce de León.

Cuando mayor era la satisfacción de Cortés por el recobro de su autoridad y las grandes muestras de afecto que así de los españoles como de los mejicanos recibía, hubo de quedar hondamente sorprendido al saber que había llegado a San Juan de Ulúa, con tres navíos, el licenciado Luis Ponce de León, nombrado dos años y medio antes para que pasara a Méjico a residenciar a Cortés, en vista de las quejas contra él enviadas por Diego Velázquez y demás enemigos y envidiosos suyos.

Apresuróse Cortés a enviarle el testimonio de su acatamiento y ponerse a sus órdenes, mientras tanto apresurábanse los enemigos de Cortés a llenarle la cabeza de acusaciones a Ponce de León. Decíanle no fiase de él, para que no le asesinara; ponderábanle los males que había ocasionado a Garay y a Narváez; recordábanle los soldados perdidos en Honduras y los 3,000 mejicanos que habían muerto en el camino; la muerte de Diego de Godoy y sus treinta hombres en el horrible Puerto de Caballos, todo lo cual indujo al licenciado a apresurar la marcha llegando a Méjico mucho antes de lo que Cortés esperaba.

Reconocido como gobernador el licenciado Luis Ponce de León, mandó pregonar residencia contra Cortés y cuantos habían ejercido cargos de justicia, y fueron en gran número los que presentaron acusaciones contra ellos. Triste espectáculo, por más que sea muy propio

© Biblioteca Nacional de España

de la flaca naturaleza humana, y que revela bien como todos los tiempos se parecen. Este era el pago que recibía Cortés por haber conquistado para Carlos V un imperio mayor que ningún otro de los que tenía.

De Honduras a Méjico

Interrumpamos aquí nuestra relación para dar cuenta de lo que había ocurrido a los soldados que, como dijimos, debían regresar a Méjico desandando las quinientas leguas de terrible camino que habían llevado hasta Honduras.

Recordemos que Cortés había dejado en su lugar como gobernador de aquel país al capitán Saavedra, con encargo de participar al capitán Luis Marín regresara a Méjico, orden que, por sus particulares miras, dejó de cumplir. De ahí que Marín y su gente (pues Sandoval se había marchado con Cortés) ignoraran en absoluto, en Naco, qué había sido de su capitán y demás, hasta que, por fin, decidieron enviar algunos hombres a Trujillo para preguntar a Saavedra; por suerte no fué preciso llegar hasta allá, pues supieron por el camino, por dos españoles enfermos, cómo se había embarcado Cortés con Sandoval y sus amigos para Méjico.

En su vista, emprendieron la marcha el capitán Marín y sus soldados, teniendo la alegría de reunirse con Pedro de Alvarado, el de Guatemala, que les iba buscando. Grande fué la alegría de aquel encuentro. Continuó su marcha Marín, y después de trabajosísima jornada, llegaron a Méjico, donde fueron recibidos con efusión por Cortés y sus compañeros. Retirada verdaderamente heroica fué aquélla, por un país completamente desconocido y levantado en armas, en su mayor parte, a través de las sierras del Sur de Guatemala, teniendo que cruzar continuamente ríos y barrancos.

Con la separación de Cortés de su gobernación de Nueva España y la venta de gran parte de sus bienes para pagar las misas en sufragio de su alma, nadie le tenía acato y todo el mundo se le desvergonzaba, por lo

© Biblioteca Nacional de España

cual alguien hubo de aconsejarle «que se sirviese como señor y se llamase señoría y pusiese dosel, y que no solamente se nombrase Cortés, sino don Hernando Cortés», a lo cual no accedió, pues no quería él ser llamado de otra manera que Cortés, «porque era tan tenido y estimado este nombre de Cortés en todo Castilla, dice Bernal Díaz, como en tiempo de los romanos solían tener a Julio César o a Pompeyo, y en nuestros tiempos teníamos a Gonzalo Hernández, por sobrenombre Gran Capitán, y entre los Cartagineses Aníbal, o de aquel valiente y nunca vencido caballero Diego García de Paredes.»

Cambios de gobernador. De pronto, y mientras continuaba abierto el juicio de residencia, enfermó y se murió en pocos días Luis Ponce de León, víctima de una epidemia de tifus que se había desarrollado en el navío en que viniera, siendo reemplazado, en virtud de lo dispuesto en su testamento, por el bachiller o licenciado Marcos de Aguilar, a quien se había traído de Santo Domingo.

Era este Aguilar un viejo chocho, «tullido de bubas», que no tenía noticia de nada; no había quien le guardase respeto por su facha. Tan lleno de alifafes estaba, que «le daba de mamar una mujer de Castilla, y tenía unas cabras que también bebía leche dellas»; es casi seguro que debía estar tísico además de «avariósico».

Esta fué, pues, la sola y suprema autoridad de Nueva España, siendo imposible convencerle de que se acompañase de Cortés, hasta que el emperador dispusiese otra cosa. Ocho meses duró su estéril gobierno, sin que se adelantase un paso en nada en lo del juicio contra Cortés, por una parte, y del factor y el veedor por otra.

Expedición a las Molucas. Mientras esto ocurría en Méjico, Cortés, por orden expresa del emperador Carlos V, fechada en Granada en 1526, mandaba labrar cuatro navíos en el puerto de Esguatanejo (costa del Pacífico),

© Biblioteca Nacional de España

bien abastecidos y artillados, con expertos marineros y 250 soldados y abundante rescate de cosas de mercería de Castilla. Iba la expedición al mando de Alvaro de Saavedra y debía dirigirse a las Molucas, islas de la Especería o China. Llevaban los navíos víveres y bizcocho para un año.

La flotilla se hizo a la vela en diciembre de 1527 o 1528 y llegó con gran fortuna a las Molucas, aunque no sin padecimientos de todo género; por desgracia, aquellos valientes españoles fueron, al cabo, presos por los portugueses que los enviaron a Castilla, pero de todas maneras la expedición había resultado un verdadero triunfo, inaugurando el camino que tantas veces debían recorrer después nuestras naves, desde la costa occidental de Méjico a Oceanía.

El gobierno de Marcos de Aguilar.

Volviendo ya a lo de Méjico, hay que decir que lo único de particular que hizo el viejo mamón fué enviar a D. Juan Enríquez de Guzmán, próximo pariente del duque de Medinasidonia, a poblar la provincia de Chiapas; al capitán Baltasar Osorio a hacer lo mismo en la de Tabasco y a Alonso de Herrera a poner orden en la tierra de los zapotecas, después de lo cual se murió, dejando por sucesor al tesorero Alonso de Estrada.

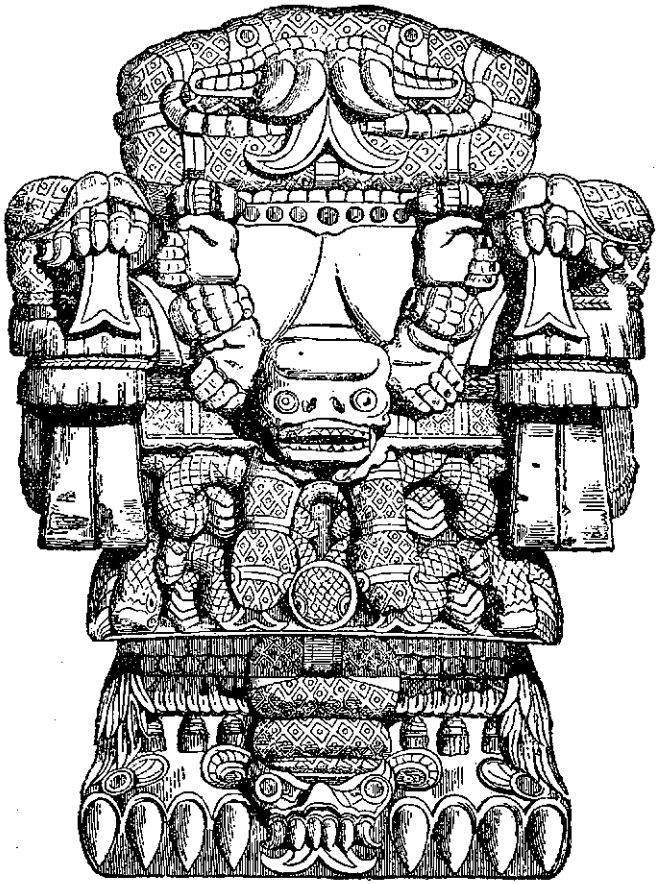
Tampoco era éste persona que estuviese a la altura de su cargo, por lo cual le suplicaron se asociase a Cortés, pero ni Estrada quiso, ni Cortés tampoco, y por fin se consiguió que gobernase en compañía de Gonzalo de Sandoval.

Persecuciones contra Cortés

Entretanto todo eran calumnias, acusaciones y delaciones contra Cortés, de manera que bien se echa de ver la afición que hemos tenido siempre a echarles la zancadilla a los que descuellan, sea en el terreno que fuere. En otra nación cualquiera, Colón, Vasco Núñez de Balboa hubieran sido unos héroes; aquí dejamos morir en el abandono

© Biblioteca Nacional de España

al uno y le cortamos la cabeza al otro; Cortés había conquistado un imperio que valía por cuatro o cinco



Méjico: Teoyamiqui, diosa de la muerte, ídolo azteca

Españas y a lo que se iba era a que lo degollasen. Nada menos que se le delataba al Consejo de Indias como

© Biblioteca Nacional de España

envenenador de Ponce de León, de Marcos de Aguilar, del adelantado Garay y otros muchos más; se le denunciaba como autor de tentativas de asesinato del factor y el veedor; como envenenador de su primera mujer, etc., y por si no bastaran las cartas, esgrimía su mala lengua en la corte de las Españas aquel contador Albornoz, que se hallaba entonces en Valladolid y Toledo.

La sacra, cesárea, augusta, católica majestad del emperador Carlos Quinto, leídas las cartas y oído Albornoz, dispuso que sólo gobernase el tesorero Estrada; que fuesen sacados de las jaulas Chirinos y su compadre; que partiese para Méjico D. Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara, con 300 soldados a costa de Cortés, y que si le hallase culpado a éste le cortase la cabeza y que se instituyese en Méjico una real Audiencia.

Muy satisfecho quedó el tesorero Estrada de las disposiciones dictadas por su ilustre pariente D. Carlos V, pues ya dijimos que blasonaba de ser bastardo de D. Fernando *el Católico*, y bien podría ser, pues el tal rey, modelo de maquiavelismo político, no era menos aficionado al juego que al amor.

En cuanto se vió gobernador el ilustre borde, destituyó a D. Juan Enríquez de Guzmán del cargo de conquistador de Chiapas y nombró para este puesto a su primo Mazariegos; igualmente mandó fuesen conquistadas otras provincias, confiando el cometido a algunos capitanes y soldados recién llegados de Castilla, y que lo hicieron todos muy mal, a todo lo cual no podían llegar a más los agravios y desprecios inferidos a Cortés y Sandoval, desterrados ahora por el pretendido bastardo a un pueblo llamado Cuernavaca.

Cortés en la corte.

No siendo ya posible la permanencia de Cortés en Méjico, decidió partir para Castilla, y para tal objeto él y sus amigos allegaron todo el oro que pudieron, idea en que insistió tanto más

© Biblioteca Nacional de España

en cuanto sus amigos de la Corte, el duque de Béjar, D. García de Loyosa, presidente del Consejo de Indias y otros caballeros no dejaban de exhortarle a que se presentase para defenderse de los cargos que contra él se acumulaban.

Apresuróse Cortés a poner por obra lo que se le aconsejaba, y con permiso del gobernador se embarcó en Veracruz con Sandoval, llegando a Palos a los 41 días de navegación (1528). Desgraciadamente falleció su compañero, apenas en tierra, lo cual le ocasionó profundo sentimiento, pues siempre había sido su más fiel y leal amigo.

En cuanto supo el emperador la llegada de Cortés tuvo grande gozo y mandó se le recibiese por doquier con todos los honores debidos a su elevada categoría.

No podía quejarse Cortés, a la verdad, de la acogida que se le tributaba, y se comprende bien, pues aparte de la fama de sus grandes hazañas, no cabía ser más espléndido, ni más simpático, ni más apuesto, no habiendo dama que dejara de prendarse del héroe de Nueva España.

Ya en Toledo, fué recibido con grande afecto por el emperador, a quien, en elegantes términos y con admirable concisión, refirió Cortés sus conquistas de Méjico y Honduras.

La particular distinción con que trataba Carlos V a Cortés se pudo ver en el hecho de que habiendo enfermado de tanta gravedad que se le daba por muerto, fué a visitarle a su posada. Aparte de esto, eran sus amigos íntimos el comendador de León D. Francisco de los Cobos, privado del emperador, el conde de Nassau (Guillermo de Orange), el Almirante, el duque de Béjar, el conde de Aguilar, el cardenal Loyosa y otros ilustres personajes.

Para mostrarle el emperador el aprecio en que tenía sus servicios, le hizo marqués del Valle, caballero del

© Biblioteca Nacional de España

hábito de Santiago y capitán general de la Nueva España y el mar del Sur. Desvanecióse Cortés con tantas mercedes y se mostró asaz ingrato con el cardenal y el Consejo de Indias, a quienes debía su rehabilitación, de igual manera que con el comendador mayor de León y su señora D.ª María de Mendoza; procedimiento propio de la flaca naturaleza humana, y que contribuyó a que el emperador no le concediese la gobernación de Nueva España como con grandísimo empeño pretendía, sirviéndole para ello de intercesor Guillermo de Orange, hasta que un día, enojado don Carlos, le dijo no porfiase más en favor de Cortés, pues le había dado un marquesado que tenía más renta que toda la que sacaba él de su condado de Nassau.

Conforme lo convenido, casó luego Cortés con doña Juana de Zúñiga, sobrina del duque de Béjar, y fueron tan ricas las joyas que la regaló, que jamás se habían visto iguales en Castilla.

La Real Audiencia. Mientras esto ocurría en Castilla, llegaba a Méjico la Real Audiencia establecida por el emperador, bajo la presidencia de Nuño de Guzmán, gobernador de Pánuco, y compuesta de cuatro licenciados, como oidores, con amplísimos poderes para todo, y en especial para los repartimientos. Poco duró, sin embargo, su gobierno, pues hubieron de ser destituídos por las grandes injusticias que cometían, siendo dadas por nulas las encomiendas que habían repartido inicuamente. Aparte de lo cual, podía decirse que la flamante Audiencia real no pensaba más que en perjudicar, ofender y calumniar a Cortés, aceptando toda clase de querellas y acusaciones contra él. Eran, en suma, el Guzmán y los oidores unos infames chanchulleros, cohechadores y malvados, que no hacían más que robar y enriquecerse con sucios negocios, como era la concesión de herrar como esclavos a millares de indios, sin razón alguna.

© Biblioteca Nacional de España

Aquellos tunantes vendieron todos los bienes de Cortés, para hacerle pagar lo que reclamaban sus enemigos, y se dió el caso de ser objeto de las más brutales persecuciones los que con Cortés habían conquistado aquel imperio.

Enterado Nuño de Guzmán de que el Consejo de Indias les había destituído a los que formaban la Real Audiencia, se adelantó a la llegada de los reemplazantes organizando una expedición para conquistar en la provincia de Jalisco, y al pasar por la de Mechoacán, como un cacique llamado Cazouci no le diera tanto oro y tantos indios e indias como le exigía, le quemó los pies y le ahorcó luego, «que fué una de las más malas e feas cosas que presidente ni otras personas podían hacer», dice Bernal Díaz.

El virreinato Llegó la nueva Real Audiencia, compuesta del obispo de Santo Domingo, D. Sebastián Ramírez de Villaescusa, como presidente, y los licenciados Maldonado de Salamanca, Zaínos de Toro, Vasco de Quiroga de Madrigal y Salmerón, de Madrid, hombres todos ellos de ciencia y conciencia, siendo su primera resolución publicar residencia general, para que cuantos se creyesen perjudicados presentasen sus demandas contra los cinco bribones susodichos.

Muy bien se condujeron aquellos buenos magistrados, pero el emperador creyó mejor variar la organización de Nueva España y en vista de ello, al cabo de algún tiempo fué enviado como virrey el honrado y sabio caballero D. Antonio de Mendoza, hermano del marqués de Mondéjar, acompañado de algunos oidores de grandes y reconocidas virtudes para constituir la Real Audiencia (1530).

Así las cosas, creyó Cortés llegado el momento de regresar a Méjico para arreglar sus asuntos y se embarcó para allá con su señora D.ª Juana de Zúñiga y doce frailes de la Merced. Ya en Nueva España, con título

© Biblioteca Nacional de España

de marqués del Valle y capitán general de la Nueva España y de la mar del Sur presentóse al Virrey, para que le contase entre sus vasallos.

Y sin duda hubo de ocurrírsele en malhora aquel viaje, pues se encontró con una nube de pleitos a propósito de los indios tributarios de su marquesado, saliéndole la cuenta muy al revés de lo que pensaba.

Como su prestigio padecía algo en la capital, fuése a vivir en Cuernavaca, donde se llevó a la marquesa, que ya no volvió a poner más los pies en Méjico.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO X

EXPEDICIONES INFORTUNADAS

EXPEDICIÓN DE HURTADO DE MENDOZA. — EXPEDICIÓN DE BECERRA. — CORTÉS EN CALIFORNIA. — EXPEDICIONES DE MENDOZA Y ALVARADO. — MUERTE DE CORTÉS.

(1532-1547)

Expedición de Hurtado de Mendoza

Durante su permanencia en Castilla había capitulado Cortés con la emperatriz Isabel y el Consejo de Indias que por espacio de algunos años enviaría, a su costa, por el mar del Sur dos buques con 70 soldados, a descubrir islas y otras tierras, y que de lo que descubriese se le harían ciertas mercedes.

En su virtud, mandó construir dos navíos en Acapulco (1532), bien artillados y abastecidos, con mucho rescate y 80 soldados, arcabuceros y ballesteros, a las órdenes de Diego Hurtado de Mendoza. El resultado fué que se perdieran los dos barcos. Sublevóse a no tardar la gente de uno de los navíos, que quiso volverse a Méjico, pero naufragó el buque y a duras penas pudieron salvarse algunos, que tomaron tierra en Jalisco. Del otro, en que iba Hurtado de Mendoza no se volvió a saber más.

© Biblioteca Nacional de España

Expedición de Becerra.

Cortés, asaz pesaroso de lo ocurrido, volvió a enviar otros dos navíos, acabados de construir en Guautepec, con 70 soldados. N da faltaba y podía confiarse en que la expedición daría gran provecho; mandaba en jefe Diego Becerra de Mendoza y a sus órdenes Hernando de Grijalba, e iba por piloto mayor el gran cosmógrafo vizcaíno Ortuño Jiménez.

Las instrucciones eran ir en busca de Diego Hurtado y si no le hallaban internarse en el mar en busca de islas y nuevas tierras. Zarparon los dos buques, pusieron la proa al Norte, y le faltó tiempo a Grijalba para apartarse de Becerra, por ser éste muy «soberbio y mal acondicionado». Este Grijalba descubrió una isla que llamó de Santo Tomás, a la sazón desierta. Entretanto, reñían Becerra y Ortuño; contaba éste con el apoyo de sus paisanos los vizcaínos, y una noche, mientras dormía Becerra, le asesinaron, así como a otros soldados. Alzóse con el mando Ortuño; desembarcó a los frailes — a su ruego — en la costa de Jalisco, y continuando su derrota al Norte, llegó a una isla que llamó de Santa Cruz, poblada de salvajes y abundante en perlas.

Saltó en tierra Ortuño, con los soldados, para hacer aguada, pero acudieron los naturales y los mataron, no quedando vivos sino los marineros que habían permanecido a bordo y volvieron al puerto de Jalisco.

Cortes en California.

La noticia de este nuevo desastre no desalentó a Cortés, «y como era hombre de corazón que no reposaba, dice Bernal Díaz, con tales sucesos acordó de no enviar más capitanes, sino ir él en persona».

Tenía por aquel tiempo terminados ya otros tres navíos de buen porte en Guautepec, y como se enterara de que había perlas en la isla donde habían sucumbido Ortuño y sus compañeros decidió ir para allá y poblar.

© Biblioteca Nacional de España

La nueva de que el marqués iba a mandar personalmente la expedición hizo que cundiera el entusiasmo, presentándose en Méjico, donde se hallaba ahora, gran número de soldados, entre ellos treinta y cuatro casados, acompañados de sus mujeres. En suma, 320 personas. Para no ir con tanto embarazo, mandó que los que quisiesen embarcarse fuesen a Guautepec.

Salió Cortés de Méjico con el capitán Andrés de Tapia y otros oficiales y soldados, clérigos y frailes, médicos, cirujanos, boticarios, herreros, carpinteros de ribera, etc. Los soldados — de a caballo, ballesteros, arcabuceros — ardían en impaciencia para embarcarse, esperanzados de alcanzar grandes riquezas.

Adelantóse Cortés con los tres buques y parte solamente de sus soldados, dejando a los otros en Guautepec, al cuidado de Andrés de Tapia, y llegó a la isla de Santa Cruz en mayo de 1533, desde donde envió los tres buques al citado puerto para que viniese la gente que allí había quedado.

No pudo ser más deplorable la expedición. «Alzadas velas, yendo por su derrota, dióles un temporal que les echó cabe un gran río, que le pusieron nombre San Pedro y San Pablo; y asegurado el tiempo, volvieron a seguir su viaje, y dióles otra tormenta que les departió a todos tres navíos, y el uno dellos fué al puerto de Santa Cruz, adonde Cortés estaba, y el otro fué a encallar y dar al través en tierra de Xalisco; y los soldados que en él iban estaban muy descontentos del viaje, y de muchos trabajos, se volvieron a la Nueva España, y otros se quedaron en Xalisco; y el otro navío aportó a una bahía que llamaron el Guayabal; y pusiéronle este nombre porque había allí mucha fruta que llaman guayabas; y como habían dado al través, tardaban tanto y no acudían donde Cortés estaba, y les aguardaban por horas, porque se les habían acabado los bastimentos; y en el navío que dió al través en tierra

© Biblioteca Nacional de España

de Xalisco iba la carne y bizcocho y todo el más bastimento; a esta causa estaban muy congojosos así Cortés como todos los soldados, porque no tenían qué comer; y en aquella tierra no cogen los naturales del maíz, que son gente salvaje y sin policía, y lo que comen es frutas de las que hay entre ellos, y pesquerías y mariscos, y de los soldados que estaban con Cortés, de hambres y de dolencias se murieron veintitrés, y muchos más estaban dolientes, y maldecían a Cortés y a su isla y bahía y descubrimiento; y cuando aquello vió, acordó de ir en persona con el navío que allí aportó, y con cincuenta soldados y con dos herreros y carpinteros y tres calafates, en busca de los otros dos navíos, porque por los tiempos y vientos que habían corrido entendió que habían dado al través; e yendo en busca dellos, halló al uno encallado, como dicho tengo, en la costa de Xalisco, y sin soldados ningunos, y el otro estaba cerca de unos arrecifes, y con gran trabajo y con tornallos a aderezar y calafatear, volvió a la isla de Santa Cruz con sus tres navíos y bastimento, y comieron tanta carne los soldados que lo aguardaban, que como estaban debilitados de no comer cosas de sustancia de muchos días atrás, les dió cámaras y tanta dolencia, que se murieron la mitad dellos, y por no ver Cortés delante de sus ojos tantos males, fué a descubrir a otras tierras, y entonces toparon con la California, que es una bahía; y como Cortés estaba tan trabajado y flaco, deseábase volver a la Nueva España; sino que de empacho, porque no dijesen dél que había gastado gran cantidad de pesos de oro, y no había topado tierras de provecho ni tenía ventura en cosa que pusiese la mano, y que eran maldiciones de los soldados y conquistadores verdaderos de la Nueva España, a este efeto no se iba; y en aquel instante, como la marquesa D.ª Juana de Zúñiga, su mujer, no sabía ningunas nuevas, más que había dado al través

© Biblioteca Nacional de España

un navío en la costa de Xalisco, estaba muy penosa, creyendo no se hubiese muerto o perdido; y luego envió en su busca dos navíos, los cuales uno dellos fué en que había vuelto a la Nueva España el Grijalva, que había ido con el Becerra, y el otro navío era nuevo, que lo acabaron de labrar en Guantepeque; los cuales dos navíos cargaron de bastimento lo que en aquella sazón pudieron haber, y envió por capitán dellos a un Fulano de Ulloa, y escribió muy afectuosamente al Marqués, su marido, con palabras y ruegos que luego se volviese a Méjico a su estado y marquesado, y que mirase los hijos e hijas que tenía, y dejase de porfiar más con la fortuna, y se contentase con los heroicos hechos y fama que en todas partes hay de su persona; y asimismo le escribió el virrey D. Antonio de Mendoza muy sabrosa y amorosamente, pidiéndole por merced que se volviese a la Nueva España; los cuales dos navíos con buen viaje llegaron donde Cortés estaba, y cuando vió cartas del Virrey y los ruegos de la Marquesa e hijos, dejó por capitán con la gente que allí tenía a Francisco de Ulloa, y todos los bastimentos que para él traía, y luego se embarcó, y vino al puerto de Acapulco, y tomado tierra, a buenas jornadas vino a Cornabaca, adonde estaba la Marquesa, con la cual hubo mucho placer; y todos los vecinos de Méjico se holgaron con su venida, y aun el Virrey y audiencia real; porque había fama que se decía en Méjico que se querían alzar todos los caciques de la Nueva España viendo que no estaba en la tierra Cortés; y demás desto, luego se vinieron todos los soldados y capitanes que había dejado en aquella isla o bahía que llaman la California; y esto de su venida no sé de qué manera fué, si ellos de hecho se vinieron, o el Virrey y la audiencia real les dió licencia para ello; y desde a pocos meses, como Cortés estaba algo más reposado, envió otros navíos bien bastecidos, así de pan y carne como de buenos marine-

© Biblioteca Nacional de España

ros, y sesenta soldados y buenos pilotos, y fué en ellos por capitán el Francisco de Ulloa, otras veces por mí nombrado; y aquestos navíos que envió, fué que la audiencia real de Méjico se lo mandaba expresamente que los enviase, para cumplir Cortés lo capitulado con su majestad, según dicho tengo en los capítulos pasados que dello hablan. Volvamos a nuestra relación, y es que salieron del puerto de la Natividad por el mes de junio de mil y quinientos y treinta y tantos años, y esto de los años no me acuerdo bien; y le mandó Cortés al capitán que corriesen la costa adelante y acabasen de bajar la California, y procurasen de buscar al capitán Diego Hurtado, que nunca más pareció; y tardó en el viaje en ir y venir siete meses, y sé que no hizo cosa que de contar sea; y volvió al puerto de Xalisco, y dende a pocos días que el Ulloa estaba en tierra descansando, un soldado de los que había llevado en su capitanía le aguardó en parte que le dió de estocadas, donde le mató; y en esto que he dicho paró los viajes y descubrimientos que el Marqués hizo; y aun le oí decir muchas veces que había gastado en las armadas sobre trecientos mil pesos de oro; y para que su majestad le pagase alguna cosa dello, y sobre el contar de los vasallos, determinó de ir a Castilla, y para demandar a Nuño de Guzmán cierta cantidad de pesos de oro de los que la real audiencia le hubo sentenciado al Nuño de Guzmán que pagase a Cortés de cuando le mandó vender sus bienes; porque en aquel tiempo el Nuño de Guzmán fué preso a Castilla; y si miramos en ello, en cosa ninguna tuvo ventura después que ganó la Nueva España, y dice que son maldiciones que le echaron.» (Bernal Díaz.)

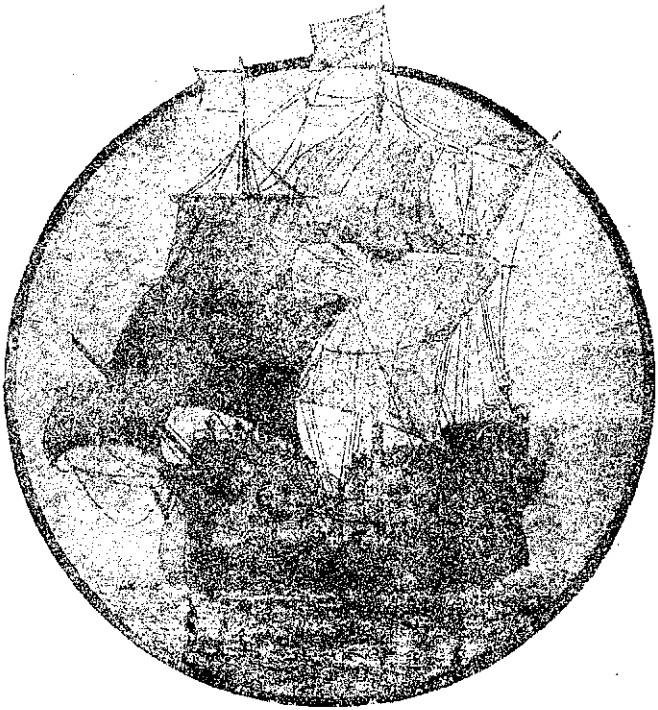
Expediciones del virrey Mendoza y Albarado.

No fueron más afortunadas las expediciones que, por su parte, organizaron el virrey de Méjico D. Antonio de Mendoza y el Adelantado de Guatemala Pedro de Albarado.

El primero de acuerdo con la Real Au-

© Biblioteca Nacional de España

diencia de Méjico, había enviado una expedición, al mando de Francisco Vázquez Coronado, gobernador de Jalisco, a descubrir las *Siete Ciudades,* por otro nombre Cibola, en la costa Sur, y resultando ser un buen país,



Nao española del siglo XVI

«con los campos tan llanos y llenos de vacas y toros disformes de los nuestros de Castilla, y los pueblos y casas con sobrados, y subían por escaleras», insistióse en la empresa enviando más navíos y más gente.

Poco después (1537) organizaba otra expedición dicho

© Biblioteca Nacional de España

Albarado, en el puerto de Acaxatla. Era su intento llegar por Poniente a la China o las Molucas, según capitulaciones hechas con el emperador.

Era la armada de Albarado mucho mejor que cuantas había organizado Cortés, pues puso en el Pacífico 13 navíos de alto bordo, con una galera y un patache, todos admirablemente abastecidos y pertrechados, con escogida gente. El gasto era enormísimo, pues todo había que traerlo de Veracruz, a doscientas leguas de distancia, por tierra, ya que a la sazón no existía tráfico todavía en Puerto de Caballos, mucho más cercano.

En esta armada consumió Albarado todo el oro que había traído del Perú (en cuya conquista había tomado parte) y todo el que se sacaba de las minas de Guatemala. Componíase la fuerza de 650 soldados, con 200 caballos y mucha artillería, y mandaba el propio Adelantado.

Zarpó la escuadra a primeros de 1538 e hizo rumbo al puerto de Purificación, en la costa de Jalisco, donde debía hacer aguada y embarcar más soldados y provisiones, pero al poco tiempo y cuando aun había de emprender la ruta hacia poniente, falleció el Adelantado, suspendiéndose por entonces la expedición.

Muerte de Cortés.

Terminaremos lo relativo a la conquista de Nueva España refiriendo qué fué de Cortés, después de las terribles contrariedades de su segunda estancia en el vasto imperio con que había ensanchado los dominios del Emperador.

Cada vez más envuelto en pleitos el marqués y más reducida su fortuna, decidió embarcarse para Castilla (1540) para suplicar a S. M. le mandase pagar algunos pesos de oro de los muchos que había gastado en las armadas que envió a descubrir, pero todo fué inútil, pues no podía sacarse nada en claro y nunca se acababa de tomarle juicio de residencia.

© Biblioteca Nacional de España

Pidió entonces volverse a Nueva España, pero se le negó, diciéndole esperara a que S. M. regresara de Flandes, y así lo hizo, ya que no había más remedio.

Una vez de vuelta armó Carlos V la famosa escuadra contra Argel, en la cual fué a servir D. Fernando Cortés, con sus hijos el mayorazgo y el bastardo habido en D.ª Marina y con grande acompañamiento de escuderos y servidores. Como ya veremos, la expedición resultó una catástrofe, y de poco le vino no se ahogara el marqués del Valle. Por lo demás, tan poco caso se hizo de él que nunca se le llamó a consejo.

De nuevo en España, porfió en la resolución de sus pleitos, pero todo era excusado. El Emperador no le quería recibir y, por lo mismo, esperó un día el paso de su carroza y se subió al estribo.

—¿Quién sois? —preguntó con enojo el césar.

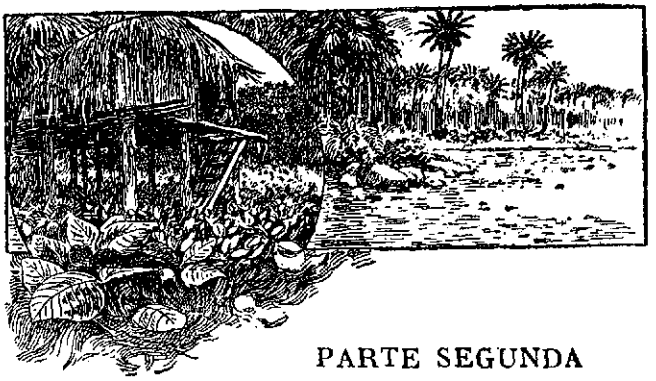
—Soy un hombre que os ha ganado más provincias que ciudades heredasteis de vuestros padres y abuelos —replicó Cortés.

Negada una y otra vez la licencia que pedía para volverse a Nueva España, falleció hallándose accidentalmente en Castilleja de la Cuesta, cerca de Sevilla, el 2 de diciembre de 1547, a la edad de sesenta y tres años, siendo posteriormente trasladados sus restos a Méjico.

¿Qué podría decirse en su elogio que fuese digno de sus altísimos merecimientos? Gran capitán, admirable político, si algunos pecados cometió, fueron los que cometían todos los potentados y estadistas de su tiempo.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España



PARTE SEGUNDA

LA CONQUISTA DEL PERÚ

CAPÍTULO PRIMERO

DEL PACÍFICO A LOS ANDES

LAS PRIMERAS EXPEDICIONES. — LA ISLA DE GORGONA. — FRANCISCO PIZARRO, GOBERNADOR DEL PERÚ. — EN TÚMBEZ. — FUNDACIÓN DE SAN MIGUEL. — HACIA LOS ANDES. — CAMINO DE CAJAMARCA. — EN EL REAL DE ATAHUALPA.

(1524 - 1532)

Las primeras expediciones.

El gran descubrimiento del mar del Sur por Vasco Nuñez de Balboa abrió nuevos e inmensos horizontes para las conquistas, viniendo a completarlo en 1520 el del Estrecho de Magallanes.

Pacificada Tierra Firme y pobladas varias ciudades del Istmo de Panamá por Pedrarias de Ávila, gobernador de Castilla de Oro, era natural que los espíritus emprendedores anhelasen emular las glorias alcanzadas

© Biblioteca Nacional de España

por Cortés en el imperio de Moctezuma, y con tal objeto, a fines de noviembre de 1524, cuando ya estaba sometido todo el Anahuac, pidiera el capitán Francisco Pizarro, residente en Panamá, permiso al gobernador Pedrarias para ir a descubrir por la costa del mar del Sur.

Era este capitán hijo de Gonzalo Pizarro, uno de los conquistadores que habían ido con Cortés, y se hallaba a la sazón establecido en Trujillo; poseía grandes haciendas y repartimientos de indios y anhelaba distinguirse tanto como el que más.

Obtenida la venia, armó un navío de alto bordo, proveyólo de todo lo menester y se hizo a la vela, rumbo al Sur, con 112 españoles y algunos indios para su servicio.

Funesto hubo de resultar aquel viaje; no habían encontrado habitantes en ninguno de los puertos donde iban recalando, hasta que a los 70 días llegaron a uno donde desembarcaron por ver si encontraban algún mantenimiento, pues se les habían acabado todos los víveres. Nada había, en vista de lo cual dispuso que el navío regresara a Panamá para cargar provisiones y volver luego, sólo que en vez de realizar esta expedición en diez o doce días, pasaron cuarenta y siete, durante los cuales tuvieron que mantenerse Pizarro y sus compañeros con algunos mariscos que recogían y con palmitos amargos. De esta suerte perecieron de hambre y debilidad más de veinte.

Ya con el maíz y el tocino que trajo el buque, sintiéndose más reanimados, continuaron el viaje y, por fin, llegaron a un pueblo, abundantemente provisto, aunque abandonado. Estaba situado en una altura y rodeado por una empalizada. Allí se quedaron, cuando al siguiente día comparecieron grandes tropeles de gente armada que les atacaron con terrible ímpetu, matando a cinco y dejando malheridos a diez y siete, entre ellos Pizarro.

© Biblioteca Nacional de España

En la imposiblidad de permanecer allí reembarcáronse, pero como el navío estaba carcomido, no pudieron llegar a Panamá y tuvieron que saltar en tierra en un pueblo llamado Cuchama, cerca de aquella ciudad, enviando el navío, con el preciso número de tripulantes, al punto de donde había salido.

Precisamente había partido pocos días antes otro navío, en busca y auxilio de Pizarro, a costa del capitán Diego de Almagro, su socio para la explotación de la conquista, y así llegó a aquel pueblo donde habían sido desbaratados los españoles. Llevaba Almagro 70 soldados, y sufrieron igual suerte que los otros; con todo, aprovechándose de la retirada de los indígenas, quemaron el pueblo y se reembarcaron, descubriendo de paso un río que llamaron de San Juan, por haberlo reconocido el día de este santo (1525).

Diego de Almagro

Por fin dieron los expedicionarios con Pizarro en Cuchama, y puestos de acuerdo los dos socios capitanes, partió Almagro para Panamá para calafatear los dos navíos y reclutar más gente. Oponíase a ello Pedrarias de Ávila, pero no tuvo más remedio que ceder.

Salió Almagro de Panamá con 110 hombres, que se reunieron a los que se hallaban en Cuchama con Pizarro,

© Biblioteca Nacional de España

en número tan sólo de 50, resto de los 112 que habían salido con él y de los 72 que habían salido con Almagro; todos los demás habían muerto. Distribuyéronse los soldados en los dos navíos y prosiguió el viaje.

Tres años anduvieron costeando, sin descubrir nunca buena tierra y pasando las más terribles penalidades, hasta el punto de no quedar vivos más que 50 hombres, pero por fin dió Pizarro con lo que tanto buscaba y eran unos pueblos, al Sur del río San Juan, muy grandes y poblados con abundancia de oro y plata. Animados los dos capitanes con el tal descubrimiento, fué Almagro a Panamá a buscar más gente, caballos y provisiones, y ya de vuelta continuaron la navegación, Esta vez llegaron a un pueblo que llamaron Lacamer, muy bien edificado y que tenía más de 3,000 casas, con plazas y calles perfectamente regulares.

La isla de Gorgona.

Participóse a Pedrarias tan buena noticia, por conducto de Almagro, y quedóse Pizarro tan sólo con diez y seis hombres en una isla, que llamó Gorgona, por sus muchas fuentes y arroyos, esperando el regreso de los dos navíos que habían ido a Panamá, pero como tardaron muchos meses en parecer y en la isla faltaban toda clase de mantenimientos, hubieron de comer cangrejos, culebras y algo que pescaban.

Habiendo, por fin, comparecido uno de los navíos, embarcóse en él Pizarro y recorrió más de cien leguas de costa, donde halló muchas y prósperas poblaciones, que le regalaron buenas cantidades de oro y plata, así como ropas. Era en especial hermosísima la ciudad de Túmbez (golfo de Guayaquil), donde tenía un palacio cuajado de riquezas el emperador Atabaliba o Atahualpa.

Por fin había sido descubierta la anhelada tierra del oro y de la plata, pero como se les habían acabado los recursos a los dos capitanes y debían grandes sumas,

© Biblioteca Nacional de España

no vaciló Pizarro en pasar a Castilla y pedirle al Emperador la gobernación de aquella tierra, como así le fué otorgado.

Francisco Pizarro Gobernador del Perú.

Provisto del nombramiento de gobernador, adelantado, alguacil mayor y alcaide, y agraciado con el hábito de Santiago, regresó Pizarro a Panamá, para organizar una nueva expedición.

Esta vez reclutó 180 hombres y contó con 37 caballos; partió en tres navíos y tuvo la suerte de poder llegar en trece días a la bahía de San Mateo. Ya en tierra siguieron por la costa, cuyos moradores se oponían todos a su paso, y llegaron a una población grande, llamada Coaque, que entraron a saco llevándose 15.000 pesos de oro, 1.500 marcos de plata y gran cantidad de esmeraldas, cuyo valor no se estimó por lo pronto. Fué preso el cacique y tantos mantenimientos había que bastaban para tres o cuatro años.

Establecido Pizarro en esta villa de Coaque, envió los dos navíos a Panamá en busca de más gente para poder proseguir la conquista. Como las noticias no podían ser más satisfactorias, apresuráronse muchos a alistarse y a no tardar regresaban a Coaque dos de los buques, con 26 de a caballo y 30 de a pie.

Continuó Pizarro la marcha por la costa y ya ahora no oponían resistencia alguna los naturales, a pesar de ser muy poblado aquel litoral, y al llegar a la vista de una grande y al parecer rica isla cuyo nombre era la Puna, aunque los españoles la llamaron de Santiago, juzgó oportuno establecerse en ella, siendo recibido con grandes demostraciones de alegría por el cacique y todos los habitantes.

Allí pasaron la invernada los españoles, y todo parecía desarrollarse pacíficamente, cuando se supo que los isleños preparaban un alzamiento contra aquellos invasores. Pizarro, anticipándose a los indígenas, cayó sobre

© Biblioteca Nacional de España

ellos, e hizo gran mortandad; impuso terribles castigos

Francisco Pizarro

a los promovedores del alzamiento, y como las matanzas habían sido tan grandes que corría peligro de

© Biblioteca Nacional de España

quedar despoblada la isla, soltó al cacique y le encomendó recogiera a los que andaban ocultos por los montes y volviera a poblar con ellos, resuelto lo cual se embarcó para Tierra Firme.

En Túmbez Tres días después fondeaban los navíos en la plaza de Túmbez, y aunque hubo algunos intentos de insurrección, en los cuales fueron sorprendidos y muertos tres españoles, acabó todo por apaciguarse. Dejó Pizarro en la citada ciudad algunas fuerzas, y prosiguió su marcha en busca de una provincia más poblada (16 de mayo de 1532).

La marcha se efectuaba por en medio de elevadas sierras, y era notable que el camino estuviese «hecho todo a mano, ancho y bien labrado, y en algunos pasos malos hechas sus calzadas». Abundaban los mantenimientos de la tierra y el ganado ovejuno.

Pizarro se apresuraba a notificar a los caciques que venía en son de paz y había impuesto severas penas a los que ocasionasen daño a los naturales en sus personas y bienes. Era el sitio muy a propósito para poblar, pues cruzaba por aquella parte un río grande, llamado el Turicarami, que era navegable un buen trecho, desde el mar. Pizarro envió a buscar a los españoles que habían quedado en Túmbez para que se le incorporaran, y dispuso levantar una población, llamada San Miguel, donde morarían en un sitio a seis leguas del mar y junto al río susodicho.

Así las cosas, hubo de saber Pizarro que dos caciques de los pueblos, llamados Lachiva y Almotaje, tenían tramada una conjuración para alzarse contra los españoles, y con terrible celeridad mandó prenderles. Quemó al de Almotaje y a varios principales del pueblo, y lo mismo hizo con los de Lachiva, salvo que perdonó al cacique por no resultar culpado al parecer. Este sistema terrorista espantó a aquellos indios, que ya no volvieron a intentar ninguna agresión contra los invasores.

© Biblioteca Nacional de España

Fundación de San Miguel.

Habían llegado a Túmbez unos mercaderes de Panamá, con algunos géneros para vender, y hubieron de participar a Pizarro que su compañero el capitán D. Diego de Almagro estaba organizando una armada para desembarcar en aquel mismo sitio y poblar por sí, lo cual hubo de enojarle grandemente. Así, mandó fundir el oro recogido hasta entonces para separar el quinto real y con el resto pagó los géneros y despachó a los navíos encargando a los mercaderes manifestasen de su parte a Almagro «cuánto sería deservido Dios y su majestad de intentar y hacer nueva población para estorbarle su propósito».

Fundada la ciudad de San Miguel de Tangarara, repartió las tierras y solares entre los que debían avecindarse en ella y fueron elegidos los alcaldes, regidores y otros oficiales públicos, para el mejor régimen de la administración.

Hasta entonces no se había alejado mucho Pizarro de la costa, y queriendo enterarse de cómo era la tierra que había más allá entre aquellas altísimas sierras, hubo de saber que por la vía de Chincha y del Cuzco se encontraban muchas y magníficas ciudades, y que a 15 jornadas del Cuzco había, en un valle, la gran ciudad de Caxamalca (Cajamarca), residencia a la sazón de Atahualpa, a quien todos obedecían, si bien la capital era el Cuzco, al SO. de aquélla.

Hacia los Andes.

Convenía, desde luego, verse con Atahualpa, y a este objeto salió Pizarro de la ciudad de San Miguel el 24 de septiembre de 1532. Cruzó la gente el río Turicarami en dos balsas y los caballos nadando. Tres días después llegaba al valle donde se levantaba la ciudad de Paira; pasó lista y resultó tener a sus órdenes 110 infantes y 67 caballos, y como el teniente de San Miguel le escribiese que quedaban allá pocos españoles, autorizó a los que quisieran para que fuesen a establecerse allí, y él

© Biblioteca Nacional de España

continuaría con los que le quedasen, pocos o muchos; aceptaron algunos, y de ahí que sólo contase ahora Pizarro con 102 peones y 62 caballos.

Prosiguió la marcha el gobernador, y pudo enterarse de que ardía en el país la lucha civil; Atahualpa, hermano de Huáscar, emperador, le hacía cruda guerra a éste, quien, a su vez, se mostraba bien dispuesto hacia los españoles.

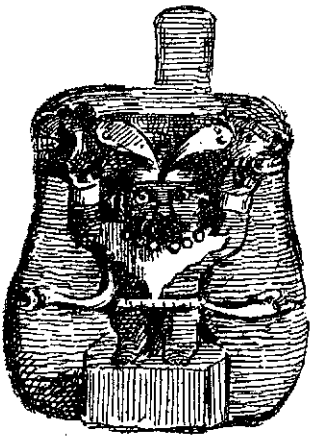
Llegado Pizarro a un pueblo llamado Pabor, supo que a dos jornadas de allí, y camino de Cajamarca, había un pueblo grande llamado Caxas, donde le esperaban numerosas fuerzas de Atahualpa para cerrarle el paso. Pizarro, en vez de atacarles, les envió un destacamento para atraérselos de buen grado. Todo salió bien, mejor aún de lo que le ocurriera a Cortés, pues no le presentaban batallas.

Aquel Perú era ciertamente una bendición.

«El pueblo de Caxas, dice Francisco de Jerez, testigo ocular de la conquista, está en un valle pequeño entre unas sierras, y la gente del pueblo estaba algo alterada; y como el capitán les dió seguro, y les hizo entender cómo venía de parte del gobernador para los recebir por vasallos del Emperador; entonces salió un capitán, que dijo que estaba por Atabalipa recibiendo los tributos de aquellos pueblos, del cual se informó del camino de Caxamalca, y de la intención que Atabalipa tenía para recebir a los cristianos, y de la ciudad del Cuzco, que está de allí treinta jornadas; que tiene la cerca un día de andadura, y la casa de aposento del cacique tiene cuatro tiros de ballesta, y que hay una sala donde está muerto el Cuzco viejo, que el suelo está chapado de plata, y el techo y las paredes de chapas de oro y plata entretejidas. Y que aquellos pueblos habían estado hasta un año antes por el Cuzco (*Huáscar*), hijo del Cuzco viejo (*Guaymacapac*); que hasta que Atabalipa, su hermano, se levantó, y ha venido con-

© Biblioteca Nacional de España

quistando la tierra, echándoles grandes pechos y tributos, y que cada día hace en ellos grandes crueldades, y que, demás del tributo que le dan de sus haciendas y granjerías, se lo dan de sus hijos y hijas. Y que aquel asiento de real que allí estaba fué de Atabalipa, que pocos días antes se había ido de allí con cierta parte de su hueste, y que se halló en aquel pueblo de Caxas una casa grande, fuerte y cercada de tapias, con sus puertas, en la cual estaban muchas mujeres hilando y tejiendo ropas para la hueste de Atabalipa, sin tener varones, más de los porteros que las guardaban, y que a la entrada del pueblo había ciertos indios ahorcados de los pies; y supo deste principal que Atabalipa los mandó matar porque uno dellos entró en la casa de las mujeres a dormir con una; al cual, y a todos los porteros que consintieron, ahorcó.



Huaco de la época incásica

»Como este capitán hubo apaciguado este pueblo de Caxas, fué al de Guacamba, que es una jornada de allí, y es mayor que el de Caxas y de mejores edificios, y la fortaleza toda de piedra bien labrada, asentadas las piedras grandes de largo de cinco y seis palmos, tan juntas, que parece no haber entre ellas mezcla, con su azutea alta de cantería, con dos escaleras de piedra en medio de dos aposentos.

»Por medio deste pueblo y del de Caxas pasa un río pequeño, de que los pueblos se sirven, y tienen sus puentes con calzadas muy bien hechas. Pasa por aquellos dos pueblos un camino ancho, hecho a mano, que

© Biblioteca Nacional de España

atraviesa toda aquella tierra, y viene desde el Cuzco hasta Guito, que hay más de trecientas leguas; va llano, y por la sierra bien labrado; es tan ancho, que seis de a caballo pueden ir por él a la par sin llegar uno a otro; van por el camino caños de agua traídos de otra parte, de donde los caminantes beben. A cada jornada hay una casa a manera de venta, donde se aposentan los que van y vienen. A la entrada deste camino en el pueblo de Caxas, está una casa al principio de una puente, donde reside una guarda que recibe el portazgo de los que van y vienen, y páganlo en la mesma cosa que llevan; y ninguno puede sacar carga del pueblo si no la mete. Aquesta costumbre tienen antiguamente, y Atabalipa la suspendió en cuanto tocaba a lo que sacaban para su gente de guarnición. Ningún pasajero puede entrar ni salir por otro camino con carga, sino por do está la guarda, so pena de muerte.

»También dijo que halló en estos dos pueblos dos casas llenas de calzado y panes, de sal y un manjar que parecía albóndigas, y depósito de otras cosas para la hueste de Atabalipa; y dijo que aquellos pueblos tenían buena orden y vivían políticamente. Con el capitán vino un indio principal con otros algunos, y dijo el capitán que aquel indio había venido con cierto presente para el gobernador; este mensajero dijo al gobernador que su señor Atabalipa le envía desde Caxamalca para le traer aquel presente, que eran dos fortalezas a manera de fuente, figuradas en piedra, con que beba, y dos cargas de patos secos desollados, para que, hechos polvos, se sahume con ellos, porque así se usa entre los señores de su tierra; y que le envía a decir que él tiene voluntad de ser su amigo, y esperalle de paz en Caxamalca. El gobernador recibió el presente y le habló bien, diciendo que holgaba mucho de su venida, por ser mensajero de Atabalipa, a quien él deseaba ver por las nuevas que dél oía; que, como él supo que hacía

© Biblioteca Nacional de España

guerra a sus contrarios, determinó de ir a verlo y ser su amigo y hermano, y favorecerlo en su conquista con los cristianos que con él venían; y mandó que les diesen de comer a él y a los que con él venían, y todo lo que hubiesen menester, y fuesen bien aposentados, como embajadores de tan gran señor; y después que hubieron reposado, los mandó venir ante sí, y les dijo que si querían volver o reposar allí algún día, que hiciesen a su voluntad. El mensajero dijo que quería volver con la respuesta a su señor; el gobernador le dijo: «Dirásle de mi parte lo que te he dicho, que no pararé en algún pueblo del camino por llegar presto a verme con él.» Y dióle una camisa y otras cosas de Castilla para que le llevase. Partido este mensajero, el gobernador se detuvo allí dos días, porque la gente que había venido de Caxas venía fatigada del camino; y entretanto escribió a los vecinos del pueblo de San Miguel la relación que de la tierra tenía y las nuevas de Atabalipa, y les envió las dos fortalezas y ropas de lana de la tierra que de Caxas trujeron (que es cosa de ver en España la obra y primeza della, que más se juzgara ser seda que de lana, con muchas labores y figuras de oro, de martillo, muy bien asentado en la ropa).»

Camino de Cajamarca

Partióse Pizarro de Guacamba y anduvo tres días caminando sin dar con pueblo alguno ni con agua; pasó luego por varios pueblos, donde era recibido sin oposición y llegó a Motux, al pie de la cordillera occidental.

«Todos los pueblos que hay de allí hasta el pueblo de San Miguel, dice Jerez, están en valles, y asimesmo todos aquellos de que se tiene noticia que hay hasta el pie de la sierra que está cerca de Caxamalca. Por este camino toda la gente tiene una mesma manera de vivir: las mujeres visten una ropa larga que arrastra por el suelo, como hábito de mujeres de Castilla; los hombres traen unas camisas cortadas; es gente sucia, comen

© Biblioteca Nacional de España

carne y pescado, todo crudo; el maíz comen cocido y tostado; tienen otras suciedades de sacrificios y mezquitas, a las cuales tienen en veneración; todo lo mejor de sus haciendas ofrescen en ellas. Sacrifican cada mes a sus propios hijos, y con la sangre dellos, untan las caras a los ídolos y las puertas a las mezquitas, y echan della encima de las sepulturas de los muertos; y los mesmos de quien hacen sacrificio se dan de voluntad a la muerte, riendo y bailando y cantando, y ellos la piden después que están hartos de beber, ante que les corten las cabezas; también sacrifican ovejas. Las mezquitas son diferenciadas de las otras casas, cercadas de piedra y de tapia, muy bien labradas, asentadas en lo más alto de los pueblos; en Túmbez y en estas poblaciones usan un traje y tienen los mesmos sacrificios. Siembran de regadío en las vegas de los ríos, repartiendo las aguas en acequias; cogen mucho maíz y otras semillas y raíces, que comen; en esta tierra llueve poco.»

Continuó la marcha por los Andes, durante dos días, y al tercero se llegó a orillas de un caudaloso río de fuerte corriente, imposible de vadear. Cruzáronlo a nado Fernando Pizarro, hermano del gobernador, y algunos de sus soldados llegaron a una fortaleza, donde encontraron a varios principales. Era de notar que los pueblos aparecían desiertos. Preguntóse a uno de aquellos señores en qué disposición se hallaba Atahualpa respecto de los españoles; si les esperaba en son de paz o de guerra, y como no se decidía a responder se le sujetó al tormento.

Entonces declaró que Atahualpa se disponía a resistirle en tres distintos lugares: al pie de la sierra, en Cajamarca y en un paraje más allá. Fernando Pizarro puso en conocimiento de su hermano lo dicho por aquel cacique, y el gobernador, en su consecuencia, mandó construir tres pontones para pasar el río, cruzándolo los caballos a nado

© Biblioteca Nacional de España

Interrogado de nuevo el cacique, dijo que Atahualpa se hallaba en Guamachuco, antes de llegar a Cajamarca, con cincuenta mil hombres. El cacique dijo que hacía poco había estado allí Atahualpa, y que él había huído, por lo cual le había matado 4.000 indios de los 5.000 que tenía, y se le había llevado 600 mujeres y 600 niños para repartir como esclavos entre sus soldados.

Gracias a la abnegación de un indio que se atrevió a aceptar el encargo, envióle Pizarro como mensajero a Atahualpa para preguntarle si le recibiría en paz o en son de guerra, asegurándole que él, por su parte, venía animado de las mejores intenciones.

Emprendió el indio la caminata y continuó su ruta Pizarro, pudiendo ver que la carretera no podía ser más hermosa, hecha de calzada, cercada de tapia por ambas partes, ancha para poder pasar de frente dos carretas y con árboles para sombrear el camino. De trecho en trecho encontraban una casa cercada a manera de fortaleza, que era donde descansaba el Inca en sus viajatas.

Así llegaron al pie de la cordillera occidental de los Andes, y empezó la ascensión a Cajamarca. Imposible parece lo que hicieron aquel puñado de temerarios.

«Los caballeros llevaban sus caballos de diestro, hasta que a mediodía llegaron a una fortaleza cercada, que está encima de una sierra en un mal paso, que con poca gente de cristianos se guardaría a una gran hueste, porque era tan agria, que por partes había que subían como por escaleras, y no había otra parte por do subir sino por sólo aquel camino. Subióse este paso sin que alguna gente lo defendiese; esta fortaleza está cercada de piedra, asentada sobre una sierra cercada de peño tajada. Allí paró el gobernador a descansar y a comer; es tanto el frío que hace en esta sierra, que, como los caballos venían hechos al calor que en los valles hacía, algunos dellos se resfriaron.

© Biblioteca Nacional de España

»De allí fué el gobernador a dormir a otro pueblo, y hizo mensajero a los que atrás venían, haciéndoles saber que seguramente podían subir aquel paso; que trabajasen por venir a dormir a la fortaleza. El gobernador se aposentó aquella noche en aquel pueblo en una casa fuerte, cercada de piedra y labrada de cantería, tan ancha la cerca como cualquier fortaleza de España, con sus puertas; que si en esta tierra hobiese los maestros y herramientas de España no pudiera ser mejor labrada la cerca. La gente deste pueblo era alzada, excepto algunas mujeres y pocos indios, de los cuales mandó el gobernador a un capitán que tomase de los más principales dos, y les preguntase a cada uno por sí de las cosas de aquella tierra y dónde estaba Atabalipa, si esperaba de paz o de guerra.» (Francisco de Jerez.)

En el real de Atahualpa.

Llegados unos mensajeros, dijeron que Atahualpa estaba esperando a Pizarro en Cajamarca, con muy poca gente, pues toda la que tenía la había enviado a pelear en el Cuzco contra su hermano Huáscar; resultaba que el verdadero *Cuzco* o emperador era Huáscar, y que Atahualpa sólo era señor de una gran provincia llamada Quito, pero el otro se la quería usurpar y de ahí la guerra. Pizarro, muy satisfecho, manifestó a los mensajeros que estaba dispuesto a ayudar a Atahualpa y no sólo a defender su reino de Quito, sino a castigar a Huáscar y conquistarle sus tierras, en beneficio suyo.

Siguió la marcha por la cordillera occidental andina, recibiendo Pizarro a cada etapa valiosos presentes de Atahualpa, y llegaba por fin a Cajamarca el día 15 de noviembre de 1532, al cabo de dos meses de haber salido de San Miguel.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO II

MUERTE DE ATAHUALPA

EN CAJAMARCA.—FERNANDO PIZARRO.—EN ESPERA DE ATAHUALPA.—EL SACRILEGIO.—LA MATANZA.—EL SUPLICIO.

(1532)

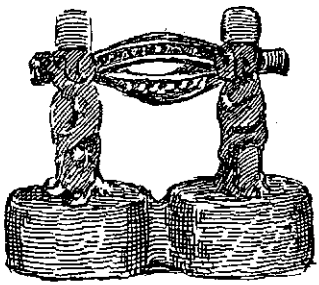
En Cajamarca.

No se hallaba a la sazón Atahualpa en Cajamarca, sino en un campamento a una legua de allí, en la falda de una sierra.

Nada más interesante que la descripción que hace de aquella ciudad el historiador de la Conquista del Perú, Francisco de Jerez, secretario de Pizarro: «En medio del pueblo está una plaza grande cercada de tapias y de casas de aposento, y por no hallar el gobernador gente, reparó en aquella plaza, y envió un mensajero a Atabalipa haciéndole sabedor cómo era llegado; que viniese e verse con él y a mostrarle dónde se aposentase. Entretanto mandó ver el pueblo, porque si hobiese otra mejor fuerza asentase allí el real; y mandó que estuviesen todos en la plaza, y los de a caballo sin apearse hasta ver si Atabalipa venía, y visto el pueblo, no se hallaron mejores aposentos que la plaza. Este pueblo, que es el principal de este valle, está asentado en la halda de una sierra; tiene una legua

© Biblioteca Nacional de España

de tierra llana; pasan por este valle dos ríos; este valle va llano, mucha tierra poblada de una parte, y de otra cercado de sierras. Este pueblo es de dos mil vecinos; a la entrada dél hay dos puentes, porque por allí pasan dos ríos. La plaza es mayor que ninguna de España, toda cercada con dos puertas, que salen a las calles del pueblo. Las casas della son de más de docientos pasos en largo, son muy bien hechas, cercadas de tapias fuertes, de altura de tres estados; las paredes y el techo cubierto de paja y madera asentada sobre las paredes; están dentro destas casas unos aposentos repartidos en ocho cuartos muy mejor hechos que ninguno de los otros. Las paredes dellos son de piedra de cantería muy bien labradas, y cercados estos aposentos por sí con su cerca de cantería y sus puertas, y dentro en los patios sus pilas de agua traída de otra parte por caños para el servicio destas casas; por la delantera desta plaza, a la parte del campo, está encorporada en la plaza una fortaleza de piedra con una escalera de cantería, por donde suben de la plaza a la fortaleza; por la delantera della, a la parte del campo, está otra puerta falsa pequeña, con otra escalera angosta, sin salir de la cerca de la plaza.



Huaco de la época incásica

»Sobre este pueblo, en la ladera de la sierra, donde comienzan las casas dél, esta fortaleza está asentada en un peñol, la mayor parte dél tajado. Esta es mayor que la otra, cercada de tres cercas, fecha subida como caracol. Fuerzas son que entre indios no se han visto tales: entre la sierra y esta plaza grande está otra plaza más pequeña, cercada toda de aposentos; y en ellos

© Biblioteca Nacional de España

había muchas mujeres para el servicio aqueste de Atabalipa. Y antes de entrar en este pueblo hay una casa cercada de un corral de tapia, y en él una arboleda puesta por mano. Esta casa dicen que es del sol, porque en cada pueblo hacen sus mezquitas al sol. Otras mezquitas hay en este pueblo, y en toda esta tierra las tienen en veneración, y cuando entran en ellas se quitan los zapatos a la puerta. La gente de todos estos pueblos, después que se subió a la sierra, hacen ventaja a toda la otra que queda atrás, porque es gente limpia y de mejor razón, y las mujeres muy honestas; traen sobre la ropa las mujeres unas reatas muy labradas, tajadas por la barriga; sobre esta ropa traen cubierta una manta desde la cabeza hasta media pierna, que parece mantillo de mujer. Los hombres visten camisetas sin mangas y unas mantas cubiertas. Todas en su casa tejen lana y algodón, y hacen la ropa que es menester, y calzado para los hombres de lana y algodón hecho como zapatos.»

Fernando Pizarro.

En vista de que Atahualpa no se dejaba ver, envióle Pizarro a dos capitanes, uno de ellos su hermano Fernando, con cuarenta caballos para hablarle, como así lo hizo.

El camino era por una calzada, ya en no muy buen estado, y hubo que vadear algunos ríos. El real estaba cercado de agua y las tiendas, de algodón, ocupaban una legua de largo, estando en medio la de Atahualpa; había más de 30.000 hombres, armados de lanzas largas como picas.

Llegaron los capitanes a una plaza donde estaba formada una guardia de 400 hombres alrededor de la estancia de Atahualpa. «El tirano, dice Francisco de Jerez, estaba a la puerta de su aposento sentado en un asiento bajo, y muchos indios delante dél, y mujeres en pie, que cuasi lo rodeaban; y tenía en la frente una borla de lana que parecía seda, de color de carmesí, de dos manos, asida de la cabeza con sus cordones que

© Biblioteca Nacional de España

le bajaba hasta los ojos; la cual le hacía mucho más grave de lo que él es; los ojos puestos en tierra, sin los alzar a mirar a ninguna parte.»

El capitán que había llegado primero le dijo por medio de un intérprete a lo que venía, pero Atahualpa, sin levantar la vista ni hablarle le hizo contestar por un cortesano. Al llegar Fernando Pizarro y decirle que era hermano del gobernador, le miró y se quejó de los malos tratos que los cristianos habían dado a algunos caciques, a lo cual contestó Pizarro en arrogantes términos desmintiéndolo y jactándose de la pujanza incontrastable de sus soldados.

A una señal de Atahualpa retiráronse las mujeres, que volvieron luego con grandes vasos de oro llenos de chicha de maíz. En suma, se quedó en que al siguiente día iría a visitar al gobernador.

En espera de Atahualpa.

Toda la noche se pasó alerta y arma al brazo en Cajamarca; aunque se tratase de indios, eran mucho 30.000 hombres. Ya al amanecer recibióse un aviso de Atahualpa diciendo que le aderezaran un aposento de los de la plaza, en el que había dentro una sierpe de piedra, para instalarse él.

Respondió Pizarro que así lo haría; «que viniese presto; que tenía deseo de verle. En poco rato vieron venir todo el campo lleno de gente, reparándose a cada paso, esperando a la que salía del real; y hasta la tarde duró el venir de la gente por el camino; venían repartidos en escuadrones. Después que fueron pasados todos los malos pasos, asentaron en el campo cerca del real de los cristianos, y todavía salía gente del real de los indios. Luego el gobernador mandó secretamente a todos los españoles que se armasen en sus posadas y tuviesen los caballos ensillados y enfrenados, repartidos en tres capitanías, sin que ninguno saliese de su posada a la plaza; y mandó al capitán de la artillería que tuviese los tiros asentados hacia el campo de los

© Biblioteca Nacional de España

enemigos, y cuando fuese tiempo les pusiese fuego. En las calles por do entran a la plaza puso gente en celada; y tomó consigo veinte hombres de a pie, y con ellos estuvo en su aposento, porque con él tuviesen cargo de prender la persona de Atabalipa si cautelosamente viniese, como parecía que venía, con tanto número de gente como con él venía. Y mandó que fuese tomado a vida; y a todos los demás mandó que ninguno saliese de su posada, aunque viesen entrar a los contrarios en la plaza, hasta que oyesen soltar el artillería. Y que él tornía atalayas, y viendo que venía de ruin arte, avisaría cuando hobiesen de salir; e saldrían todos de sus aposentos, y los de a caballo en sus caballos, cuando oyesen decir: «Santiago.»

»Con este concierto y orden que se ha dicho estuvo el gobernador esperando que Atabalipa entrase, sin que en la plaza paresciese algún cristiano, excepto el atalaya que daba aviso de lo que pasaba en la hueste. El gobernador y el capitán general andaban requiriendo los aposentos de los españoles, viendo como estaban apercebidos para salir cuando fuesen menester, diciéndoles a todos que hiciesen de sus corazones fortalezas, pues no tenían otras, ni otro socorro sino el de Dios, que socorre en las mayores necesidades a quien anda en su servicio; y que aunque para cada cristiano había quinientos indios, que tuviesen el esfuerzo que los buenos suelen tener en semejantes tiempos, y que esperasen que Dios pelearía por ellos; y que al tiempo del acometer fuesen con mucha furia y tiento, y rompiesen sin que los de caballo se encontrasen unos con otros. Estas y semejantes palabras decían el gobernador y el capitán general a los cristianos para los animar; los cuales estaban con voluntad de salir al campo más que de estar en sus posadas. En el ánimo de cada uno parecía que haría por ciento; que muy poco temor les ponía ver tanta gente.

© Biblioteca Nacional de España

»Viendo el gobernador que el sol se iba a poner, y que Atabalipa no levantaba de donde había reparado, y que todavía venía gente de su real, envióle a decir con un español que entrase en la plaza y viniese a verlo ante que fuese noche. Como el mensajero fué a Atabalipa hízole acatamiento, y por señas le dijo que fuese donde el gobernador estaba. Luego él y su gente comenzaron a andar, y el español volvió delante, y dijo al gobernador que venía, y que la gente que traía en la delantera traían armas secretas debajo de las camisetas, que eran jubones de algodón fuertes, y talegas de piedras y hondas; que le parecía que traían ruin intención. Luego la delantera de la gente comenzó a entrar en la plaza; venía delante un escuadrón de indios vestidos de una librea de colores a manera de escaques; éstos venían quitando las pajas del suelo y barriendo el camino. Tras éstos venían otras tres escuadras vestidos de otra manera, todos cantando y bailando. Luego venía mucha gente con armaduras, patenas y coronas de oro y plata. Entre éstos venía Atabalipa en una litera aforrada de pluma de papagayos de muchas colores, guarnecida de chapas de oro y plata.

El sacrilegio.

»Traíanle muchos indios sobre los hombros en alto, y tras désta venían otras dos literas y dos hamacas, en que venían otras personas principales; luego venía mucha gente en escuadrones con coronas de oro y plata. Luego que los primeros entraron en la plaza, apartaron y dieron lugar a los otros. En llegando Atabalipa en medio de la plaza, hizo que todos estuviesen quedos, y la litera en que él venía y las otras en alto: no cesaba de entrar gente en la plaza. De la delantera salió un capitán, y subió en la fuerza de la plaza, donde estaba el artillería, y alzó dos veces una lanza a manera de seña. El gobernador, que esto vió, dijo a fray Vicente que si quería ir a hablar a Atabalipa con un faraute; él dijo que sí, y

© Biblioteca Nacional de España

fué con una cruz en la mano y con su Biblia en la otra, y entró por entre la gente hasta donde Atabalipa estaba, y le dijo por el faraute: «Yo soy sacerdote de Dios, y enseño a los cristianos las cosas de Dios, y asimesmo vengo a enseñar a vosotros. Lo que yo enseño es lo que Dios nos habló, que está en este libro; y por tanto, de parte de Dios y de los cristianos te ruego que seas su amigo, porque así lo quiere Dios, y venirte ha bien dello; y vé a hablar al gobernador, que te está esperando.» Atabalipa dijo que le diese el libro para verle, y él se lo dió cerrado; y no acertando Atabalipa a abrirle, el religioso extendió el brazo para lo abrir, y Atabalipa con gran desdén le dió un golpe en el brazo, no queriendo que lo abriese; y porfiando él mesmo por abrirle, lo abrió; y no maravillándose de las letras ni del papel, como otros indios, lo arrojó cinco o seis pasos de sí. E a las palabras que el religioso había dicho por el faraute respondió con mucha soberbia, diciendo: «Bien sé lo que habéis hecho por ese camino, cómo habéis tratado a mis caciques y tomado la ropa de los bohíos.» El religioso respondió: «Los cristianos no han hecho esto; que unos indios trajeron la ropa no lo sabiendo el gobernador, y él la mandó volver.» Atabalipa dijo: «No partiré de aquí hasta que toda me la traigan.» El religioso volvió con la respuesta al gobernador. Atabalipa se puso en pie encima de las andas, hablando a los suyos que estuviesen apercebidos. El religioso dijo al gobernador lo que había pasado con Atabalipa, y que había echado en tierra la sagrada Escriptura.

La matanza.

»Luego el gobernador se armó un sayo de armas de algodón, y tomó su espada y adarga, y con los españoles que con él estaban entró por medio de los indios; y con mucho ánimo, con solos cuatro hombres que le pudieron seguir, llegó hasta la litera donde Atabalipa estaba, y sin temor le echó mano

© Biblioteca Nacional de España

del brazo izquierdo, diciendo: «Santiago.» Luego soltaron los tiros y tocaron las trompetas, y salió la gente de a pie y de a caballo. Como los indios vieron el tropel de los caballos, huyeron muchos de aquellos que en la plaza estaban; y fué tanta la furia con que huyeron, que rompieron un lienzo de la cerca de la plaza, y muchos cayeron unos sobre otros. Los de caballo salieron por encima dellos, hiriendo y matando, y siguieron el alcance. La gente de a pie se dió tan buena priesa en los que en la plaza quedaron, que en breve tiempo fueron los más dellos metidos a espada. El gobernador tenía todavía del brazo a Atabalipa, que no le podía sacar de las andas, como estaba en alto. Los españoles hicieron tal matanza en los que tenían las andas, que cayeron en el suelo; y si el Gobernador no defendiera a Atabalipa, allí pagara el soberbio todas las crueldades que había hecho. El gobernador, por defender a Atabalipa, fué herido de una pequeña herida en la mano. En todo esto no alzó indio armas contra español; porque fué tanto el espanto que tuvieron de ver al gobernador entre ellos, y soltar de improviso el artillería y entrar los caballos al tropel, como era cosa que nunca habían visto, que con gran turbación procuraban más huir por salvar las vidas que de hacer guerra. Todos los que traían las andas de Atabalipa pareció ser hombres principales, los cuales todos murieron, y también los que venían en las literas y hamacas; y el de la una litera era su paje y señor, a quien él mucho estimaba; y los otros eran también señores de mucha gente y consejeros suyos; murió también el cacique señor de Caxamalca. Otros capitanes murieron, que por ser gran número no se hace caso dellos, porque todos lo que venían en guarda de Atabalipa eran grandes señores. Y el gobernador se fué a su posada con su prisionero Atabalipa, despojado de sus vestiduras, que los españoles les habían rompido por quitarle de las andas,

© Biblioteca Nacional de España

Cosa fué maravillosa ver preso en tan breve tiempo a tan gran señor, que tan poderoso venía.»

Halláronse en el baño y real de Atahualpa 5.000 mujeres «que aunque tristes y desamparadas holgaron con los cristianos». Sólo la vajilla del Inca se evaluó en cien mil ducados.

Esta batalla duró sólo media hora, pues ya se había puesto el sol cuando empezó; si no la atajara la noche quedaran pocos de los treinta mil o cuarenta mil hombres que llegaron con Atahualpa; el principal estrago lo hicieron los caballos. Mandó las cargas, y todo, Fernando Pizarro, que ejercía las funciones y llevaba título de Capitán General. Con todo, pudieron ponerse en salvo 5.000 indios, al mando de un capitán llamado Ruminagui.

El gobernador procuró endulzar la derrota de Atahualpa, a cuyas palabras contestó éste diciendo que había sido engañado por sus capitanes. El gobernador sentó a su mesa al mísero Inca y le dispensó toda clase de atenciones, aunque teniéndole estrechamente guardado, si bien «con muchísimo respeto», como Cortés a Moctezuma.

Al día siguiente mandó Pizarro que saliera un capitán con 30 caballos a recorrer el campo e inutilizar las armas de los indios; mandó también que los prisioneros indios sacasen de las calles de Cajamarca los cadáveres de los que habían perecido la víspera.

«El capitán con los de a caballo, dice Jerez, recogió todo lo que había en el campo y tiendas de Atabalipa, y entró antes de mediodía en el real con una cabalgada de hombres y mujeres, y ovejas y oro y plata y ropa; en esta cabalgada hubo ochenta mil pesos y siete mil marcos de plata y catorce esmeraldas; el oro y plata en piezas monstruosas y platos grandes y pequeños, y cántaros y ollas y braseros y copones grandes, y otras piezas diversas. Atabalipa dijo que todo esto era vajilla

© Biblioteca Nacional de España

de su servicio, y que sus indios que habían huído habían llevado otra mucha cuantidad. El gobernador mandó que soltasen todas las ovejas, porque era mucha cuantidad y embarazaban el real, y que los cristianos matasen todos los días cuantas hobiesen menester; y los indios que la noche antes habían recogido mandó el gobernador poner en la plaza para que los cristianos tomasen los que hobiesen menester para su servicio; todos los demás mandó soltar y que se fuesen a sus casas, porque eran de diversas provincias, que los traía Atabalipa para sostener sus guerras y para servicio de su ejército.

»Algunos fueron de opinión que matasen todos los hombres de guerra o les cortasen las manos. El gobernador no lo consintió, diciendo que no era bien hacer tan grande crueldad; que aunque es grande el poder de Atabalipa y podía recoger gran número de gente, que mucho sin comparación es mayor el poder de Dios nuestro Señor, que por su infinita bondad ayuda a los suyos; y que tuviesen por cierto que el que los había librado del peligro del día pasado los libraría de ahí adelante, siendo las intenciones de los cristianos buenas, de atraer aquellos bárbaros infieles al servicio de Dios y al conoscimiento de su santa fe católica; que no quisiesen parecer a ellos en las crueldades y sacrificios que hacen a los que prenden en sus guerras; que bien bastaba los que eran muertos en la batalla; que aquéllos habían sido traídos como ovejas a corral; que no era bien que muriesen ni se les hiciese daño; y así, fueron sueltos.»

Reconocidas las casas, halláronse algunas de ellas llenas de ropas liadas en fardos hasta el techo; parece que eran almacenes militares. Tomaron los españoles las que quisieron y parecía no faltara nada. Era esta ropa la mejor que hasta entonces se hubiese visto en las Indias occidentales, de lana muy delgada y fina o de al-

© Biblioteca Nacional de España

godón de diversos colores, matizada con exquisito gusto.

Historia de Atahualpa.

Conversando Pizarro con Atahualpa, hubo de saber que el padre de éste se llamaba Guaymacapac, gran conquistador, que había extendido su imperio desde más al Norte de Quito (Ecuador) hasta Chile. Era tenido poco menos que por un dios; fué padre de cien hijos, y al morir, ocho años antes, había dejado por heredero a un hijo legítimo llamado Huáscar y legó a Atahualpa el reino de Quito, con la ciudad del Cuzco por capital. Allí fué enterrado Guaymacapac, en una casa toda chapada de oro y plata, como otras veinte que había en igual forma.

Inca Atahualpa

Continuó diciendo Atahualpa que en el Cuzco tenía su padre un tesoro, depositado en tres bohíos llenos de piezas de oro y en otros cinco llenos de piezas de plata, además de cien mil tejuelos de oro sacados de las minas, cada uno de los cuales pesaba 50 castellanos.

También había otras ciudades llamadas el Callao y Guanero, con sendos ríos que arrastraban gran cantidad de pepitas de oro, y en todas las provincias había muchas minas de plata y oro. También las había en Quito y en Chincha, y aparte de las minas innumerables rebaños de ovejas.

Refirió luego Atahualpa que un año atrás, su hermano Huáscar pretendió quitarle su reino de Quito,

© Biblioteca Nacional de España

pero le había vencido, ocasionándole gran mortandad; continuó todavía la guerra y había sido hecho prisionero, de manera que esperaba se lo trajesen de un día a otro.

Terminó Atahualpa ofreciendo entregar a Pizarro a dicho su hermano y prometiendo que daría por su rescate, en oro, «una sala que tiene veinte y dos pies en largo y diez y siete en ancho, llena hasta una raya blanca que está a la mitad del altor de la sala, que será lo que dijo de altura de estado y medio, y dijo que hasta allí henchiría la sala de diversas piezas de oro, cántaros, ollas y tejuelos, y otras piezas, y que de plata daría todo aquel bohío dos veces lleno, y que esto cumpliría dentro de dos meses. El gobernador le dijo que despachase mensajeros por ello, y que cumpliendo lo que decía no tuviese ningún temor. Luego despachó Atabalipa mensajeros a sus capitanes, que estaban en la ciudad del Cuzco, que le enviasen dos mil indios cargados de oro y muchos de plata, esto sin lo que venía camino con su hermano, que traían preso. El gobernador le preguntó que qué tanto tardarían sus mensajeros en ir a la ciudad del Cuzco; Atabalipa dijo que cuando envía con priesa a hacer saber alguna cosa, corren por postas de pueblo en pueblo, y llega la nueva en cinco días, y que yendo todo el camino los que él envía con el mensaje, aunque sean hombres sueltos, tardan quince días en ir.»

Impacientábase, sin embargo, con la tardanza en la llegada del tesoro, por lo cual era objeto Atahualpa de continuas amenazas, acusándole de moroso, a lo cual contestó el pobre Inca que podía Pizarro enviar gente a cerciorarse de si no era verdad que todo el mundo andaba ocupado en traer oro y plata de Quito, Pachacamac y Cuzco.

Muerte de Huáscar.

Aceptada la propuesta, partieron para el Cuzco, distante 200 leguas de Cajamarca, los capitanes Hernando de Soto y Pedro del

© Biblioteca Nacional de España

Barco, y se cruzaron a las pocas jornadas con una tropa que conducía preso a Huáscar a Cajamarca.

Con igual objeto de ir por oro y plata salió para Pachacamac, distante cien leguas, el capitán general Fernando Pizarro. Este encontró por el camino un convoy que traía 300.000 pesos de oro y una enormidad de plata, para el rescate, y al llegar a Pachacamac descubrió un inmenso tesoro. Tanto abundaban la plata y el oro, que resultó más ventajoso herrar con oro u plata los caballos que no con hierro.

Así las cosas, envió Atahualpa orden a los capitanes que traían preso a Huáscar le mataran inmediatamente como así lo ejecutaron, y dijo Huáscar, cuando iban a quitarle la vida:

— Yo he reinado poco, y menos reinará el traidor de mi hermano, ca le matarán como me mata.

El reparto. Ya en Cajamarca el rescate, quisieron todos se procediese en seguida al reparto, pues se temía no se levantaran los indios y se lo quitaran, y aun les mataran, si bien el principal motivo de la prisa era que no llegasen más españoles y fuesen, en consecuencia, más a repartir.

Pesados y aquilatados los metales, resultó haber 52,000 marcos de plata y 1.326.500 pesos de oro. Correspondióle, por lo tanto, al rey, por su quinto, cerca de 400.000 pesos; a cada español de a caballo, 8.900 pesos de oro y 370 marcos de plata; a cada infante, 4.450 pesos de oro y 180 de marcos plata; a los capitanes, de 30.000 a 40.000 pesos. No es menester decir que Francisco Pizarro fué quien tuvo más, aparte de haberse apropiado un gran *tablón* de oro que Atahualpa llevaba en su litera y pesaba 25.000 castellanos.

Ocurrió en su consecuencia, confirmándose las leyes de la economía política, un singular fenómeno, y es que todo se encareció extraordinariamente: unas calzas de paño valían 30 pesos; otro tanto unos borceguíes;

© Biblioteca Nacional de España

Muerte de Atahualpa

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

100 una capa negra. Un caballo no se vendía menos de tres, cuatro o cinco mil ducados. Nunca hubo ejército que se enriqueciera tan pronto ni con tamaña facilidad. Jugábase en el campamento de una manera desenfrenada, a «los dados y dobladilla» y no fueron pocos los que se quedaron sin blanca.

Así las cosas, compareció Almagro con su gente, y no hubo más remedio que darles su parte para que no se alborotasen. Almagro tuvo la mitad de lo que había correspondido a Pizarro y a los soldados se les dieron de 500 a 1,000 ducados.

Quedó encargado de entregarle su quinto al emperador Fernando Pizarro, con quien regresaron a España muchos soldados, cada uno con sus veinte, treinta o cuarenta mil ducados, que «hinchieron la Contratación de Sevilla de dinero y todo el mundo de fama y deseo».

Suplicio de Atahualpa.

Púdose ver entonces una gran maldad. Atahualpa había pagado su rescate y, por lo tanto, debía ser dejado libre; pero esto no convenía a Pizarro y Almagro, y, por lo tanto, se le formó proceso sobre la muerte de Huáscar y bajo la acusación de querer matar a los españoles, a lo cual se agregó que un miserable servidor suyo, conocido por Felipillo, intérprete para con los españoles y que deseaba la muerte de Atahualpa para casarse con una de sus esposas, de la que andaba enamorado, falseó completamente todas sus declaraciones.

Algunos había que se oponían a que se matase a Atahualpa, diciendo que valía más fuese enviado al Emperador, ya que se trataba de tan gran príncipe, pero todo fué inútil, pues estaba decretada su muerte, por la codicia de pillar más oro.

Atahualpa negó siempre los cargos que falsamente se le dirigían. «Cuando la sentencia oyó, dice Gómara, se quejó mucho de que Francisco Pizarro, que habiéndole prometido de soltarlo por rescate, lo mataba;

© Biblioteca Nacional de España

rogóle que lo enviase a España, y que no ensangrentase sus manos y fama en quien jamás le ofendió y le había hecho rico.»

El castigo a que fué condenado fué ser quemado vivo, por lo cual algunos le aconsejaron pidiese el bautismo; así lo hizo, y fué muerto en garrote, atado a un palo. Se le enterró con gran pompa, y Pizarro vistió de luto....

El crimen, de que se hubiera avergonzado un capitán de secuestradores, clamaba venganza, y la tuvo.

Dispuso Atahualpa se le enterrase en Quito, donde descansaban sus antepasados por parte de madre. «Era bien dispuesto, sabio, animoso, franco y muy limpio y bien traído; tuvo muchas mujeres y dejó algunos hijos.» (Gómara.)

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO III

LA DISPUTA DE LA PRESA

TOMA DEL CUZCO. — CONQUISTA DE QUITO POR SEBASTIÁN DE BENALCÁZAR.—EL NEGOCIO DE ALBARADO. — EL HEROICO INCA QUIZQUIZ. — ALMAGRO EN CHILE. — INSURRECCIÓN DE MANCO. — ALMAGRO SE APODERA DEL CUZCO. — REBELIONES DE CAPITANES. — PRISIÓN Y MUERTE DE ALMAGRO.

Toma del Cuzco.

A la noticia de las grandes riquezas que había en el Cuzco, capital del imperio incásico, salió Pizarro de Cajamarca para apoderarse de aquella ciudad, precediéndole Almagro.

La resistencia opuesta por los indios no fué mucha, y como durante el camino se presentara Mango, hermano de Atahualpa, a prestar homenaje a Pizarro, éste le proclamó rey, a cuyo objeto le puso en la cabeza la borla, insignia de tal dignidad.

Ya a la vista de la ciudad los españoles hicieron los del Cuzco una salida, que puso en fuga a la gente de Almagro, pero acudió luego Pizarro, y se retiraron aquéllos, abandonando la ciudad por la noche. Al rayar el alba entraron los españoles, «y luego comenzaron unos a desentablar las paredes del templo, que de oro y plata eran; otros a desenterrar las joyas y vasos de oro que con los muertos estaban, otros a tomar ídolos, que de

© Biblioteca Nacional de España

lo mesmo eran; saquearon también las casas y la fortaleza, que aun tenía mucha plata y oro de lo de Guaynacapa. En fin, hubieron allí y a la redonda más cantidad de oro y plata que con la prisión de Atabalipa habían habido en Caxamalca. Empero, como eran muchos más que no allá, no les cupo a tanto; por lo cual, y por ser segunda vez y sin prisión de rey, no se sonó acá mucho. Tal español hubo que halló, andando en un espeso soto, sepulcro entero de plata, que valía cincuenta mil castellanos; otros los hallaron de menos valor, mas hallaron muchos, ca usaban los ricos hombres de aquellas tierras enterrarse así por el campo a par de algún ídolo. Anduvieron asimismo buscando el tesoro de Guaynacapa y reyes antiguos del Cuzco, que tan afamado era; pero ni entonces ni después se halló. Mas ellos, que con lo habido no se contentaban, fatigaban los indios cavando y trastornando cuanto había, y aun les hicieron hartos malos tratamientos y crueldades porque dijesen dél y mostrasen sepulturas.» (Gómara.)

La conquista de Quito.

Hemos dicho ya que en la batalla de Cajamarca habían podido ponerse en salvo 5.000 hombres al mando del capitán Ruminagui, quien, sospechando que matarían a Atahualpa, se dirigió hacia Quito para proclamarse allí rey, usurpando la *borla*, esto es, la corona, a un hermano de aquél. «Desollóle y hizo del cuero un atambor, que no hacen más los diablos.»

Conforme a lo dispuesto por Atahualpa, desenterraron su cadáver dos mil indios y lo condujeron a Quito, donde Ruminagui los recibió con grandes muestras de afecto. Dióles un gran banquete, terminado con una colosal borrachera, y luego los degolló a todos, diciendo que por haber dejado matar a su buen rey Atahualpa.

Desde entonces corrió Ruminagui por dicho reino de Quito, cometiendo todo género de horrores, por lo cual,

© Biblioteca Nacional de España

como los habitantes pidieran a Pizarro les socorriese, dispuso el gobernador partiese contra el tirano el valiente capitán Sebastián de Benalcázar, su lugarteniente en San Miguel.

Púsose en camino el bravo jefe con 200 infantes y 80 caballos, aparte de algunos centenares de indios para llevar las cargas, no siendo de extrañar contara con tanto número de gente, pues a la fama de las grandes riquezas que había en el Perú, acudían infinidad de vecinos de Panamá, Nicaragua, Cuauhtemallan (Guatemala), Cartagena de Indias y otros puntos, que amenazaban quedar despoblados.

No se podía negar que Ruminagui se defendía con valor y pericia, y era hombre de enérgicas resoluciones, de igual manera que sus guerreros eran esforzados y mañosos, no un vil rebaño.

La jornada desde San Miguel a Quito era de 120 leguas, por terreno escabroso, pero como corría la voz de que aquella capital era tan rica como el Cuzco, los soldados marchaban animosos.

Salió Ruminagui a disputar el paso a los españoles con doce mil hombres, y por dos veces chocaron ambas fuerzas, rivalizando en valor y en estratagemas; algunas bajas ocasionaron en las filas de Benalcázar, pero, por fin, tuvieron que declararse en retirada y ampararse en Quito.

Ya allí, dijo a sus mujeres: «Alegraos, que ya vienen los barbudos, con quienes os podréis holgar», a cuyas palabras rieron algunas. Ruminagui, entonces, mandó degollar a las risueñas, pegó fuego a la recámara de Atahualpa, colmada de riquísima ropa y salió de la ciudad. Poco después entraba Benalcázar, pero no se encontró la pregonada riqueza, a pesar de que se registraron templos y sepulturas, por lo cual se volvió para la costa. Ya fuera los españoles, entró de nuevo Ruminagui en Quito y pegó fuego a la ciudad.

© Biblioteca Nacional de España

Expedición de Albarado

En cuanto corrió la voz de las inmensas riquezas del Perú, pidió Pedro de Albarado, el antiguo capitán de Cortés, Adelantado de Guatemala, permiso al Emperador para conquistar en aquel reino, donde no estuviesen Pizarro o Almagro, y concedido que fué se apresuró a enviar, como explorador, al capitán García Holguín para que fuera a enterarse de la verdad.

Partió el emisario, y al ver lo riquísimos que estaban los españoles con el oro y la plata del reparto del rescate de Atahualpa, regresó a Guatemala y le dió cuenta a Albarado.

Y ya no se paró en barras el Adelantado, ávido de compartir con Almagro y Pizarro los tesoros del Perú. Armó cinco naos, reclutó 400 españoles, reunió caballos y se hizo a la vela (1535). Llegado a un puerto de Nicaragua, encontró con que se aderezaban allí dos magníficos navíos para llevar gente, armas y caballos a Pizarro, y se apoderó de ellos, gracias a lo cual contó ahora con 500 hombres y muchos caballos.

Desembarcó Albarado en Puerto Viejo (Ecuador, al Este de Cabo San Lorenzo) y preguntó por el camino de Quito. No esperarían sin duda aquellos españoles, acostumbrados al clima de la América Central, encontrarse con una naturaleza tan diversa. Después de pasar una horrible sed y un hambre espantosa; después de sentirse sofocados con las cenizas del volcán de Quito; después de tener que abrirse paso hacha en mano por en medio del tupido boscaje, pasaron por unas sierras nevadas tan glaciales que en ellas se helaron sesenta hombres.

Choque entre españoles.

Más leal que Ruminagui, otro capitán de Atahualpa, llamado Quizquiz, se había echado al campo, en defensa de la independencia del Perú, proclamando soberano al príncipe Paulo, hijo de Guaynacapa. Quizquiz, al frente de muchos miles de

© Biblioteca Nacional de España

hombres, se estableció en la provincia de Condesuyo, y alarmado Pizarro envió allí a Hernando de Soto con 50 jinetes, género de combatientes que infundían gran temor a los indígenas, los cuales decían preferían combatir contra diez peones que no contra un soldado de a caballo.

Llegado Soto a Condesuyo no encontró ya, sin embargo, a Quizquiz, que se había encaminado hacia Jauja a atacar a los españoles que custodiaban los grandes tesoros que allí había dejado Pizarro, al cuidado del tesorero Alonso Riquelme con algunos soldados.

Riquelme se sostuvo con gran bizarría, y como Pizarro supiera lo ocurrido se apresuró a enviar a Almagro en su socorro y con orden, además, de que se enterara de si llegaba Albarado, como se decía, en cuyo caso debía impedir que desembarcara o bien comprarle la armada.

Una vez Almagro en Jauja, se encontró con Hernando de Soto, habiendo desaparecido Quizquiz, y juntos ambos bajaron a la costa para tener noticias de Albarado. Llegado Almagro a Túmbez, supo el desembarco de aquél en Puerto Viejo y en su vista partió para Quito, donde se hallaba Sebastián de Benalcázar que, desde luego, se puso a sus órdenes.

Comenzóse la conquista de algunas ciudades y fortalezas de aquel reino, que hasta entonces se habían mantenido fieles a sus reyes, y venció a orillas del río Liribamba a un capitán peruano que oponía bizarra resistencia.

Presentábase, por lo tanto, muy dichosa la jornada, cuando, con gran sorpresa, supo Almagro, por boca del capitán inca, que a dos jornadas de allí había 500 españoles que tenían puesto sitio a una fortaleza de un inca llamado Zopozopagui. Inmediatamente despachó Almagro siete soldados de a caballo para que practicaran un reconocimiento, pero cayeron prisioneros de Albarado, que se informó de ellos respecto a la situa-

© Biblioteca Nacional de España

ción de Pizarro y, sobre todo, respecto a las riquezas del Perú, después de lo cual les puso en libertad.

Resuelto a arrojar de allí a Almagro, acercóse al real de éste, pero como Albarado contaba con doble número de gente, Almagro levantó el campo y se retiró al Cuzco, dejando en Quito a Benalcázar.

Aquel traidor de Felipillo, el intérprete, que tanto había contribuído a la muerte de Atahualpa, hizo una nueva traición, y fué pasarse al campo de Albarado, a quien enteró de la marcha de Almagro hacia el Cuzco, ofreciéndose a servirle de guía. Aceptó el intruso, y, en efecto, no tardó en darle alcance.

Ya estaban para acometerse los dos bandos, cuando algunos soldados de una y otra parte comenzaron a gritar *¡paz, paz!*, y se concluyó, en su consecuencia, un armisticio.

Entabláronse negociaciones al siguiente día y se convino en que Pizarro y Almagro le compraban la escuadra a Albarado por cien mil pesos de buen oro, comprometiéndose y jurando éste no volver a parecer más por allí.

Albarado hacía un magnífico negocio, pero a fin de que su gente no se alborotase les ocultó lo convenido, diciéndoles que habían quedado en que continuaría los descubrimientos por mar.

El heroico capitán Quizquiz.

Convenido el pago de los cien mil pesos de oro (que Almagro no tenía), bajaron el compañero de Pizarro y Albarado a San Miguel de Tangarara, después de haber dejado el segundo a muchos soldados en Quito, con Benalcázar, para que allí poblaran, y aquí hay que decir que el citado capitán tuvo que pasar muchos trabajos en su conquista, pues la gente era muy valiente, y las mismas mujeres tomaban parte en los combates, siendo muy temibles como honderas.

Hallábanse en Tumebamba Almagro y Albarado,

© Biblioteca Nacional de España

cuando recibieron la noticia de que Quizquiz, con 15.000 hombres, iba huyendo de la persecución de Hernando de Soto y de Juan y Gonzalo Pizarro, pero como no lo creyeron continuaron su camino.

No tardó, sin embargo, en confirmarse la noticia, pues al llegar a Chaparra se toparon los españoles con la vanguardia de Quizquiz, a la cual hicieron prisionera. Convenía atacarle antes de que tuviera noticia de andar por allí los españoles y, por lo mismo, dispuso Almagro ir sin dilación al encuentro del noble y valeroso general inca, en cuya compañía iba el príncipe Guaypalcón, hermano de Atahualpa. La bajada era tan pedregosa que se desherraron todos los caballos, por lo cual hubo que herrarlos a media noche al resplandor de las hogueras.

Prosiguió la marcha al día siguiente y hasta por la tarde no llegaron los españoles a la vista del real de Quizquiz, pero con gran prudencia no quiso éste esperarles, sino que dividió sus fuerzas en dos trozos: fuése él, con el oro y las mujeres, por un lado, y Guaypalcón, con la mayoría de las tropas, se fortificó en lo alto de una abrupta cuesta, desde donde contuvo a los españoles arrojándoles enormes piedras, que les ocasionaron bastante daño, pero como era imposible continuar allí, pues carecía de víveres y estaba cercado, salióse a favor de la obscuridad.

Reunidos Quizquiz y Guaypalcón, acordaron marchar sobre Quito, creyendo que pocos españoles podría haber allí siendo tantos los que habían encontrado en la bajada de los Andes. Pocos eran, en efecto, pero tenían en Benalcázar un bizarro capitán, y con su valor y su pericia logró impedir su propósito de entrada.

La repulsa desmoralizó a los peruanos, que pidieron a Quizquiz se diera a partido a los españoles; el bravo general inca llenó de denuestos a aquellos cobardes, amenazando con matar a los revoltosos, y entonces,

© Biblioteca Nacional de España

con la más infame alevosía, tiróle Guaypalcón un bote de lanza en el pecho. Caído en tierra el pundonoroso guerrero, precipitáronse sobre él los demás y lo remataron con sus hachas y sus porras. Así pereció aquel héroe casi único de la independencia incásica.

Retiráronse de Quito los peruanos, al mando ahora de Guaypalcón, y a no tardar toparon con su retaguardia Almagro y Albarado. Los indígenas trataron de impedir pudiesen pasar un río que debían cruzar para irles al alcance, y aun intentaron, vadeando por arriba dicho río, cogerles por el frente y las espaldas. Para resguardarse de los caballos, se fortificaron en lo alto de un cerro y desde allí pelearon con ánimo resuelto, cual si quisieran vindicarse de las terribles invectivas que les había prodigado Quizquiz. Tan recia fué la resistencia, que cayeron heridos Diego de Almagro, un pariente de Albarado y muchos capitanes y soldados.

Por fin emprendieron la retirada; quemaron todas las ropas que no se pudieron llevar y dejaron en poder de los españoles 15.000 ovejas y 4.000 personas, que llevaban a la fuerza.

Continuaron su marcha Albarado y Almagro hacia San Miguel de Tangarara, y ya allí «despachó Albarado a Garci Holguín a Puerto Viejo, a entregar los navíos de su flota a Diego de Mora, capitán de Almagro; el cual entonces hizo grandes dádivas y socorros en dineros, armas y caballos a los suyos y a los de Albarado. Fundó luego a Trujillo, como Pizarro escribió. Dejó por teniente a Miguel de Astete, y vínose a Pachacama, donde Francisco Pizarro recibió muy bien a Pedro de Albarado, y le pagó de contado los cien mil pesos de oro que Almagro prometió por la flota. No faltaron ruines que dijesen a Pizarro prendiese a Albarado por haber entrado con mano armada en su juridición, y lo enviase a España, y que no le pagase; e ya que pagar le quisiese, no le diese sino cincuenta mil pesos,

© Biblioteca Nacional de España

pues más no valían los navíos; dos de los cuales eran suyos. Pizarro no lo quiso hacer, antes le dió otras muchas cosas y lo dejó ir libremente, como supo estar las naos en Sant Miguel y en poder de Diego de Mora. Fuése Albarado a Cuauhtemallan casi solo, y quedaron en el Perú los suyos, que como eran nobles y valientes, y aun bravosos, llegaron a ser después muy principales en aquella tierra.» (Gómara.)

Fundación de Lima.

No podía ofrecerse en mejores condiciones la conquista: la tierra era fértil en los valles; abundaba prodigiosamente el oro y la plata; los rebaños de ovejas eran inmensos; la gente no muy de temer y, además, harto impotente en cuestión de armamento, habiendo sido ésta, a no dudar, una de las principales causas de la relativa facilidad de nuestras conquistas.

No eran los indios los que más bajas nos causaban, sino el clima. Por lo mismo se fijó Pizarro en la excelente situación de un ameno, fresco y apacible sitio, a orillas del río Lima (Rimac), cerca del mar, a cuatro leguas de Pachacama, y decidió fundar allí una ciudad que llamó de *Los Reyes* y pobló desde luego trasladando a ella a los vecinos del valle de Jauja, en los Andes, de menos comodidades a pesar de su fama de rica y fertilísima.

Sentados los cimientos de los Reyes, pasó a Trujillo del Perú a repartir tierras e indios y envió con poderes a Diego de Almagro para que con muchos españoles a sus órdenes ocupara el Cuzco.

Los juramentos de Pizarro y Almagro.

No le habían faltado a Diego de Almagro buenos agentes y valedores en Castilla, y como resultado de sus gestiones recibió cartas participándole que el césar le había nombrado mariscal del Perú y gobernador de cien leguas de tierra más adelante de la gobernación de Pizarro. No esperó Almagro a recibir las creden-

© Biblioteca Nacional de España

ciales, y como el Cuzco no entraba en la gobernación de su consocio y por lo tanto debía pertenecer a la suya, entró desde luego en funciones y comenzó a mandar, repartir y ordenar por sí y ante sí, y no por poderes de Pizarro; medida precipitada, tomada sin aconsejarse de nadie, ni aun de Fernando de Soto, hombre leal y de grande experiencia.

Alarmado Pizarro, fuése corriendo por la costa hacia el Cuzco, y procuró convencer a su grande y buen amigo de que desistiese de su pretensión, pues hartas tierras, y mejores que aquélla, había por conquistar. Dejóse convencer Almagro, y los dos compadres volvieron a jurarse, sobre la hostia consagrada, franca y perpetua amistad. El concierto fué que Almagro fuese a conquistar por la costa del Sur, hacia el estrecho de Magallanes, o sea hacia la tierra de Chile. Si ésta resultaba buena, la gobernación sería para Almagro, y en contrario caso se repartirían entre los dos la del Perú. Pero sobre todo, lo que importaba, y eso lo juraron de nuevo una y muchas veces, era que jamás estuviesen el uno contra el otro, confundiendo Dios el cuerpo y el alma al que quebrantase el juramento.

Almagro en Chile.

Organizó Almagro, a mucha costa, su expedición a Chile, reuniendo hasta 530 españoles, lo cual demuestra cuán grande era ya la emigración particular, atraídos los castellanos por la fama de las riquezas de América, asaz pregonadas por los que a España regresaban ricos después de haber servido a Cortés, Albarado, Pizarro y demás conquistadores.

Dejó por su lugarteniente en el Cuzco a su criado Juan de Rada, y partió para el Sur, enviando como vanguardia un centenar de hombres al mando del sevillano Juan de Saavedra y siguiendo él con 430, acompañado de Paulo (el hijo del emperador Guaynacapa, a quien el difunto Quizquiz había dado la bor-

© Biblioteca Nacional de España

la), del gran sacerdote Villaoma, Felipillo y muchos indios de carga.

Juan de Saavedra, muy animoso, empezó con gran fortuna, pues al llegar a un lugar llamado las Charcas topó con una caravana de indios que, ignorantes de cuanto ocurría, traían al Cuzco su tributo al Inca, consistente en tejuelos de oro fino que pesaron 150.000 pesos, y como no era cosa de despreciar tan buena ocasión, incautóse del oro Saavedra y se volvió al Cuzco por otro camino.

Siguió su avance Saavedra «y pasó mucho trabajo, hambre y frío». Los indios que encontraba ahora se distinguían por su corpulencia y hermosura y resultaban ser muy buenos flecheros. El paso de los Andes era terrible, pues se helaban hombres y caballos, y por lo escabroso del camino perdió casi todo su bagaje. Era tan extraña aquella naturaleza que había ríos que corrían de día, derretidos los hielos con el calor del sol, y no corrían de noche, por volverse a helar.

Los naturales vestían cueros de lobos marinos; había muchas ovejas y grandes manadas de avestruces.

Antecedentes. El Inca Logue Inpangu, décimo de su dinastía, que ceñía la borla dos reinados antes que Huáscar, había conquistado los pueblos del litoral chileno, entre los ríos Salado y Maule. Llegado, por fin, Almagro a la actual provincia de Copiapó, encontró a los habitantes envueltos en una encarnizada guerra civil, por haber sido derribado el cacique del valle por un pariente suyo. A la noticia de que habían adelantado hasta allí los españoles, corrió el jefe proscripto a verse con Almagro y ofrecerle la entrega de todo el país de su jurisdicción.

Aceptó D. Diego, atacó, venció y condenó a muerte al usurpador, y restauró en el poder al legítimo jefe, pero no duró mucho la buena armonía, pues como se hubiera visto precisado a ejecutar a unos indios que

© Biblioteca Nacional de España

habían asesinado a tres españoles, los naturales se volvieron contra los nuestros.

Cambio de situación.

Mientras esto ocurría en Chile, Fernando Pizarro llegaba a la ciudad de los Reyes, de regreso de Castilla. Era portador del título de marqués de los Atavillos para su hermano Francisco y de la credencial de gobernador del nuevo reino de Toledo para Almagro, el cual reino debía contarse desde la frontera de Nueva Castilla, jurisdicción de Pizarro, hacia el Sur y Levante.

Todo eso estaba muy bien, pero ya fué otra cosa cuando Fernando Pizarro dijo que el emperador pedía le fuese entregado, como rey, todo el rescate de Atahualpa, que también era rey. A esto respondieron los capitanes y soldados que ya le habían dado su quinto. Fué grande la indignación, y harto le costó al flamante marqués aplacar los ánimos, diciendo a los agraviados conquistadores que todo se lo merecían, al igual que las preeminencias y franquezas que alcanzaron los que acompañaron al rey D. Pelayo y sus descendientes a ganar a España de los moros.

Con todo, no desistió Fernando Pizarro de su idea, y desde allí en adelante les tomaba a los conquistadores un tanto por ciento del oro y la plata que fundían. Con grande odio de todos, y siempre con su idea fija, partió para el Cuzco a ver a Mango, el inga nombrado por Pizarro, «para sacarle alguna gran cuantía de oro para el Emperador, que muy gastado estaba con las jornadas de su coronación, del turco en Viena, y de Túnez; y para sí también».

La rebelión de Manco Capac

No pudo ser más desdichada la ocurrencia de Fernando Pizarro de ir al Cuzco, en su afán de enviar cantidades al césar hispano-alemán.

Ya desde un principio habíase mostrado Manco, elevado por Pizarro a la dignidad de rey, aunque honora-

© Biblioteca Nacional de España

rio, hombre de valor y lleno de resolución, sin más pensamiento que alzarse por emperador, como su padre y su hermano Huáscar, y matar a los españoles.

A pesar de haber sido encerrado en la fortaleza del Cuzco y cargado de cadenas conspiraba con su hermano Paulo, Villaoma el gran sacerdote, y el traidor Felipillo, que se hallaban en el campo de Almagro; había mandado se fabricasen secretamente muchas armas y se hiciesen grandes siembras para tener pan para las campañas que proyectaba.

Con todo, la prisión era un obstáculo grandísimo para la realización de sus planes y, por lo mismo, con todo género de súplicas y las más firmes protestas de lealtad logró que Juan Pizarro, que andaba conquistando por allí, le creyera, y le soltara.

Ya en libertad, llegó Fernando Pizarro a pedirle dinero, y se apresuró a decirle que le daría más de lo que quisiera. Por lo pronto, le pedía permiso para asistir a una solemne fiesta que hacían en Hincay y de allí la traería una estatua de oro macizo, de tamaño natural, de su padre.

Ocurría esto en la Semana Santa de 1536; Fernando Pizarro se apresuró a concederle la autorización pedida, y le faltó tiempo a Manco para marchar a Hincay y lanzar allí el grito de muerte contra los tiranos.

Lo primero que hizo fué matar a los españoles que encontró en las minas; envió en seguida un ejército contra el Cuzco y tan bien se condujo su jefe que se apoderó por sorpresa de la fortaleza, en la que se sostuvo seis días. Recobráronla los españoles al cabo, pero murieron muchos en el asalto, y entre ellos Juan Pizarro, que falleció de una pedrada que le dieron una noche en la cabeza, después de lo cual acudió Manco, que daba continuos rebatos y tenía la ciudad poco menos que bloqueada.

© Biblioteca Nacional de España

Almagro contra los Pizarros.

Hallábase el grande amigo y consocio del marqués de Atavillos guerreando en Chile cuando llegó su criado Juan de Rada con las credenciales que de la corte había traído Fernando Pizarro, siendo inmensa la satisfacción que le produjeron los honores que se le concedían, pues era aún más ambicioso de distinciones que de oro, y puesto que según la repartición de jurisdicciones decretada por el Emperador, el Cuzco le pertenecía a él, determinó volver allá y posesionarse de aquella capital, ahora en poder de los Pizarros, de grado, o por fuerza.

Mientras a esto se disponía huyeron del campamento el príncipe Paulo, Villaoma y Felipillo, cuya misión había de consistir en asesinar a Almagro y a sus españoles, sin haber hallado ocasión para ello. El flamante gobernador de Nueva Toledo envió fuerzas en persecución de los fugitivos, y como fuese aprehendido Felipillo fué condenado a morir descuartizado, revelando entonces el infame ser falsas las acusaciones que había dirigido contra Atahualpa, para poder yacer con sus esposas.

Penosísima fué la jornada de regreso, y por falta de víveres tuvieron los soldados que comer los cadáveres de los caballos que se les habían muerto helados a la ida, «cosa bien de notar, porque al cabo de cuatro meses o más tiempo estaban por corromper, y tan frescos, según dicen, como recién muertos. Estábanse también los españoles arrimados a las peñas con las riendas en las manos, que parescían vivos».

Así prosiguieron su viaje, valiéndose de ovejas (llamas) para el transporte del agua hasta que al llegar al Cuzco hubo de experimentar Almagro la mayor sorpresa al ver sitiada la ciudad por fuerzas de indios.

Eran estas fuerzas las que estaban a las órdenes de Manco Capac, y temiendo el príncipe Inca no quedar cogido entre dos puertas, o sea entre Fernando Pizarro,

© Biblioteca Nacional de España

dentro del Cuzco, y Almagro, fuera, levantó el cerco y se internó en los Andes.

Ya al pie de las murallas del Cuzco, con las banderas desplegadas, intimó Almagro a Fernando Pizarro le recibiese como gobernador, según las provisiones reales de D. Carlos, negándose aquél, aunque para no llegar a rompimiento se excusaba con que tenía que consultarlo antes con su hermano el marqués.

Almagro, impaciente, y a favor de la niebla, introdújose una noche en el Cuzco, corrió a cercar la casa donde vivían Fernando y Gonzalo Pizarro, y la pegó fuego, con lo cual hubieron de rendirse aquéllos. Almagro quería matarlos, pero cedió, por fin, a las súplicas de Diego de Albarado, y así salvaron la vida.

Matanza de españoles.

No es de extrañar que siendo tan extensa la gobernación de Francisco Pizarro y tan difíciles las comunicaciones a lo largo de la cordillera occidental andina, ignorara desde hacía tiempo lo que ocurriera en el Cuzco; sólo sabía la insurrección de Manco y que tenía puesto sitio a dicha ciudad, aunque sin conceder grande importancia al hecho; pero como pasara mucho tiempo y no recibiese noticias envió a su hermano Diego, con 70 infantes y algunos caballos, en socorro de Fernando. Todos perecieron en un paso llamado de los Parcos, a 50 leguas del Cuzco.

Igual suerte sufrieron luego el capitán Mogrovejo y los españoles que con él iban; casi todos murieron también, aplastados por las rocas que desde lo alto despeñaban los indios, y los que lograron salvarse a favor de la obscuridad de la noche ni pudieron proseguir hacia el Cuzco, ni regresar a los Reyes.

Perecieron después, víctimas de las lanzadas y de las rocas de los indios, Gonzalo de Tapia con 80 españoles, y el capitán Gaete con 40 soldados en Jauja.

Cada vez más alarmado el marqués al no recibir

© Biblioteca Nacional de España

noticias del Cuzco ni de las expediciones que en su auxilio había enviado, despachó al capitán Francisco de Godoy, con 80 caballos, pero no tardó en regresar, después de haber recogido a dos españoles que habían podido salvarse de la emboscada de Jauja.

Por si no fueran bastantes las malas nuevas que le traían, llegó luego un tal Diego de Aguero con la noticia de que la insurrección era general, y que marchaba sobre los Reyes un grande ejército. Mandó luego el marqués hacer una salida con las escasas fuerzas de que disponía, pero aunque logró contener a los enemigos en su avance, no por eso dejaron de atacar cada día a los españoles que, en puridad, se hallaban bloqueados.

Era asaz crítica la situación del gobernador de Nueva Castilla; habían muerto 400 españoles y 200 caballos, y temíase no hubiesen perecido también Diego de Almagro en Chile y sus hermanos en el Cuzco. Por lo tanto, envió orden a Alonso de Albarado para que dejase la conquista de la provincia de Chachapoyas y se replegase a los Reyes, a toda prisa; envió un buque a Trujillo para recoger a todas las mujeres y niños, con sus hatos, y llevarlos a la capital, con orden de que se pusiesen inmediatamente en marcha, por tierra, los hombres; envió otros navíos a Nicaragua, Panamá y Guatemala en demanda de refuerzos; pidió socorros a Santo Domingo y Cuba; escribió a Fernando Cortés le enviase gente y pertrechos y no se descuidó, en una palabra, de implorar auxilio, no sin que algunos lo tachasen de pusilanimidad (1536).

Gracias a ello, pronto se vió con más gente de la que necesitaba, aunque por desgracia no debiesen combatir contra indios, sino contra hermanos suyos españoles. El obispo de Santo Domingo, presidente de la Audiencia, le envió un magnífico cuerpo de arcabuceros que acababan de llegar a las órdenes de Pedro de Veragua; Cortés, que a la sazón se hallaba conquis-

© Biblioteca Nacional de España

tando por la costa de California, le proporcionó un buque, al mando de Rodrigo de Grijalba, con armas, artillería, jaeces, aderezos, vestidos de seda y un magnífico abrigo de martas; Gaspar de Espinosa compareció con buen número de españoles, procedentes de Tierra Firme y Diego de Ayala trajo muchos soldados de Guatemala y Nicaragua, aparte de otros llegados de otras partes, de lo cual resultó que jamás había contado el marqués de Atavillos con tantos arcabuceros.

El socorro de Alonso de Albarado a los Pizarros.

Dijimos ya que Alonso de Albarado estaba conquistando en la provincia de Chachapoyas, situada al Este de la de Cajamarca, entre las dos cordilleras andinas Occidental y Oriental, y en cuanto recibió la orden de acudir a los Reyes emprendió la larga y difícil marcha, bajando primero hacia la costa hasta Trujillo, ya abandonado por las mujeres, y dirigiéndose desde allí a los Reyes, con los hombres que todavía permanecían en la primera de dichas ciudades. El recibimiento que se le dispensó no pudo ser más entusiasta, y Pizarro le nombró su capitán general relevando injustamente de este cargo a Pedro de Lerma, que siempre se había portado sin miedo y sin tacha.

Acto seguido se puso Albarado a la cabeza de 300 españoles y partió para el Cuzco, ignorante, como todos los demás, de lo que allí pasaba. Durante todo el camino tuvo que batallar con los indios, al mando de Manco y el capitán Tizoyo, que vencieron en un combate cerca de Pachacama, y al llegar a Jauja recibió el refuerzo de Tordoya de Barcarrota, con 200 españoles. Libróse otro recio combate en el puente de piedra de Lumichaca, en el cual los peruanos pelearon con indómito valor y causaron gran número de bajas a los españoles, y prosiguiendo la marcha, aunque incesantemente hostilizado, llegó al puente de Abancay, donde por fin supo los sucesos del Cuzco.

© Biblioteca Nacional de España

Allí se detuvo, en espera de instrucciones de Pizarro, y se atrincheró todo cuanto pudo, por hallarse rodeado de insurrectos, y temer no fuese a atacarle Almagro.

Almagro vencedor.

Enterado éste de la presencia de Alonso de Albarado en el puente de Abancay, despachóle como parlamentario a Diego de Albarado, con una escolta de ocho caballos para requerirle a que evacuase su jurisdicción o le reconociese como gobernador; pero Alonso de Albarado, faltando a su deber, prendió a Diego y sus soldados, diciendo que aquello se lo habían de notificar al marqués Pizarro y no a él.

Manteníase Almagro a la defensiva cuando hubo de recibir una carta del ex capitán general Pedro de Lerma, que se hallaba en el real de Alonso de Albarado, participándole que se le quería pasar con más de sesenta compañeros, ofendido por la injusticia del marqués al relevarle de su cargo, lo cual hizo que Almagro saliera del Cuzco para atacar a su contrario, haciendo prisionero, de paso, a Pedro Alvarez Holguín, a quien sorprendió corriendo el campo.

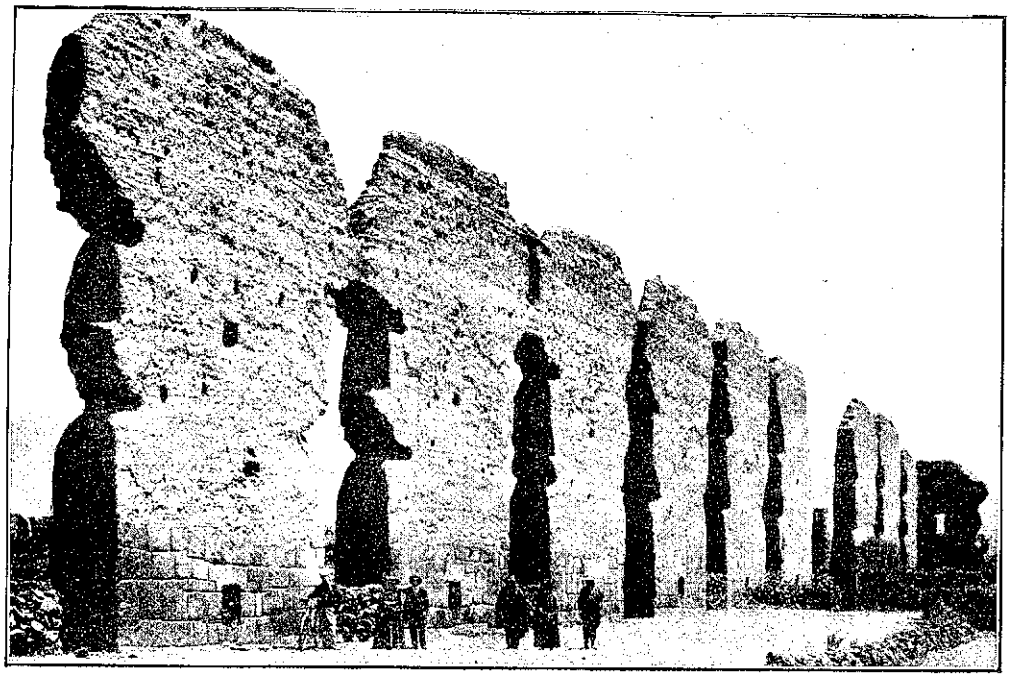
Albarado, que supo lo que maquinaba Lerma, quiso prenderle, pero éste logró fugarse, y ya que no pudieron seguirle sus compañeros, se llevó las firmas de su compromiso.

Ya por entonces se hallaba Almagro, favorecido por la obscuridad de la noche, junto al puente; pasólo, y ya a la otra parte, se le reunieron los capitanes Barcarrota, Villalba y otro, comprometidos con Lerma.

Al darse cuenta Alonso de Albarado de que los almagristas estaban dentro del real, mandó tocar al arma, pero era imposible toda resistencia; muchos soldados habían sido enviados a guardar los vados y los otros carecían de picas, por haberlas echado al río los amigos del ex capitán general.

Vencidos y hechos prisioneros Alonso de Albarado y los suyos, fueron conducidos al Cuzco, tan ufanos los

© Biblioteca Nacional de España



Ruinas incásicas de Tiahuanacu

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

de Almagro «que decían no dejarían *pizarra* alguna en todo el Perú en que tropezar, y que se fuese Francisco Pizarro a gobernar los manglares de la costa».

Iba en esto el marqués de Atavillos con 600 hombres a hacer levantar el sitio del Cuzco, pero enterado de la derrota de Albarado retrocedió a los Reyes.

Como ya sabía Pizarro que su grande y buen amigo Almagro contaba con muchos españoles, intentó llegar a una avenencia, y para tal objeto envió al Cuzco al licenciado Gaspar de Espinosa para entablar negociaciones; pero el arrogante gobernador de *Nueva Toledo* se negó a toda transacción.

Dejó a Gabriel de Rojas en guarda del Cuzco y de los prisioneros y llevándose consigo a Fernando Pizarro, bajó hasta la costa, con el quinto para el rey.

Todo hubiera podido tolerarlo Pizarro, el marqués, pero no que Almagro edificara un pueblo en la jurisdicción de los Reyes, y sentara sus reales en Chincha, lo cual no era ya extenderse por la jurisdicción de *Nueva Toledo,* sino invadir *Nueva Castilla.*

Entrevista de Almagro y el marqués Pizarro.

El marqués decidió entonces obrar personalmente y verse cara a cara con aquel su grande compadre, que había jurado con él, sobre la hostia consagrada, ser eternamente amigos.

Francisco Pizarro, a la noticia de hallarse Almagro en Chincha, esto es, cerca de la capital, «sonó atambor en los Reyes, dió grandes pagas y ventajas, y juntó más de setecientos españoles con muchos caballos y arcabuces, que daban reputación al ejército; y casi toda esta gente era venida y llamada contra indios en socorro del Cuzco y de los Reyes. Hizo capitanes de arcabucería a Nuño de Castro y a Pedro de Vergara, que la trajera de Flandes, donde casado estaba; hizo capitán de piqueros a Diego de Urbina, y de caballos a Diego de Rojas y a Peranzures y a Alonso de Mercadillo. Puso por maestre de campo a Pedro de Valdivia,

© Biblioteca Nacional de España

y por sargento mayor a Antonio de Villalva; estando en esto, llegaron Gonzalo Pizarro y Alonso de Albarado, e hízolos generales, a su hermano de la infantería, y al otro de la caballería. Estaban presos en el Cuzco, sobornaron hasta cincuenta soldados, y con su ayuda salieron de la prisión, quitaron las sogas de las campanas porque no repicasen tras ellos, y huyeron a caballo con aquellos cincuenta y con Gabriel de Rojas, que prendieron; publicaba Pizarro que hacía esta gente para su defensa como hombre acometido, y habló en concierto a consejo de muchos. Almagro vino luego también en ello, y envió con poder para tratar del negocio a D. Alonso Enríquez, Diego de Mercado, fator, y Juan de Guzmán, contador. Hablaron con Pizarro, y él lo comprometió en Francisco de Bobadilla, provincial de la Merced, y ellos en fray Francisco Husando; los cuales sentenciaron que Almagro soltase a Fernando Pizarro y restituyese al Cuzco; que deshiciesen entrambos los ejércitos, enviasen la gente a conquistas, escribiesen al Emperador, y se viesen y hablasen en Mala, pueblo entre los Reyes y Chincha, con cada doce caballeros, y que los frailes se hallasen a las pláticas.

Pedro de Valdivia

Almagro dijo que holgaba de verse con Pizarro, aunque tenía por muy grave la sentencia, y cuando se partió a las vistas con doce amigos encomendó

© Biblioteca Nacional de España

a Rodrigo Orgoños, su general, que con el ejército estuviese a punto, por si algo Pizarro hiciese, y matase a Fernando Pizarro, que le dejaba en poder, si a él fuerza le hiciesen. Pizarro fué al puesto con otros doce, y tras él Gonzalo Pizarro con todo el campo; si lo hizo con voluntad de su hermano o sin ella, nadie creo que lo supo. Es empero cierto que se puso junto a Mala, y que mandó al capitán Nuño de Castro se emboscase con sus cuarenta arcabuceros en un cañaveral junto al camino por donde Almagro tenía de pasar; llegó primero a Mala Pizarro, y en llegando Almagro, se abrazaron alegremente y hablaron en cosas de placer. Acercóse uno de Pizarro, antes que comenzasen negocios, a Diego de Almagro, y díjole al oído que se fuese luego de allí, ca le iba en ello la vida; él cabalgó presto y volvióse sin hablar palabra en aquello ni en el negocio a que viniera. Vió la emboscada de arcabuceros, y creyó; quejóse mucho de Francisco Pizarro y de los frailes, y todos los suyos decían que de Pilatos acá no se había dado sentencia tan injusta. Pizarro, aunque le aconsejaban que lo prendiese, lo dejó ir, diciendo que había venido sobre su palabra, y se disculpó mucho en que ni mandó venir a su hermano, ni sobornó los frailes.» (Gómara.)

Todo lo cual no habla ciertamente muy en favor de nuestros conquistadores, dejando aparte su admirable heroísmo.

La batalla de las Salinas.

Por más que las vistas hubiesen resultado inútiles, todavía hubo quien insistiera en tratar de llegar a un concierto, y éste fué Diego de Albarado, que consiguió que Almagro soltara a Fernando Pizarro, y que el marqués concediese a Almagro navío y puerto (que no tenía) para comunicarse con España. A ello accedió Almagro, aunque harto tuvo que arrepentirse después.

Para colmo de discordias, había llegado un decreto del Emperador mandando que «cada uno estuviese

© Biblioteca Nacional de España

donde y cómo la tal provisión notificada les fuese, aunque tuviese cualquiera de ellos la tierra y jurisdicción del otro».

En su consecuencia requirió Pizarro a Almagro que evacuase toda la tierra que él, el marqués, había descubierto y poblado, y ciertamente tenía razón en ello, pero Almagro respondía con hábiles silogismos, negándose.

En su vista, el marqués de Atavillos envió un ejército contra Chincha, ante cuya demostración tuvo por prudente Almagro salirse de allí y enderezarse al Cuzco, como de su pertenencia, aunque según el marqués no lo fuera. Pizarro, temiéndose tal acción, se fué tras él, y sabiéndolo Almagro, cortó muchos pasos de mal camino, y se hizo fuerte en la elevada y áspera sierra andina de Gaitara.

He aquí la descripción que hace Gómara de esta guerra civil, a 2.500 leguas de la patria:

«Pizarro fué tras él (*tras de Almagro*), que tenía más y mejor gente; y una noche subió Fernando Pizarro con los arcabuceros aquella sierra, que le ganaron el paso. Almagro entonces, que malo estaba, se fué a gran prisa, y dejó a Orgoños detrás, que se retirase concertadamente y sin pelear. El lo hizo como se lo mandó; aunque, según Cristóbal de Sotelo y otros decían, mejor hiciera en dar batalla a los pizarristas, que se marearon en la sierra; ca es ordinario a los españoles que de nuevo o recién salidos de los calorosos llanos suben a las nevadas sierras, marearse. Tanta mudanza hace tan poca distancia de tierra. Así que Almagro, recogida su gente al Cuzco, quebró las puentes, labró armas de plata y cobre, arcabuces, otros tiros de fuego, basteció de comida la ciudad, y reparóla de algunos fosados. Pizarro se volvió a los llanos por el inconveniente que digo, y dende a dos meses a los Reyes; empero solo, porque envió todo su ejército al Cuzco, con achaque de restituir en sus casas y repartimientos a ciertos ve-

© Biblioteca Nacional de España

cinos que Almagro había despojado, y para esto hizo justicia mayor a Fernando Pizarro, que gobernaba el campo, siendo general su hermano Gonzalo. Fué, pues, Fernando Pizarro al Cuzco por otro camino que Almagro, y llegó allá a los 26 de abril de 1538 años.

»Almagro, que tan determinados los vió venir, metió los aficionados a Pizarro en dos cubos de la fortaleza, donde algunos se ahogaron, de muy apretados. Envió al encuentro a Rodrigo Orgoños con toda su gente, y muchos indios, ca él no podía pelear, de flaco y enfermo. Orgoños se puso en el camino real entre la ciudad y la sierra, orilla de una ciénaga. Puso la artillería en conveniente parte, y los caballos también, que llevaban a cargo Francisco de Chaves, Vasco de Guevara y Juan Tello. Por hacia la sierra echó muchos indios con algunos españoles que socorriesen a la mayor necesidad y peligro.

»Fernando Pizarro, dicha la misa, bajó al llano en ordenanza, con pensamiento de tomar un alto que sobre la ciudad estaba, y que no lo aguardarían los contrarios llevando tanta pujanza. Mas como los vió quedos y con semblante de no rehusar batalla, mandó al capitán Mercadillo que con sus caballos anduviese sobresaliente, o para contra los indios contrarios, o para remediar otra cualquier necesidad; y dijo a sus indios, que arremetiesen a los otros, y por allí se comenzó la batalla que llaman de las Salinas, obra de media legua del Cuzco. Entraron en la ciénaga los arcabuceros de Pedro de Vergara, y desbarataron una compañía de caballos contrarios, que fué gran desmán para los de Orgoños, que conosciendo el daño, hizo soltar un tiro, el cual mató cinco españoles de Pizarro, y atemorizó los otros; pero Fernando Pizarro los animó bien y a sazón, y dijo a los arcabuceros que tirasen a las picas arboladas, y quebraron más de cincuenta dellas, que mucha falta hicieron a los de Almagro. Orgoños hizo señal de romper con los enemigos; y como se tardaban

© Biblioteca Nacional de España

algo los suyos, arremetió con su escuadrón solamente a Fernando Pizarro, que guiaba el lado izquierdo de su ejército con Alonso de Albarado. Esperó dos españoles con su lanza, tiró una estocada a un criado de Fernando Pizarro, pensando que su amo fuese, y metióle por la boca el estoque.

»Hacía Orgoños maravillas de su persona; mas duró poco tiempo, porque cuando arremetió le pasaron la frente con un perdigón de arcabuz, de que vino a perder la fuerza y la vista. Fernando Pizarro y Alonso de Albarado encontraron los enemigos de través, y derribaron cincuenta dellos, y los más juntamente con los caballos. Acudieron luego los de Almagro y Gonzalo Pizarro por su parte, y pelearon todos, como españoles, bravísimamente, mas vencieron los Pizarros y usaron cruelmente de la vitoria, aunque cargaron la culpa dello a los vencidos con Albarado en el puente de Abancay, que no eran muchos y queríanse vengar. Estando Orgoños rendido a dos caballeros, llegó uno que lo derribó y degolló. Llevando también uno tendido y a las ancas al capitán Rui Díaz, le dió otro una lanzada que lo mató, y así mataron otros muchos después que sin armas los vieron; Samaniego a Pedro de Lerma a puñaladas en la cama, de noche. Murieron peleando los capitanes Moscoso, Salinas y Hernando de Albarado, y tantos españoles, que si los indios, como lo habían platicado, dieran sobre los pocos y heridos que quedaban, los pudieran fácilmente acabar. Mas ellos se embebieron en despojar los caídos, dejándolos en cueros, y en robar los reales, que nadie los guardaba, porque los vencidos huían, y los vencedores perseguían. Almagro no peleó por su indisposición; miró la batalla de un recuesto, y metióse en la fortaleza como vió vencidos los suyos. Gonzalo Pizarro y Alonso de Albarado lo siguieron y prendieron, y lo echaron en las prisiones en que los había tenido.»

© Biblioteca Nacional de España

Degollación de Almagro

Ya en prisiones el gobernador de Nueva Toledo, perdieron sus partidarios cuanto tenían, que pasó a poder de los vencedores. Estableciose Fernando en el Cuzco, y como de lo que repartió a sus soldados no le tocaba mucho a cada uno, apeló al expediente de enviarles a conquistar, para que de esta suerte pudiesen sacar más provecho, y al objeto de librarse de los almagristas los envió también a lo mismo, mezclados con los suyos.

Tenía Almagro un hijo, llamado Diego como él, y a fin de que no se amotinara para libertar a su padre, le envió preso a los Reyes, y ya libre de aquella amenaza mandó formar proceso al desgraciado amigo y consocio del marqués de Atavillos.

Como era de esperar, fué condenado a muerte, sin que nada bastase a ablandar las duras entrañas de Fernando Pizarro para que le indultase. Primeramente le dieron garrote en la cárcel y después le cortaron la cabeza en la plaza del Cuzco (1540).

«Era Diego de Almagro, dice Gómara, natural de Almagro; nunca se supo de cierto quién fué su padre, aunque se procuró. Decían que era clérigo y no sabía leer. Era esforzado, diligente, amigo de honra y fama; franco, mas con vanagloria; ca quería supiesen todos lo que daba. Por las dádivas lo amaban los soldados, que de otra manera muchas veces los maltrataba de lengua y manos. Perdonó más de cien mil ducados rompiendo las obligaciones y conoscimientos a los que fueron con él al Chili. Liberalidad de príncipe más que de soldado; pero cuando murió, no tuvo quien pusiese un paño en su degolladero. Tanto pareció peor su muerte, cuanto él menos cruel fué, ca nunca quiso matar hombre que tocase a Francisco Pizarro. Nunca fué casado, empero tuvo un hijo en una india de Panamá, que se llamó como él, y que se crió y enseñó muy bien; mas acabó mal, como después diremos.»

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IV

ASESINATO DE PIZARRO

CONQUISTAS EN CHILE. — OTRAS CONQUISTAS. — VIAJE DE FERNANDO PIZARRO A LA CORTE. — CONQUISTAS EN EL ECUADOR. — REGRESO A QUITO. — LA MUERTE DE FRANCISCO PIZARRO.

Conquistas en Chile.

Muerto y sepultado D. Diego de Almagro, reanudóse con la mayor actividad la conquista comenzada por aquél y cuya gloria quería recabar el marqués Pizarro. Con este objeto reunió 150 soldados, varios clérigos y mujeres y algunos millares de indios; proveyó la expedición de animales domésticos, aperos de labranza y cuanto es necesario para una colonización, y confió el mando al capitán Pedro de Valdivia, uno de sus hombres de confianza.

Llegado Valdivia a orillas del río Macocho, fundó una villa que llamó de Santiago (capital de Chile desde entonces). Por lo pronto, todo parecía mantenerse en paz, pero en cuanto los chilenos hubieron terminado la recolección de sus frutos. atacaron a los españoles ocupados en la labranza y mataron catorce. A tal noticia salió Valdivia en persecución de los agresores, dejando en Santiago a Francisco de Villagrán y Alonso de Monroy. Sitiados éstos por 8.000 hombres,

© Biblioteca Nacional de España

hicieron una salida con 30 caballos y algunos infantes y pelearon desde la mañana hasta la noche, con grande encarnizamiento por ambas partes. Retiráronse los españoles a la ciudad, pero los indios continuaron hostilizando a los colonos, destruyéndoles los plantíos y sin dejarles ningún indio para cavar, sembrar y demás operaciones agrícolas, de manera que hubo que abandonar el cultivo de las tierras. Con todo, no dejaron de descubrir mucha tierra por la costa.

Otras conquistas.

Mientras Valdivia campaba por el Sur, el capitán Gómez de Alvarado conquistaba la provincia peruana de Huánuco, al NE. de los Reyes, cruzada por los Andes Centrales y Occidentales; Francisco de Chaves guerreaba por el Cuzco y Trujillo; Pedro de Vergara llevaba sus armas al Norte, hasta Quito, bajo la línea equinoccial; Juan Pérez de Vergara sujetaba la provincia de Chachapoyas, situada al E. de Cajamarca, como ya dijimos; Alonso de Mercadillo recorría la tierra de Mullubamba; Pedro de Candía, con 300 hombres, peleaba contra los montañeses del Collado, pero se le sublevaron a instigación de un capitán de artillería llamado Mesa, y tuvo que acudir Fernando Pizarro, que, sanguinario siempre, mandó degollar al sedicioso.

De esta suerte conquistaron los españoles 700 leguas de territorio occidental, de Norte a Sur, «con admirable presteza, aunque con infinitas muertes».

Convenía mucho la posesión del Collado, cuyos habitantes oponían fortísima resistencia, y, por lo mismo, tomaron a cargo su conquista Fernando y Gonzalo Pizarro. Era tierra rica en oro y abundante en llamas; llevaban éstos tres y cuatro arrobas de cargas y aun soportaban que los montasen hombres, sólo que tenían el inconveniente de ser muy despaciosos; además, cuando estaban cansados, volvían la cabeza y arrojaban a la cara del jinete una saliva hedionda. La especie llamada

© Biblioteca Nacional de España

pacos (alpacas) se distinguía por la finura de su lana.

Vivían en aquellas montañas muchos hombres de más de cien años, y se alimentaban con unas raíces llamadas *papas;* eran las patatas, que desde allí habían de extenderse por el mundo entero.

Viaje de Fernando Pizarro a la corte.

Sujetos los collaos, Fernando Pizarro partió para el Cuzco al objeto de conferenciar con su hermano el marqués, a quien no había visto desde antes del suplicio de Almagro. Mucho tenían que decirse. Acordaron que Fernando pasase a España, con los quintos para el Emperador, y para dar minuciosa cuenta a éste de los grandes servicios prestados y justificar la muerte de Almagro, con mayor motivo en cuanto andaba ya por Valladolid el hijo de aquél, demandando justicia contra los Pizarros.

Partió; llegó a Valladolid, con gran fausto, y allí se encontró con D. Hernando Cortés, Nuño de Guzmán, Bernal Díaz y otros españoles, a quienes, por llevar luto con motivo del fallecimiento de la emperatriz Isabel, llamaban los cortesanos «peruleros enlutados».

Por desgracia, Fernando Pizarro no obtuvo los premios que esperaba, pues a consecuencia de las denuncias de D. Diego de Almagro, hijo, fué encerrado en la Mota de Medina, de donde no había ya de salir.

Conquistas en el Ecuador.

Una de las peticiones que debía dirigir Fernando Pizarro al Emperador era el nombramiento de su hermano Gonzalo para gobernador de Quito, y tan seguro estaba el marqués de la concesión, que ya desde luego le nombró él.

La expedición fué de las más lucidas: componíase de cien caballos y cien infantes, y había costado su organización más de 50.000 castellanos de oro.

Llegó a Quito, después de algunos choques con los indios de los Andes, y allí preparó lo menester para la empresa que intentaba, o sea posesionarse de la *tierra*

© Biblioteca Nacional de España

de la canela (Popayán); aunque no había tal, pues el árbol así llamado era la ratania.

La expedición fué penosa como pocas. Dejando en Quito por su teniente a Pedro de Puelles, se puso en marcha con más de 200 infantes y 150 españoles de a caballo, 4.000 indios y 3.000 llamas y puercos. Las primeras etapas fueron hacia el N., hasta Quijos, límite del imperio de Guaynapaca, y no fué poco su terror ante un horrible terremoto que allí se dejó sentir, con acompañamiento de tales aguaceros y tempestad de rayos que jamás pensaran en presenciar cosa igual. El frío, en los Andes, era tan horrible que muchos indios quedaron helados.

Aquellos temerarios se internaban por la región oriental de la actual república del Ecuador, siguiendo a lo largo del río Napo y llegaron hasta Coca, país aun hoy apenas conocido, a la otra parte de la cordillera oriental de los Andes. Nada más interesante que la descripción que hace Gómara de aquella aventuradísima exploración:

«De Cumaco fueron a Coca, donde reposaron cincuenta días y tuvieron amistad con el señor. Siguieron la corriente del río que por allí pasa, y que muy caudaloso es. Anduvieron cincuenta leguas sin hallar puente ni paso; mas vieron cómo el río hacía un salto de doscientos estados con tanto ruido, que ensordecía; cosa de admiración para los nuestros. Hallaron una canal de peña tajada, no más ancha que veinte pies, por do entraba el río; la cual, a su parescer, era honda otros docientos estados. Los españoles hicieron una puente sobre aquella canal, y pasaron a la otra parte, que les decían ser mejor tierra, aunque algo se lo defendieron los de allí; fueron a Guema, tierra pobre y hambrienta, comiendo frutas, yerbas, y unos como sarmientos, que sabían a ajos. Llegaron, en fin, a tierra de gente de razón, que comían pan y vestían algodón; mas tan

© Biblioteca Nacional de España

lloviosa, que no tenían lugar de enjugar la ropa. Por lo cual, y por las ciénagas y mal camino, hicieron un bergantín; que la necesidad los hizo maestros. La brea fué resina, la estopa camisas viejas y algodón, y de las herraduras de los caballos muertos y comidos labraron la clavazón; y a tanto llegaron, que comieron los perros. Metió Gonzalo Pizarro en el bergantín el oro, joyas, vestidos y otras cosillas de rescate, y diólo a Francisco de Orellana en cargo, con ciertas canoas en que llevase los enfermos y algunos sanos para buscar provisión. Caminaron docientas leguas, según les pareció, Orellana por agua y Pizarro por la ribera, abriendo camino en muchas partes a fuerza de manos y fierro. Pasaba de una ribera a otra por mejorar camino; mas siempre paraba el bergantín do él hacía su rancho. Como en la tierra no hallase comida ni riqueza ninguna de aquellas del Cuzco, Collado, Jauja y Pachacama, renegaban los suyos. Preguntó si había el río abajo algún pueblo abastado, donde reposar y comer pudiesen. Dijéronle que a diez soles había una buena tierra, y dieron por señal que se juntaba en ella otro gran río con aquél. Con esto envió a Orellana que le trajese comida de allí, o le esperase a la junta de los ríos; mas ni volvió ni esperó, sino fuése, el río abajo, y él caminó sin parar y con gran trabajo, hambre y peligro de ahogarse en ríos que topó. Cuando llegó al puesto, y no halló el

García Hurtado

© Biblioteca Nacional de España

bergantín en que llevaba su esperanza y hacienda, cuidaron él y todos perder el seso, ca no tenían pies ni salud para ir adelante, y temían el camino y montañas pasadas, donde habían muerto cincuenta españoles y muchos indios.

Regreso a Quito.

»Dieron finalmente la vuelta para Quito, tomando a la ventura otro camino; el cual, aunque bellaco, no fué tan malo como el que llevaron. Tardaron en ir y volver año y medio. Caminaron cuatrocientas leguas. Tuvieron gran trabajo con las continuas lluvias. No hallaron sal en las más tierras que anduvieron. No volvieron cien españoles, de docientos y más que fueron. No volvió indio ninguno de cuantos llevaron, ni caballo, que todos se los comieron, y aun estuvieron por comerse los españoles que se morían, ca se usa en aquel río. Cuando llegaron donde había españoles, besaban la tierra. Entraron en Quito desnudos y llagadas las espaldas y pies, porque viesen cuáles venían; aunque los más traían cueras, caperuzas y abarcas de venado. Venían tan flacos y desfigurados que no se conocían, y tan estragados los estómagos del poco comer que les hacía mal lo mucho y aun lo razonable.»

Digamos que el motivo de no volver Orellana fué porque, llevado por la corriente del Napo, fué a parar al Amazonas, que recorrió en todo su curso hasta salir al Atlántico, regresando a España en el mismo bergantín.

La muerte de Francisco Pizarro.

Bien hubiera querido el marqués granjearse la amistad de D. Diego de Almagro, hijo del que su hermano había mandado dar garrote y degollar; pero todo fué inútil. D. Diego no pensaba más que en la venganza.

Habíase marchado el noble joven, como ya dijimos, a Valladolid, a pedir justicia, mas no por eso cejaban los almagristas, acaudillados por Juan de Rada, en su conjuración para asesinar al marqués. Pensaban

© Biblioteca Nacional de España

demorar el golpe hasta que regresara el hijo de Almagro, pero hubieron de precipitar el golpe al saber que el Emperador había dispuesto pasara al Perú, como gobernador, el licenciado Vaca de Castro, oidor de Valladolid, con amplísimos poderes.

Los almagristas habían perdido ya todo respeto y temor; no se recataban en sus amenazas y aunque los amigos del marqués le estaban de continuo dando nuevas de lo que se tramaba contra él, no conseguían que hiciera caso.

Acordóse asesinar a Pizarro el día de San Juan, cuando estuviese oyendo misa en la iglesia mayor, pero avisado del intento, dejó de ir y la oyó en su casa.

Creyéronse con ello perdidos los conjurados, y Juan de Rada (el leal amigo del difunto D. Diego), con once almagristas más — Martín de Bilbao, Diego Méndez, Sosa, Carrillo, Arbolancha, Hinojeros, Narváez, San Millán, Porras, Velázquez y Núñez, — asaltó el palacio del gobernador, a la hora de comer, al grito de:

— *¡Muera el tirano, muera el traidor!*

«Esto decían por indignar la gente, dice Gómara. Pizarro, sintiendo las voces y ruido, conosció lo que era, cerró la puerta de la sala. Dijo a Francisco de Chaves que la guardase con hasta veinte hombres que dentro había, y entróse a armar. Rada dejó un compañero a la puerta de la calle, que dijese cómo ya era muerto Pizarro, para que acudiesen a lo favorescer todos los de Chile, que serían docientos, y subió con los otros diez. Chaves abrió la puerta, pensando detenerlos y amansarlos con su autoridad y palabras. Ellos, por entrar antes que cerrasen, diéronle una estocada por respuesta. El echó mano a la espada, diciendo: «¡Cómo, señores ¿y a los amigos también?» Y diéronle luego una cuchillada, que le llevó la cabeza a cercén, y rodó el cuerpo las escaleras abajo. Como esto vieron los que dentro estaban, descolgáronse por las ventanas a la

© Biblioteca Nacional de España

huerta, y el doctor Velázquez el primero, con la vara en la boca, porque no le embarazase las manos. Solamente quedaron, y pelearon en la sala siete; los dos quedaron heridos y los cinco muertos, Francisco Martín de Alcántara, medio hermano de Pizarro; Vargas y Escandón, pajes de Pizarro; un negro, y otro español criado de Chaves. Defendieron la puerta de la cámara do se armaba Pizarro, una pieza. Cayeron los pajes muertos. Salió Pizarro bien armado, y como no vió más de a Francisco Martín, dijo: «¡A ellos, hermano; que nosotros bastamos para estos traidores!» Cayó luego Francisco Martín, y quedó solo Francisco Pizarro, esgrimiendo la espada tan diestro, que ninguno se acercaba, por valiente que fuese. Rempujó Rada a Narváez, en que se ocupase. Embarazado Pizarro en matar aquél, cargaron todos en él, y retrujéronlo a la cámara, donde cayó de una estocada que por la garganta le dieron. Murió pidiendo confesión, y haciendo la cruz, sin que nadie dijese «Dios te perdone», a 24 de junio, año de 1541. Era hijo bastardo de Gonzalo Pizarro, capitán en Navarra. Nasció en Trujillo, y echáronlo a la puerta de la iglesia. Mamó una puerca ciertos días, no se hallando quien le quisiese dar leche. Reconosciólo después el padre, y traíalo a guardar los puercos, y así no supo leer. Dióles un día mosca a sus puercos, y perdiólos. No osó tornar a casa de miedo, y fuése a Sevilla con unos caminantes, y de allí a las Indias. Estuvo en Santo Domingo, pasó a Uraba con Alonso de Hojeda, y con Vasco Núñez de Balboa a descubrir la mar del Sur, y con Pedrarias a Panamá. Descubrió y conquistó lo que llaman el Perú, a costa de la compañía que tuvieron él y Diego de Almagro y Hernando Luque. Halló y tuvo más oro y plata que otro ningún español de cuantos han pasado a Indias, ni que ninguno de cuantos capitanes han sido por el mundo. No era franco ni escaso; no pregonaba lo que

© Biblioteca Nacional de España

daba. Procuraba mucho por la hacienda del Rey. Jugaba largo con todos, sin hacer diferencia entre buenos y ruines. No vestía ricamente, aunque muchas veces se ponía una ropa de martas que Fernando Cortés le envió. Holgaba de traer los zapatos blancos y el sombrero, porque así lo traía el Gran Capitán. No sabía mandar fuera de la guerra, y en ella trataba bien los soldados. Fué grosero, robusto, animoso, valiente y honrado; mas negligente en su salud y vida.»

¿Qué juicio formaremos nosotros de Francisco Pizarro? Fué, sin duda, el conquistador del reino más vasto y más rico que ha poseído la corona de España; sin saber leer, gobernó imperios, pero tan admirables prendas quedan rebajadas al ver que todo obedecía a una ambición insaciable. No fué un Cortés, tan fino, tan caballeresco, tan galán, tan ilustrado y elocuente, diplomático que les daba quince y raya a los más expertos políticos; sólo habrá quedado su memoria como la de un aventurero, lleno de egoísmo. ¡Cuánta diferencia con el romántico conquistador de Méjico, prototipo del verdadero héroe español!

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO V

REBELIÓN CONTRA EL REY

La reacción almagrista. — Guerra entre Almagro, hijo, y Vaca de Castro. — La batalla de Chapas. — Gobierno de Vaca de Castro.

La reacción almagrista.

Vamos desde ahora a no poder referir más que escandalosos desórdenes, luchas entre españoles, muertes y estragos debidos a las más desatadas ambiciones, como si el espíritu castellano encontrara en América ancho campo en que desquitarse de la compresión cesarista que se sufría en la patria solariega. Era aquélla la tierra de promisión para restaurar la tiranía señorial, lejos de la obediencia a la corona. Brotaba de nuevo el bandolerismo, tan enérgicamente descuajado por los Reyes Católicos. Era América la tierra de los conquistadores, sin rey ni ley, donde cada uno levantaba bandera, sin importársele un ardite de lo que mandara el Emperador. Los gobernadores ejercían su autoridad sin medios para hacerse respetar, y el más audaz se imponía a los otros.

No maldigamos de la sublevación de las colonias; este espíritu de rebeldía se dejó sentir ya desde los pri-

© Biblioteca Nacional de España

meros tiempos de la conquista. A Cortés le había faltado osadía bastante para proclamarse emperador de Méjico y a Pedro de Albarado valor suficiente para alzarse como rey de Guatemala. Ya veremos ahora cómo los Pizarros se atrevieron a más, y se hubieran salido con la suya sin el genial carácter de un pobre clérigo.

Muerto el marqués Pizarro, anduvieron a cuchilladas pizarristas y almagristas, hasta, que por fin salió D. Diego a cabalgar por la ciudad pregonando sus farautes que no había más gobernador ni más rey que él en el Perú. Fueron entrados a saco el palacio del marqués de Atavillos, donde no había poco, y las casas de los más opulentos pizarristas. Obligóse a todos los vecinos a gritar: *¡Viva D. Diego de Almagro!* y al que se resistía se le quitaban las armas y los caballos; todos los oficiales reales se vieron constreñidos a jurar por gobernador a D. Diego, hasta que otra cosa dispusiese el Emperador. No había nadie para oponerse, hallándose Fernando Pizarro preso en la Mota de Medina y Gonzalo en la conquista de *la canela,* esto es, del Ecuador. Tanto miedo había a significarse como pizarrista, que el cadáver del marqués estuvo insepulto muchos días, y se creyó prudente esconder a los huérfanos para que no los mataran también.

La remoción del personal fué grandísima: fueron nombrados capitán general Juan de Rada y capitanes García de Albarado, Juan Tello, Francisco de Chaves y otros. Contaba Almagro con 800 soldados españoles, entre los cuales repartió los bienes de los pizarristas muertos y los quintos del rey. Las cárceles estaban llenas de partidarios del marqués. Con eso andaban desatadas las ambiciones; todo lo mandaba Juan de Rada, y como Francisco de Chaves murmurara en demasía, D. Diego le hizo dar garrote, y por lo mismo les hizo cortar la cabeza a otros.

© Biblioteca Nacional de España

Estábase en pleno terrorismo, de manera que no tuvo después ninguna originalidad el sistema de gobierno de tantos tiranos como han ensangrentado el suelo americano; no han sido nunca más que imitaciones de lo que comenzamos por hacer nosotros.

Envió Almagro, hijo, comisionados por todo el Perú para que se le reconociese como gobernador.

«Alonso de Albarado, que con cien españoles estaba en los Chachapoyas, prendió los mensajeros que tales nuevas y recado llevaban. D. Diego despachó luego que lo supo a García de Albarado por mar a Trujillo y a San Miguel para tomar las armas y caballos a los vecinos que favorescían a Alonso de Albarado, con las cuales fuese sobre él. García de Albarado tomó en Piura mucha plata y oro, que los vecinos tenían en Santo Domingo, y los dió a los soldados, y ahorcó a Montenegro, y prendió a muchos; y en Trujillo quitó el cargo a Diego de Mora, teniente de Pizarro, porque avisaba de todo a Alonso de Albarado, y en San Miguel cortó las cabezas a Villegas, a Francisco de Vozmediano y Alonso de Cabrera, mayordomo de Pizarro, que con los españoles de Guánuco huían de D. Diego. Diego Méndez, que fué a la villa de la Plata con veinte de caballo, tomó en Porco once mil y setenta marcos de plata cendrada, y puso en cabeza de D. Diego las minas y haciendas de Francisco, Fernando y Gonzalo Pizarro, que riquísimas eran, y las de Peranzures, Diego de Rojas y otros.»

En el Cuzco, sus alcaldes, Diego de Silva y Francisco de Carabajal, que mereció después el sobrenombre de *el Demonio de los Andes*, procedieron con astucia, procurando dar largas al reconocimiento, mientras el capitán Tordoya de Barcarrota organizaba la insurrección contra el usurpador.

Puestos de acuerdo él y varios capitanes que a la sazón se hallaban conquistando por el Perú, proclama-

© Biblioteca Nacional de España

ron jefe a Pedro Álvarez de Holguín. Juntáronse 200 piqueros, 90 arcabuceros y 150 de a caballo, y huyeron del Cuzco muchos almagristas.

A tal noticia salió de los Reyes D. Diego con cien arcabuceros, 150 piqueros y 300 caballos, y para evitar que en su ausencia no pudiesen intentar nada los huérfanos del marqués, los expulsó de la ciudad. Ansioso de apoderarse del oro de Francisco Pizarro, dió tormento a su secretario Picado para que lo revelase, y como no pudiese conseguirlo, le mató.

Camino del Cuzco, hubo de saber que había fallecido en Jauja Juan de Rada y que había llegado ya, hallándose en Quito, el licenciado Vaca de Castro, enviado por el emperador, a cuyas órdenes se habian puesto ahora los pizarristas.

Guerra entre Almagro y Vaca de Castro.

Como hemos dicho ya había enviado Carlos V al Perú, con plenos poderes y revestido de toda autoridad, al oídor de Valladolid licenciado Vaca de Castro. El viaje hasta Nombre de Dios no ofreció novedad, pero en la otra parte del istmo de Panamá fué sumamente tormentoso. En la imposibilidad de continuar navegando hasta el Callao para pasar desde allí a Lima, tuvo que desembarcar en el puerto de Buenaventura, desde donde marchó a Quito, estando a punto, muchas veces, de perecer de hambre, enfermedades y toda suerte de trabajos por el camino.

Vaca de Castro se encontró en Quito con el capitán Puelles, dejado allí como lugarteniente por Gonzalo Pizarro, que había ido a conquistar en «la tierra de la canela». Bien recibido por dicho capitán, continuó luego su viaje y se enderezó a Trujillo, acompañado de Puelles, Aldana, Vergara y otros capitanes, con 200 hombres. Inmediatamente fué Vaca de Castro reconocido por los pizarristas como legítimo representante del rey y gobernador del Perú. Dejó por

© Biblioteca Nacional de España

lugarteniente en Trujillo a Diego de Mora y envió a Jauja al maestre de campo (coronel) Pedro Álvarez, mientras, por su parte, se dirigía a los Reyes. Allí organizó nuevas tropas; dió orden de que si se acercaba D. Diego se embarcasen todos los vecinos en los navíos fondeados en el puerto, a las órdenes de Guevara, y partióse luego para Jauja, con las nuevas tropas que había reclutado.

Pasada revista en aquella elevada localidad, resultó disponer de 170 arcabuceros, 350 soldados de a caballo y otras fuerzas hasta 600 hombres, con abundancia de armas y de pólvora. Ejercía el mando en jefe Pedro Álvarez Holguín y era alférez mayor el fiero Francisco de Carabajal, «por cuya industria y seso se gobernó el ejército».

A todo esto preparábase D. Diego en el Cuzco para hacer frente al licenciado Vaca de Castro.

Mandó fabricar artillería y pólvora, y muchas armas, empleando una aleación de cobre y plata. Hecho recuento de la tropa se vió ascendía el efectivo a 700 españoles: 200 arcabuceros, 250 de a caballo y el resto con picas y alabardas. Todos llevaban cotas o corazas, y muchos jinetes arneses. Jamás se vió más lucido ejército; la artillería era mucha y buena; los indios auxiliares, en gran número; iba con Almagro el príncipe Paulo, a quien D. Diego proclamara Inca.

Era general Juan Baha y coronel Pedro de Oñate, en substitución del difunto Juan de Rada.

El objetivo de Almagro consistía en apoderarse cuanto antes de Huamanga, por lo cual, y sabedor de ello, apresuróse Vaca de Castro a ganarle por la mano.

Hallábase a la sazón Almagro en un pueblo llamado Vilcas, y deseoso el licenciado de evitar llegar a las manos le envió proposiciones de arreglo, que después de muchas idas y venidas no dieron resultado, lo cual se explica, hasta cierto punto, por la ciega adhesión que

© Biblioteca Nacional de España

veía Almagro le guardaban sus soldados, en vista de lo cual y para afirmarles todavía más en su partido les prometió las haciendas y mujeres de los contrarios que matasen.

La batalla de Chapas.

Animoso hasta el extremo D. Diego, púsose en marcha hacia Huamanga, donde se hallaba el ejército real, pero como por lo escabroso del sitio no pudiese maniobrar bien la caballería de Vaca de Castro (superior en número la de Almagro), salióse de allí el licenciado y se situó en un llano alto, llamado de Chapas (15 de septiembre de 1542).

No andaban muy confiados los realistas, y a fin de infundirles ánimo hizo pregonar el oidor la sentencia de muerte impuesta a Almagro y a cuantos le seguían.

No hemos de describir las peripecias de aquel combate. Todo parecía favorecer a D. Diego, y, sin embargo, no fué así: después de permanecer indeciso el resultado durante largas horas, quedó vencido Almagro. Peleóse con horrible encarnizamiento entre españoles: murieron 300 de la parte de Vaca de Castro, y no tantos de la de Almagro: murieron casi todos los capitanes; hubo más de 400 heridos, que en su mayoría fallecieron helados aquella noche. Salváronse algunos almagristas, entre ellos D. Diego, gracias a la obscuridad. Fué saqueado el real de los vencidos, donde había mucha plata y oro, y perecieron los que lo guardaban.

Los indios, «que como lobos esperaban el fin de la batalla», mataron a gran número de fugitivos. Después comenzaron las ejecuciones de los prisioneros; fueron degollados algunos que resultaron haber tomado parte en el asesinato de Francisco Pizarro; otros capitanes fueron descuartizados.

Almagro consiguió ampararse en el Cuzco, con otros cuatro, pero fueron presos en seguida por los vecinos. Vaca de Castro, en cuanto llegó, mandó degollar en

© Biblioteca Nacional de España

seguida a D. Diego y ahorcar a dos compañeros suyos. Paulo, el Inca, se refugió en los Andes, pero alcanzado por los indios al servicio de Vaca de Castro, fué muerto a porrazos. Con eso quedó completamente restablecido el orden, y el licenciado pudo gobernar con toda tranquilidad, y como nunca hubiese sucedido hasta entonces.

La muerte de Almagro, raza tan valiente como infortunada, fué sentidísima. «Loaban muchos el ánimo de D. Diego, dice Gómara, aunque no la intención y desvergonza que tuvo contra el Rey; ca siendo tan mozo vengó, a consejo de Juan de Rada, la muerte de su padre, sin querer tomar nada de Pizarro, aunque tuvo necesidad. Supo conservar los amigos y gobernar los pueblos que lo admitieron, aunque usó algún rigor y robos por amor de los soldados. Peleó muy bien y murió cristianamente... y fué el primero que tomó armas y que peleó contra su rey.

»También se maravillaban de la constante amistad que los suyos le tuvieron; ca nunca lo dejaron hasta ser vencidos, por más perdón y mercedes que les daban: tanto puede el amor y bandos una vez tomados.»

Gobierno de Vaca de Castro.

«Apenas Vaca de Castro vió que su autoridad suprema no estaba contrastada se ocupó en hacer importantes mejoras en la educación pública, en el comercio, en las leyes y en las costumbres. Fundó escuelas en que los niños de los indios recibían una educación cristiana y se enteraban de los deberes que la moral impone: distribuyó más equitativamente las tierras, y para hacer ese reparto con arreglo a la justicia no se desdeñaba de oir los consejos de los curacas y de los mismos indios. Estableciéronse penas contra los españoles que hiciesen alguna violencia a los indios, y restituyó a muchos caciques los territorios que tuvieron. Su esmero en proteger a los peruanos, desde tanto tiempo oprimidos, en

© Biblioteca Nacional de España

reprimir los excesos de los soldados, en castigar a los generales que durante la guerra habían reunido fortunas escandalosas, lo hicieron blanco de los vituperios y del odio implacable de sus compatricios; pero le granjearon el amor de los indios que respetaban sus leyes como las de los mismos incas. Fundáronse nuevos establecimientos, y los matrimonios entre los soldados españoles y las mujeres indias comenzaban la fusión de las dos razas al paso que daban a la España nuevas garantías de una ocupación duradera.

»Comenzaba a respirar el Perú con este nuevo orden de cosas, cuando llegó a Quito Gonzalo Pizarro volviendo de su expedición del otro lado de los Andes de la cual tenemos hablado, y se dispertó su envidia al ver que, con menosprecio de lo que él llamaba sus derechos, el gobierno del Perú había pasado a manos distintas de las suyas. Auxiliado por algunos amigos a quienes la administración de Castro había perjudicado en sus intereses, resolvió intentar una insurrección con riesgo de sumergir el Perú en el desorden y en la anarquía de que con tanto trabajo había salido; y aun hay autores que aseguran que su proyecto era hacer asesinar al gobernador.»

«Había muchos soldados que no tenían hacienda ni qué hacer y porque no causasen algún bullicio como los pasados, y también por conquistar y convertir los indios, envió Vaca de Castro muchos capitanes a diversas partes, como fué a los capitanes Diego de Rojas, Felipe Gutiérrez, de Madrid, y Nicolás de Heredia, que llevaron mucha gente. Envió a Monroy en socorro de Valdivia, que tenía gran necesidad en el Chili; y también fué a Mullubamba Joan Pérez de Guevara, tierra comenzada a conquistar, y rica de minas de oro, y entre los ríos Marañón y de la Plata, o, por mejor decir, nacen en ella, y crían unos peces del tamaño y hechura de perros, que muerden al hombre. Anda la gente casi

© Biblioteca Nacional de España

desnuda, usan arco, comen carne humana, y dicen que cerca de allí, hacia el Norte, hay camellos, gallipavos de Méjico, y ovejas menores que las del Perú, y amazonas de Orellana.»

En cuanto a Pizarro, dióle licencia para proseguir la conquista de Charcas, donde tenía muy buenas minas.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VI

EL VIRREINATO

NUEVO RÉGIMEN.—LAS ORDENANZAS DE BARCELONA.—EL VIRREY BLASCO NÚÑEZ VELA.—NUEVOS RIGORES.—PRISIÓN DE VACA DE CASTRO.—REBELIÓN CONTRA EL REY.—PRISIÓN DE BLASCO NÚÑEZ VELA.—GOBIERNO DEL OIDOR CEPEDA.

Nuevo régimen. Al objeto de poner coto a los graves desórdenes que habían ocurrido así en el Perú como en otras provincias de América, determinó el Emperador Carlos V lo mismo que se les hubiera ocurrido a nuestros gobernantes de hoy: arreglarlo con unos cuantos reales decretos, muy buenos en sí, pero desde luego hechos para no ser cumplidos.

Nombró, pues, una numerosa comisión que, poniendo manos a la obra, y bajo la presión indiófila de fray Bartolomé de las Casas, redactó nada menos que *cuarenta leyes*, las cuales, con el nombre de *Ordenanzas*, expidió la Sacra Cesárea Majestad en Barcelona, en 20 de noviembre de 1542.

Enviadas a Santo Domingo, Méjico y el Perú, produjeron desde luego un efecto desastroso, especialmente en Nueva Castilla, donde fué tal la indignación de los peruleros que en muchos lugares repicaron campanas de alboroto, y bramaban leyéndolas. Unos se entriste-

© Biblioteca Nacional de España

cían temiendo la ejecución, otros renegaban y todos maldecían a fray Bartolomé de las Casas que las había procurado. No comían los hombres, lloraban las mujeres y niños, ensoberbescíanse los indios, que no poco temor era».

Todo era acudir en súplica al Emperador para que revocase las tales ordenanzas, y para mejor conseguirlo enviáronle grandes cantidades de oro con que poder resarcirse de la desgraciada expedición a Argel y de la guerra del Rosellón. Atizaban las reclamaciones Gonzalo Pizarro y Vaca de Castro, para ver si se alzaban ellos con el mando e impedían tomara posesión del mando el virrey que, para la implantación de las nuevas leyes en el Perú, había nombrado el Emperador, y era el caballero D. Blasco Núñez Vela, veedor general de los guardas.

Bartolomé de las Casas

Eran grandes las discusiones acerca de la legalidad de los decretos de Barcelona, pero no había que olvidar el carácter absolutista y cesarista de D. Carlos I de España, el destructor de las Comunidades de Castilla y de las Germanías de Valencia y de Mallorca.

«Letrados había que afirmaron cómo no incurrían en deslealtad ni crimen por no las obedescer, cuanto más por suplicar dellas, diciendo que no las quebrantaban, pues nunca las habían consentido ni guardado; y no eran leyes ni obligaban las que hacían los reyes sin

© Biblioteca Nacional de España

común consentimiento de los reinos que les daban la autoridad, y que tampoco pudo el Emperador hacer aquellas leyes sin darles primero parte a ellos, que eran el todo de los reinos del Perú; esto cuanto a la equidad. Decían que todas eran injustas, sino la que vedaba cargar los indios, la que mandaba tasar los tributos, la que castiga los malos y crueles tratamientos, la que dice sean enseñados los indios en la fe con mucho cuidado, y otras algunas. Y que ni era ley, ni habían de aconsejar al Emperador que firmase con las otras, la que manda se ocupen ciertas horas cada día los oidores y oficiales a mirar cómo el Rey sea más aprovechado, ni la que nombra por presidente al licenciado Maldonado, y otras que más eran para instrucciones que para leyes, y que parescían de frailes. Con esto pues se animaban mucho los conquistadores y soldados a suplicar de las ordenanzas, y aun a contradecirlas, y también porque tenían dos cédulas del Emperador, que les daba los repartimientos para sí y a sus hijos y mujeres porque se casasen, mandándoles expresamente casar; y otra, que ninguno fuese despojado de sus indios y repartimientos sin primero ser oído a justicia y condemnado.» (Gómara.)

Digamos ahora que iguales disgustos que en el Perú ocurrían en Méjico y Santo Domingo.

El virrey Núñez de Vela.

Como hemos dicho, nombró el Emperador D. Carlos virrey del Perú a D. Blasco Núñez de Vela, con 18.000 ducados de sueldo; era hombre de enérgico carácter, que llegó a Nombre de Dios acompañado de los oidores que debían constituir la Audiencia, y eran unos tunantes, sedientos de dinero, el 10 de enero de 1544. A mayor abundamiento, iba también con él el secretario del Consejo Real, Agustín de Zárate, con encargo de hacerles rendir cuentas a los oficiales del Rey, cosa hasta entonces desusada.

Faltóle tiempo a Núñez Vela para provocar un conflicto apenas saltó a tierra. Encontró en Nombre de

© Biblioteca Nacional de España

Dios a varios peruleros que se disponían a embarcarse para España con el oro y la plata que habían recogido, y dió orden a los alcaldes para que les fuesen embargadas aquellas sumas hasta averiguar su procedencia, pues le habían ido con el soplo de que lo habían obtenido con la venta de indios y el trabajo de éstos en las minas, y las Ordenanzas, a instancias de fray Bartolomé de las Casas, castigaban con el mayor rigor semejante empleo.

Sea como fuere, era un atropello, pues Blasco Núñez Vela, virrey del Perú, no ejercía jurisdicción en Panamá; gracias a los oidores de la Audiencia nueva, que ni por un momento dejaban de contradecirle, dejó de confiscarles el oro y la plata, como pretendía. Fiel cumplidor de las Ordenanzas, puso en libertad a cuantos indios pudo haber, procedentes del Perú, donde los envió de nuevo, a costa de sus amos y del Rey. Muchos, sin embargo, se escondieron para no regresar, diciendo que mejor estaban bajo un amo que libres. «Otros se quedaron en Puerto Viejo, por allí a ser putos, que se usa mucho, y se cortaron el cabello a la usanza bellaca.»

Púdose ver desde luego que reinaba la mejor armonía entre el virrey y los oidores, de suerte que habiendo enfermado éstos, los dejó en Nombre de Dios y continuó él su viaje al Perú, solo. Llegado a Túmbez el 4 de marzo y ajustándose a lo prescrito en las ordenanzas, puso en libertad a los indios, «quitó las indias que por amigas españoles tenían, y mandóles que ni diesen comida sin paga, ni llevasen carga contra su voluntad; lo cual entristeció tanto a los españoles cuanto alegró a los indios».

¿Cómo negar el noble intento del virrey, fiel intérprete de las instrucciones de Carlos V? Pero en todo hay que proceder con tacto, y ésta es precisamente la base de la política. Por algo se ha dicho que gobernar es transigir, pero Blasco Núñez era intransigente y no tenía para nada en cuenta los intereses creados.

© Biblioteca Nacional de España

Por bien intencionado que fuera el virrey, no se puede negar, en efecto, que procedía con una falta de tacto que había de producir las más graves consecuencias. En manera alguna podían los peruleros avenirse a sus disposiciones.

Después de las protestas suscitadas en Túmbez, llególes su turno a los españoles de San Miguel de Tungarara, a los cuales mandó pagaran (siempre en virtud de las leyes decretadas bajo la influencia de fray Bartolomé de las Casas) a los indios de carga, ya que no emplearlos para la carga era imposible.

«Pregonó las Ordenanzas, despobló los tambos, dió libertad a los indios esclavos y forzados, tasó los tributos, y quitó los indios de repartimiento a Alonso Palomino, porque había sido allí teniente de gobernador; que así lo disponían las nuevas leyes; por lo cual le quitaban la habla y la comida, como a descomulgado; y a la salida del lugar le dieron gritas las españolas, y lo maldijeron como si llevara consigo la ira de Dios. Y en Piura dijo que ahorcaría a los que suplicaban de sus provisiones, referendadas de un su criado, que no era escribano del Rey; y los vecinos de allí se escandalizaban más de sus palabras y aspereza que de las Ordenanzas.»

Nuevos rigores del virrey Vela

Pues no digamos nada de lo que pasó en Trujillo. Su entrada dió lugar a una consternación general. Desde luego mandó pregonar las *Ordenanzas de Barcelona* y, en su consecuencia, tasó los tributos y vedó que nadie fuese osado a cargar a los indios sin paga o por la fuerza; conformáronse con esto los de Trujillo, pero no con el resto de las Ordenanzas, cuya aplicación rogaron a Blasco Núñez suspendiese. El virrey reconoció la justicia de las quejas, pero dijo no tenía facultades para ello y que, en todo caso, acudiesen al Emperador. Ello es que las protestas llegaron a un grado de vio-

© Biblioteca Nacional de España

lencia que nada bueno hacía presagiar; no era aquél el pago que esperaban de sus servicios, de sus penalidades y trabajos.

No había quien no pusiera el grito en el cielo: desde el momento en que, por las Ordenanzas, se les quitaban los esclavos que les sustentaban trabajando en las tierras y las minas, y en otras granjerías, reclamaban se les indemnizase, pues los habían comprado de los quintos del Rey y llevaban marcada la señal hecha con el hierro, o bien los habían recibido en pago de sus servicios. Los soldados amenazaban con robar; los clérigos y frailes decían que no podrían sustentarse ni ejercer el culto si les quitaban los pueblos, distinguiéndose por la acritud de sus reclamaciones cierto fray Pedro Muñoz, mercedario, diciendo «cuán mal pago daba su majestad a los que tan bien le habían servido, y que olían más aquellas leyes a intereses que a santidad, pues quitaban los esclavos que vendió sin volver los dineros, y porque tomaban los pueblos para el rey, quitándolos a monasterios, iglesias, hospitales y conquistadores que los habían ganado, y lo que peor era, que imponían doblado pecho y tributo a los indios que así quitaban y ponían en cabeza del rey, y aun los mismos indios lloraban por esto».

Prisión de Vaca de Castro.

A la noticia de que Blasco Núñez se dirigía hacia los Reyes, apresuróse a anticipársele Vaca de Castro, a pesar de tener orden éste de no moverse del Cuzco, donde dejó a Gonzalo Pizarro, y desde luego pudo contar con que todos le apoyarían en sus miras.

Ya cerca de los Reyes (llamada ya ahora Lima) supo el virrey que los habitantes de aquella ciudad se negarían a recibirle si antes no juraba que no aplicaría las Ordenanzas, estando resueltos, en caso contrario, a enviarle preso y atado fuera del Perú, de igual manera que supo también la mala voluntad que todos

© Biblioteca Nacional de España

le tenían en vista de su intransigencia y de su dura condición.

El virrey, en su vista, despachó a un regidor de Lima llamado Diego de Agüero para que persuadiera a los habitantes de que estaba dispuesto a acceder a cuanto pedían y había trocado su rigor en mansedumbre, con lo cual se le permitió entrara.

Ya en Lima, juró los privilegios, franquicias y mercedes concedidas por el emperador a aquella ciudad, y que haría cuanto redundase en bien de la tierra, lo cual era jurar que aplicaría las Ordenanzas, ya que a su entender, se dirigían a dicho objeto.

Ello es que, saltando por todo y esclavo de su deber, hizo ejecutar las Ordenanzas, con grandísimo disgusto de españoles y de indios; mandó prender a Vaca de Castro diciendo que firmaba repartimientos, como si todavía fuese gobernador, y hablaba mal de los decretos de Barcelona y prendió también a algunas importantes personalidades, siendo todos conducidos a bordo de un navío.

Rebelión contra el rey.

Entretanto los descontentos del Cuzco acudían a Gonzalo Pizarro para que se opusiese a las Ordenanzas y se colocase a su frente, a lo cual se negó diciendo que no podía desobedecer a lo que mandaba el Emperador, siendo la verdad que sólo quería hacerse de rogar.

Tratábase, en realidad, de una verdadera rebelión contra la corona. Decían los vecinos del Cuzco «que siendo justa la conquista de Indias, lícitamente podían tener por esclavos los indios tomados en guerra; otros, que no podía justamente quitarles el Emperador los pueblos y vasallos que una vez les dió durante el tiempo de la donación, en especial que se los dió a muchos como en dote porque se casasen; otros, que podían defender por armas sus vasallos y privilegios como los hidalgos de Castilla sus libertades; las cuales tenían por haber ayudado a los reyes a ganar sus rei-

© Biblioteca Nacional de España

nos de poder de moros, como ellos por haber ganado el Perú de manos de idólatras; decían, en fin, todos que no caían en pena por suplicar de las Ordenanzas, y muchos, que ni aun por las contradecir, pues no les obligaban antes de consentirlas y recebirlas por leyes. No faltó quien dijese cuán recio y loco consejo era emprender guerra contra su rey so color de defender sus haciendas, y hablar aquellas cosas que no eran de su arte ni de su lealtad; empero aprovecha poco hablar a quien no quería escuchar; ca no solamente decían aquello que algo en su favor era, pero desmandábanse, como soldados, a decir mal del Emperador y Rey, su señor, pensando torcerle el brazo y espantarlo por fieros. Decían eso mesmo que Blasco Núñez era recio, ejecutivo, enemigo de ricos, almagrista, que había ahorcado en Túmbez un clérigo y hecho cuartos un criado de Gonzalo Pizarro, porque fué contra Diego de Almagro; que traía expreso mandado para matar a Pizarro y para castigar los que fueron con él en la batalla de las Salinas; y para conclusión de ser mal acondicionado, decían que vedaba beber vino y comer especias y azúcar, y vestir seda y caminar en hamacas. Con estas cosas, pues, parte fingidas, parte ciertas, holgó Pizarro ser capitán general y procurador, pensando, como lo deseaba, entrar por la manga y salir por el cabezón.» (Gómara.)

Así fué como Gonzalo se dejó proclamar capitán general y procurador general por los soldados y los cabildos del Cuzco y otras ciudades. Juró que se pondría al servicio de la causa de los agraviados, alzó pendón, incautóse del oro del arca real y como contaba con muchas armas de los almagristas vencidos en la batalla de Chapas, pudo organizar fácilmente un cuerpo de 400 hombres, peones y jinetes.

Con un valiosísimo auxiliar podía contar el virrey y era con aquel Manco Capac, almagrista, que, a im-

© Biblioteca Nacional de España

pulsos de su odio contra los Pizarros, había sublevado muchos indios a favor del virrey Blasco Vela. Envióle Manco Capac a Vela una instancia para que le perdonase y aceptase sus servicios. El virrey acogió con el mayor placer el ofrecimiento y envió a un capitán almagrista llamado Gómez Pérez a felicitarle e invitarle a que se presentara cuanto antes. Era Gómez Pérez jugador apasionado de bochas.

«Solían jugar a la bola él y Mango, y jugaron como llegó; era porfiado el Gómez y mal comedido en medir las bolas, por lo cual dijo Mango a un su criado que lo matase la primera vez que porfiase, abajándose a medir la bola; avisó desto al Gómez una india. El, sin mirar adelante, dió de estocadas al Inga. Como los indios vieron muerto a su señor, matáronle a él y a los otros españoles, y tomaron por inga un hijuelo del muerto, con el cual se han estado en unas asperísimas montañas sin querer más amistad con cristianos.»

Prisión de Blasco Núñez Vela.

En vista de la agitación que reinaba en Lima y del alzamiento de Gonzalo Pizarro en el Cuzco, mandó Blasco Núñez se formase una guardia de 50 arcabuceros para escoltarle y envió al Cuzco al obispo de Lima y al padre provincial de los dominicos para que convencieran a Gonzalo de sus buenas intenciones y le invitasen a que se viera con él, pero Pizarro no quiso escucharles, antes bien envió a buscar 20 piezas de artillería que había en Huamanga.

El virrey, entonces, viendo que no había más remedio que apelar a la fuerza, organizó un ejército de mil hombres, casi todos almagristas, en el cual se contaban 200 caballos e igual número de arcabuceros, y lo puso a las órdenes de su hermano Vela Núñez, todo para la defensa de Lima si era atacada por los descontentos.

En su odio a Gonzalo Pizarro, pregonó un cuantioso premio para el que le asesinase, lo mismo que a sus

© Biblioteca Nacional de España

capitanes y cabezas de la rebelión e inauguró una era de terror. Para atender a los gastos echó mano del oro del rey y aun tomó prestadas buenas cantidades a los mercaderes.

En su afán de reunir el mayor número posible de soldados para hacer frente a los sublevados envió a muchas partes en busca de gente, pero no pocos, en lugar de acudirle a él, fueron a incorporarse a Gonzalo. Asustado el virrey, mandó levantar albarradas en las calles de la capital, y dando rienda suelta a su furor mató por su propia mano, de dos puñaladas, al factor Guillén Juárez de Carabajal, lo cual fué causa de que, a favor de la obscuridad, huyesen de la ciudad gran número de personas para reunirse con Pizarro.

La situación llegó a ser tan tirante, que Blasco Núñez resolvió salir de Lima con la Audiencia y la tesorería, y las mujeres de los oidores y vecinos para instalarse en Trujillo, en lo cual obraba acertadamente, pero todos se negaron a ello, diciendo que, según las Ordenanzas, debían permanecer en Lima, y no había motivos para temer tanto de Pizarro, que se hallaba aún a 70 leguas de distancia. Insistió, sin embargo, el virrey, e hizo los preparativos necesarios para embarcarse. Estalló la insurrección, a cuyo frente se pusieron los bribones de los oidores; hundíase la ciudad a los alaridos de las mujeres que no querían partir.»

Ante aquel imponente alzamiento huyeron los capitanes del virrey y los soldados se pasaron a los oidores, que asumieron el gobierno.

El virrey fué preso, y pudo dar gracias de haber podido salvar la vida y, en cambio, fueron libertados muchos que yacían en el navío, tales como los hijos del marqués Pizarro. Sólo se negó a salir de allí el licenciado Vaca de Castro. Ejercía ahora el cargo de presidente de la Audiencia, gobernador y capitán general el oidor Cepeda, que tenía hospedado en su casa

© Biblioteca Nacional de España

Blasco Núñez y debió oponer gran resistencia a las continuas peticiones de que lo matara. Por fin se arregló la cosa embarcándolo para España en las mejores condiciones, pues le dieron seis mil ducados, recaudados entre los mercaderes de Lima, y el sueldo de un año, con lo cual y lo que vendió se pudo marchar con 10.000 castellanos, «riqueza que nunca pensó».

Así fué destituído y enviado a España el virrey Blasco Núñez Vela, al cabo de siete meses de desatentado gobierno, aunque, como ya diremos, pronto se dejó ver de nuevo en el Perú.

Gobierno del oidor Cepeda.

Había demostrado el licenciado Diego de Cepeda, natural de Tordesilla, ser hombre de grande ánimo y despejadísima inteligencia durante los sucesos últimamente acaecidos y quedó corroborada esta opinión con la entereza y habilidad que demostró al asumir el mando.

Organizó una fuerza suficiente para el mantenimiento del orden público en la capital, y de acuerdo con los oidores y los oficiales del rey envió un despacho a Pizarro en el que se le intimaba, so pena de ser declarado traidor, licenciara a su gente y se presentase en Lima, y si no quería venir enviase procuradores con poderes e instrucciones bastantes para tratar de la derogación de las Ordenanzas.

Recibida por Pizarro la conminación de Cepeda, respondió, coreado por sus capitanes, que le proclamasen los oidores gobernador del Perú, o si no les mataría a todos en cuanto llegase a Lima.

Sin atender a consideración alguna, púsose Pizarro en marcha hacia la capital, siendo en vano que Cepeda le rogase dejase de adelantar más, pues ya estaba embarcado el tirano Vela y no había, por lo tanto, que tomar ninguna medida para librarse de él. Gonzalo no se dió por convencido, y siguió su camino hacia la ciudad de los Reyes, fundada por su hermano el marqués.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VII

GONZALO PIZARRO, GOBERNADOR

GONZALO PIZARRO, DICTADOR. — EL GOBIERNO DE PIZARRO. — EXPEDICIÓN DE BACHICAO. — EL VIRREY EN CAMPAÑA. — LA ARMADA DE HINOJOSA. — «EL DEMONIO DE LOS ANDES». — EL GOBIERNO DEL VIRREY. — EL REY PIZARRO.

Gonzalo Pizarro, dictador.

Era imponente el ejército de Pizarro; contaba con muchos centenares de peones bien armados y se había llevado, mediante requisa, los caballos de los vecinos que quedaron en el Cuzco, a quienes hizo aprontar también fuertes sumas para atender al sostenimiento de sus tropas.

Detúvose Gonzalo a media legua de Lima y desde allí expidió una proclama pidiendo clara y rotundamente la gobernación y amenazando, en caso contrario, con un terrible castigo; la mayoría de los habitantes querían darse en seguida a partido, ante las amenazas de matanza y saqueo hechas por el hermano del marqués; y por creer que aquélla sería la mejor vía para que fuesen derogadas las odiadas Ordenanzas. El oidor Cepeda hubiera querido resistir, pero no le acudieron ni soldados ni capitanes, por haberse pasado a Pizarro, en vista de lo cual lo dejó. Por la noche entraba en Lima el feroz maestre de campo Francisco de Carabajal (*el Demonio de los*

© Biblioteca Nacional de España

Andes), segundo de Gonzalo y, por lo pronto, hacía ahorcar a tres significados capitanes, so pretexto de haber abandonado a Pizarro, aunque en realidad para apoderarse de sus bienes, amenazando hacer lo propio con los que no quisiesen a aquél por gobernador. Al fin, todos resolvieron aceptarle por tal, y aquel mismo día entraba Gonzalo en Lima con 600 españoles, 10.000 indios y numerosa artillería. Llamó en seguida a los oidores y les entregó una solicitud firmada por todos los procuradores del Perú pidiendo que la Audiencia le reconociese como gobernador «por cuanto así cumplía al servicio de Rey, sosiego de los españoles y bien de los naturales». A todo accedieron contentísimos y le extendieron el oportuno nombramiento, sellado con el sello real, al mismo tiempo que enviaban despachos a los cabildos para que le prestasen obediencia. Tomáronle luego juramento al nuevo gobernador, y así quedó bien y debidamente posesionado de su cargo, con la sola protesta del oidor Cepeda y el secretario Agustín de Zárate.

El gobierno de Pizarro.

Encargado el oidor Juan Álvarez de conducir a España al virrey Blasco Núñez Vela, depuesto por la Audiencia del Perú, hubo de soltarle al navegar a la altura de Túmbez, desembarcando luego ambos en aquel puerto.

Pronto veremos lo que hizo allí el virrey; debiendo tratar ahora de cómo se conducía el gobernador. Y fué que el oidor Cepeda, muy mañoso, acabó por apoderarse de su ánimo, con gran disgusto de Carabajal, que hasta entonces había sido el inspirador de Gonzalo y aun su verdadero amo, así como de los otros capitanes.

Eran muchos, por ello, los agraviados, y así se dió el caso de que se fugaran no pocos en su barco, para ir a reunirse en Túmbez con Blasco Núñez Vela. Enterado el sanguinario Carabajal de que un capitán lla-

© Biblioteca Nacional de España

mado Diego de Gumiel había censurado algunos actos suyos y de Pizarro, le sorprendió de noche en su casa, le mandó estrangular y al ser de día le hizo degollar en la picota y le colgó luego de un poste, con un letrero que decía: «Por amotinador.»

El gobernador, cuya tiranía era horrible y sólo comparable con la crueldad de Carabajal, procedía con la mayor insolencia, siempre con la aprobación de los oidores; se apoderó de 40.000 ducados del arca real para pagar a la tropa; decretó un empréstito forzoso que debían pagar los poseedores de indios y envió a sus paniaguados, con grandes emolumentos, a ocupar las mejores villas, autorizados para cometer cuantos robos y asesinatos les pluguiera. Además, mandó dar tormento, descoyuntándoles, a dos pobres criados de Vaca de Castro para hacerles declarar dónde tenía escondidos su amo los tesoros, siendo así que no había semejante cosa.

Convenía acudir ahora a sofocar el movimiento de Túmbez y envió gente contra el virrey a bordo de aquel navío donde continuaba preso Vaca de Castro, que, como hemos dicho, no había querido aceptar la libertad que le ofrecía el licenciado Cepeda durante su transitoria dictadura.

Finalmente, no vaciló en obligar a los cabildos a otorgar poderes al oidor doctor Lisón de Tejada y a Francisco Maldonado para que informasen al Emperador echándole la culpa de todo al virrey, le pidiesen la confirmación de su nombramiento de gobernador y le suplicasen la revocación de las Ordenanzas.

Digamos ahora que el principal motivo de enviar a España al doctor Tejada fué para librarse de un individuo más de la Audiencia, que hubiera querido ver deshecha, y al objeto de que aceptara le dió 5.500 castellanos en barras de oro y lingotes de plata, y, además, un repartimiento quitado a un vecino del Cuzco,

© Biblioteca Nacional de España

partidario del virrey. En cuanto a Cepeda, traíalo consigo siempre.

La expedición de Bachicao.

Dijimos que en vez de conducir preso a España al virrey, el oidor Juan Alvarez le había puesto en libertad, desembarcando ambos en Túmbez, juntamente con su hermano Vela Núñez y Diego de Cueto, que fué enviado en seguida a España para enterar al Emperador.

Como convenía, ante todo, hacerse con fondos, se incautó del quinto separado para el rey e impuso una fuerte contribución a los mercaderes. No tardaron en acudir bastantes al llamamiento del virrey para arrojar de su usurpada gobernación a Pizarro, pero desconfiado de las intenciones que pudieran abrigar algunos y en vista de haber desembarcado un navío, con una expedición pizarrista, apresuráronse todos a escapar de Túmbez.

Dejando para luego dar cuenta de lo que hizo el virrey, digamos que a la noticia de hallarse en libertad el Núñez Vela pensó en señorear la mar para asegurar la tierra. No tenía, sin embargo, ninguna nao, ni había dónde buscarla, mas no por eso desistió, sino que armó dos bergantines donde embarcó cincuenta soldados, a las órdenes de cierto Hernando Bachicao, personaje digno de especial mención, pues jamás le creyera nadie capaz de hacer lo que hizo.

«Hombre de gentil denuedo y apariencia, dice Gómara, que lo escogieran entre mil para cualquier afrenta, pero cobarde como liebre, por lo cual solía él decir «ladrar, pese a tal, y no morder». Era hombre bajo, mal acostumbrado, rufián, presuntuoso, renegador, y que se había encomendado al diablo según él mismo decía; gran allegador de gente baja y mayor amotinador; buen ladrón por su persona, con otros, así de amigos como de enemigos, y nunca entró en batalla que no huyese.»

© Biblioteca Nacional de España

Pues véanse ahora las proezas que ese hombre cobarde y ruin llevó a cabo, colocándose a la altura de los más animosos capitanes de barcos piratas.

Ya hemos dicho que había partido de Lima con sólo dos bergantines, es decir, dos naves ligeras, y cincuenta hombres. Llegó a Trujillo, e inmediatamente se apoderó de tres navíos y aumentó su gente hasta cien. Desde Trujillo hizo rumbo a Túmbez, donde se hallaba, como es sabido, Blasco Núñez Vela; saltó Bachicao en tierra con un centenar de soldados, y creído el virrey, que contaba con doble número, que los pizarristas eran trescientos cuando menos, se apresuró a huir, como ya sabemos. Saqueó Bachicao el pueblo; se llevó no poco dinero y prisioneros, y gracias a la prisa con que se alejó Blasco Núñez pudo éste salvar la vida, pues el corsario tenía recibida de Gonzalo Pizarro orden de matarle.

Aumentó Bachicao su flota con otra nao, capturada en Túmbez, y prosiguió su navegación, desembarcando ahora en Guayaquil; hallábase allí el licenciado Juan Álvarez, el que había soltado a Blasco Núñez Vela, y huyó a uña de caballo, pero ya que Bachicao no pudo cogerle se apoderó de su equipaje (*ropas,* como se decía entonces).

De Guayaquil fuése el corsario, con ser más cobarde que una liebre, a Puerto Viejo, donde «tomó los navíos que había, saqueó el lugar, soltó a Joan de Olmos y a sus hermanos, prendió a Santillana, teniente del virrey, afrentaba a quien no le daba obediencia y comida; iba tan soberbio, que temblaban dél do quiera que llegaba. En Panamá hubo gran miedo de Bachicao, porque Juan de Llanes, que fué huyendo dél, contó sus maldades, aunque no las sabía todas. Juan de Guzmán, que hacía gente para el virrey, y otros muchos, no lo querían acoger en el puerto. Los vecinos y mercaderes no se querían poner en armas por no perder las mercaderías que allí y en el Perú tenían. Estando

© Biblioteca Nacional de España

en esto, envióles a decir Bachicao que no iban más de a poner allí los procuradores del Perú que pasaban al Emperador, y que luego se volvería sin les hacer daño ni enojo. Pedro de Casaos, que gobernaba la ciudad, dijo que no debían impedir el paso a los embajadores ni dar ocasión que hubiese guerra ni muertes de hombres; y así, se salieron Juan de Guzmán en un bergantín, y Juan de Llanes en su nao, viendo cerca a Bachicao, el cual entró en el puerto con seis o siete naos, llevando colgado de una antena a Pedro Gallego, de Sevilla, porque no amainó las velas de su nao a *viva Pizarro,* y aun mató dos hombres combatiendo aquella nao. Apoderóse de más de veinte navíos que allí estaban; huyeron muchos vecinos viendo tales principios; echó en tierra sus soldados, y entró en Panamá en ordenanza con son de atambores, pífaros y chirimías, y tirando arcabuces por alto, y aun uno pasó el brazo a Francisco de Torres, que los miraba de su ventana. Apañó luego la artillería, y atrajo los soldados que Juan de Guzmán hacía, dándoles de comer a costa del pueblo, y ofreciéndoles pasaje franco al Perú, y así tuvo en breve más de cuatrocientos soldados y veinte y ocho navíos. Tomaba los dineros y ropa que se le antojaba a los vecinos y mercaderes; vendía licencias para ir al Perú, comía a discreción; en fin, hacía como capitán de tiranía. El dotor Tejada, que a todo esto fué presente, y Francisco Maldonado, se fueron al Nombre de Dios, y luego a España; mas el dotor se murió antes de llegar a ella. Visto cuán disoluto y dañoso andaba Bachicao, trataron muchos de matarle. Adelantóse Bartolomé Pérez por ganar la honra, o porque lo había querido ahorcar en Túmbez, y conjuróse con el capitán Antonio Hernández y con el alférez Cajero, los cuales, no se atreviendo, requirieron a un Marmolejo, que descubrió el secreto. Bachicao, desque lo supo, degollólos a todos tres el mesmo día que matarlo

© Biblioteca Nacional de España

querían, y degollara a Luis de Torres, a don Pedro de Cabrera, a Cristóbal de Peña, a Hernando Mejía y a otros que los hallaba culpados, si no huyeran. Con tanto se volvió Bachicao para el Perú en cabo de cuatro meses, que a costa y daño de los vecinos estuvo en Panamá. Desembarcó en Guayaquil con cuatrocientos hombres, por carta que de Pizarro tuvo para ir contra el virrey.» (Gómara.)

En suma, había salido Bachicao de Lima, o mejor dicho, del Callao, con dos bergantines y cincuenta hombres dignos de ser ahorcados, y entraba en Panamá con 28 navíos y 400 soldados.

Dejamos a Blasco Núñez Vela, cuando, atemorizado por el desembarco de los cien corsarios de Bachicao en Túmbez, huía a toda prisa de este puerto, a pesar de contar con doble número de gente. Dirigióse, fugitivo, a Quito, con sus soldados, donde llegaron todos en muy mal estado, pues en las cien leguas de camino que tuvo que hacer no encontró apenas con qué alimentarse; con todo, fué allí bien recibido y se le proporcionaron armas, caballos y dinero, por lo cual declaró que no aplicaría las Ordenanzas.

Al poco tiempo, se ponían a sus órdenes el bravo conquistador Sebastián de Benalcázar y el capitán Juan Cabrera, de manera que pronto pudo contar con 400 españoles y muchos caballos. Así las cosas, llegaron a Quito algunos desertores pizarristas, quienes manifestaron que el usurpador era muy mal visto en Lima, de suerte que si el virrey se decidiera a marchar allí se le pasarían muchos soldados de Gonzalo. Creyólo Núñez Vela y partió a marchas forzadas contra el sedicioso gobernador. Ya en camino, supo que andaban por la sierra de Piura algunos capitanes pizarristas, con mucha gente, aunque no reconcentrada, y cayendo sobre ellos parcialmente consiguió derrotarles, sin ensañarse en el castigo.

© Biblioteca Nacional de España

Grande fué la ufanía de Blasco Núñez con tal triunfo; reuniéronse a sus filas los soldados que habían peleado contra él en Piura; entró en San Miguel, donde sus soldados cometieron algunos excesos que no se atrevió a reprimir y pudo ver grandemente aumentada su hueste.

El virrey en campaña.

Entretanto, partido Bachicao, había resuelto Gonzalo Pizarro ir contra el virrey, «ca le iba la vida en la vuelta o destierro de Blasco Núñez», aunque no fuese de éste, sino de otro, asaz inesperado, de quien debía venirle la degollación.

Gonzalo nombró lo que llamaríamos hoy comandantes de armas en todos los pueblos que se tenían por él, y mandó a los principales de cada lugar le siguiesen, para así comprometerles.

Partió de Lima por mar, en un bergantín, con sus más íntimos amigos, incluso, como no es menester decir, el maestre de campo Carabajal, dejando por lugarteniente a Lorenzo de Aldana, y desembarcó en Trujillo, donde supo el desbarate infligido en Piura por el virrey a los capitanes, que ya dijimos. Era opinión de la mayoría que no se expusiese, contando con tan escasas fuerzas y estando tan ensoberbecido Blasco Núñez, que no se le atacase a éste, pues sería locura, y que ante todo se enviase a llamar a Bachicao, pero la llegada de Carabajal decidió la cuestión. La escasa hueste de Pizarro se puso en camino para San Miguel, donde se hallaba el virrey, y al saberlo éste evacuó la villa, retirándose precipitadamente a Quito.

Ofrecióse Carabajal a salir en persecución de Vela y su gente, con sólo cincuenta caballos y les dió alcance a las tres de la mañana; en su mano estaba matarlos a todos, pues les sorprendió mientras dormían a pierna suelta, pero, en vez de alancearlos, les hizo despertar al son de sus trompetas, con lo cual pudieron ponerse en salvo, e hizo esto porque «no quería acabar la guerra, sino sustentarla para tener mando y señoría».

© Biblioteca Nacional de España

En cuanto vió libres a Blasco Núñez y los suyos, prendió a algunos de su bando, a quienes mandó ahorcar, y esperó a Pizarro. Enteróse éste del extraño proceder de Carabajal, y tanta fué su ira que dió orden de cortarle la cabeza, lo cual se hubiera ejecutado a no ser por la intercesión de Cepeda.

Pizarro entonces mandó que persiguiera al virrey, con 200 hombres, al licenciado Benito de Carabajal, enemigo acérrimo de Blasco Núñez por haber hecho matar a su hermano el factor Guillén Juárez, jurando que si le había a las manos le apuñalaría. Iba con el licenciado el maestre de campo Francisco de Carabajal y en el alcance se le incorporaron muchos soldados del virrey; «el demonio de los Andes» hizo ahorcar a varios realistas.

El virrey, cada día más escaso de gente, no paraba de correr, pero lo que hacía, sobre todo, era mandar matar a los que formaban en sus filas, sospechando le hacían traición; habíase apoderado de él un furor insano, fruto de su miedo cerval, y no había día que no hiciese perecer a sus capitanes y a cuantos le parecían inclinados a la causa de Pizarro. Así llegó a Tumebamba y desde allí a Quito, donde supo que Bachicao se había reunido con Pizarro en Muliambato. Escapó, en consecuencia, de Quito y fuése a Pasto y de allí a Popayán, casi sin gente, de suerte que había atravesado todo el Perú y el Ecuador hasta internarse en la actual Colombia.

La armada de Hinojosa

Instalóse ahora Pizarro en Quito, y fueron tantas las quejas que recibió contra Bachicao por sus grandes robos, que se impuso la necesidad de relevarlo, recayendo la elección en Pedro de Hinojosa, «hombre de bien y valiente».

Calló Bachicao, y puesto Hinojosa al frente de la escuadra, hízose a la vela para Panamá, donde pagó todo lo que su antecesor había robado, y ordenó que

© Biblioteca Nacional de España

todos los navíos se fuesen cada uno por su lado, sin contínuar juntos, pues Bachicao podía alzarse con ellos, y siendo señor del mar señorearía la tierra. Hinojosa cumplió como bueno y leal pizarrista, y regresó a Panamá después de haber sosegado las alteraciones de los partidarios de Vela y puesto fin a las depredaciones de los bachicaístas.

El Demonio de los Andes.

No se daban en manera alguno a partido los realistas, a pesar de la ausencia del virrey que, como ya dijimos, no había parado hasta Popayán (Colombia). El leal Diego Centeno, alcalde de la villa de la Plata, fué proclamado capitán general por los del bando del Rey y se dirigió contra los pizarristas, al frente de 200 españoles, a caballo y a pie. Camino iba del Cuzco, donde pensaba reforzar su hueste con igual número de partidarios del Emperador, cuando le salió al encuentro Alonso de Toro, el lugarteniente que tenía allí Pizarro, por lo cual y como contara con superiores fuerzas, retrocedió y se refugió en los Andes perseguido por Toro, quien, de vuelta al Cuzco, ahorcó y degolló a varios vecinos por haber hablado mal de Pizarro.

Aquella lucha entre pizarristas y realistas fué horrible, y es insubstituíble la narración que de ella hace Gómara.

En cuanto Diego Centeno supo los crímenes del Cuzco «volvió sobre la Plata, rogó a Alonso de Mendoza que, pues era caballero, siguiese al Rey; y como no lo quiso escuchar, ganó la villa, reformó el pueblo, rehizo el ejército, púsose en campo. Alonso de Mendoza se retiró con treinta hombres casi cien leguas sin perder un hombre. Es Alonso de Mendoza uno de los señalados hombres de guerra que hay en el Perú, con quien ninguna comparación tenía Centeno ni Carabajal. Sabiendo Gonzalo Pizarro la muerte de Francisco de Almendras y alzamiento de Centeno, por carta de Alonso de Toro,

© Biblioteca Nacional de España

que trujo Machín de Vergara, envió del Quito a la Plata, que hay quinientas leguas, a Francisco de Carabajal con gente a castigar a Centeno y a los otros que contra él se habían mostrado. Carabajal fué robando la tierra so color de pagar su gente y los gastos de Pizarro hechos contra Blasco Núñez; ahorcó en Guamanga cuatro españoles sin culpa, y en el Cuzco cinco, entre los cuales fueron Diego de Narváez, Hernando de Aldana y Gregorio Setiel, hombres riquísimos y honrados; tomóles sus repartimientos, diólos a sus soldados, y caminó para Centeno, publicando que no le quería hacer mal, sino reducirlo en gracia de Pizarro. Centeno rehusó su vista y habla; dejó en Chaian, donde tenía el real, a Lope de Mendoza con la infantería, y salióle al camino con ciento de caballo; dió sobre Carabajal una noche apellidando al Rey, ca pensaba que se le pasarían muchos oyendo aquella voz, entretanto que decían: «¡Arma, arma!», empero ninguno se le pasó. Trabó una escaramuza, como fué salido el sol, por el mesmo efeto; mas como los vió tan firmes, tornosé a Chaian, y queriendo meterse en los Andes, que son asperísimas sierras, supo de Nicolás de Heredia, que venía con ciento y cuarenta hombres, de la entrada que hicieron Diego de Rojas y Felipe Gutiérrez el río de la Plata abajo en tiempo de Vaca de Castro, y juntóse con él, y entrambos se hicieron fuertes y a una contra los pizarristas. Carabajal fué con sus cuatrocientos soldados en sabiéndolo, y púsose a vista como en cerco. Lope de Mendoza, confiando en muchos caballos que tenía, dejó el lugar fuerte, por ser áspero o porque no le cercasen y tomasen por hambre, y asentó real en un llano. Carabajal, con un ardid que hizo, se metió en la fortaleza, escarneciendo la ignorancia de los enemigos. Lope de Mendoza, queriendo enmendar aquel error, con osadía acometió la fortaleza luego aquella noche con los peones por una puerta, y Heredia por

© Biblioteca Nacional de España

otra con los caballos: los de pie entraron gentilmente y pelearon matando y muriendo; los de caballo no atinaron a la puerta con la gran escuridad de la noche, y convínoles retirar y huir. Carabajal fué herido de arcabuz en una nalga malamente; mas ni lo dijo ni se quejó hasta vencer y echar fuera los enemigos: curóse y corrió tras ellos; alcanzólos a cinco leguas, orillas de un gran río; y como estaban cansados y adormidos, desbaratólos fácilmente; prendió muchos, ahorcó hartos, y degolló al Lope de Mendoza y a Nicolás de Heredia; despojó los Charcas, saqueó la Plata, ahorcando y descuartizando en ella nueve o diez españoles de Lope de Mendoza que halló allí; fué a Arequipa, robóla y ahorcó otros cuatro; caminó luego al Cuzco, y ahorcó otros tantos. Hacía tantas crueldades y bellaquerías, que nadie osaba contradecirle ni parecer delante.»

El gobierno del virrey.

Solía decir el pobre Vela, víctima de su excesivo celo en pro de la causa del Emperador y de su intransigencia en el cumplimiento de las ordenanzas de Barcelona, que le habían dado por consejeros, en la Audiencia, un mozo, Cepeda; un loco, Juan Álvarez, y un necio, Lisón de Tejada, que no sabía latín. Era realmente aquél un personal digno del que en los siguientes siglos enviamos a nuestras colonias, para ser causa de su perdición.

Desde un principio hubo choques y competencias entre el virrey y los oidores, por ser el primero severo y honrado, y ellos tres unos pícaros de siete suelas. No había soborno, cohecho, irregularidad, abuso, traición ni trampa de que no se les pudiera acusar. Eran todos ellos infieles al emperador y desleales al virrey; de todo eran capaces por dinero. Con tal gente le envió al Perú la cesárea majestad de Carlos V.

El rey Pizarro.

No puede decirse en honor a la verdad que se condujese Gonzalo Pizarro como un tirano, antes bien, daba pruebas de poseer

© Biblioteca Nacional de España

cierto espíritu de rectitud, sobre todo cuando no estaba a su lado el feroz Carabajal.

«Nunca Pizarro, en ausencia de Francisco de Carabajal, su maestre de campo, dice Gómara, mató ni consentió matar español sin que todos o los más de su consejo lo aprobasen, y entonces con proceso en forma de derecho, y confesados primero. Mandó con prisiones que no cargasen indios, que era una de las ordenanzas, ni rancheasen, que es tomar a los indios su hacienda por fuerza y sin dineros, so pena de muerte. Mandó asimismo que todos los encomenderos tuviesen clérigos en sus pueblos para enseñar a los indios la dotrina cristiana, so pena de privación de repartimiento. Procuró mucho el quinto y hacienda del Rey, diciendo que así lo hacía su hermano Francisco Pizarro. Mandó que de diez se pagase uno solamente, y que pues ya no había guerra, muerto Blasco Núñez, que sirviesen todos al Rey, porque revocase las ordenanzas, confirmase los repartimientos y les perdonase lo pasado. Todos entonces loaban su gobernación, y aun Gasca dijo después que vió los mandamientos, que gobernaba bien, para ser tirano.»

Por desgracia, tan buen gobierno concluyó en cuanto surgió el licenciado Pedro de la Gasca, de quien hablaremos luego, pues en cuanto llegó aquél, para restablecer la autoridad real, Carabajal y otros capitanes escribieron a Pizarro «que se llamase rey, pues lo era, y no curase de enviar procuradores al Emperador, sino tener muchos caballos, coseletes, tiros y arcabuces, que eran los verdaderos procuradores; y que se aplicase a sí los quintos, pueblos y rentas reales, y los derechos que Cobos, sin merecellos, llevaba. No le pesó desto a Pizarro, ca todos querrían ser reyes; mas no osó declararse por rey, aunque muchos otros lo acosaban por ello, a causa de algunos grandes amigos suyos que se lo afeaban; o por esperar que viniesen Carabajal de los

© Biblioteca Nacional de España

Charcas, y Puelles de Quito, que eran los que lo habían de hacer. Entonces no salía nadie del Perú sin su licencia, ni sacaba oro ni plata sin perder la vida. Mataban sin justicia ni confesión; quitaban las vidas por las haciendas; quitaron los derechos de la escobilla a Cobos, que valían treinta mil castellanos. Unos decían que no darían al Rey la tierra si no les daba repartimientos perpetuos; otros que harían rey a quien les pareciese, que así habían hecho en España a Pelayo y Garci Jiménez; otros que llamarían turcos, si no daban a Pizarro la gobernación del Perú, y soltaban a su hermano Fernando Pizarro; y todos, en fin, decían cómo aquella tierra era suya, y la podían repartir entre sí, pues la habían ganado a su costa, derramando en la conquista su propia sangre.»

Entretanto, convertida Lima en corte de Pizarro, todo eran juegos y cañas, con algún suplicio que otro, como el de Vela Núñez, el hermano del difunto virrey, a quien degollaron después de haber jurado sobre la hostia consagrada, el traidor que lo delató, no descubrirle.

Muerte del virrey.

Hallábase a todo esto Gonzalo Pizarro en Quito, «festejando damas y cazando, y aun dijeron que matara un español por gozar de su mujer». Carabajal, que tan buena cuenta diera del pobre Diego Centeno, le escribía aconsejándole se proclamara rey del Perú, idea que siempre había sustentado.

Aquel hombre infernal concibió ahora el propósito de apoderarse de Blasco Núñez Vela, que continuaba en Popayán, y le tendió una infame celada. Hízole escribir por unas mujeres de Quito, que tenían sus maridos en las filas del virrey, cómo Pizarro se había vuelto a Lima y que él, Carabajal, andaba también muy lejos.

Como ya dijimos, había llegado el virrey a Popayán muy destrozado, pues en sus últimas etapas, y por no tener qué comer, se había visto obligado a matar unas yeguas para alimentarse con su carne. Maldecía la

© Biblioteca Nacional de España

hora en que viniera al Perú y los hombres que en él halló, «tan corajudos y desleales». Dolíale la prisión de su hermano Vela Núñez y la pérdida de los 20.000 castellanos que Hinojosa le tomara, todo lo cual aguzaba sus deseos de vengarse. No tuvo, pues, nada de extraño que acogiera con júbilo la noticia de haber abandonado a Quito Gonzalo Pizarro, y se dispuso a marchar allí con 400 españoles, bastantes para rendir a los 300 pizarristas que, según falsas confidencias, había allí.

Ídolo chibcha, en Colombia

No se descubrió la verdad hasta hallarse a nueve leguas de la ciudad; Pizarro, en vez de esperarle allí prefirió sorprenderle fuera; entró, pues, Vela en la actual capital del Ecuador con toda facilidad, y entonces supo cómo le esperaba con grandes fuerzas Pizarro. Aconsejáronle sus buenos amigos, Sebastián de Benalcázar, adelantado de Colombia, el oidor Juan Álvarez y otros, entablase negociaciones con Pizarro, pero negóse a ello, prefiriendo entrar en batalla contra el rebelde.

No podían ser más desiguales las fuerzas, pues Vela sólo contaba con 400 hombres y Pizarro con 700, entre ellos 140 jinetes y 200 arcabuceros.

Dióse la batalla, iniciada por los arcabuceros del virrey; fué encarnizadísima la lucha y los leales, derrotados, huyeron a la desbandada. El vencedor se

© Biblioteca Nacional de España

condujo con relativa humanidad, por convenirle así. «No mató, dice Gómara, sino a Pedro de Heredia, Pero Bello, Pero Antón, Iñigo Cardo, que lo dejaron por el virrey; fué también fama que dieron hierbas al oidor Juan Álvarez, con que murió. Desterró a cuantos pensaba que le serían contrarios, por no matarlos, como algunos se lo aconsejaron; y después se arrepintió. Soltó a los demás, y ayudó con armas y dineros a muchos, como fué Sebastián de Benalcázar, para volver a su gobernación de Popayán, no mirando a lo que había hecho contra su hermano Francisco Pizarro, que se le alzó; así que ni la batalla ni la vitoria fué cruel, ni murieron más de cinco o seis de los de Pizarro. Hernando de Torres, vecino de Arequipa, encontró y derrocó a Blasco Núñez, y aun en el alcance, según algunos, sin conocerlo; ca llevaba una camisa india sobre las armas. Llególe a confesar Herrera, confesor de Pizarro, como lo vió caído: preguntóle quién era, que tan poco lo conocía; díjole Blasco Núñez: «No os va en eso nada: haced vuestro oficio.» Temíase alguna crueldad. El caballo en que peleó tenía catorce clavos en cada herradura, por do pensaron muchos que quisiera huir viéndose desbaratado. Un soldado que fuera suyo lo conoció y lo dijo a Pedro de Puelles, y Puelles al licenciado Carabajal, para que se vengase. Carabajal mandó a un negro que le cortase la cabeza; porque Puelles no le dejó apear, diciendo ser bajeza; y el mesmo Puelles tomó la cabeza, y la llevó a la picota, mostrándola a todos. Dicen que le pelaron las barbas algunos capitanes, y las guardaron y trajeron por empresa. Pizarro mandó llevar a casa de Vasco Xuárez, que era de Ávila, el cuerpo y la cabeza, como supo que estaba en la picota, y otro día lo enterraron honradamente; y trajo luto Pizarro. También pagaron después en dinero la muerte del Virrey a sus hijos los que le mataron.»

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VIII

EL LICENCIADO PEDRO DE LA GASCA

El licenciado La Gasca. — Defección de Hinojosa. — Batalla de Guarina. — Paso del Apurimac. — La batalla de Xaquixaguana. — Muerte de Gonzalo Pizarro. — Regreso de La Gasca.

El licenciado La Gasca

«Como el Emperador entendió las revueltas del Perú sobre las nuevas ordenanzas y la prisión del virrey Blasco Núñez, tuvo a mal el desacato y atrevimiento de los oidores que lo prendieron, y a deservicio la empresa de Gonzalo Pizarro; mas templó la saña por ser con apelación de las ordenanzas, y por ver que las cartas y Francisco Maldonado, que Tejada muriera en la mar, echaban la culpa al Virrey, que rigorosamente ejecutaba las nuevas leyes sin admitir suplicación, y también porque le había él mesmo mandado ejecutarlas, sin embargo de apelación, informado o engañado que así cumplía al servicio de Dios, al bien y conservación de los indios, al saneamiento de su conciencia y augmentación de sus rentas. Sintió, eso mesmo, pena con tales nuevas y negocios, por estar metido y engolfado en la guerra de Alemania y cosas de luteranos, que mucho lo congojaban; mas conociendo cuánto le iba en remediar sus

© Biblioteca Nacional de España

vasallos y reinos del Perú, que tan ricos y provechosos eran, pensó de enviar allá hombre manso, callado y negociador, que remediase los males sucedidos, por ser Blasco Núñez bravo, sin secreto, y de pocos negocios; finalmente, quiso enviar una raposa, pues un león no aprovechó; y así, escogió al licenciado Pedro Gasca, clérigo de Navaregadilla, del consejo de la Inquisición, hombre de muy mejor entendimiento que disposición, y que se había mostrado prudente en las alteraciones y negocios de los moriscos de Valencia.» (Gómara.)

Pedro de La Gasca

Concedióle el emperador amplias facultades y le proveyó de numerosas firmas en blanco; dióle una carta para Gonzalo Pizarro y decretó desde luego la revocación de las ordenanzas, todo ello desde Van Loo (Flandes), y al promediar febrero de 1546 se hacía La Gasca a la vela con Andrés de Cianca y el licenciado Rentería como oidores de la audiencia de que había sido nombrado presidente.

Había partido el ex párroco de Navaregadilla con algunos pocos soldados, y sobre todo con extraordinaria modestia, para no ocasionar gastos y presentarse con no acostumbrada llaneza ante los peruleros que con él habían embarcado. Llegado a Nombre de Dios disimuló completamente a lo que iba, y si por acaso se le sometía a alguna *interview*, como diríamos hoy, manifestaba que iba allí en son de concordia; todo se re-

© Biblioteca Nacional de España

duciría a derogar las ordenanzas y a presidir la audiencia; él no era hombre de guerra, sino de ley y de paz.

Cruzó La Gasca el istmo que por primera vez atravesara Vasco Núñez de Balboa, y llegado a Panamá pudo formarse cargo de las fuerzas pizarristas; sólo dos caminos había para deshacerlas, o vencerlas: oponiéndolas otras mucho más numerosas, o por la astucia. No se decidió, por lo pronto, por ninguno; envió órdenes a Quito, Nicaragua, Méjico, Santo Domingo y otras posesiones para que le enviaran hombres, caballos y armas; escribió a los cabildos del Perú participándoles la revocación de las ordenanzas y envió a Pizarro, como emisario, a Pedro Fernández Paniagua, con la carta de Carlos V, como credencial, y otra suya aconsejándole depusiera su actitud y se confiara al emperador. Explicábale que traía la derogación susodicha, plena amnistía y licencia de hacer conquistas y le exhortaba a no confiar en sus parciales, pues con el perdón que les traía le abandonarían o lo matarían y no le ocultaba que si despreciaba la paz apelaría a la guerra.

Pizarro recibió muy desdeñosamente a Paniagua y no dió crédito a la carta de La Gasca. En suma, de acuerdo con los que le rodeaban, y aun no hallándose presente Carabajal que era quien más instaba para que Gonzalo se proclamase rey, se resolvió que no se le permitiese a La Gasca ponerse en camino para Lima, donde había de tomar posesión de su cargo de la presidencia de la Audiencia, confiando en que Pedro de Hinojosa, con su armada, lo sabría impedir. A mayor abundamiento, envióse a La Gasca un mensaje, firmado por sesenta notables de Lima, muy respetuoso, rogándole se volviera a España e informara al emperador de lo bien que gobernaba Pizarro y le suplicara le confirmase en la gobernación (14 de octubre de 1546).

© Biblioteca Nacional de España

Sea como fuere, hallábase dispuesto Pizarro a enviar procuradores de los cabildos a Carlos V para suplicarle le confirmase en el mando, pero oponíase a ello Carabajal «que no quería paz ni España». Partieron algunos comisionados para entregar a La Gasca el mensaje de los peruleros y otra carta de Gonzalo para el emperador, en la que le pedía la gobernación, le ofrecía mucho dinero y le suplicaba no llevase el quinto, sino un diezmo, por espacio de algunos años. Además, ordenó a Lorenzo de Aldama, que presidía la comisión, ofreciese cincuenta mil castellanos, y más si quería, a La Gasca para que se volviera a España, y de negarse lo matara, aprovechando la ocasión.

Los comisionados se lo revelaron todo a La Gasca, incluso que había intención de matarle; pero en vez de acobardarse manifestó por fin categóricamente a qué le había enviado el emperador. Todos se sintieron llenos de respeto ante aquel hombre tan sencillo y al mismo tiempo tan enérgico y entero y le invitaron a que, aun sabiendo que Pizarro no le recibiría, se presentase en el Perú donde muchos se le pasarían en servicio del rey.

Defección de Hinojosa

Ocurrió entonces un hecho del que dimanó toda la perdición de Pizarro. El general de la Armada, Pedro de Hinojosa, entregó los navíos a La Gasca, por espontáneo impulso, agradecido a lo cual el presidente le confirmó en su cargo, pero no sólo eso, sino que como mandara devolver sus naos a los capitanes que las tenían por Pizarro, pusiéronse todos a sus órdenes.

La adquisición de la escuadra representaba una ventaja inmensa, pues en lugar de ir por tierra a Lima, siguiendo por las montañas y en medio de las mayores privaciones y peligros, lo iba a hacer cómoda y rápidamente por mar.

Ya suya la flota, envió La Gasca a buscar la arti-

© Biblioteca Nacional de España

llería que había en Nombre de Dios, para armar mejor los buques y contar con algunas piezas cuando saltase en tierra el ejército. Escribió a los gobernadores de Nicaragua y Santo Domingo, al general del nuevo reino de Granada y al virrey de Méjico que le enviasen víveres y soldados, participándoles hallarse en su poder la armada de Pizarro; organizó un hospital, con médico y botica, que prestó inapreciables servicios en la guerra; se procuró fondos y «tan afable, tan cortés, franco y animoso se mostró, que lo tuvieron en harto más que hasta allí los pizarristas, cotejando especialmente su prudencia con la presencia de hombre».

Todos los que fueron portadores del mensaje se pasaron a La Gasca, separándose de Pizarro, y para tenerlos más afectos nombró por capitán general a Lorenzo de Aldama. Envió luego cuatro navíos de su armada, al mando de aquél, con orden de no desembarcar hasta llegar al Callao, y ya en Lima debían los capitanes pregonar la revocación de las ordenanzas, la concesión del indulto y la proclamación del emperador, después de lo cual harían igual los unos en Arequipa y los otros en Trujillo.

En breve hubo un levantamiento general contra Pizarro; los que más leales parecían le habían abandonado al saber que Pedro de Hinojosa había entregado la escuadra a La Gasca. Reapareció Centeno, el leal capitán del virrey Blasco Núñez Vela, y con audaz gallardía se apoderó del Cuzco, después de lo cual fué a situarse en el río Desaguadero, que sale del lago de Titicaca.

No es menester decir la terrible amargura que hubo de experimentar Pizarro al verse de tal suerte traicionado. Dolíase de haberle quitado el mando de la escuadra a Bachicao para confiárselo a Hinojosa. Procuró reunir las pocas tropas que todavía se le mantenían fieles, y aunque eran muy pocas, dijo que con

© Biblioteca Nacional de España

diez amigos que le quedaran había de sostenerse en su puesto y conquistar de nuevo el Perú.

Sólo se le mantenía ciegamente adicto el *Demonio de los Andes*. Pizarro se vió obligado a abandonar a Lima y se encaminó a Arequipa, siendo en gran número las deserciones durante la marcha, de suerte que todo su ejército se reducía a 480 hombres.

Batalla de Guarina.

Celebrado consejo en Arequipa, acordóse ir a conquistar en Chile, abandonando por completo el Perú, y ya allí, tratar de concierto con La Gasca, mas para ello era preciso atravesar por donde se hallaban sus contrarios, y, por lo mismo, se eligió el camino donde tenía sus reales Diego Centeno, o sea el Desaguadero del lago Titicaca, según dijimos. A pesar de que el lugar era muy fuerte, prefirió Centeno situarse a medio camino entre Guarina y Puracán del Collado, donde se hallaba Pizarro, distantes cinco leguas, en un llano.

Era el día 11 de octubre de 1547. Contaba Centeno con 1.212 hombres y con 480 Pizarro. Ganó éste en toda la línea, gracias al denuedo de un puñado de arcabuceros y a la crueldad de Carabajal que aconsejó a Pizarro, y éste se avino, mandara tirar al bulto en una brega en que andaban revueltos los de uno y otro bando; así murieron muchos pizarristas al fuego de sus mismos compañeros. Perecieron 450 hombres de Centeno y un centenar de Pizarro. Con todo, el vencedor no les pudo ir al alcance por hallarse harto quebrantado.

El *Demonio de los Andes* se jactó de haber matado él solo, por gusto, a cien soldados de Centeno, aunque mejor serían los de Pizarro contra quienes mandó hacer fuego.

Satisfecho Cepeda, el ex oidor, con el triunfo de Guarina, pensó ser llegada ocasión de entablar negociaciones con La Gasca, según así se había acordado en

© Biblioteca Nacional de España

la junta de Arequipa, pero se negó ahora Pizarro, el cual «dijo que no convenía, porque tratando en ello se lo ternían a flaqueza, y se le irían los que allí tenía, y le faltarían los muchos amigos que con Gasca estaban. Garcilaso de la Vega con algunos fueron del parecer de Cepeda. En Juli, lugar del Rey, mataron a Bachicao, y Francisco de Carabajal se fué a Arequipa por el camino de la mar, entendiendo que huyera por allí Diego Centeno, y para traer las mujeres al Cuzco, porque no avisasen con indios a sus maridos que andaban con Gasca, e porque se viniesen ellos a ellas. Entró Pizarro en el Cuzco con gran admiración del pueblo; ahorcó a Herrezuelo, al licenciado Martel, a Joan Vázquez y otros, con acuerdo de sus letrados. Puso mucha guarda en todo, y aun quiso enviar a Joan de Acosta con docientos de caballo, arcabuceros, a dar en Gasca, publicando que iban todos contra él para que no se le fuese nadie. Hizo muchos arcabuceros y seis piezas de artillería, muchas armas de fierro y muchas picas. En fin, él atendió más a labrar armas que a ganar voluntades. Trajo Carabajal las mujeres de Arequipa y otros muchos, y todo el oro, plata y piedras que pudo sacar; ca tan amigo era de robar como de matar; y así, dicen que despojó toda aquella tierra sin que Pizarro hablase. Mas el lobo y la vulpeja todos eran de una conseja.» (Gómara.)

La Gasca en el Perú.

Partió de Panamá el presidente muchos días después que los cuatro navíos puestos a las órdenes de Aldama, y llegó, con todo el resto de su armada y buen número de gente a Túmbez, después de una peligrosa navegación. No podían ser más satisfactorias las noticias, pues todavía no se había dado la batalla en que fuera vencido Centeno.

Púsose en camino La Gasca, con buenos refuerzos enviados de Nicaragua y Guatemala y tropas de Sebastián de Benálcazar y otros capitanes. Pasó desde Túmbez a Trujillo y envió parte de su ejército a Caja-

© Biblioteca Nacional de España

marca, al mando de Pedro de Hinojosa, su general, con orden de establecerse en Jauja, donde debía verificarse la reconcentración por ser tierra abundante en mantenimientos. Fué una expedición penosísima a causa de las nieves y de lo abrupto de las sierras, pero debe considerarse como una brillantísima marcha militar.

«Llegó primero él; y como supo el vencimiento y perdición de Centeno, recelóse algo, y envió al mariscal Alonso de Albarado a los Reyes por los españoles que Aldana tenía, con dineros emprestados para socorrer y pagar los soldados. Recorrió las armas, aderezó los arcabuces y tiros, hizo pelotas y pólvora, cosoletes, picas, lanzas jinetas y de armas con una solicitud admirable. Envió a correr y espiar el camino del Cuzco a Alonso Mercadillo, y tras él a Lope Martín, portugués, que se adelantó y fué a tierra de Andagoalas, e dió de noche sobre cierta gente de Pizarro que había venido por bastimentos y por los caciques. Peleó y venciólos, aunque eran muchos más; ahorcó algunos, y trajo hartos que informaron a Gasca del estado, ánimo y pensamientos de Gonzalo Pizarro; y por su información, envió allí a Mercadillo y a Palomino con sus arcabuceros que ocupasen y defendiesen aquel valle de Andagoalas, que por ser proveído era importante para la guerra. Llegaron en aquella sazón Alonso de Mendoza, Hierónimo de Villegas, Antonio de Ulloa y otros que se habían escapado de la Guarina, con el obispo del Cuzco, y dende a poco Hinojosa y Andagoya con toda la gente de Caxamalca, y luego Albarado con la de los Reyes. Así que Gasca, como tuvo junta toda la gente, nombró capitanes a los que ya lo eran, general a Hinojosa, maestro de campo al mariscal Albarado, y alférez del estandarte real al licenciado Benito Xuárez de Carabajal, y dió la artillería a Grabiel de Rojas. Pagó a muchos soldados que descontentos andaban, y aun

© Biblioteca Nacional de España

solevantados con la gran vitoria de Pizarro, que lo tenían por invencible en el Perú y por señor de todo él. Y porque había novedades ahorcaron al capitán Pedro de Bustinca y otros noveleros y pizarristas. Pasaron alarde más de dos mil españoles, harto lucida gente. Algunos desminuyen y otros acrecientan este número. Había quinientos caballos y novecientos y cincuenta arcabuceros, y muchos cosoletes y arneses. De Jauja fueron a Guamanga, donde comenzaron a sentir falta de vituallas; y en Bilcas repartió la comida el oidor Cianca. Llegados en Andogoalas, comieron mejor; mas como el maíz era verde, adoleció la cuarta parte del ejército, y entonces se conoció el provecho del hespital que Gasca ordenara. Llovió tanto sin descampar, treinta noches y días que allí estuvieron, que se pudrían las tiendas de campo, y se hinchaban y tollían los hombres con la humedad y frío. Llegaron allí Diego Centeno y Pedro de Valdivia, que venía de Chili a pedir gente de socorro; con los cuales se holgó Gasca y todo el campo, y corrieron cañas y sortija de placer. Hizo Gasca a Valdivia coronel de la infantería. Estaban todos ganosos de pelear, y Gasca de concluir la guerra; y así, caminaron a buscar los enemigos en comenzando las aguas de avadar.» (Gómara.)

Paso del Apurimac.

No había cesado aún la estación lluviosa cuando, abandonando el ejército realista el valle de Andagoalas, pasó el puente de Abancay. No tardó en saberse que los pizarristas habían destruído los puentes sobre el Apurimac, a 20 leguas del Cuzco. Mostráronse habilísimos ingenieros los peruanos al construir con asombrosa rapidez tres puentes sobre dicho río, que tenía allí trescientos pies de ancho y era muy hondo. Esos puentes eran de maromas; por desgracia, fueron sorprendidos de noche los indios y españoles encargados de la construcción por los pizarristas quienes mataron a treinta de los últimos, cu-

© Biblioteca Nacional de España

yas cabezas se llevaron, aparte de haber destruído dos de dichos puentes.

Llegado La Gasca dió prisa a pasar a todo el mundo. Hiciéronlo los capitanes, algunos piqueros y cierto número de caballos en balsas; hubo otros que lo cruzaron a nado, por sí o con los caballos. Todo el resto pasó de una a otra orilla del Apurimac agarrándose a las maromas y andando a gatas. Como las márgenes eran muy escabrosas, profunda la obscuridad y mucha la prisa de pasar el río, ahogáronse muchos, que no sabían nadar y se perdieron también muchos caballos. Todo pudo darse por bien empleado, sin embargo, pues «pasar era vencer». El Apurimac era el gran muradal que servía de amparo al enemigo.

Ya todos en la otra orilla estableciéronse en lo alto de un escabroso cerro, con doce piezas de artillería de las que La Gasca había mandado sacar de los navíos. De haberse adelantado a ocuparlo los pizarristas no hubieran podido ganar la cumbre los realistas, pues la subida, durante legua y media resultó fatigosísima, pero cuando llegó el pizarrista Juan Acosta con cincuenta arcabuceros de a caballo ya estaban arriba los de La Gasca.

La batalla de Xagixaguana.

Desde hacía días venía susurrándose en el Cuzco que se acercaba el presidente La Gasca con un grande ejército, y llenos de esperanza muchos almagristas, no se recataban de murmurar y amenazar. Ocurriósele a cierta D.ª María Calderón, casada con Jerónimo de Villegas, decir que «tarde o temprano habían de acabarse los tiranos» y como lo supiese Carabajal, fuése a su casa, cuando ya estaba en cama la señora, descargóla un garrotazo y luego la estranguló, lo cual fué de gran momento para que nadie se permitiese chistar.

Salió, por fin, del Cuzco Gonzalo Pizarro al frente de más de mil españoles, entre ellos 550 arcabuceros

© Biblioteca Nacional de España

y 200 de a caballo, pero no podía abrigarse gran confianza en todos, pues más de 400 habían pertenecido al bando de Diego Centeno y sido incorporados a las filas pizarristas después de la derrota de Guarina. No habían, pues, éstos de batirse con gran entusiasmo en favor del rebelde, antes bien, era preciso vigilarles para que no desertaran y se pasaran a La Gasca.

Antes de venir a las manos intentó Pizarro llegar a un acuerdo con el presidente, a cuyo efecto le envió dos clérigos con una carta en la que le proponía le mostrase la credencial del emperador nombrándole gobernador del Perú, y si la enseñaba depondría las armas y le prestaría obediencia, pero en caso contrario no podía excusarse de atacarle, por lo cual declinaba toda responsabilidad en la ruptura de hostilidades.

La Gasca, con su acostumbrada penetración, echó de ver que los dos clérigos procuraban sobornar a Hinojosa, por lo cual les mandó prender, ordenando regresaran luego al campamento de Pizarro y le intimasen de su parte a que se diese a partido, ofreciéndoles indulto para él y todos los suyos, lo cual resultaría en bien para todos.

No quisieron aceptar en manera alguna ni Pizarro ni sus capitanes; ocupaba su ejército una posición sumamente estratégica y disponían de abundantes víveres y de gran gran número de servidores indios.

El campamento estaba emplazado entre una profunda barranca y un elevado tajo, al cual no se podía subir ni a pie ni a caballo; la entrada era sumamente angosta y estaba fuertemente artillada, de manera que la tal posición podía considerarse como inexpugnable, a lo cual debía añadirse el ánimo de los pizarristas, creídos de que eran invencibles.

Tomó la ofensiva Gonzalo Pizarro por la tarde e hizo una gallarda salida en la cual los cañones y los arcabuces causaron bastantes bajas a los contrarios.

© Biblioteca Nacional de España

Cruzábanse entre unos y otros las más insultantes voces; los pizarristas les llamaban a los de La Gasca esclavos, miserables, irregulares, puesto que tenían por jefes a clérigos, obispos y frailes predicadores; los realistas les denostaban tratándoles de traidores, crueles y desleales. No prosiguió la pelea a causa de la densa niebla que envolvía aquellas alturas andinas y llegada la noche celebróse consejo para acordar si se daría o no batalla. La Gasca se inclinaba a no entablarla, esperando se le pasarían muchos de Pizarro, pero hubo que desistir de tal esperanza ante la terrible presión de la realidad. Carecían los realistas de pan, de agua y de leña, mientras había víveres de sobra en el real enemigo; el frío era tan horrible que a muchos se les caían las lanzas de las manos, y como era preciso estar alerta, tenían que permanecer en vela en vez de cobijarse bajo las tiendas.

Una bravata de Pizarro fué causa de su perdición. Había propuesto Juan de Acosta atacar a La Gasca con 600 hombres, aquella misma noche, en la seguridad de alcanzar la victoria, dado el frío y necesidad de los contrarios, pero Gonzalo se opuso diciendo: «Juan, pues lo tenemos ganado, no lo queramos aventurar.»

He aquí la magnífica descripción que hace Gómara de la terrible batalla dada el 9 de abril de 1548:

«Cuando el alba vino comenzaron a sonar los atambores y trompetas de Gasca: arma, arma, cabalga cabalga, que los enemigos vienen. Iban ciertos de Pizarro con arcabuces subiendo el cerro arriba. Saliéronles al encuentro Joan Alonso Palomino y Hernando Mejía con sus trecientos arcabuceros, y escaramuzando con ellos, les hicieron volver a su puesto. Enviaron Valdivia y Albarado por el artillería; bajó luego todo el ejército al llano del valle de Xaquixaguana, por detrás de aquella mesma cuesta, y tan agra bajada tuvieron, que llevaban los caballos de rienda; y como abajaban, se

© Biblioteca Nacional de España

ponían en hilera con sus banderas, según Diego de Villavicencio, de Jerez de la Frontera, sargento mayor, disponía. Hiciéronse dos escuadrones de la infantería, cuyos capitanes eran el licenciado Ramírez, don Baltasar de Castilla, Pablo de Meneses, Diego de Urbina, Gómez de Solís, don Fernando de Cárdenas, Cristóbal Mosquera, Hierónimo de Aliaga, Francisco de Olmos, Miguel de la Serna, Martín de Robles, Gómez de Arias y otros. Hiciéronse otros dos batallones de la caballería, que tomaron en medio de los peones.

»Del que iba al lado izquierdo eran capitanes Sebastián de Benalcázar, Rodrigo de Salazar, Diego de Mora, Joan de Saavedra y Francisco Hernández de Aldana. Del que iba al derecho con el pendón real, que llevaba el licenciado Carabajal, eran don Pedro de Cabrera, Gómez de Albarado, Alonso Mercadillo, el oidor Cianca y Pedro de Hinojosa, que de todos era general. Iban también por aquel cabo, algo apartados y delanteros, Alonso de Mendoza y Diego Centeno por sobresalientes para las necesidades. Gasca y los obispos y frailes bajaron con Pardabe tras la artillería que llevaban Grabiel de Rojas, Albarado, Valdivia, con Mejía y Palomino; los cuales dos capitanes se pusieron por mangas de la batalla con cada ciento y cincuenta arcabuceros; Hernando Mejía y Pardabe a la diestra por hacia el río, y a la siniestra por hacia la montaña Joan Alonso Palomino.

»Ordenadas, pues, las haces como dicho es para la batalla, caminó Hinojosa paso a paso hasta poner el ejército a tiro de arcabuz del enemigo, en un bajo donde no lo podía coger el artillería contraria. Pizarro dijo a Cepeda que ordenase la batalla. Cepeda, que deseaba pasarse a Gasca sin que le matasen, vió ser entonces hora, y dándole a entender cómo no era bueno aquel lugar, por jugar de lleno en él la artillería de Gasca, pasó la barranca como que a tomar otro asiento bajo donde

© Biblioteca Nacional de España

no les dañase la artillería, y en viéndose allá puso las piernas a su caballo para irse a Gasca. Cayó luego, como iba alterado y medroso, en un aguacero, y si no le sacaran unos negros que enviara delante, lo alancearan los

Garcilaso de la Vega

de Pizarro, que le seguían. Desmayaron mucho en el real de Pizarro con la ida de Cepeda, y con que tras él se fueron Garcilaso de la Vega y otros principales. Gasca abrazó y besó en el carrillo a Cepeda, aunque lo llevaba encenagado, teniendo por vencido a Pizarro

© Biblioteca Nacional de España

con su falta; ca según pareció, Cepeda le hubo avisado con fray Antonio de Castro, prior de santo Domingo en Arequipa, que si Pizarro no quisiese concierto ninguno, él se pasaría al servicio del Emperador a tiempo que le deshiciese. Pesóle mucho a Pizarro la ida de los unos y el desmayo de los otros, mas con buen esfuerzo se estaba quedo. Pizarro, viendo los enemigos cerca, envió muchos arcabuceros a picarlos; puso los indios, que muchos eran, en una ladera; dió cargo del artillería a Pedro de Soria, ordenó dos haces de su gente; una de los peones, que encomendó a Francisco de Carabajal, cuyos capitanes eran Joan Vélez de Guevara, Francisco Maldonado, Joan de la Torre, Sebastián de Vergara y Diego Guillén; otra de los caballeros, que quiso él regir, de la cual estaban por capitanes el oidor Cepeda y Juan de Acosta. Estando, pues, así todos con semblante de pelear, jugaba el artillería de ambas partes; la de Pizarro se pasaba por alto, y la de Gasca tiraba como al hito; y así acertó de los primeros tiros una pelota al toldo de Pizarro y matóle un paje; por lo cual abatieron las tiendas los indios con mandamiento de Carabajal; el cual, que iba con los arcabuceros a escaramuzar, envió a decir a Pizarro que se apercibiese a la batalla, pensando que le acometerían los de Gasca con la furia y desorden que los de Centeno y Blasco Núñez; pero Hinojosa estuvo también quedo, porque se lo aconsejaban los que de Pizarro se le pasaban, afirmando que sin pelear vencerían.

»Estaban los ejércitos a tiro de arcabuz, y recogían Mendoza y Centeno, que a ese propósito se adelantaron un poco, los que se pasaban, entretanto que los unos y los otros arcabuceros escaramuzaban. Pedro Martín de Cecilia y otros alanceaban los que se iban de Pizarro; mas no podían detenerlos, ca se pasaron de un tropel treinta y tres arcabuceros, y luego arrojaron las armas en el suelo muchos, diciendo que no pelearían

© Biblioteca Nacional de España

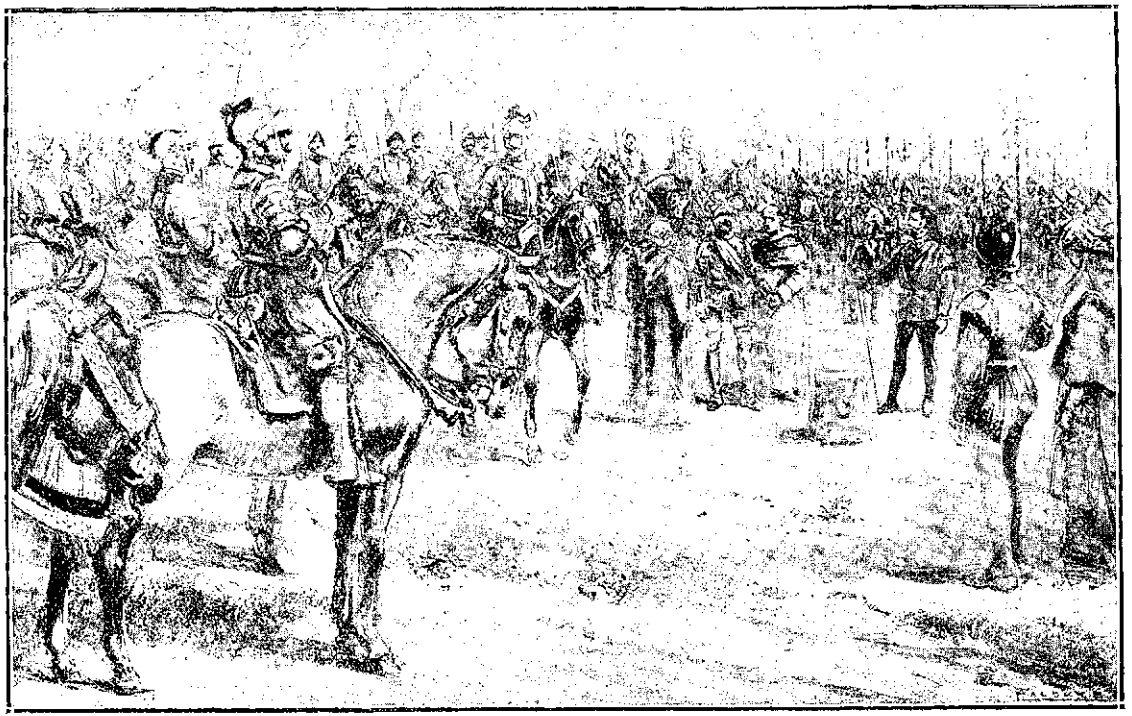
y en breve se deshicieron los escuadrones. Y así embelesaron Pizarro y sus capitanes, que ni pudieron pelear ni quisieron huir, y fueron tomados a manos, como dicen.

»Preguntó Pizarro a Joan de Acosta qué harían; y respondiendo se fuesen a Gasca, «vamos, dijo, pues, a morir como cristianos»; palabra de cristiano y ánimo de esforzado. Quiso rendirse antes que huir; ca nunca sus enemigos le vieron las espaldas. Viendo cerca a Villavicencio, le preguntó quién era; y como respondió que sargento mayor del campo imperial, dijo: «Pues yo soy el sin ventura Gonzalo Pizarro»; y entrególe su estoque. Iba muy galán y gentilhombre, sobre un poderoso caballo castaño, armado de cota y coracinas ricas, con una sobre ropa de raso bien golpeada, y un capacete de oro en la cabeza, con su barbote de lo mesmo.

»Villavicencio, alegre con tal prisionero, lo llevó luego, así como estaba, a Gasca; el cual entre otras cosas, le dijo si le parecía bien haberse alzado con la tierra contra el Emperador. Pizarro dijo: «Señor, yo y mis hermanos la ganamos a nuestra costa, y en querella gobernar como su majestad lo había dicho, no pensé que erraba.» Gasca entonces dijo dos veces que le quitasen de allí, con enojo. Diólo en guarda a Diego Centeno, que se lo suplicó. De la manera que dicho es venció y prendió Gasca a Gonzalo Pizarro. Murieron diez o doce de Pizarro y uno de Gasca. Nunca batalla se dió en que tantos capitanes fuesen letrados, ca fueron cinco licenciados, Cianca, Ramírez, Carabajal, Cepeda y Gasca, caudillo mayor, el cual iba en los delanteros con su zamarra, ordenaba la artillería y animaba los de caballo que corriesen tras los que huían.»

Fué esta de Xaquixaguana un modelo de batallas de guerra civil como tantas otras veces habían de presenciarse en España y América. Obró la deslealtad con mucha mayor eficacia que la táctica. Ya

© Biblioteca Nacional de España



Muerte de Gonzalo Pizarro

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

desde un principio desertaba Garcilaso de la Vega del campo de Pizarro para pasarse al de La Gasca, siguiéndole a poco el general en jefe, el oidor Cepeda (traidor con Blasco Núñez Vela y traidor ahora con Gonzalo), a quien Pizarro había confiado aquel cargo por haberlo rechazado Carabajal. Esta traición de los dos principales jefes arrastró a no pocos capitanes y soldados, hasta que la deserción se hizo general. Tantos eran los tránsfugas que La Gasca juzgó inútil la batalla, por lo que se retiró a su real esperando a las nuevas compañías que sin duda irían pasándose.

Carabajal, en vez de entregarse, huyó a uña de caballo, pero fué alcanzado por los imperiales, y conducido preso, con muchos malos tratos, harto justificados. Llevaba encima ochenta años, que valían por ochocientos de horribles crímenes.

Muerte de Pizarro

Al siguente día, 10 de abril (1548), fueron ajusticiados Pizarro y Carabajal.

«Antes de presentar su cabeza al verdugo Gonzalo, dice un autor, hizo un discurso recordando a los espectadores que la conquista del Perú era obra de sus hermanos y suya, y que muchos de los presentes le eran deudores de los bienes y de las distinciones de que se veían colmados, mientras él moría pobre y abandonado por aquellos a quienes había creído sus mejores amigos. Al fin, después de recomendar su alma a las oraciones de los fieles, colocó la cabeza sobre el tajo y el verdugo se la cortó con un solo golpe. Carvajal que tenía entonces ochenta y cuatro años expiró en una horca, y la dignidad que mostró en aquel instante terrible impuso respeto y admiración a los mismos que habían sido siempre enemigos suyos. Según el tenor de la sentencia, la cabeza de Gonzalo fué colgada de la horca de Lima, arrasada su casa y en el lugar que ocupaba se alzó una pirámide con esta inscripción: *Aquí estuvo la casa del traidor Gonzalo Pizarro.*

© Biblioteca Nacional de España

»Semejante muerte, agravada con tantas señales de infamia, hizo olvidar los defectos de Gonzalo, y bien pronto no se habló sino de sus brillantes prendas. Todos ponderaban su benevolencia, su generosidad y su valor incansable, y porfiaban en recordar acciones dignas de ser admiradas. Es preciso convenir en que merecía la mayor parte de esos elogios, pues sin embargo de que estuvo lejos de ser irreprensible y de que los historiadores están de acuerdo en achacarle una desmedida pasión por las mujeres, este vicio estaba compensado con virtudes. Nuestro ánimo no es atenuar la gravedad de este vicio; pero sí decimos que a pesar de él Gonzalo tuvo dotes eminentes. Fué una de las más ilustres víctimas de la ingratitud de los hombres. Había cometido el error de estimular el ardimiento de sus oficiales y soldados hablándoles tan sólo de la gloria y de los honores y riquezas que iban a conquistar y que habían de ser el premio de algunos instantes de privaciones y de fatigas; y al ver ahora la deserción de sus criaturas hubo de conocer que el afecto y la adhesión que sólo se fundan en el interés son poco duraderos. Si Gonzalo hubiese vencido, todos los que le llamaron traidor y rebelde habrían ensalzado hasta las nubes su valor y magnanimidad, porque los ambiciosos, los cortesanos y los egoístas, cualquiera que sea el título con que se honren y el nombre con que se encubran, en todos tiempos y lugares han sido siempre los mismos.

»Pudiera creerse que la muerte de Pizarro traería al fin la paz a la colonia que por tanto tiempo había sido víctima de las guerras civiles; mas no fué así, porque la ambición y la codicia de los conquistadores españoles dieron luego origen a nuevos disturbios. Cualquiera partido que hubiesen abrazado, cualquiera bando que hubiesen defendido, el deseo de honores y riquezas era el único móvil de los aventureros, y para ellos la víc-

© Biblioteca Nacional de España

toria no era nada si no les proporcionaba alguna nueva presa en que cebarse. La caída del partido de Pizarro hizo que se mostraran a cara descubierta las intenciones de los realistas, todos los cuales se agruparon a porfía en torno del virrey a fin de reclamar el premio de sus servicios, cuya importancia desmedidamente exageraban. Presintiendo el virrey que por más imparcial que fuese en la distribución de recompensas no dejaría de haber descontentos, se condujo con muchísima política y comenzó por alejar a Pedro de Valdivia y a Diego de Centeno, encargando al primero que sujetase a Chile y al segundo que reconociese y conquistase todo el territorio de la Plata. Muchos ambiciosos siguieron a estos jefes, con lo cual el virrey se vió libre de esas gentes, que eran las más temibles, y ya no hubo de ocuparse sino en distribuir recompensas. En esta tarea mostró una equidad y un desinterés dignos de los mayores elogios, y sin dejarse conmover por la importunidad de los intrigantes que no le dejaban un momento de reposo, señaló a cada jefe tierras e indios a proporción de los servicios que había prestado. No olvidó tampoco a los soldados, a quienes se dieron pensiones y retiros, sacándolos de las rentas de los ricos.

»Todo su esmero para impedir que se le acusase de injusto fué inútil, y la vanidad de los más galardonados les hizo creer que se habían desconocido sus méritos; de manera que La Gasca, a fin de calmar los ánimos, hubo de prometerles otro reparto. Aprovechando entretanto aquellos días de reposo para reformar la administración de justicia, arregló las fórmulas judiciales, simplificó la manera de percibir los impuestos e hizo varias ordenanzas para proteger a los indígenas y fijar el tributo que los indios libres debían satisfacer a la corte de España. Cuando hubo dejado en la colonia estos gérmenes de prosperidad dió la vuelta a Madrid y depuso en manos del emperador su autoridad

© Biblioteca Nacional de España

soberana y los tesoros que había adquirido para la corona. Tanta grandeza de alma y desinterés tanto, excitaron la admiración de todos los hombres generosos de la época al mismo tiempo que sorprendieron a los egoístas. Carlos V recompensó a su ministro encumbrándole a la dignidad de obispo de Palencia, en donde este hombre probo murió poco después bendecido y llorado de cuantos tuvieron ocasión de admirar sus virtudes cristianas.

Regreso de La Gasca.

»Antes de marchar del Perú había encargado La Gasca a los jueces de la audiencia de Lima que en tiempo oportuno publicasen un edicto que dejaba en favor de la libertad de los indios; mas como apenas estuvo embarcado cuando los jueces quisieron poner en planta el nuevo reglamento, esta determinación fué una nueva señal de guerra civil. Los señores españoles, irritados ya desde mucho tiempo a aquella parte con la marcha que los negocios llevaban y que les dieron a entender que el objeto de la metrópoli era la progresiva emancipación de los peruanos, pensaron tomar otra vez las armas para defender lo que ellos llamaban sus derechos. La llegada del nuevo virrey Antonio de Mendoza, retardó por muy poco tiempo la insurrección, pues bien pronto hubo en diferentes puntos sublevaciones de importancia, en las cuales los rebeldes cometían excesos y crueldades inauditas. Ningún crimen los detiene, y movidos por su deseo de triunfo y de venganza no vacilan en recurrir al asesinato. Ni aun sus mismos jefes están al abrigo de sus golpes, pues al punto en que se sospecha que no son adictos de corazón a la revuelta, los asesinan despiadadamente. Un ambicioso reemplaza a otro, y todo se convierte en sangrientas luchas de egoístas, codiciosos de poder, de honores y de riquezas. ¡Cuán funesto ejemplo para los pueblos peruanos! ¡Qué concepto habían de formar de la moral y de la religión de sus nuevos señores!

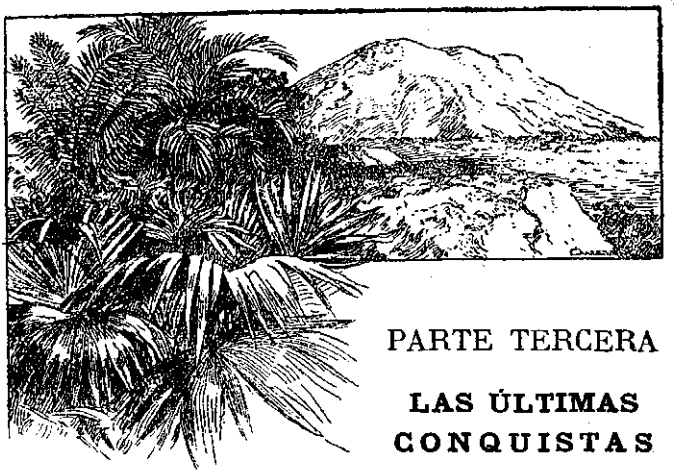
© Biblioteca Nacional de España

¿Eran esas las consecuencias prácticas de aquel evangelio de que se proclamaban apóstoles los conquistadores? ¿Acaso la idolatría no valía tanto como la religión que tales hombres inspiraban? Tales eran las reflexiones de los oprimidos peruanos.

»La última tentativa de los señores contra la autoridad real fué dirigida por Hernández Girón, en quien se encomiaban la fortuna, el valor y la inteligencia. Después de haber alcanzado muchas victorias la insurrección que organizó, fué anonadada y el mismo Girón, abandonado por sus soldados, si quiso salvar la vida hubo de huir a las montañas por las cuales divagó durante mucho tiempo comiendo raíces y durmiendo en cavernas. Allí se le reunieron algunos soldados fieles a su causa, pero batidos como fieras por los realistas, fueron presos y condenados a muerte. Girón, conducido a Lima, perdió la vida en un cadalso en 1554, y su cabeza separada del tronco fué colocada en la misma horca en que lo habían estado las de Pizarro y Carvajal.»

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España



PARTE TERCERA

LAS ÚLTIMAS CONQUISTAS

CAPÍTULO PRIMERO

MÉJICO Y COLOMBIA

MÉJICO. — PANAMÁ. — EL AMAZONAS. — COLOMBIA. — VENEZUELA

Hemos hablado hasta el presente de los primeros descubrimientos de Colón y sus inmediatos continuadores, y de las grandes conquistas de Cortés y Pizarro. Necesario es, para completar el asunto, tratar de otras empresas coetáneas o consecutivas a las anteriores, debiendo empezar por hacer constar el hecho prodigioso de haberse realizado todas en menos de cincuenta años.

Méjico. Comenzaremos por recordar cómo dos compañeros de Cortés, el maestre de campo Cristóbal de Olid y el bravo capitán Sandoval habían explorado la provincia de Mechoacán y el país de Colima, ensanchando así el conocimiento y la dominación del imperio de Méjico; en 1532 terminaba Nuño de Guzmán la conquista de Jalisco y Sinaloa, y Cabeza de Vaca realizaba su famoso viaje transcontinental, pues

© Biblioteca Nacional de España

desembarcado en la Florida, a causa de un naufragio, como ya diremos, cruzaba de mar a mar el Sur de los actuales Estados Unidos y regresaba a Méjico por el Oeste.

Recordemos también cómo ignorante Cortés de la suerte de Cristóbal de Olid, que había sido enviado, por mar, a la costa de Honduras, y se había sublevado allí contra su bienhechor y a favor de Diego Velázquez, fué en su busca y cruzó en peligrosísima expedición toda la montañosa región mixteca y los espesos bosques donde yacían sepultadas, e invisibles, pues no fueron exhumadas hasta después, grandes ciudades, testigos de antiguas civilizaciones, y el delta del río de Tabasco donde se vió obligado a tender más de cincuenta puentes en el trayecto de 20 leguas. Este viaje había dado lugar al descubrimiento de Honduras, y como si no fuera bastante, el mismo Cortés se embarcaba en 1533 en el puerto de Acapulco y llegaba hasta el profundo golfo de California.

Era un país de admirable fertilidad, que exploraron después Francisco de Ulloa, en 1539; Alarcón, que en una atrevidísima expedición remontó el río Colorado 85 leguas al Este (1540) y Juan Rodríguez Cabrillo, que en 1542 recorrió las costas de dicha península hasta los 45′ latitud Norte.

Panamá. Nombrado en 1514 gobernador de Tierra Firme aquel odioso personaje llamado Pedrarias Dávila, verdugo de Vasco Núñez de Balboa, fundó la ciudad de Panamá en la costa occidental del istmo de este nombre y consolidó la dominación española en el Darién y costa de Veragua hasta Cabo Blanco.

El Amazonas. Mientras el valiente capitán de Pizarro, Sebastián Benalcázar, hijo de un leñador, descubría, como ya dijimos, la *tierra de la canela,* o sea Popayán (Colombia) atravesando las cordilleras y mesetas andinas, otro capitán de Gonzalo Pizarro, llamado Francisco de Orellana, se dejaba lle-

© Biblioteca Nacional de España

var por la corriente del Amazonas, descubierto por los Pinzones en 1540.

Enviado por su jefe a buscar mantenimientos, embarcóse en el río Napo con 50 españoles en un bergantín y varias canoas; «y como se vió lejos de su capitán, fuése por el río abajo con la ropa, oro y esmeraldas que le confiaron; aunque decía él acá que, constreñido de la gran corriente y caída del agua, no pudo tornar arriba. Hizo de las canoas otro bergantinejo; desistió de la tenencia que de Pizarro llevaba, y eligiéronle por capitán. Dijo que quería probar ventura por sí, buscando la riqueza y cabo de aquel río. Así que bajó por él, y quebráronle un ojo los indios peleando; vino, por abreviar, a España, vendió por suyo el descubrimiento y gasto, presentando en Consejo de Indias, que a la sazón estaba en Valladolid, una larga relación de su viaje; la cual era, según después paresció, mentirosa. Pidió la conquista de aquel río, y diéronsela con título de adelantado, creyendo lo que afirmaba. Gastó las esmeraldas y oro que traía, y para volver allá con armada no tenía posibilidad, ca era pobre. Casóse, y tomó dineros prestados de los que con él querían pasar, prometiéndoles cargos y oficios en su casa, gobernación y guerra. Estuvo algunos años buscando y aparejando cómo ir. Al fin juntó quinientos hombres en Sevilla, y partióse. Murió en la mar, y desbaratóse su gente y navíos; y así, cesó la famosa conquista de las Amazonas. Entre los disparates que dijo, fué afirmar que había en este río amazonas, con quien él y sus compañeros pelearan.» (Gómara.)

Colombia. La primera vez que fué reconocida la costa de esta nación fué en 1504, por Juan de la Cosa, que desembarcó donde se levantó después Cartagena, siguiéndole luego Alonso de Hojeda.

«Pedro de Heredia, natural de Madrid, pasó a Cartagena por gobernador, el año de 32, con cien españo-

© Biblioteca Nacional de España

les y cuarenta caballos, en tres carabelas bien artilladas y bastecidas. Pobló y conquistó; mató indios y matáronle españoles en el tiempo que gobernó. Tuvo émulos y pecados, por donde vinieron a España él y un su hermano presos; y anduvieron fatigados muchos años tras el consejo de Indias en Valladolid, Madrid y Aranda de Duero. Nombráronla así los primeros descobridores, porque tiene una isla en el puerto como nuestra Cartagena, aunque mayor, y que se dice Codego. Es larga dos leguas, y ancha media. Estaba muy mal poblada de pescadores cuando los capitanes Cristóbal y Luis Guerra y Juan de la Cosa la saltearon. Los hombres y mujeres desta tierra son más altos y hermosos que isleños. Andan desnudos como nacen, aunque se cubren ellas la natura con una tira de algodón, y usan cabellos largos. Traen cercillos de oro, y en las muñecas y tobillos cuentas, y un palillo de oro atravesado por las narices, y sobre las tetas bronchas. Ellos se cortan el cabello encima de las orejas, no crían barbas, aunque hay hombres barbados en algunas partes. Son valientes y belicosos. Precianse mucho del arco; tiran siempre con yerba al enemigo y a la caza. Pelea también la mujer como el hombre. Una tomó presa el bachiller Enciso, que siendo de veinte años había muerto ocho cristianos. En Chimitao van las mujeres a la guerra con huso y rueca; comen los enemigos que matan, y aun hay muchos que compran esclavos para comérselos. Entiérranse con mucho oro, pluma y cosas ricas, sepultura se halló en tiempo de Pedro de Heredia que tuvo veinte y cinco mil pesos de oro. Hay mucho cobre, oro no tanto, ca lo traen de otras partes por rescate y trueco de cosas.» (Gómara.)

En 1524 descubría Rodrigo Bastidas a Santa Marta, y la gobernaba con admirable justicia, lo cual, precisamente, le ocasionó la muerte, «ca se enojaron dél los soldados en Tarbo, pueblo rico, porque no se lo

© Biblioteca Nacional de España

dejó robar. Enojados, pues, y descontentos, murmuraban dél terriblemente, diciendo que quería más para los indios que para ellos; entró ambición en Pedro de Villafuerte, nacido en Ecija, a quien Bastidas honraba mucho y procuraba de levantar, y a quien confiaba sus secretos y hacienda; el cual pensaba que muriendo Bastidas, se quedaría él por gobernador, pues tenía la mano en los negocios, así de guerra como de justicia, por la gota y otros males de Bastidas. Con este pensamiento tentó a ciertos soldados, y como los halló aparejados para seguir su voluntad, propuso de matarle. Juramentóse con cincuenta españoles, de los cuales eran los principales Montesinos de Librija, Montalvo de Guadalajara y un Porras; fué con ellos una noche a casa del gobernador Bastidas, y dióle cinco puñaladas en su propia cama, estando durmiendo, de que al cabo murió. Después fueron gobernadores los adelantados de Tenerife, D. Pedro de Lugo y su hijo D. Alonso Luis de Lugo, que se hubo en la provincia como suelen codiciosos.»

Hallábase en Santa Marta, como suplente del citado adelantado D. Pedro de Lugo, el licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, cuando se le ocurrió subir «por el río Grande, esto es, el Magdalena, arriba por descubrir y conquistar en una tierra que nombró Sant Gregorio. Diéronle ciertas esmeraldas; preguntó de dónde las habían, y fuése al rastro dellas; subió más arriba, y en el valle de los alcázares, se topó con el rey Bogotá, hombre avisado, que por echar de su tierra los españoles, viéndolos codiciosos y atrevidos, dió al licenciado Jiménez muchas cosas de oro, y le dijo cómo las esmeraldas que buscaba estaban en tierra y señorío de Tunja. Tenía Bogotá cuatrocientas mujeres, y cada uno de su reino podía tomar cuantas pudiese tener, pero no habían de ser parientas; todas se habían muy bien, que no hacían poco. Era Bogotá muy acatado, ca le volvían las espaldas por no le mirar a la

© Biblioteca Nacional de España

cara, y cuando escupía se hincaban de rodillas los más principales caballeros a tomar la saliva en unas tohallas de algodón muy blancas, porque no tocase a tierra cosa de tan gran príncipe; allí son más pacíficos que guerreros, aunque tenían guerra muchas veces con los panches.» (Gómara.)

Bartolomé Colón

A este mismo país fué a parar el capitán Benalcázar, que tan importante papel representó, como ya hemos visto, en las alteraciones del Perú, cuando la guerra de Gonzalo Pizarro. Lo mismo uno que otro fundaron colonias en todas las provincias conquistadas, y «es del todo imposible, dice un autor, formarse una idea de las fatigas y de los peligros que hubieron de vencer los españoles para hacerse dueños de estas últimas provincias, puesto que los indígenas se valieron de todos los medios imaginables para exterminar el corto número de europeos que se iban apoderando de su país; mas por último fueron vencidos, y en 1547 aquella provincia fué erigida en reino. Después de varios cambios en la forma de gobierno, o más bien, en la administración, conservó definitivamente el título de virreinato hasta los primeros años del siglo XIX.»

Venezuela. Reconocida ya por Colón, en 1498, la costa venezolana, desembarcaron en ella, al año siguiente, en el litoral de Maracapana, Alonso de Ojeda

© Biblioteca Nacional de España

y Américo Vespucio, encontrando únicamente una aldehuela lacustre, lo cual hizo recordar al florentino la disposición de Venecia, de donde el nombre de Venezuela que se dió a aquel país.

Prosiguiendo hacia el Oeste su exploración, sólo encontraron miserables aldehuelas, escondidas en medio de bosques poblados de fieras, sin que pareciera por parte alguna el oro que buscaban.

No por ello se abandonó la idea de la colonización, sino que nuestros reyes se esforzaron en llevarla adelante. «No es, como se ha dicho largo tiempo prestando crédito a los primitivos historiadores, dice M. Julio Mancini, en comparación de las grandes sumas de oro que debía a los Welser por lo que Carlos Quinto arrendó en 1528 Venezuela a aquellos poderosos banqueros de Augsburgo. Estos ofrecieron al contrario sus servicios a la corona, y la confianza que se tenía en la habilidad de los mineros de Alemania «para el descubrimiento de los filones de oro, plata y otros metales que se encontrarían en las tierras y en las islas», determinó a la reina D.ª Juana, a la sazón regente del reino, a concertar con Enrique Chinguer y Jerónimo Sayler, apoderados de los Welser, un convenio en virtud del cual y mediante ciertos títulos y ventajas se comprometían a entregar al gobierno la mayor parte de las rentas que se esperaba obtener de la colonia.

»La penuria de las explotaciones mineras hizo, sin embargo, olvidar a Venezuela por colonias más ricas. La primera parte de la historia de Venezuela es mucho más rica que la de las otras regiones de las Indias Occidentales en exploraciones locas de audacia, en proezas magníficas y en terribles aventuras. Durante ciento cincuenta años las hazañas de los Alfinger, de los Lope de Aguirre, de Hohermuth, a quien «la fiebre del oro», dice D. Antonio de Herrera, «torturaba hasta el punto que se volvió loco furioso», de Federmann y tantos

© Biblioteca Nacional de España

otros, forman el asunto de la sangrienta y maravillosa crónica de la Conquista.

»Ese Federmann es, con Jiménez de Quesada y Sebastián de Benalcázar, el héroe de la coincidencia más extraordinaria que pueda registrar la historia. Llevado del deseo de apoderarse de El Dorado, Quesada salía de Santa Marta el 6 de agosto de 1536 con 800 hombres y un centenar de caballos; en la misma época Benalcázar, que, más feliz que sus compañeros, había hecho en el Perú ricas capturas, decidía emprender el descubrimiento del país prestigioso y partía a su vez; Federmann, a través de los llanos interminables del Casanare y la inaccesible barrera de los Alpes orientales, se encaminaba también a igual empresa.

»A fines de julio de 1538, las tres partidas, compuestas exactamente del mismo número de supervivientes, 160, un clérigo y un fraile, desembarcaron por el Norte, el Oeste y el Este en el mismo lugar de la sábana de Bogotá. Vestidos con telas de algodón tejidas por los indios, los de Santa Marta contemplaban con sorpresa a los venezolanos, cubiertos de pieles de animales y a los peruanos vestidos de seda, con el casco adornado de plumas. Fué un momento de estupor indecible. Los tres campamentos establecidos en triángulo en el llano parecían amenazarse «como fieras prontas a devorarse». Por fin los frailes proclamaron que era un milagro, y cayendo unos en brazos de otros, los demás renunciaron al fratricidio. Convínose, pero mediante un rescate considerable, dejar a Quesada la gobernación del territorio.»

Sucedieron a Benalcázar otros gobernadores que se condujeron con gran prudencia. Diego de Losada, sujetó en 1567 a la belicosa tribu de los Caracas y fundó la ciudad de Santiago de igual nombre que fué después la capital, de cada vez más próspera bajo la administración de Villegas, Pimentel, Osorio, etc.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO II

CHILE Y EL PLATA

La invasión de Almagro. — Las conquistas de Valdivia. — La muerte de Valdivia. — Nuevos gobernadores. — Conquistas en el Plata: Solís, Gabotto, Mendoza. — Alvar Núñez.

La invasión de Almagro

Dijimos ya cómo, reconciliados Pizarro y Almagro, había partido éste a la conquista de Chile, con título de Adelantado y gobernador de todo el país situado al Sur de Perú en un espacio de 200 leguas. Acompañado del hermano y el tío del inca Manco Capac y al frente de 570 españoles y 15.000 indios, fué avanzando hacia el mediodía, sin sufrir contradicción, antes bien, los habitantes recibían con el mayor respeto a aquellos extranjeros desde el momento en que los veían en compañía de los príncipes peruanos.

Ya sabemos cuán terrible fué la marcha por aquella zona de temperatura tan fría que no la podían resistir los indios que bajaban de las regiones ecuatoriales; y cómo en su regreso al Cuzco perdió 10.000 pobres indios a causa de seguir esta vez no el camino de la costa,

© Biblioteca Nacional de España

sino a campo traviesa por los Andes, en lo cual se equivocó, pues tardó más todavía.

También sabemos cómo, muerto Almagro, prosiguió el marqués Pizarro la conquista enviando a ella a Pedro de Valdivia, fundador de la ciudad de Santiago de Chile. Allí se sostenía con admirable aguante el valiente capitán español, pero haciéndose cada vez más difícil la permanencia, pidió auxilio al nuevo gobernador Vaca de Castro, que le envió alguna caballería, si bien en vez de aquietarse con eso los araucanos, redoblaron sus ataques, hasta hacerles una guerra de exterminio a los españoles, sobre todo los de Copiapó y Quillotán que no daban momento de sosiego a los colonizadores.

Así transcurrieron largos años, y «preciso es convenir, dice un historiador extranjero, en que los españoles desplegaron entonces un valor y una perseverancia dignos de los mayores elogios. En la desembocadura del río de Coquimbo se había fundado un pueblo del mismo nombre; pero en 1547 los araucanos lo destruyeron de alto a bajo y fué menester mucho tiempo para restaurarlo. A tantas calamidades vino a juntarse la guerra civil, que en aquellas circunstancias bien podía causar la ruina de la colonia. Valdivia había marchado al Perú con el objeto de solicitar de La Gasca los recursos que necesitaba, y dejó para reemplazarle a Francisco de Villagra, que era uno de los oficiales de su confianza; mas apenas hubo Valdivia partido cuando estalló contra su lugarteniente una conspiración tramada por Hoz y Ramero, y cuyo objeto era encumbrar a Hoz a la dignidad de virrey de Chile que algún tiempo antes la corte de España le había conferido. Felizmente, los dos conspiradores vendidos por uno de sus cómplices, fueron presos, condenados a muerte y ejecutados al punto. Tanto bastó para arredrar a sus pocos partidarios.

© Biblioteca Nacional de España

Las conquistas de Valdivia.

»No tardó Valdivia en volver al Perú llevando muchos refuerzos, y se puso en campaña extendiendo desde luego sus conquistas hasta las márgenes del Maule que era el confín de las posesiones de los incas por el lado del Sur. Lejos, sin embargo, de satisfacer su ambición con esto, marchó adelante hacia el Sur, rompió una tras otra muchas tribus indígenas, y llegado a los 36º 43′ de latitud meridional fundó en 1550 la ciudad de la Concepción. Bien pronto le atacaron los formidables araucanos que, reforzados con los restos de las tribus vencidas por los españoles, le ofrecieron la batalla, pero gracias a la inexperiencia de estos bárbaros, el valor y la táctica de los españoles triunfaron de todo.

»Llevando adelante sus expediciones Valdivia echó en el país que sujetaba a sus armas los cimientos de las ciudades Imperial, Valdivia, Villarica y La Frontera, cada una de las cuales estaba protegida por un fuerte a cuyo favor los colonos indígenas podían trabajar en las minas sin temor de ser molestados por los araucanos y otras tribus inmediatas. Bien pronto llegaron de España los religiosos dominicos y franciscanos con el objeto de derramar las luces del evangelio en los remotos pueblos de sus indígenas; fundóse Valparaíso, y la colonia de Valdivia iba adquiriendo firmeza cuando en 1559 detuvo por un momento sus progresos el nuevo ataque de los araucanos, más furioso que los anteriores.

»De pronto se apoderaron estos bárbaros del fuerte de Arauco, y después de destruirlo marcharon en crecido número contra las demás posesiones españolas, llamando en su auxilio a todos los indios circunvecinos. Conociendo Valdivia la magnitud del riesgo, marchó en persona a su encuentro, y en 2 de diciembre se trabó un encarnizado combate en el cual los españoles sofocados por el número fueron rotos enteramente, perecieron la mayor parte de los soldados, y lograron

© Biblioteca Nacional de España

salvarse muy pocos de entre los cinco mil indios auxiliares que iban en el ejército de Valdivia.

La muerte de Valdivia.

»Este infeliz fué cogido vivo por los araucanos, llevado en triunfo en medio del ejército victorioso, y atado a un árbol con un clérigo español compañero de infortunio. Uno y otro fueron blanco entonces de los más bárbaros tratamientos, puesto que después de encender un gran fuego, los jefes enemigos cortaron una porción de pedacitos de carne al cura, los asaron, inmediatamente se los comieron delante de él, y por fin le quitaron la vida e hicieron un festín horrible. Valdivia testigo de esta escena y juzgando que le estaba reservada la misma suerte, suplicó al general de los araucanos que le dejasen la vida, prometiendo en recompensa una eterna amistad a la nación toda; pero en medio de aquella súplica, indignado uno de los guerreros al ver que su jefe vacilaba, descarga en la cabeza del general español un golpe de maza que le deja tendido en el suelo. La muchedumbre entonces se lanza sobre la nueva víctima y la devora en un momento. Tal fué la muerte de aquel hombre célebre, general intrépido y administrador entendido; mas aquella muerte, acaecida en tales circunstancias, debía tener funestísimos resultados para la colonia.

Nuevos gobernadores.

»Continuóse la guerra con el furor mismo, y apenas habían transcurrido algunos meses cuando los araucanos, derrotando otra vez a los españoles, y dueños de la Concepción, le pegaron fuego. Coincidió con estos desastres la disputa entre Aguirre y Villagrán, generales ambos que querían gobernar durante la ausencia de Jerónimo Aldarete, sucesor de Valdivia; mas, por fortuna, cuando iban ya a decidir la cuestión con las armas, comprendieron cuán fatales podían ser las consecuencias de sus disensiones, y acordaron nombrar árbitro de ellas al

© Biblioteca Nacional de España

gobernador del Perú, quien a fin de poner de acuerdo a los dos pretendientes, nombró gobernador a su propio hijo D. García de Mendoza que en 1557 llegó a Chile con un refuerzo de infantes y de caballos de que la colonia tenía necesidad extrema. Sin perder un instante se dispuso el nuevo gobernador a rechazar a los indígenas, y después de haber alcanzado sobre ellos algunas victorias, que rehicieron el valor y la esperanza de los españoles, forzó a los americanos a que en las márgenes del Bio-Bio aceptasen una batalla general en la que fueron vencidos de tal modo, que poquísimos se salvaron del furor de los conquistadores. En vano procuraron los araucanos recobrar desde entonces la superioridad, pues siempre fueron derrotados y García recuperó todos los territorios de que se habían hecho dueños. Pocos meses después cayó en manos de los españoles, y fué muerto al instante, el jefe Caupolicán, que era el más audaz de los indios y el más formidable enemigo de los extranjeros; mas si bien de pronto creyeron éstos que al verse sus adversarios privados del jefe en quien más confiaban pondrían fin a la guerra, frustróse luego esta esperanza. Los araucanos llamaron otra vez a las armas a todos los indios de las tribus inmediatas, y el formidable ejército de la

Tipo patagón

© Biblioteca Nacional de España

confederación se lanzó en masa contra los españoles; pero después de varias refriegas, finalmente la batalla de Quipeo, en la cual los aliados fueron vencidos y sus jefes muertos o hechos prisioneros, aseguró a los españoles la definitiva posesión del país, y por primera vez después de tantos años, les fué dado gozar de un instante de reposo.»

El gobernador García de Mendoza, que se había ilustrado el año anterior con brillantes conquistas y el descubrimiento del archipiélago de Chiloe, continuó realizando nuevas expediciones y agregó la provincia de Tucumán al gobierno de Buenos Aires. Fué su administración tan honrada como sabia: reconstruyó las fortalezas derruídas, mejoró el laboreo de las minas, fomentó las edificaciones de nuevas villas y se hizo respetar por la justicia con que procedía siempre.

Tan notables eran las condiciones de gobierno de que daba pruebas, que el rey (Felipe II) le nombró para el cargo de virrey del Perú, promoviendo a gobernador de Chile al bravo Villagrán.

Confiados los indios en que el nuevo gobernador no estaría a la altura de García de Mendoza, lanzáronse de nuevo a las armas; más de dos años duró la guerra que, como siempre, fué de exterminio, hasta que los araucanos fueron vencidos por el hijo de Villagrán (1565), sucesor de su padre en el gobierno.

Seguía desarrollándose la colonia de Chile sin que ocurriera ningún suceso notable, cuando en 1578, y por hallarnos en guerra con los ingleses, presentóse una escuadra británica que atacó y saqueó a Valparaíso, volviendo en 1586, aunque esta vez sufrieran rudo descalabro.

Dos años después conferíase el mando de la colonia a Martín García de Loyola, que pudo gobernar en paz durante algunos años, aunque tuvo después que hacer frente a una formidable insurrección (1597). Veíase que los araucanos eran enemigos irreconciliables de los

© Biblioteca Nacional de España

españoles, valiéndoles su fuerza y su espíritu belicoso para no someterse resignadamente al yugo. Esta vez la insurrección revestía los más amenazadores caracteres, pues los araucanos nos infligían más derrotas que nosotros a ellos. Atacados en Caravala los soldados de Loyola que guarnecían aquella villa, fueron hechos prisioneros y perecieron casi todos en medio de los más horribles tormentos, lo cual produjo en los indios un entusiasmo sin límites. No tardó en cundir la insurrección de uno a otro confín.

«Las ciudades de Chillán y la Concepción fueron saqueadas y reducidas a cenizas, y los españoles batidos como fieras por un enemigo que no daba cuartel, se desalentaron en términos que muchos querían volver al Perú, y la emigración iba a ser general en el momento en que, llegando del Perú Vizcara a la cabeza de nuevas tropas, batió a los araucanos diferentes veces y pudo detener a los fugitivos.

»Quiñones, sucesor de Vizcara, cuya avanzada edad era poco a propósito para guerra tan fatigosa, continuó la lucha contra los araucanos, que con cada derrota parecían adquirir mayores fuerzas. A pesar de cuanto hizo el nuevo gobernador en la sangrienta batalla de Yumpel, no pudo impedir que en noviembre de 1599 los enemigos penetrasen hasta Valdivia y la entregaran a las llamas, después de haberla saqueado. Los habitantes a quienes no fué posible salvarse con la fuga, fueron despiadadamente degollados, a excepción de las mujeres y de los niños a quienes el enemigo redujo a servidumbre.»

Aquí hemos de suspender la relación de la conquista de Chile, por pertenecer lo restante al siglo XVII y siguientes.

Conquistas en el Plata. Expedición de Solís.

Dijimos ya cómo en 1512 el piloto mayor de Castilla, Juan Díaz de Solís, encargado de descubrir el famoso paso a las islas de la Especiería (gloria reservada a Magallanes), había descubierto, mientras reconocía la cos-

© Biblioteca Nacional de España

ta, la inmensa desembocadura de un río llamado por los indios *Paraná-Guazú,* o sea Río Grande. Desembarcó en vista de las buenas disposiciones que mostraban los habitantes, vió que había allí alguna plata, cargó de añil y regresó a España. Recordemos ahora, cómo volvió después, y creyendo que los naturales le recibirían como la vez primera, saltó en tierra con 50 españoles, todos los cuales fueron degollados y comidos, en vista de lo cual los demás se apresuraron a partir.

Expedición de Sebastián Gabotto.

Así transcurrieron algunos años sin que nadie pensara en volver por aquella lejana tierra, hasta que Sebastián Gabotto, siempre incansable, partió para dicho río, que entonces se llamaba de Solís, con 150 hombres, y desembarcado construyó un fuerte para defenderse contra los indígenas.

Sebastián Gabotto (Cabot)

Deseoso de reconocer aquella caudalosísima masa de agua, aventuróse a remontarla en un bergantín, con algunos soldados, dejando a los demás en el fuerte, y remando siempre contra la corriente llegaba (1526) a la desembocadura del Paraná en el Paraguay. Internóse en el país espacio de 35 leguas, y siendo poco hostilizado, y regresó a su fuerte, donde permaneció cerca de dos años en medio de los más constantes y terribles peligros, ya que se veía obligado a rechazar de continuo las agresiones de los guaraníes. Con todo, tuvo ocasión de contratar con algunos más pacíficos que le proporcionaron algún oro, pero

© Biblioteca Nacional de España

Fundación de Buenos Aires, por D. Juan de Garay (cuadro de Moreno Carbonero)

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

muchísima plata, recogidos, según decían, en las aguas del gran río.

Conveníale al bravo y emprendedor navegante veneciano captarse la gratitud del emperador Carlos V, para que le nombrase gobernador de aquel país al parecer tan rico, y de ahí que le enviara todo el oro y la plata recogidos. El presente fué acogido con grandísima satisfacción, y como era de mayor cuantía que los quintos enviados por los demás conquistadores, se juzgó por inagotables los tesoros que había en la tierra reconocida por Gabotto, por lo cual se llamó *Río de la Plata* el que se llamara hasta entonces de *Solís*, aunque algunos dicen que el nombre se lo había ya impuesto éste.

Pronto se acabaron, sin embargo, las riquezas que se suponía existir allí, y al convencerse de ello Gabotto, nombre afrancesado en *Cabot*, resolvió hacer un viaje a España, dejando en el fuerte a 120 soldados para custodiarlo.

Tal vez no habían tenido otro objeto los guaraníes, al hacerle el presente de oro y plata, que el de que se marcharan aquellos extranjeros, pero al ver que continuaban, a pesar de la ausencia de su jefe, atacaron el fuerte en enorme número y mataron a casi todos los que allí había, siendo pocos los que pudieron salvarse refugiándose en la isla de Santa Catalina.

Expedición de Mendoza

Era aquélla la segunda catástrofe que ocurría en el Plata, pero no faltó quien se atreviera a insistir en la conquista.

Fué esta vez el audaz aventurero el riquísimo caballero de Guadix D. Pedro de Mendoza, el año 1535, con catorce naos y 2.500 hombres, siendo la expedición con mayores naves y más crecido número de gente que hasta entonces hubiese pasado a América.

Salió de Sevilla la poderosa armada, y después de un viaje durante el cual amenazaba a cada momento

© Biblioteca Nacional de España

un desastre, llegaron los españoles al Río de la Plata.

Resuelto Mendoza a permanecer allí, a pesar de su mal estado de salud, pues ya se había embarcado enfermo, echó los cimientos de la hoy inmensa ciudad de Buenos Aires, y construyó un fuerte que llamó de Buena Esperanza, pero cada vez más debilitado por sus dolencias, se vió obligado a regresar a España, falleciendo en el camino. Quedó allí gran número de gente. Su lugarteniente Ayolas, después de remontar el Paraná y el Paraguay, se apoderó de la populosa Lambaré, que podía considerarse como la capital de los guaraníes en aquella parte, y se internó luego por el Gran Chaco, donde pereció, como todavía perecen hoy algunos, a las flechas de los indios del Pilcomayo.

Sucedió a Ayolas Domingo Martínez de Irala que, en compañía de un hermano de D. Pedro de Mendoza, comenzó la colonización del Paraguay y fundó la Ascensión (convertido después en *Asunción*).

El gobierno de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. — La jornada a la Florida.

Antes de dar cuenta de la gobernación de este insigne español, conviene dar una breve idea de quién era, cuando Carlos V le confiaba el cargo de Adelantado de las posesiones del Plata, en substitución de D. Pedro de Mendoza.

Dimanaba la nombradía de Alvar Núñez de cuando en 1527, formando parte de la expedición de Pánfilo de Narváez para conquistar las provincias del Norte del golfo de Méjico desde la Florida al Este, al río de las Palmas (30 leguas al N. de Tampico) al Oeste; naufragaron casi todos, pues sólo se salvaron quince y aun éstos quedaron reducidos después a cinco. Diez años estuvieron vagando aquellos desventurados por la inmensa costa septentrional del golfo mejicano, pasando por los más terribles trances; hambre, prisiones, peligros de muerte, golpes y heridas, fríos horribles; gracias a que los apalaches no eran crueles pudieron

© Biblioteca Nacional de España

librar con vida, y aun, en ocasiones, se vieron muy regalados por haberse empeñado aquellas pobres gentes en que los cuatro cristianos poseían el don de curar. «Nos quisieron hacer físicos sin examinarnos ni pedirnos los títulos, escribe con mucha gracia Alvar Núñez. La manera con que nosotros curamos, dice luego,

Guerreros de La Florida, del siglo XVI, en orden de batalla
(De un grabado de la misma época)

era santiguándolos y soplarlos, y rezar un *Pater noster* y un *Ave María*, y rogar lo mejor que podíamos a Dios nuestro Señor que les diese salud, y espirase en ellos que nos hiciesen algún buen tratamiento. Quiso Dios nuestro Señor y su misericordia que todos aquellos por quien suplicamos, luego que los santiguamos decían a los otros que estaban sanos y buenos; y por este respecto nos hacían buen tratamiento, y dejaban ellos de comer

© Biblioteca Nacional de España

por dárnoslo a nosotros, y nos daban cueros y otras cosillas. Fué tan extremada la hambre que allí se pasó, que muchas veces estuve tres días sin comer ninguna cosa.»

Y ello fué que, divulgada después la fama de las curaciones de Alvar Núñez, entre los españoles, pasó por hacer milagros.

No es menester decir que en esta larguísima travesía, desde la Florida hasta el Pacífico, cruzaron los cinco compañeros el Missisipí sin echar de ver que era un río.

Inmensa fué la sorpresa de los españoles que a la sazón, 1536, ocupaban las provincias septentrionales de Nueva España al ver llegar, de la parte del Este, a aquellos compatriotas. Presentáronse al gobernador, Nuño de Guzmán, que residía en Compostela y les recibió muy bien, y partieron después para Méjico, donde Cortés les colmó de obsequios con su acostumbrado rumbo, de igual manera que el virrey, D. Antonio de Mendoza.

No le faltaron nuevos trabajos a Alvar Núñez en su travesía de Veracruz a Lisboa, mas por fin pudo hallar sosiego.

Alvar Núñez Adelantado del Río de la Plata.

Corría el año 1540 cuando llegaron a la Corte varias personas del Río de la Plata participando lo acaecido con la armada de don Pedro de Mendoza y de los grandes trabajos que pasaban los que allí habían quedado, suplicándole al Emperador los socorriese antes de que perecieran los pocos supervivientes que quedaban.

Hechas algunas diligencias, resultó que Alvar Núñez se ofrecía a ir allá (como si no le hubieran sido nada los terribles naufragios y padecimientos del viaje transcontinental, desde el Atlántico al Pacífico, a pie, o en almadías y canoas). El trato era que el antiguo capitán de Pánfilo de Narváez gastaría 8.000 ducados en la expedición, en cambio de lo cual recibiría el nombramiento de capitán general y Adelantado de lo que conquistare y cobraría el dozavo (siendo, por supuesto,

© Biblioteca Nacional de España

el quinto para el rey) de todo lo que en la tierra y provincia se hubiere, y de lo que en ella entrara y saliera.

En cumplimiento de lo tratado armó Alvar Núñez una flotilla compuesta de dos naos y una carabela, amén de otra que esperaba en Canarias, todo muy bien aderezado, con cuatrocientos soldados, entre ellos cuarenta y seis jinetes, perfectamente instruídos y con armas dobladas.

Zarpaba de Cádiz la flotilla el 2 de noviembre; tuvo que detenerse cerca de un mes en las Palmas (Canarias), y después en Cabo Verde y por fin, después de hacer escala en la isla de Santa Margarita (Colombia) desembarcó en las costas de Santa Catalina, en el Brasil. «Queriendo reconocer el interior del país que nadie había explorado hasta entonces, dice un autor, hizo volver los buques a Buenos Aires, y con doscientos cincuenta hombres resolvió ir a la Asunción por tierra. Este viaje, en el cual los españoles tuvieron que superar inmensos obstáculos, fatigó muchísimo a las tropas del gobernador, que, sin embargo, dió cima a su empresa en 1541, y en el camino descubrió tribus de guaranís que tenían algunos conocimientos de agricultura, trabajaban la tierra con huesos, cultivaban el maíz y el yuca y criaban muchas especies de animales domésticos. El nuevo Adelantado hizo muchas mejoras en la administración, contrajo relaciones con los indios, exploró los territorios inmediatos, estableció comunicaciones entre el Paraguay y el Perú, y a tenor de las patentes que se le habían concedido prescribió la libertad de comercio, hizo todos los esfuerzos imaginables para ganar el afecto de los indios por medio de la persuasión y de la dulzura, y siempre se mostró dispuesto a reprimir los excesos de los españoles. Esto dió lugar a muchas quejas, y luego fué tal el descontento de los colonos, que se apoderaron de su persona y a viva fuerza lo embarcaron para España.»

© Biblioteca Nacional de España

Digamos que pocas veces se dió un escándalo cual el de la rebelión de los capitanes y colonos contra Alvar Núñez, a quien trataron de envenenar con arsénico muchas veces, tuvieron cargado de cadenas y encerraron en rigurosa incomunicación, por muchos meses, en la Ascensión o Asunción. Y de igual manera que otros, recibió por recompensa la ingratitud y la miseria, después de haber conquistado para el emperador un imperio no menos grande que Méjico y el Perú.

Fueron los principales enemigos de Alvar Núñez los que encontró allí, supervivientes de la expedición de D. Pedro de Mendoza. Era inevitable, tratándose de españoles, ocurriera lo que entre Velázquez y Cortés, lo que entre Cortés y Narváez y Olid y Nuño de Guzmán; lo que entre Pizarro y Almagro y Vaca de Castro y Núñez Blasco Vela.

La tendencia de la metrópoli y de los enviados de la misma era tratar bien a los indios, pero la de los conquistadores era atropellar por todo y no respetar nada. El que quería atenerse a los decretos de la corona era hombre perdido, y así le pasó a Alvar Núñez; podríamos decir que la corona quería imponer la política de atracción, mientras los otros estaban por la política del palo.

Ya exonerado y enviado a España Alvar Núñez, preso y encadenado, «pidieron gobernador los que le trujeron, dice Gómara, y diéronles a Juan de Sanabria, de Medellín; el cual se obligó de llevar trecientos hombres casados a su costa, porque le diese cada uno dellos por sí, y por sus hijos y mujeres, siete ducados y medio. Murió Juan de Sanabria en Sevilla aderezando su partida, y mandaron en consejo de Indias que fuese su hijo. Tienen muchos por buena gobernación ésta, porque hay allí muchos españoles hechos a la tierra, los cuales saben la lengua de los naturales, y han hecho un lugar de dos mil casas, en que hay muchos indios e indias cristianadas, y está cien leguas de la mar

© Biblioteca Nacional de España

a la ribera de mediodía, en tierra de Quirandies, hombres como jayanes, y tan ligeros, que corriendo a pie toman a mano los venados, y que viven cient y cincuenta años. Todos los deste río comen carne humana, y van casi desnudos. Nuestros españoles visten de venado curtido con sain de peces, después que se les rompieron las camisas y sayos. Comen pescado, que hay mucho y gordo, y es principal vianda de los indios, aunque cazan venados, puercos, javalís, ovejas como del Perú, y otros animales. Son guerreros: usan los deste río traer en la guerra un pomo con recio y largo cordel, con el cual cogen y arrastran al enemigo para sacrificar y comer. *Es tierra fertilísima; ca Sebastián Gaboto sembró cincuenta y dos granos de trigo en septiembre, y cogió cincuenta mil en diciembre.* Es sana, aunque a los principios probaba los españoles, y echábanlo al pescado; mas engordaban infinito después con ello mesmo. Hay peces puercos y peces hombres, muy semejables en todo al cuerpo humano. Hay también en tierra unas culebras que llaman de cascabel, porque suenan así cuando andan. Hay muestra de plata, perlas y piedras. Llaman a este río de la Plata y de Solís, en memoria de quien lo descubrió. Los españoles que moran en el río de la Plata han subido tanto por él arriba, que muchos dellos llegaron al Perú en rastro y demanda de las minas de Potosí.»

Algún tiempo después, Martínez de Irala, el mortal enemigo de Alvar Núñez, internándose por el Chaco, llegaba hasta el Alto Perú, estableciendo así la comunicación entre la cuenca del Plata y las mesetas peruanas.

¿Qué país habría hecho lo que hizo España en el transcurso de cincuenta años?

FIN DEL TOMO DÉCIMOSEGUNDO

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL
BN
1001973616

© Biblioteca Nacional de España